



LAS INCREÍBLES AVENTURAS DE
TOM SCATTERHORN

EL OTRO
MUNDO

Henry Chancellor

Lectulandia

Tom deberá emprender un peligroso viaje con una misteriosa chica llamada Pearl Smoot...

En el último año y medio han pasado demasiadas cosas en la vida de Tom: descubrió un elixir que otorgaba la inmortalidad, se hizo con un zafiro maldito y, sobre todo, tuvo que vérselas con un ser monstruoso, don Gervase Askary, que se escondía bajo una falsa apariencia humana... Por eso lo que ahora necesita Tom es descansar y olvidar. Sus padres vuelven a viajar y el museo inaugura una de las más brillantes exposiciones de la temporada. Todo parece ir bien hasta que una noche llega al museo una misteriosa chica, Pearl Smoot, que no le puede llevar peores noticias: sus padres no están en los Andes como él creía, sino que —igual que el padre y el hermano de Pearl— han sido secuestrados y ahora son rehenes del terrible don Gervase. Solo ellos pueden rescatarlos...

Lectulandia

Henry Chancellor

El otro mundo

Las increíbles aventuras de Tom Scatterhorn - 02

ePub r1.2

Rocy1991 06.12.14

Título original: *The Remarkable Adventures of Tom Scatterhorn: The Hidden world*
Henry Chancellor, 2010
Traducción: Rosa Pérez

Editor digital: Rocy1991
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A T.P., por los momentos de locura

Espiar por diversión

A las seis, el último destello amarillo de luz solar se escondió tras la montaña y la noche no tardó en caer. Los bancos de nubes, que se habían ido formando en el horizonte a lo largo de la tarde, avanzaban ahora desde el mar, sustituyendo sus tonalidades blancas y naranjas por otras moradas y negras. Y también se estaba levantando viento. No iba a ser una noche agradable. «Hace demasiado calor», murmuró el hombre grueso de pelo entrecano mientras, desde la puerta de la choza, escudriñaba los negros tentáculos de nubes, perfilados en el cielo morado. Arlo Smoot casi podía oler la tormenta acercándose. A desgana, subió por un empinado sendero hasta la base de un árbol gigantesco que tenía una escalera acoplada al tronco. Se metió la linterna en el bolsillo trasero y subió laboriosamente a la cabaña larga y estrecha construida en la horcadura. Aquel era su despacho. Desde allí veía el mar al final de la selva y, más allá, las islas, bañadas ahora por aquella extraña luz morada. Relampagueó a lo lejos. Sí, aquella noche iba a desatarse una tormenta: una tormenta violenta. Se asomó por la ventana y zarandó la larga antena sujeta a la cabaña; estaba bien amarrada. Luego, echó un vistazo a la cima de la colina, donde estaban sus globos meteorológicos atados dentro de un armazón metálico. Solo vio un gran globo naranja de helio danzando al final de su cuerda. Seguía allí. Los había perdido todos en la última tormenta.

Dejándose caer en una vieja silla giratoria, Arlo Smoot se frotó violentamente la cara sin afeitar, intentando despabilarse. Hacía demasiado calor para trabajar y su tarea de aquella noche no le entusiasmaba. Escuchar retransmisiones radiofónicas durante horas, decodificar el movimiento de aviones, el curso de barcos en el mar, comunicaciones de submarinos... a veces, su trabajo era aburridísimo.

Con aire distraído, movió las hileras de palancas que tenía delante y oyó los chisporroteos de la electricidad estática mientras las radios se calentaban. A lo mejor podía permitirse una o dos horas de diversión primero. Sí, por qué no. A fin de cuentas, era mejor que trabajar para ganarse la vida. Desplazándose en la silla hasta el otro extremo de la habitación, levantó unas carpetas de un estante y, alargando la mano, sacó un manual grueso y viejo. Lo abrió justo por la mitad, donde había oculto un manoseado cuaderno rojo. En la tapa, ponía: «Exclusivamente para los ojos de Smoot».

—Sí, señor —murmuró, quitándole el polvo—. Personal e intransferible.

Aquel cuadernito contenía todos los secretos más extraños que Arlo Smoot había captado por radio a lo largo de su vida. Eran sorprendentes, raros y totalmente increíbles, y si Smoot se encontraba alguna vez en apuros, suponía que aquellos datos podían valer mucho dinero. Hojeó el cuaderno, pasando capítulos titulados «Presidentes estadounidenses», «Experimentos chinos», «Aterrizajes extraterrestres», «Ovnis», «Universos paralelos», «Agujeros temporales», hasta llegar al final y a la página que estaba buscando.

—Señor Zumsteen, mi personaje principal —murmuró Smoot, mirando la maraña de cifras y datos. ¿Por qué no ir tras el pez gordo? A fin y al cabo, aquel tal Zumsteen estaba resultando ser la pieza que faltaba del rompecabezas y, a aquellas alturas, Smoot ya estaba muy intrigado.

—Manos a la obra —dijo, y regresó junto a la radio.

Comprobando la fecha en el cuaderno, introdujo varios números en el ordenador y escuchó cuando las ondas de ruido blanco inundaron la habitación. Todo iba bien; buena señal. Se levantó, se dio la vuelta y, al desperezarse, vio las siluetas de un niño y una muchacha en la ventana de la choza. Ellos lo miraron y él los saludó con la mano, y la espigada muchacha y el niño le devolvieron el saludo. Sabiendo que no podían oírlo, hizo el gesto de ponerse los auriculares y estar muy aburrido, garabateando en el aire. La muchacha se encogió de hombros. Smoot le indicó entonces que debía acostar al niño y este le contestó alzando el dedo pulgar. La muchacha le envió un beso. Smoot se lo devolvió.

Smoot sonrió, fue hasta la puerta y la cerró. Sus hijos sabían que estaba trabajando: no lo molestarían. Perfecto, porque lo que estaba a punto de hacer exigía muchísima concentración. Se sentó en la silla giratoria y, poniéndose los auriculares, comenzó a manejar hábilmente las máquinas. Arlo Smooth era espía radiofónico y enterarse de los secretos de otras personas era su profesión. Mediante una red de conexiones por vía satélite, podía acceder a las estaciones receptoras de radio más avanzadas del mundo y, a continuación, dirigir los micrófonos para captar cualquier sonido, emitido en cualquier punto del planeta. Aunque muchas universidades le habían implorado que les enseñara sus técnicas, las organizaciones militares de algunos países muy grandes le pagaban mejor... así que aquello era lo que hacía: averiguaba secretos militares —por un precio, claro— y también realizaba algún trabajo particular, si le apetecía. Pero eso no era todo: porque Arlo Smoot tenía un secreto, un secreto grandísimo, que, según sus humildes cálculos, lo convertía con toda probabilidad en el mejor espía radiofónico del sector...

Despacio, Smoot comenzó a explorar las ondas de radio, con ambas manos en los mandos, ajustando las frecuencias, fijando y modificando las coordenadas de sus micrófonos. El zumbido constante del ruido blanco le inundaba los auriculares. Smoot sabía que, en ocasiones, aquello podía durar horas, incluso días; debía tener paciencia. Y Arlo Smoot podía tener muchísima paciencia. ¿Qué estaba buscando? No eran los pitidos y silbidos de navíos de guerra y submarinos comunicándose entre sí, sino algo mucho más interesante que eso. Porque Arlo Smoot estaba dirigiendo sus micrófonos para captar sonidos olvidados, sonidos arcanos, conversaciones del pasado, resonando aún en la atmósfera superior, y también los sonidos del futuro...

Aquella noche, por alguna razón, Smoot se sentía optimista. No sabía por qué: quizá fuera la tormenta que se avecinaba; de hecho, a veces, las condiciones atmosféricas adversas le ayudaban a captar cosas. Fue moviendo los mandos despacio, a derecha e izquierda, intentando detectar la menor fluctuación en el

zumbido. Para cualquier otra persona, Arlo Smoot no estaba escuchando nada, solo una radio mal sintonizada que crepitaba y chisporroteaba. Pero Smoot estaba muy concentrado y ya se hallaba en alguna otra parte, atravesando el negro mar de sonido, alumbrando la oscuridad con su linterna, buscando algo muy específico... modificó otra vez la frecuencia, y otra más. Los números giraron con rapidez. Y entonces las oyó: al principio, distantes en sus auriculares, apenas discernibles del zumbido y las interferencias, pero, para su oído bien entrenado, estaban allí, ocultas debajo. Voces... voces humanas. El corazón se le aceleró un poco y se pasó la lengua por los labios. Aunque ya había hecho aquello miles de veces, aquel momento siempre era como la primera vez. Voces que le llegaban a través de las ondas de radio, fantasmas del pasado, el futuro, no podía decirlo aún, pero personas que emergían de los confusos chisporroteos, desconocidos a punto de contarle sus secretos... Ahora procedía de prisa, enfocando los micrófonos, haciendo una serie de minúsculos ajustes para mejorar el sonido. Las máquinas parpadeaban delante de él, intentando no quedarse atrás.

—Smoot, eres sensacional —se dijo, sonriendo mientras eliminaba con sumo cuidado las innumerables capas de zumbidos e interferencias, filtrando y volviendo a filtrar el sonido. ¿Podía ser él?

Un minuto después, Arlo Smoot había obtenido una señal clara. De inmediato, supo que se trataba de una selva, porque el sonido de los insectos era ensordecedor. Había un galimatías de voces —en un idioma que no comprendía—, varios hombres agachados en el suelo. Un poblado al borde de la selva, quizá, unos cuantos cochinitos correteando por él, el chapoteo de charcos... la vivida imagen sonora apareció ante sus ojos. Y luego, una nerviosa voz inglesa. ¡Era él! Conocía a aquel hombre. Conocía aquella voz.

—Arlo Smoot —ronroneó, subiendo el volumen—. ¿Nadie te había dicho que eres un genio? —Aquello era justo lo que quería.

-¿Dónde has dicho que lo encontré?

-En una cueva. Muy, muy abajo, señor. Muy oscuro. Vio el vientre brillando.

-¿Cuándo fue?

-Oh, hace mucho. Mi abuelo ya es un hombre viejo. Entonces solo era un niño, como yo.

-¿Y dices que seguro que era un escarabajo?

-Oh, sí, señor. La cabeza, las patas, unas mandíbulas así de grandes. Ya no queda ninguno. Ahora hay polvo.

Solo queda el vientre, señor.

-¿El vientre? -dijo otra voz-. Bien, bien. Esto es cada vez más intrigante.

-Y lo habéis pintado, decorado, quiero decir. Estos dibujos...

-Dibujos de espíritus, señor, sí. Es un antepasado. ¿Comprende?

-Sí. Es muy bonito. ¿Cuánto quieres?

-¿Quiere comprarlo?

-Sí. Me gusta mucho.

-Oh. -El niño murmuró algo en otro idioma-. Es poco común. Nunca había visto nada igual.

-Ni yo -dijo otra voz en tono autoritario-. Es extraordinario, parece de goma, pero no lo es. Te dan ganas de estrujarlo. ¿De qué demonios está hecho, August?

-Ni idea. De algún tipo de hongo, quizá. Desde luego, no está hecho por el hombre. No aquí, al menos. Cómpralo, Nicholas. No es falso.

-¿Falso? No es falso, señor. No, no, no. Es auténtico. Un antepasado escarabajo, señor.

-Yo de ti lo creería, amigo. Da al chico lo que pida.

Las negociaciones continuaron mientras Smoot las anotaba palabra a palabra. Para él, la emoción residía en la persecución, en dar caza a las voces; lo que decían no siempre era tan interesante. Pero aquel objeto, fuera lo que fuera, parecía intrigante; y Smoot se sorprendió dibujando en su cuaderno el aspecto que podía tener. Ovalado, lleno de dibujos oscuros, hecho de alguna clase de material plástico transparente, que, según afirmaba el muchacho, era, de hecho, un abdomen de escarabajo. ¿Podía ser cierto? Smoot no sabía nada de escarabajos, pero le parecía bastante poco probable. Al final, dejó de escuchar y anotó las frecuencias; luego, se desplazó en la silla hasta un mapa, abrió una página e hizo un cálculo. Satisfecho de no haberse equivocado, trazó tres líneas en el mapa en lápiz con una regla.

—No es extraño que nadie sepa dónde estáis... —masculló, porque las líneas se entrecruzaban en un pequeño archipiélago en mitad del Pacífico. Las islas eran tan pequeñas que apenas se veían. Smoot miró el mapa con los ojos casi cerrados, volvió a su cuadernito rojo y anotó lo siguiente: «Nicholas Zumsteen, August Catcher, sir Henry Scatterhorn, comprando un extraño objeto con aspecto de escarabajo en las islas Tithona, 28 de noviembre de 1961».

Se recostó en la silla y se frotó los ojos, muy satisfecho de sí mismo. Aquello era algo, sin duda. La extraña historia que había estado reconstruyendo durante aquel último año había dado un giro importante. Era como una película sin imágenes que estaba sucediendo en las ondas de radio. Lo primero había sido un elixir de la vida, que un hombre llamado August Catcher había inventado y un crío llamado Tom Scatterhorn había robado. Luego, un loco excéntrico llamado don Gervase Askary se había apoderado de él. Ahora, Askary quería encontrar al tal Nick Zumsteen, Dios sabe por qué, y estaba removiendo cielo y tierra para hacerlo.

—Seguro que no sabes lo que yo sé, Askary —dijo con una sonrisa, cambiando distraídamente a otra frecuencia y esperando a que los números se detuvieran en una longitud de onda conocida que él sabía que venía del futuro. Oyó voces familiares entre las interferencias. Manipulando varios mandos, las limpió.

-Creo que el elixir está funcionando a las mil maravillas, excelencia -anunció una aguda voz nasal.

-Bien. Magnífico. Dime, ¿qué hay de Nicholas Zumsteen?

La voz grave resonó en un espacio grande que Smoot siempre imaginaba como una especie de catedral. Se hizo un incómodo silencio.

-Esto... aún... no lo hemos encontrado, don Gervase, excelencia, quiero decir, pero le garantizo que lo haremos. Solo necesitamos más tiempo...

-Más tiempo -respondió don Gervase, con un atisbo de ira-. ¿Tiene siquiera alguien una pista de su paradero?

No hubo respuesta. Smoot imaginó hileras y más hileras de hombres mayores mirando inexpresivamente a su señor. Alzó la mano.

—Yo sí, señor. Pero no se lo voy a decir... —dijo, riéndose entre dientes.

-Hum. ¿Qué hay de su amigo, August Catcher?

El silencio se hizo más profundo. Una silla crujió.

—¿Y de sir Henry Scatterhorn?

—Nada —intervino Smoot, en voz muy alta.

-Qué pesados que sois.

-Está... está Tom Scatterhorn -sugirió una voz ladina más aflautada desde la parte de atrás-. Si su excelencia así lo desea, podríamos... esto... con mucha facilidad..

-Por favor, no sigas. ¿De veras crees que necesito tu consejo en lo que respecta a un crío de doce años?

Ahora, el silencio era ensordecedor. Arlo Smoot casi percibió el miedo filtrándose por sus auriculares.

-¿No os parece raro que, después de tantos meses, y tantos esfuerzos, ninguno de vosotros haya descubierto nada en absoluto?

Hubo una pausa, y una o dos toses nerviosas.

-O a lo mejor no me estáis diciendo la verdad. A lo mejor sabéis dónde está Zumsteen. A lo mejor lo estáis ayudando a él.

-Excelencia, estamos... estamos haciendo todo lo posible. Es solo que...

-¿Todo lo posible no es suficiente? ¿Sois conscientes de la gravedad de la situación?

—Desde luego —añadió Smoot, con fingida seriedad—. Qué inútiles sois.

-Estamos haciendo cuanto podemos...

-Ah, ¿sí? ¿De verdad? Lotus, ¿me haces el favor?

Se oyó el eco de unos pasos ligeros en un suelo de piedra, seguidos del crujido de una puerta enorme abriéndose. De pronto, la sala se inundó de angustiados murmullos. Smoot ladeó la cabeza y escuchó con más atención. ¿Qué era lo que acababan de entrar?

-Creo que es el primero de estos que veis.

-Mi señor -continuó la voz nasal, ahora claramente aterrorizada-, esto es la Cámara del Consejo. Debo insistir en...

-Lotus -bramó don Gervase-, suéltalo. -Un chasquido de dedos resonó por toda la sala-. Les alegrará saber, caballeros, que no tienen piedad y son insaciables. Adiós; y buena suerte.

Se oyó un repiqueteo extraño y apresurado, seguido de un grito y una explosión de interferencias cuando la frecuencia se perdió de forma momentánea.

—Vaya por Dios —murmuró Smoot, explorando las ondas de radio con impaciencia en busca de aquella voz resonante.

Ya había oído aquellas escenas, muchas veces, de hecho, y las encontraba extrañamente absorbentes. ¿Quiénes eran aquellos ancianos que siempre terminaban muriendo de aquel modo tan horrible? ¿Y qué era esa cosa que los mataba? Arlo Smoot estaba tan ocupado en captar las frecuencias que no oyó el sordo traqueteo de un motor de coche acercándose por la selva. Luego, de pronto, don Gervase Askary había vuelto en una longitud de onda muy distinta.

—¿Es por aquí?

—Desde luego, mi señor.

—¿Cómo se llama?

—Arlo Smoot, mi señor.

—¿Qué? —dijo Smoot en voz alta. Las voces parecían estar aumentando de volumen en sus auriculares. Se puso a mover los mandos con rapidez...

—Seguro que, de todas formas, lo está escuchando todo. Dice que es los oídos del universo, ¿no?

—Así es —respondió la aflautada y nasal voz—. ¿El paraguas, señor?

—No. No voy a tardar mucho. ¿Hay que subir por aquí?

—Sí, señor.

—¡Ah! Buenas noches, doctor Smoot.

La voz resonó tanto que Smoot se arrancó los auriculares y se quedó mirando sus máquinas con desconcierto. ¿Cómo había aumentado tanto de volumen? No era que hubiera...

—He dicho buenas noches, doctor Smoot.

Al volverse, Smoot vio a un hombre alto y flaco con un traje negro de caza sentado en una silla de su despacho. Tenía la cabeza grande y abombada, el cabello engominado y salpicado de canas y los pies pequeñísimos. Su tez era amarillenta y tenía los ojos de un extraño color amarillo lechoso. Parecía elegante y repugnante al mismo tiempo. El hombre sonrió con aire amenazador.

—Confieso que estoy un poco desconcertado de ver que sigue aquí.

Smoot cambió incómodamente de postura en la silla, devanándose todavía los sesos. ¿Cómo era posible que acabara de suceder aquello?

—Sabe quién soy, por supuesto, así que no voy a presentarme. Y debía de saber

que vendría —continuó diciendo el hombre alto, sin alterarse—. A fin de cuentas, un espía radiofónico de su calibre lo oye todo. El pasado, el presente, incluso el futuro. ¿Estoy en lo cierto?

Smoot sonrió débilmente.

—Cualquier sonido que se haya emitido, solo usted puede oírlo. El sonido se propaga siempre, creo, no cesa nunca. No hay secretos.

—Hay que saber dónde escuchar.

—Desde luego que sí, doctor Smoot. Y usted lo sabe. Que es por lo que estoy confundido.

—¿Confundido?

—Mucho. ¿Sabe?, tenemos algo en común.

—Ah, ¿sí? —Smoot intentó parecer tan inocente como pudo.

—Sí. Es raro, ¿no? Verá, estoy buscando a alguien. Un hombre llamado Nicholas Zumsteen. Participó en una carrera aérea que atravesaba el océano Pacífico y se rumorea que tuvo que realizar un aterrizaje forzoso en algún punto de la Micronesia. Al parecer, encontró un remoto archipiélago volcánico y allí hizo algunos descubrimientos sorprendentes. ¿Hace falta que diga más?

Smoot consideró su posición. Claro que sabía todo aquello, y muchísimo más... pero ¿debía levantar la liebre? No por nada, desde luego. A buena hambre no hay pan duro y él tenía que vivir, ¿no? Sabía que aquel tal Askary estaba loco, pero era evidente que tenía una gran organización y casi seguro que manejaba mucha pasta... se haría un poco de rogar.

—No estoy seguro de a qué se refiere —dijo, aclarándose la garganta.

Don Gervase lo miró con curiosidad.

—¿No? Es una lástima. Qué decepción. Y además tenemos a los amigos del señor Zumsteen, August Catcher y sir Henry Scatterhorn. Ellos también han desaparecido de forma misteriosa. A lo mejor sabe algo de ellos.

—No, lo siento.

Don Gervase respiró hondo y miró al suelo con el entrecejo fruncido.

—Pero podría intentar encontrarlos, si usted quiere —sugirió en tono solícito Smoot—. Puedo tardar, desde luego. Seis meses, quizá más. Y los gastos, bueno, ya sabe. —Smoot exhaló ruidosamente—. Localizar a personas nunca es fácil. No señor. Podría ser en el pasado, en el presente, incluso en el futuro. Estamos hablando de mucha pasta, señor. Mucha lana. —Don Gervase clavó en él sus grandes ojos amarillos. El descaro de aquel hombre lo maravillaba. Arlo Smoot cambió de postura—. ¿De verdad quiere que le localice a esos tipos? Porque sabe que en ese caso...

—No se ría de mí, doctor Smoot.

Don Gervase crispó sus largos dedos. No sabía por dónde empezar...

—¿Y si le dijera, Arlo Smoot, que está mintiendo como un cosaco? ¿Que lo sabe todo de Nicholas Zumsteen?

Smoot hizo todo lo posible para parecer sorprendido.

—Y de August Catcher —prosiguió don Gervase—, y también de sir Henry Scatterhorn. ¿Y si le dijera que lleva meses espiándome? ¿Que ha estado espiando nuestra organización? ¿Que está enterado de mis pequeños triunfos y de mis... reveses? —Don Gervase observó a su presa con detenimiento—. ¿Que se ha estado formando deliberadamente una imagen de todo lo relacionado conmigo? ¿Qué diría a eso?

Smoot se encogió de hombros.

—Muy bien, pues. Iré al grano. ¿Para quién trabaja, Smoot?

—¿Qué quiere decir?

—No puede estar solo en esto. ¿Quiénes son?

—¿Quiénes son quién?

—¿Le están pagando para encontrarlo antes de que lo haga yo?

—Nadie me está pagando nada —dijo Smoot, y se maldijo por que nadie estuviera haciéndolo.

—Entonces, ¿por qué busca lo que busco yo?

—Yo no «busco lo que busca usted», señor. Eh, oiga... ¡De acuerdo! —Smoot levantó las manos—. Tiene razón. Soy yo, qué más da. Sí, les espío. Por diversión, ¿vale? Solo para pasar el rato. Mola. «¡Vamos a coger a ese Zumsteen!». ¿Y qué? No significa nada..., ¿no?

—Eso es algo que yo sé, pero va a tener usted que adivinarlo, doctor Smoot.

—¿Disculpe?

—Ya basta —gruñó don Gervase, haciéndolo callar con un gesto de la mano.

Arlo Smoot advirtió que aquel hombre tan extraño estaba bullendo de rabia; la cabeza parecía latirle visiblemente. En el incómodo silencio que siguió, Smoot vio su cuaderno rojo abierto en el escritorio... ¡santo cielo, no lo había escondido! ¿Cómo puñetas podía ser tan descuidado?

—Qué hacer, qué hacer... —murmuró don Gervase, mirando la inminente tormenta desde la ventana—. Supongo que no es tan estúpido como para haber conservado alguna prueba de su traición.

—¿Traición? —exclamó Smoot, poniendo con disimulo la mano sobre el cuadernito rojo—. ¿Qué es esto, la Inquisición?

—¿Qué hay en ese cuaderno?

—¿Cuaderno? ¿Qué cuaderno?

—El que acaba de meterse en el bolsillo, doctor Smoot.

Don Gervase se dio la vuelta y lo miró. Arlo Smoot sonrió con nerviosismo.

—Esto... es... solo un diario, nada más. Mi diario.

—¿Me permite?

Don Gervase alargó la mano. Sus grandes ojos amarillos eran como dos imanes y Smoot sintió que comenzaba a flaquearle el valor. No iba a permitir que aquel tipo se quedara con su cuaderno. De ninguna de las maneras.

—Mire, señor Askary. Me disculpo por haberles espiado. No sabía que fuera para

tanto, Dios santo.

—Invocar al Todopoderoso no surte ningún efecto conmigo, Smoot.

Don Gervase lo miró fijamente, arrugando la frente. Luego sonrió.

—Démelo.

Smoot negó con la cabeza.

—No puedo, amigo. Contiene toda clase de información. Secreta y eso.

Don Gervase suspiró y escuchó el viento azotando los árboles. El sonido ocultó los silenciosos pasos de la hija de Smoot subiendo a la cabaña con un teléfono en la mano.

—Vale —dijo, en voz baja—, es estupendo... ¿quieres hablar con él? Espera, voy a buscarlo... espera.

La muchacha subió las escaleras y oyó una extraña voz grave que no reconoció. ¿Una visita? Al llegar al último peldaño, se asomó a la puerta y vio la silueta de un hombre alto y flaco sentado de espaldas a la puerta. Su padre estaba sentado enfrente de él, con la cara petrificada. Iba a entrar, pero vio algo en la postura del visitante que la hizo vacilar: allí estaba sucediendo algo serio. Se quedó en el umbral y escuchó.

—Parece que estamos en un punto muerto —dijo el hombre del traje oscuro de caza—. Lo cual ya había previsto, por supuesto. Doctor Smoot, tengo que saber dónde está Nicholas Zumsteen y, de una forma u otra, lo averiguaré. No estoy seguro de que usted lo comprenda.

Se oyeron unos fuertes arañazos en el tejado —una rama, quizá—. Don Gervase sonrió de una forma repugnante, enseñando su cariada dentadura.

—Ah, el suspense. Mata.

Smoot sonrió con nerviosismo y se enjugó el sudor de la frente. Aquel tipo era rarísimo. A lo mejor podían llegar a un acuerdo, al infierno con el dinero...

—Escuche —empezó a decir—, el problema es que mi cuaderno tiene...

—¿Sabía que, hace trescientos millones de años, el insecto más grande del planeta era un ciempiés? —dijo don Gervase en tono monótono, ignorándolo.

—Ah, ¿sí?

—Estraordinario, ¿no? Un animal revoltoso, de unos cuatro metros de longitud, sin dientes. ¡Sin dientes! ¡Como una ancianita!

—¿De verdad? —respondió Smoot, intentando complacer a aquel hombre alto que ahora se estaba riendo entre dientes—. Increíble.

—Verdaderamente increíble, doctor Smoot. Ataca a sus víctimas con sus colmillos venenosos, se las traga enteras y luego las convierte en sopa en la boca. Con huesos y todo. Ingenioso, ¿no? Me gusta la sopa. Gazpacho. ¿Le gusta el gazpacho, doctor Smoot?

Smoot se encogió de hombros, confuso. ¿Ciempiés? ¿Sopa? Aquel tipo estaba incluso más loco de lo que parecía... y también era repugnante, y parecía de otro planeta...

—Deme ese cuaderno, Smoot, o ni usted ni sus hijos vivirán para contarlo. —Don

Gervase entornó sus grandes ojos amarillos hasta casi cerrarlos y bajó la voz hasta hablar en un susurro que el viento apenas dejaba oír—. Mis hombres tienen a su hija abajo, ahora mismo. Un grito mío y morirá. —Estiró sus dedos largos y fuertes y aguardó.

—Démelo.

Smoot miró hacia la puerta y vio a Pearl, su hija de doce años, acechando entre las sombras. Bueno, aquello era una mentira. Pero Pearl parecía aterrorizada. Volvieron a oírse arañazos en el tejado: ¿Qué era aquello? Smoot estaba sudando profusamente, devanándose los sesos... algo le decía que aquel tipo no iba a pagar por nada... tenía que haber una salida...

—¿Y bien, doctor Smoot?

Smoot se esforzó por sostener la mirada a don Gervase. Notó el viento enfriándole el sudor de la nuca. El viento... eso significaba que la ventana estaba abierta... de pronto, se le ocurrió una idea peligrosa. «Venga, Perlita...». Necesitaba una distracción, solo un momento, eso era todo. Quizá Pearl... volvió a mirar hacia la puerta con disimulo. Su hija ya no lo estaba mirando. Algo que se perfilaba en la claraboya abierta había captado su atención; allí arriba había algo... y, en esa fracción de segundo, don Gervase notó que Smoot había desviado la mirada.

—Dígame, doctor Smoot, ¿por qué tengo la impresión de que hay alguien detrás de mí? —murmuró algo irritado.

Con un hábil movimiento, se sacó una navajita del puño de la camisa y la abrió. Oyó pasos precipitados a sus espaldas y, al volverse, el umbral de la puerta estaba vacío. Pearl había huido. En el momento en que don Gervase le dio la espalda, Arlo Smoot se levantó con rapidez y se lanzó por la ventana abierta que tenía detrás, saltando a la selva. En ese mismo instante, la cabeza de un inmenso ciempiés naranja asomó por la claraboya y lo vio marcharse.

—Eso ha sido una imprudencia, Smoot —bramó don Gervase, pero Arlo no lo oyó.

Después de caer pesadamente entre la maleza, echó a correr hacia su choza, pero, nada más verla, se paró en seco: había siluetas de hombres de pie en la ventana. Al dar la vuelta, vio un pie de mujer inmóvil en la entrada. El ama de llaves... sus hijos... tenía que encontrar a sus hijos.

—¡Pearl! —gritó, el viento llevándosele la voz—. ¡Rudy! ¡Pearl! —Smoot echó a correr por la selva, gritando los nombres de sus hijos. Los hombres de la casa abandonaron su registro y señalaron en su dirección. Lo habían visto, pero a él le daba igual.

—¡Papá!

Smoot se detuvo.

—¿Pearl?

—¡Papá!

Detrás de él. ¿Dónde...?

—¿Pearl?

Los ruidos de los hombres abriéndose paso entre la maleza estaban más cerca ahora... Smoot volvió sobre sus pasos y echó a correr por un estrecho sendero que rodeaba la colina hasta tropezarse con un tocón.

—Ten cuidado...

Al levantarse, Smoot vio a Pearl y a Rudy, acurrucados en el hueco de la raíz del tronco.

—Oh, Dios mío —resolló, arrodillándose y agarrándolos—. Estáis bien... creía... o sea, yo nunca...

—¿Qué está pasando, papá? —preguntó Rudy, con un hilillo de voz—. ¿Qué eran esas cosas que subían por la ladera? He visto...

—No-no lo sé —farfulló Smoot—. Parece que han llegado los supervillanos.

—¿Por qué quieren matarte, papá? —preguntó Pearl—. ¿Qué has hecho?

—¡Nada! —respondió Smoot con vehemencia—. Nada en absoluto. Escuchar, ya sabes, solo...

—¿Nos matarán también a nosotros? —Rudy miró interrogativamente a su padre, con los ojos como platos—. ¿Lo harán?

Smoot miró a su hijo de seis años e intentó pensar en algo.

—Nadie va a matar a nadie, Rudy. Solo se ha producido un grave malentendido. Vosotros quedaos aquí, y no hagáis ningún ruido. ¿Prometido? Yo los llevaré hasta el otro lado de la colina y, cuando todo haya terminado, volveré a buscaros. Vosotros quedaos dentro de este agujero. ¿Haréis eso por mí? ¿Pearl? ¿Lo haréis?

Pearl miró la arrugada cara de su padre y vio un miedo que no reconocía. Su padre estaba siempre muy seguro de sí, siempre bromeando. Ahora estaba serísimo.

—Vale. Pero...

—Ningún ruido.

Segundos después, Arlo Smoot se adentró en la selva. Los dos hermanos se acurrucaron dentro de la raíz del árbol. Les llegó el eco de gritos confusos, mezclados con el aullido del viento.

—¿Y si papá no vuelve? —susurró Rudy. Pearl no dijo nada—. ¿Pearl?

—Chist, van a oírnos.

Hubo silencio.

—Quiero ir con él.

—Rudy...

—Voy a buscarlo.

—No, no vas a ir. Quédate aquí. Venga, Rudy.

—Eso no lo decides tú. El no te ha puesto al mando, es... —Rudy no llegó a terminar la frase, porque Pearl le había tapado la boca.

—Escucha —susurró, en voz muy baja.

Oyeron unos extraños golpeteos a su izquierda, procedentes de la cabaña del árbol. Parecían estar acercándose. Aumentaban claramente de volumen. Los

hermanos se apretujaron todavía más en su agujero y se taparon la cabeza. Los golpeteos parecían estar pasando por el sendero que discurría justo por delante de ellos.

Pearl se atrevió a abrir un ojo y apenas dio crédito a lo que vio. Allí, en sus mismas narices, había un ciempiés inmenso, tan alto como un burro y tan ancho como un coche, descendiendo por el sendero. Sus escamas pardas relucían y se ondulaban a la luz de la luna y sus pálidas patas arañaban el suelo. La criatura estaba tan cerca que Pearl casi podía tocarla. Conteniendo un grito, tapó los ojos a Rudy.

—No mires —dijo en voz baja.

—¿Qué es?

—Rudy...

—No estoy mirando —dijo Rudy en voz alta. Y entonces también lo vio—. Caray.

Rudy contuvo un grito de sorpresa cuando las largas púas traseras del ciempiés pasaron por delante de ellos. Luego, antes de que Pearl pudiera detenerlo, salió de su escondrijo para verlo alejarse.

—Es un ciempiés —susurró muy alto, saliendo al sendero—. Un ciempiés enorme.

—¿Se ha ido?

—Sí.

—Pues vuelve aquí.

—Vale, vale —respondió Rudy—. No me agob...

Se detuvo a media frase y se dio la vuelta. Allí, directamente detrás de él, había otro ciempiés. Por un momento, el niño y el enorme insecto se miraron.

—Rudy, ¿qué estás haciendo?

No hubo respuesta.

—Rudy, ¿qué ha dicho papá? ¡Rudy!

Enfadada, Pearl salió de su escondrijo y se acercó a su hermano.

—Rudy, tienes que hacerme ca... —Y entonces vio lo que veía él, perfilado contra el cielo morado. Abrió la boca para emitir un sonido, pero no le salió nada. El ciempiés movió un poco las antenas y arqueó la cabeza. Un goterón de saliva le resbaló por las anchas mandíbulas y cayó a la tierra húmeda. Parecía estar irguiéndose, preparándose para atacar. Pearl buscó la mano de Rudy y se la agarró con firmeza—. Cuando... diga... ya... corre... hacia... la... colina —susurró, concentrándose tanto en quedarse quieta que le castañetearon los dientes—. Preparados...

La criatura continuó irguiéndose, como unas escaleras mecánicas vivientes, hasta estar casi directamente encima de ellos. Abrió las garras anaranjadas...

—Listos...

La criatura agitó las patas delanteras en el aire mientras desenroscaba dos relucientes antenas negras y las extendía hacia sus caras, casi rozándoles la piel...

—¡YA! —gritó Pearl.

¡PAF!

La colosal criatura levantó barro y hojas cuando se lanzó contra el suelo, pero fue demasiado tarde. Pearl y Rudy ya estaban corriendo por la selva, las lianas azotándoles la cara y los brazos.

—¡No te pares! —gritó Pearl mientras corrían cuesta arriba—. ¡Vamos a la estación meteorológica! ¡Podemos escondernos allí!

—¡No puedo hacerlo! ¡Yo no corro tanto como tú! —gritó Rudy.

La enfurecida criatura los persiguió, volviendo piedras y derribando arbustos. Cada vez se la oía más cerca... Pearl cogió a Rudy de la mano y corrieron juntos.

—¡Venga, Rudy!

—No puedo —gimoteó el niño mientras Pearl tiraba de él—. Corre más que yo.

—¡Bobadas! —gritó Pearl. Pero, al mirar atrás, comprobó que su hermano tenía razón. Podía ver los apagados ojos rojos del ciempiés, oír los chasquidos de su armadura—. Ya casi estamos —dijo en voz baja, el corazón martilleándole cuando salieron de la maleza en la cima de la colina y echaron a correr por el claro hacia la cabaña.

A su alrededor, el viento aullaba entre los árboles y el cielo estaba morado y negro. Pearl miró atrás y vio que, primero un ciempiés y luego otros dos, salían disparados de la espesura como misiles naranjas y corrían hacia ellos. Seguro que ahora los atrapaban... Ignorando los golpeteos de patas a sus espaldas, Pearl cogió a Rudy con una fuerza que no sabía que tenía y corrió con él en brazos. Ahora, las piernas le quemaban...

—¡Nos están alcanzando! —gritó Rudy con los ojos como platos, viendo cómo se acercaban las criaturas. La cabaña ya estaba cerca y, detrás, no había nada salvo un escarpado promontorio rocoso y la jaula de los globos meteorológicos. Si pudieran esconderse ahí...

—¡Atrás! —gritó una voz.

—¡Papá! —chilló Rudy cuando rodearon el lado de la cabaña.

—¡Los globos meteorológicos! —gritó Arlo Smoot, volviéndose para mirar a sus hijos—. Id hasta los globos...

Arlo estaba atacando a un ciempiés inmenso con un largo trozo oxidado de antena radiofónica mientras la criatura lo embestía desde distintos ángulos, intentando ensartarlo con sus garras...

—¡Papá! —gritó Rudy una vez más—. ¡Hay más de uno!

Los otros ciempiés se unieron a su compañero mientras Smoot repartía golpes a diestro y siniestro contra la atemorizante maraña de púas que tenía delante. Los ciempiés avanzaron en columna de a cuatro, obligándolos a retroceder hacia el promontorio rocoso. Muy pronto, estaban los tres juntos, acorralados. Rudy y Pearl se habían acurrucado detrás de la jaula de los globos meteorológicos y Arlo estaba delante de ellos, jadeando, con la antena radiofónica alzada. Aquel era su último

bastión. Había hecho todo lo posible, pero no era suficiente. El viento les azotó la cara y comenzaron a caer enormes goterones de lluvia. Allí terminaba todo.

—Bien, bien, doctor Smoot —dijo una voz grave y resonante, imponiéndose al aullido del viento.

Dos caballeros con cara de comadreja y una muchacha con una larga cola de caballo se acercaron a ellos, obligando a los ciempiés a separarse. Los seguía don Gervase.

—¡Chis, chas! ¡Chis, chas!

Don Gervase fingió que combatía con una bestia imaginaria.

—*Bravísimo!* Me encanta. Se le da bien, ¿verdad? —Don Gervase se rió—. ¡*Touché*, Smoot!

Pearl y Rudy lo miraron con desprecio.

—¡Es mucho más valiente que usted! —gritó Pearl, con el corazón a punto de estallar—. Déjelo en paz.

—Lamento decir, jovencita, que eso no es posible.

Arlo Smoot estaba inmóvil, con la larga antena todavía alzada, listo para atacar. No sabía muy bien qué hacer a continuación.

—Sí, sí —dijo don Gervase, indicando a Smoot que bajara su arma—. Por favor, doctor Smoot, por favor, no somos cavernícolas...

Despacio, Arlo Smoot bajó la antena de radio.

—Así está mejor. Veamos, ¿dónde estábamos? Ah, sí. Le he pedido cierta información. Me pregunto si ha reconsiderado su postura.

Smoot no dijo nada, pero se estaba devanando los sesos. Aquel hombre y sus repugnantes criaturas iban a matarlos de todas formas, sucediera lo que sucediera...

—No es usted tan ingenuo como para creer que iba a poder escapar, ¿no? Y llevarse a sus hijos, además. Venga, doctor Smoot. Ahora, por favor, démelo.

Smoot tiró la antena al suelo y, sin darse la vuelta, retrocedió un paso hasta estar junto a Pearl y Rudy. Don Gervase los observó con impaciencia.

—¿Es eso un sí o un no?

Arlo Smoot no respondió, pero sabía exactamente lo que iba a hacer. Era una idea descabellada que a lo mejor daba resultado...

—La cuerda del globo... —susurró. Lo dijo tan bajo que Pearl apenas lo oyó—. Coge la cuerda del globo, Pearl —volvió a susurrar.

Pearl siguió mirando a don Gervase y, con una mano, cogió la recia cuerda del globo naranja de helio atada al cerrojo de la base de la jaula. Smoot miró a don Gervase y sonrió.

—¡Le daré lo que quiere, Askary! —gritó—. Pero antes debe prometerme una cosa.

—¿Prometer? ¿Prometer? —Don Gervase negó con la cabeza, disfrutando a todas luces de la ironía de la situación—. No le entiendo, en serio. ¿Qué debo prometer?

—Rudy también —susurró Smoot. Pearl agarró firmemente a su hermano con la

otra mano.

—Papá —murmuró—. ¿Y tú qué?

—Tú agárrate bien —musitó él. Luego volvió a dirigirse a don Gervase—. ¡Deje que mis hijos se vayan!

—Ahhh —exhaló don Gervase—. Siempre los hijos. *Les enfants!* Por favor, no sacrifique a mi familia, bla, bla, bla. ¡Lo sabía! Muy bien, Smoot —dijo, mirando a los dos desaliñados niños acurrucados junto a la jaula—. Para mí no son nada.

—Bien —dijo Smoot, sonriendo, y se sacó el cuadernito rojo del bolsillo trasero—. ¡Está todo aquí! —gritó.

—¿Todo?

—Zumsteen, Scatterhorn, Catcher. Todo lo que necesita saber.

A don Gervase le brillaron los ojos con interés, pero entonces se detuvo.

—¿Cómo puedo creerle?

—No puede. Eso es algo que yo sé, pero va a tener usted que averiguarlo, ¿no?

Don Gervase sonrió con frialdad.

—*Touché*, Smoot. Ahora, démelo.

Smoot se volvió hacia Rudy y Pearl.

—Venga, hijos —dijo en voz alta—. No creo que el señor Askary vaya a hacernos daño. —Se colocó junto a Pearl, pasándole el brazo por la cintura y metiendo el cuaderno rojo en el gran bolsillo lateral de su falda.

—No os soltéis, por el amor de Dios... —susurró, lo más bajo posible—. Yo cogeré el final.

Pearl estaba blanca como el papel y agarró la cuerda con más fuerza.

—¿Papá? —Rudy lo miró con expresión interrogante. Seguía sin saber qué estaba sucediendo.

—¿Qué pasa, Rudy? —dijo Smoot con toda la calma de que fue capaz—. Tú solo cógete bien a la mano de tu hermana.

—¡Pero... pero no podemos ir con él! —gritó el niño, mirando a don Gervase con horror—. Nos matará, ¿no?

—No seas tonto, Rudy. Obsérvame.

Smoot dio un paso hacia don Gervase.

—Lo único que tenemos que hacer es permanecer juntos...

De pronto, Smoot se lanzó con todas sus fuerzas sobre una palanca de acero del lado de la jaula y la puerta trasera se abrió. Al instante, el globo meteorológico naranja chocó contra el techo de malla metálica; luego, la cuerda se soltó, arrastrando con ella a Pearl y a Rudy. Fue demasiado rápido para Arlo Smoot.

—¡Agárrate a mí, Rudy! ¡Agárrate! —gritó Pearl, dando enormes zancadas para seguir al globo mientras este cobraba velocidad. El niño se aferró a la cintura de su hermana cuando dejó de tocar el suelo.

—¡Papá! —gritó con desesperación—. ¡Papá, socorro!

Smoot corrió tras ellos, haciendo todo lo posible para agarrarse a la cuerda

cuando el globo comenzó a elevarse, dirigiéndose al borde del acantilado.

—¡Se está resbalando! —gritó Pearl, rodeando a su hermano con la mano que tenía libre—. Nos caeremos los dos... ¡Papá! ¡No podemos hacerlo!

Smoot estaba corriendo a toda máquina. Veía lo que iba a suceder.

—¡Rudy, salta! —gritó a todo pulmón—. ¡Salta!

El borde del acantilado estaba cerca y el globo cobró velocidad. En unos segundos, lo habría rebasado...

—Salta, Rudy. ¡Por favor! —gritó Pearl.

—¡Papá!

Al instante, Rudy se soltó y cayó en brazos de su padre, haciéndolos rodar por el suelo a los dos. El globo se elevó con brusquedad y rebasó el borde del acantilado, llevándose a Pearl consigo.

—¡Pase lo que pase, te encontraré! —gritó Smoot—. ¡Te lo prometo!

El viento se llevó sus palabras mientras Pearl se contorsionaba frenéticamente para verlos marchar.

—¡Papá! —gritó con impotencia, pero era demasiado tarde. Estaba sola.

Miró el negro mar bullendo muy por debajo de ella, y las olas rompiendo en los acantilados. Si se soltaba, caería allí. No podía hacerlo. Estaba a demasiada altura. Debía aguantar. Apretó los dientes y, obviando el dolor de los dedos, se enroscó la cuerda del globo alrededor de los pies. El viento la estaba elevando cada vez más, llevándola mar adentro. Quizá llegaría a las islas, quizá no. No podía mirar. Escondió la cara en el hombro y sollozó.

—El cuaderno, doctor Smoot, si es tan amable.

Arlo Smoot se puso de pie, con Rudy en brazos. Miró con indignación al hombre repugnante que tenía delante.

—El cuaderno.

Smoot señaló el mar con la cabeza y escupió al suelo.

—Lo tiene ella.

Don Gervase entrecerró los ojos, conteniendo su cólera.

—Pues parece que entonces me lo va a tener que contar todo usted —gruñó, y una desagradable sonrisa le cambió el rostro—. A menos, claro, que quiera hacer otro intento de escapar. Aunque no creo que llegara muy lejos.

Smoot miró ferozmente el muro de gigantescos ciempiés, apenas bajo control.

—Eso pensaba. Lleváoslos.

Don Gervase observó cómo esposaban a Smoot y a Rudy y se los llevaban. Luego, echó un último vistazo al pequeño globo naranja que se estaba alejando mar adentro a toda velocidad. La muchacha tenía muy pocas posibilidades de sobrevivir... y entonces vio algo bastante insólito. Del mar estaba surgiendo una oscura columna de agua, levantada por el viento aullante. La columna fue haciéndose cada vez más alta, dando bandazos como una gigantesca cobra negra, hasta entrar en contacto con la nube baja que tenía justo encima.

—¿Una tromba marina? —dijo la muchacha vestida de blanco que estaba a su lado, sonriendo con malevolencia.

—Eso parece, Lotus —murmuró don Gervase—. ¡Qué oportuno, doctor Smoot! —exclamó—. Doctor Smoot, no se lo puede perder.

Arlo Smoot, con Rudy cogido de la mano, se dio malhumoradamente la vuelta para mirar el mar.

Ante él, una enorme tromba marina que conectaba el negro mar con los nubarrones danzaba sobre las olas... Y allí, volando hacia ella, estaba el diminuto globo naranja de helio con Pearl colgando de él. La tromba la succionaría en cualquier momento.

—Oh, Dios mío... —susurró. Casi era demasiado doloroso para poder mirar.

—¡Pearl, ten cuidado! —gritó Rudy, con la vana esperanza de que su hermana lo oyera.

Pearl la había visto, pero no había nada que ella ni nadie pudiera hacer. Poco después, notó que el valiente globito era succionado por el vórtice de aire acuoso. Comenzó a ascender, girando en redondo, las piernas levantándose hasta estar casi horizontal, rotando cada vez más aprisa en la gruesa columna de agua que se erigía desde el mar.

—Por favor —susurró—, por favor, basta...

Ahora, la fuerza era tanta que le pareció que los brazos se le descoyuntaban... El globo siguió ascendiendo por la pared de agua gris, que le azotaba los ojos, le escocía en la cara... Le dolía tanto que apenas podía respirar... Abrió la boca para gritar mudamente...

Don Gervase vio con genuina fascinación cómo el globo y la muchacha giraban cada vez más deprisa hasta desdibujarse, convertidos en una pequeña forma naranja succionada hacia la nube...

—Dulces sueños, jovencita —gruñó—. Creo que puedes ser la primera persona que...

Pero don Gervase no llegó a terminar la frase, porque, al instante, se oyó un repentino estallido hueco, como un trueno, y, en ese segundo, tanto el globo como la muchacha desaparecieron. La tromba marina siguió dando bandazos, alejándose mar adentro. La muchacha se había esfumado...

¡PUM!

Tom Scatterhorn abrió los ojos y se sentó en la cama con brusquedad, envuelto en sudor. Había estado teniendo un sueño extrañísimo, pero, en el mismo momento en que intentó recordarlo, olvidó de qué trataba. ¿Qué era aquel ruido? Al mirar por la ventana, vio sombras brillando tras las cortinas y, al apartarlas, vio el puerto de Dragonport extendido ante él, iluminado por un formidable espectáculo de pirotecnia. Cohetes rojos, bombas azules, bengalas moradas, cascadas de chispas blancas... el río entero estaba estallando. Adormilado, se apartó la pelambreira rubia de la cara y entonces se acordó: era la inauguración de las fiestas de Dragonport. Por supuesto.

Tío Jos había prometido que sería un gran espectáculo: fuegos artificiales, acróbatas, actores callejeros y, ¿qué era aquello? Oyó una gran ovación y de pronto vio, muy por encima del río, un pequeño globo naranja que perdía altura y atravesaba la humareda dejada por los fuegos artificiales. Parecía haber salido de las nubes. Se frotó violentamente los ojos y volvió a mirar. ¿Era real? Parecía real. Y, mientras los fuegos artificiales estallaban por doquier, Tom alcanzó a ver la figura de una muchacha colgando de la cuerda del globo.

—¿Qué te había dicho, Tom?

Tom miró abajo y allí, en la calle, estaba tío Jos, llegando en una reluciente motocicleta roja. Señaló a la muchacha del globo, que estaba volando por encima de las farolas en dirección al humedal.

—¡Los locos de Dragonport!

—Más tontos que Abundio —dijo la delgada figura del sidecar, subiéndose las gafas de motorista y sonriendo. Era tía Melba—. Hola, Tom, cariño. Me alegro de que hayas sabido entrar. ¿Cómo te ha ido el viaje?

—Bien —masculló Tom—. El tren ha llegado con mucho retraso.

—Magnífico, magnífico. Me alegro de volver a tenerte aquí, chaval —dijo Jos—. Tengo tanto que contarte...

—Pero no ahora —lo interrumpió tía Melba con firmeza—. El chico debe de estar agotado. Mañana, Tom. Y no te levantes demasiado temprano.

—Vale.

—Buenas noches, pues.

—Buenas noches.

Tío Jos se despidió alegremente con la mano y siguió a tía Melba hasta la puerta de la casa. Con un sonoro bostezo, Tom volvió a tumbarse en la cama. Al cabo de unos instantes advirtió que su teléfono móvil estaba vibrando. Lo cogió con pereza y leyó el mensaje.

Cariño. Hemos llegado bien. Justo a tiempo, ahora llueve mucho. Papá está emocionadísimo. Esperamos ir río arriba en los próximos días. Te quiero, mamá.

Así que habían llegado, eso era bueno. Tom sonrió y cerró los ojos, preguntándose vagamente quién sería tan valiente, o tan necio, como para atravesar en globo un espectáculo de pirotecnia. Pero antes de hallar la respuesta, ya se había quedado dormido.

Igual, pero no del todo

—Como en los viejos tiempos, ¿eh, Tom?

Tom sonrió y sopló en su taza de té hirviendo.

—Casi.

El sol de estío entraba a raudales por las pequeñas ventanas de la sofocante cocinita y Tom estaba dando cuenta de un plato especialmente grande de huevos con beicon. Tío Jos, un hombre bajo, rechoncho y calvo con unas cejas tan espesas como setos que se le juntaban en el entrecejo, le sonrió radiante desde el otro lado de la mesa.

—Buen chico. Con un hambre canina, pero hecho un fideo, como siempre. Cada día se parece más a su padre. ¿Qué opinas tú, Melba?

La señora alta y de aspecto bastante severo con el pelo negro cortado como un rey medieval se volvió y observó al muchacho rubio mientras comía con avidez.

—A mí me parece que no ha cambiado nada. Ha dado un estirón, eso es evidente, y con su pelo se podría techar un granero. Aparte de eso, continúa siendo nuestro Tom. Inconfundible. ¿Y dices que esta vez te quedas todo un mes? ¡Qué lujo tan maravilloso!

—Así es —dijo Tom con una sonrisa, apurando el plato.

Aquello era un lujo, desde luego. Habitualmente, Tom se pasaba las vacaciones de verano apretujado en la parte trasera de una caravana, transitando por las calurosas carreteras de Europa mientras ayudaba a sus padres a cazar insectos poco comunes. Se le daba bastante bien descubrir escorpiones debajo de las piedras y cazar efímeras en los ríos, pero el problema radicaba en que eso era lo único que hacían. No obstante, aquel verano era distinto. Sus padres se habían ido a los Andes en busca de mariposas poco comunes y habían dejado a Tom con sus parientes lejanos, Jos y Melba.

—Ah, han llegado bien, por cierto. Mamá me mandó un SMS anoche.

—¿Tu madre te ha mandado un «SMS»? ¿En serio? —Tío Jos miró con recelo el nuevo teléfono móvil de Tom, que descansaba en el aparador—. Bueno, supongo que tiene su utilidad. Tu padre no para últimamente, ¿no? Yendo de una punta a otra del mundo, arrastrando a la pobre Poppy por pantanos y montañas. Dime, Tom, ¿disfruta de verdad tu madre persiguiendo todos esos bichejos tan repugnantes?

—Eso creo —respondió Tom con aire pensativo, sabiendo perfectamente que vivir la obsesión de su padre no era fácil—. De cualquier modo, nunca se queja.

—No debe de querer perderlo de vista, con más probabilidad —intervino Melba—. No después de la aventurita del año pasado. —Sonrió a Tom con complicidad—. Todo eso ya está resuelto, ¿no, Tom?

—Sí.

—Magnífico —dijo Jos, cruzándose de brazos—. Bueno, cuanto más tiempo estés aquí, mejor, en lo que a mí respecta. Ahora que me he jubilado, estoy

descubriendo que me hace falta cambiar de disco de vez en cuando —susurró, señalando a Melba con la cabeza y guiñando el ojo a Tom—. Ya sabes a qué me refiero.

—¿Cómo? —dijo Melba.

—Tú eres fantástica, cariño —rugió Jos—. Pero este jovencito me ha ahorrado comprarme un perro. Para poder conversar como Dios manda.

—¿Un perro? ¿Para conversar? —repitió Melba con aire distraído—. Así que ahora quieres un perro de circo, ¿no?

Jos entrecerró sus ojos redondos y los hombros empezaron a agitarse.

—¿Ves a qué me refiero?

Tom sonrió con educación y miró primero a Melba, después a Jos y, por último, de nuevo a Melba. La una estaba tan delgada como una rama, el otro, tan redondo como una naranja, y Tom había olvidado lo excéntricos que eran.

—Te darás cuenta, Tom, que, aunque oficialmente nos hemos jubilado, por aquí no ha cambiado nada —observó Melba con aspereza.

—Oh, Melba, melocotoncito, ¿cómo puedes decir eso? —protestó Jos, levantándose y pasando el periódico a Tom—. Echa un vistazo a esto, chaval.

Tom cogió el *Dragonport Mercury* y examinó la página. En el centro había una fotografía de una gran casa abandonada rodeada de vetustos cedros. La reconoció de inmediato.

—¿Los planes para convertir Catcher Hall en un hogar de ancianos por fin aprobados? —leyó.

—No, no, chaval —resopló Jos—, pero, oye, no está mal, ¿no? —añadió, con malicia—. Al final hemos vencido a nuestro viejo enemigo, ¿no? La larga batalla de tres siglos entre los Catcher y los Scatterhorn por fin ha terminado y los Scatterhorn hemos ganado por goleada. No, lee más abajo, en «Qué ver».

Tom siguió leyendo. Debajo de noticias sobre carreras de motos y anuncios clasificados, encontró un pequeño titular que decía:

HOY SE INAUGURAN NUEVAS COLECCIONES

Museo Scatterhorn, 10.00h a 17.00h. la colección Hellkiss se suma ahora a la exposición permanente restaurada. Apasionantes nuevos paisajes que incluyen rinocerontes, cocodrilos y guepardos, creados por August Catcher para Nicholas Zumsteen de Hellkiss Hall, nunca vistos en público. Asimismo, nueva exposicion de especímenes locales y otras curiosidades, donados por los habitantes de Dragonport.

—¿Qué te parece? —dijo tío Jos, sonriendo con satisfacción—. Nuevas piezas de museo, nunca vistas: supongo que ya va siendo hora de que vayamos a echarle un vistazo a todo, ¿tú no? ¿Estás listo, chaval?

—Desde luego —respondió Tom, ilusionado. Era justo lo que tenía ganas de hacer.

—Muy bien, chaval. Muy bien. Ahora, permíteme que te acompañe al carro.

Minutos después, Tom estaba sentado en el sidecar de la antiquísima motocicleta de Jos, transitando con estrépito por las soleadas calles. Mientras miraba las ordenadas hileras de casas adosadas que iban dejando atrás, se descubrió sonriendo. Se moría de ganas de ver el museo, que había visitado por última vez el año anterior. Qué distinta le parecía ahora su vida y, no obstante, en realidad, sabía que no lo era tanto. Seguía viviendo en la casa más destartada de Middlesuch Cióse, una calle gris normal y corriente de una ciudad gris normal y corriente del otro extremo del país. Continuaba yendo a la escuela, donde nada se le daba especialmente bien, ni mal, salvo que resultaba que sabía mucho de insectos, y advirtió que se metía en muchos más líos que antes. Por alguna razón, no podía refrenarse de hacer cosas peligrosas; era como una atracción magnética. «Típico de los Scatterhorn —suspiraba su madre, frenética—. Sois todos unos cabezas locas».

Ella continuaba siendo profesora, y su padre... bueno, él continuaba siendo el mismo hombre rubio, alto, enjuto y greñudo de siempre, de ojos risueños y pocas palabras. Ahora trabajaba a jornada completa como entomólogo, pero, en el fondo, también él era un cabeza loca...

En el mundo normal, Tom Scatterhorn era un muchacho como cualquier otro, pero cuando venía a Dragonport, por alguna razón, todo era distinto. El sol brillaba más, el viento soplaba con más fuerza, la lluvia caía en mayor cantidad y, más importante aún, Tom se sentía distinto. Y lo era: porque, en Dragonport, Tom Scatterhorn no era un muchacho como cualquier otro. Allí, era especial, muy especial.

—Ya estamos —rugió Jos mientras aparcaba la ruidosa motocicleta fuera del gran edificio de ladrillo rojo situado al final de Museum Street—. ¿Qué te parece?

Tom se bajó del sidecar y contempló la conocida fachada con los ojos entrecerrados, sus relucientes torres y pináculos contrastando con el vivido cielo azul. Todo parecía mucho más limpio y perfilado.

—Está como los chorros del oro, ¿verdad? —dijo Jos, parándose en las escaleras y echándose hacia atrás para admirar el enladrillado—. Te alegrará saber que hasta han arreglado el tejado.

—Parece casi nuevo —dijo Tom con admiración.

—Bueno, lo és, en parte. ¿Has leído eso?

Jos señaló la deteriorada placa que dos feroces dragones sostenían entre ellos sobre la entrada. Decía:

MUSEO SCATTERHORN FUNDADO EN 1906 POR SIR HENRY
SCATTERHORN LEGADO A LOS HABITANTES DE DRAGONPORT DIOS
SALVE AL REY

Debajo de aquellas viejas palabras había otra inscripción: «Renovado en 2009 con fondos proporcionados por el señor Tom Scatterhorn».

—Ahí lo tienes, Tom, inmortalizado para siempre —dijo Jos, moviendo la mano.

Tom miró la placa, azorado.

—Nunca me dijiste que ibas a hacer eso.

—Por supuesto que no —dijo Jos, riéndose—. Porque sabía lo que dirías. Pero no podíamos permitir que tu generosidad pasara inadvertida, chaval. A fin de cuentas, si el zafiro de Champawander, uno de los zafiros en bruto más grandes del mundo, hubiera caído misteriosamente en mis manos, no estoy seguro de que lo hubiera vendido para comprar este viejo sitio y, además, costear su restauración. Pero ahí es donde tú y yo somos distintos. Venga —añadió, sacándose una gran llave del bolsillo con mucha ceremonia—. ¿Sería el nuevo propietario tan amable de abrir la puerta?

Tom sonrió y, cogiendo la llave, la insertó en la vieja cerradura. Se notaba nervioso, excitado, y, por algún motivo, seguía sin terminar de creerse que aquello fuera cierto. A fin de cuentas, ¿cuántas personas de doce años eran propietarias de un museo?

La puerta crujió antes de abrirse y Tom tardó un momento en habituarse a la oscuridad. Las imponentes formas de las vitrinas, llenas de animales que él conocía bien, estaban por doquier. Al entrar en la sala central, vio al mamut junto a las escaleras, el largo pelaje greñudo brillándole en la penumbra, al pájaro dodo en su estrado, al gorila relajándose en la horcadura de su árbol. Allí estaba el mono narigudo, apoyado tranquilamente en el lado de su vitrina, el grupo de pangolines, las hileras de esturiones blancos, los osos hormigueros, los puercoespines y el árbol de colibríes dentro de su bóveda de cristal. A lo largo de las paredes, había paisajes repletos de animales de todos los continentes... allí estaban el zorro, la liebre y el lobo árticos, perdidos en la nieve centelleante, la selva lluviosa brasileña, tras cuyas grandes hojas verdes se ocultaban serpientes, monos y tapires, y, ocupando la pared del fondo, las grandes llanuras africanas, rebosantes de gacelas, leones y suricatas. Todo estaba justo como Tom lo recordaba. Todos los animales, coleccionados por su pariente lejano, el legendario cazador sir Henry Scatterhorn y luego disecados por August Catcher, el taxidermista igual de legendario, que, casualmente, era el mejor amigo de sir Henry.

—Ha quedado bien, ¿no crees? —dijo Jos, acercándose al lugar donde Tom estaba parado en un charco de luz—. Dos expertos han tardado casi un año en restaurarlo.

—Es fantástico —asintió Tom, mirando a su alrededor. Los animales podían tener

más de un siglo, pero parecían más vivaces que nunca.

—Voy a interpretar eso como la aprobación del propietario —resolló Jos, yendo al rincón donde estaba la gran maqueta de Dragonport nevado. Tom lo siguió y escudriñó la ciudad extendida ante él, tal como era hacía un siglo. Como todo lo demás, estaba igual, pero no del todo—. Ha quedado genial, ¿verdad? —dijo Jos, toqueteando el interruptor que convertía la escena nocturna en una diurna—. Eliminamos esos dichosos escarabajos, la limpiamos bien, la repintamos y, ¡abracadabra!, como nueva. Bueno, casi —añadió, apretando el interruptor en vano. Tom miró las concurridas calles nevadas y la feria del hielo instalada en el río helado y lo inundaron recuerdos de su última visita al museo... pensar que había estado allí... todo parecía más diáfano que antes...

—De cualquier modo —prosiguió Jos—, esto ya está muy visto, ¿no, chaval? Imagino que lo que a ti te apetece ver son las novedades, como a todos.

Tom miró ajos y él le guiñó el ojo.

—Es por aquí —dijo, riéndose, y se dirigió a las escaleras—. Sé que las clases te absorben mucho y no has estado totalmente al corriente de la restauración —añadió, internándose en la oscuridad—, pero ten por seguro, Tom, que hemos mantenido el espíritu. Este sitio es, a su manera, una cápsula del tiempo, y espero que lo siga siendo durante mucho tiempo. Aquí no hay ninguno de esos carísimos ordenadores vuestros ni ninguna de esas chorradas interactivas. Solo taxidermia de toda la vida y de primera calidad.

Tío Jos se detuvo en el rellano para recobrar el aliento y contempló la confusión de sombras de la planta baja.

—Y, si te soy sincero, Tom, aunque he pasado aquí la mejor parte de mi vida, nuestra última adquisición los eclipsa a todos.

—¿La colección Hellkiss? —dijo Tom con expectación.

—Afirmativo.

Jos se aclaró ruidosamente la garganta y se dio la vuelta para estar ante la tigresa asesina, que seguía agazapada al final de las escaleras, lista para saltar.

—Vamos, que no estoy seguro de que ni nuestra tigresa esté a la altura.

Tom sonrió con anticipación; había oído algún que otro comentario sobre el tema a sus padres durante el curso.

—¿Dónde está?

—Paciencia paciencia —dijo Jos, disfrutando del suspense, y, al llegar a la primera planta, se dirigió a una gran puerta de madera situada al final de las vitrinas de las aves—. De esto no te acordarás, porque la última vez que estuviste aquí no existía. Bueno, existía, pero estaba tapiado. Verás, cuando sir Henry Scatterhorn construyó este sitio hace un montón de años, hizo un ala este simétrica al ala oeste. Lo cual era lógico, porque, si el museo llegaba a ampliarse, lo haría por ahí. Pero, como tú y yo sabemos bien, chaval, no hubo nunca ningún motivo para hacer eso, ni tampoco fondos. De hecho, creo que casi nos habíamos olvidado de que existía.

Hasta ahora.

Jos abrió la puerta con un ostentoso ademán. Detrás, había una sala alargada y de techo alto con minúsculas ventanas cerca de las vigas. A primera vista, era como cualquier otra sala del museo, con vitrinas llenas de animales dispuestas a lo largo de las paredes. Pero en el centro era distinta, porque estaba presidida por tres grandes escenas, una confusión de formas y cuerpos que no se parecía a nada de lo que Tom había visto hasta entonces. Jos lo miró con expectación.

—¿Qué opinas de eso?

Para empezar, Tom no estaba seguro de lo que eran. Se acercó a los animales disecados más próximos, que reconoció como dos guepardos, en pos de una gran gacela. Aquello no tenía nada de extraordinario, salvo que los tres animales estaban corriendo a toda velocidad y apenas tocaban el suelo, zigzagueando entre la hierba. Parecía que fueran a saltar en cualquier momento y Tom se maravilló de que August Catcher hubiera conseguido plasmar una escena así y, más aún, de que hubiera logrado disecarlos en aquella postura. Adentrándose más en la penumbra, vio otra escena extraordinaria, más grande que la primera. Era de una charca enfangada, repleta de animales salvajes bebiendo. En el centro de la charca, un enorme cocodrilo había saltado fuera del agua como si fuera un tronco volador. Estaba dando un coletazo al agua fangosa y había atrapado entre sus enormes fauces el hocico de un ñu muy sorprendido. Una vez más, August Catcher había escogido el momento con precisión; todos los animales estaban a punto de emprender la huida, el cocodrilo acababa de empezar a girar la cabeza y su temblorosa presa tenía expresión de susto mezclado con puro horror.

—Es casi como un fotograma de una película, ¿verdad? —dijo Jos con admiración—. Congelación de la imagen en tres dimensiones.

Tom alargó la mano y pasó los dedos por las cascadas de agua verticales que August había hecho con vidrio fundido.

—¿Cómo lo hizo?

—Sí, ¿cómo? —repitió Jos, guiñándole el ojo—. Pero si te gusta esa, Tom, guárdate un poco de admiración para esta belleza.

Dirigiéndose a la pared del fondo, Jos encendió un foco.

—Caray.

A Tom le brillaron los ojos del entusiasmo. Lo que le había parecido un montón de piedras cayendo al suelo con la pared como telón de fondo cobró súbitamente forma. En la base había un gran rinoceronte negro, saltando por un acantilado. Lo seguía una serie de animales que se precipitaban al vacío con la mirada desorbitada, suspendidos en el aire en posturas de verdadero horror. Había leones, facóqueros, una jirafa, dos osos pequeños, un viejo tigre blanco, lémures y buitres, monos y serpientes pitón. Era como si todos los animales de un zoológico hubieran saltado por un barranco. Y por encima de ellos se erigía una abrupta pared negra de agua coronada por una franja de espuma blanca.

—Se llama *El Diluvio* —dijo Jos con orgullo—. Bíblico, ¿verdad? El Diluvio universal.

Tom movió la cabeza con asombro. Era espectacular, pero lo que todavía lo hacía más increíble era que todas aquellas criaturas parecían estar suspendidas en el aire, congeladas en el momento de saltar por un acantilado. Pero ¿cómo podían mantenerse en su sitio? ¿Qué las sustentaba? Tom se fijó mejor; no había cables ni barras de acero, y entonces advirtió que todos los animales estaban tocando a otro de alguna forma; una cola rozaba livianamente un ala, una uña arañaba un lomo, todos los animales de aquella colosal escena estaban unidos por una intrincada serie de conexiones que se sustentaba en el gran rinoceronte de la base. Pero ni tan solo el rinoceronte tocaba el suelo... ¿o sí?

Se acercó a un lado de la vitrina y vio que solo el dedo trasero de su pie izquierdo estaba en contacto con la pared rocosa. Todo lo demás estaba suspendido en el aire.

—Pero ¿cómo...? —comenzó a decir, no queriendo parecer estúpido—. O sea...

—¿Cómo narices se sostiene? —dijo Jos, riéndose—. Yo también he estado preguntándomelo, Tom —dijo—, estrujándome el cerebro. Creo que con soportes pescantes.

—¿Soportes pescantes?

—Ya sabes, pesos, equilibrios y todo eso. Como un sube y baja. Creo que casi todos los animales suspendidos en el aire están rellenos únicamente de papel maché o plástico, por lo que no pesan casi nada. En cambio, el pie del rinoceronte es de acero macizo, lo bastante resistente como para soportar el peso de todos los demás, y el acantilado pesa suficiente para equilibrarlo todo. Muy habilidoso, ¿no?

Tom se estaba devanando los sesos; nunca se concentraba mucho en clase de física, pero aquello era increíble. Casi era magia, pero, por supuesto, no lo era. No le extrañaba nada que Jos estuviera tan complacido.

—En mi opinión poco objetiva, lo considero el mejor logro de August Catcher —dijo en tono pomposo— y, muy probablemente, la pieza de taxidermia más llamativa del mundo. Es pura invención, por supuesto, fruto de una imaginación desbordante, pero este servidor no había visto nunca nada igual, y dudo que nadie más lo haya hecho.

Miró a Tom entusiasmado, con los ojillos negros brillándole.

—¡Y pensar que está aquí, chaval, en el Museo Scatterhorn!

Y aquel era otro misterio que Tom no terminaba de entender.

—Entonces... ¿Nicholas Zumsteen nos ha donado todo esto?

—Sí, por así decirlo. Él ya hace mucho que se fue, «sabes», pero su viuda sigue viva. Todo ha sido cosa suya, de hecho.

—¿Por qué?

—Creo que le caíste bien.

—¿Yo?

—Tú, Tom. Déjame que te haga un resumen. Los Zumsteen son una gente

bastante rara. Hubo un tiempo en que estuvieron forrados; comerciaban con diamantes, creo, y eran muy reservados. Tenían casas en todo el mundo. Monaco, Sudáfrica, México, e incluso Hellkiss Hall, a poca distancia de aquí río arriba. Es una casa extraña, rodeada de kilómetros de bosque. Yo no viviría ahí ni que me pagaran. Y, según dicen, tampoco Nicholas Zumsteen, el hijo menor. Era un tarambana, los aviones y los animales le volvían loco, y no tenía ningún interés en los diamantes. No sé cómo, se topó con August Catcher en sus viajes y le encargó hacer esta escena sin reparar en gastos. Eso sacó de quicio a su padre, creo.

—¿Por qué, no le gustaban?

—No los soportaba —respondió Jos—. Que es por lo que llevaban casi cincuenta años aparcados en el vestíbulo de Hellkiss Hall. El viejo casi fingía que no estaban allí. Probablemente, porque le recordaban a Nicholas.

—¿Qué le ocurrió? —preguntó Tom—. ¿Has dicho que murió?

—Bueno, desapareció, más bien —respondió Jos, con aire de complicidad—. En algún punto del Pacífico. Las cosas no están claras. Es un «misterio», ¿sabes?

—¿Y su viuda? Has dicho...

—¿Oscarine? —Jos se rió entre dientes—. Oscarine Zumsteen. La novia de Dragonport.

—¿La novia de Dragonport?

—En sus buenos tiempos, Oscarine era intocable. Era bella. Legendaria. Pero, después de que Nick desapareciera, se volvió un poco solitaria. Por supuesto, los Zumsteen no la querían viviendo con ellos y le cedieron una de sus casas de campo, la del borde del humedal. Y allí está desde entonces, volviéndose loca poco a poco, según dicen. —Jos se quedó callado, los ojos brillándole bajo los enormes setos de sus cejas.

»Es decir, hasta que leyó un curioso artículo en el periódico sobre un jovencito que había vendido un zafiro para restaurar el Museo Scatterhorn. Debió de tocarle la fibra. Así que vino a echar un vistazo.

—¿La conociste?

—Pues claro. Le hice una visita guiada. Quería saberlo todo sobre el museo, y sobre ti, claro. Luego, antes de que me diera cuenta, estaba convenciendo a los Zumsteen de que todas estas bellezas ignoradas debían trasladarse aquí, para estar con el resto de la obra de August. E, increíblemente, ellos aceptaron. Creo que se morían de ganas de deshacerse de ellas, para serte sincero. Pero lo que a uno cura a otro mata, ¿no?

Tom y Jos se quedaron mirando las sorprendentes escenas en silencio.

—Ojalá las hubiera visto mi querido padre —masculló Jos—. Con ellas aquí, deberíamos tener cola en la calle. Lo cual me recuerda que ya debe de ser hora de abrir, ¿no?

A las diez en punto, Tom abrió la pesada puerta del museo y se quedó un momento parado, parpadeando para habituarse al sol.

—¿Abres o qué?

La señora de nariz aguileña lo miró por encima de sus lentes.

—¿Disculpe? —dijo Tom—. ¿Está usted...?

—¿Esperando el autobús? ¿Y a ti qué te parece? —interrumpió su compañera—. Que seamos abuelas no significa que tengamos todo el día.

Tom se hizo a un lado mientras entraba el reducido grupo de señoras mayores, charlando alborotadamente. Aquello era increíble: había gente esperando para entrar en el Museo Scatterhorn. Nadie hacía eso antes. Rascándose la cabeza, volvió a entrar. Las cosas habían cambiado, desde luego que sí...

Y, conforme fue transcurriendo la mañana, la afluencia de visitantes continuó. Grupos de turistas, en su mayor parte, intrigados por cómo era un auténtico viejo museo inglés de taxidermia, y también un flujo constante de lugareños, muchos de los cuales parecían estar tan interesados en el nuevo propietario como en la colección Hellkiss.

—¿Eres tú el auténtico Tom Scatterhorn?

Un niño con los ojos enormes lo estaba mirando, maravillado.

—Esto... sí —farfulló Tom, un poco azorado.

El niño negó con la cabeza: aquello era increíble.

—¿Y tienes el zafiro más grande del mundo?

—Ya no. Lo he vendido. Y no era el más grande.

—¿Era así de grande? —preguntó el niño, extendiendo los brazos para representar el tamaño de un balón de fútbol.

—No —dijo Tom, sonriendo—, más bien así —añadió, representando el tamaño de una ciruela con la mano—. Pero valía mucho dinero.

El niño pensó un momento en aquello, no del todo seguro de que fuera cierto.

—¿Como cuánto?

—Hum...

—¿Cien millones?

—No.

—¿Diez millones, billones, trillones?

—Pues...

—¿Trocientos millones?

—Casi —dijo Tom, riéndose, y advirtió que un par de muchachas estaban señalándolo y sonriendo desde el otro lado del vestíbulo. Notó que se ruborizaba. El niño movió la cabeza con incredulidad.

—Caray.

—Más dinero del que tú verás en tu vida, Bradley —lo interrumpió su madre—. Lo siento, majo. —Sonrió a Tom—. Hace muchísimo que quiere conocerte. Cuando sea mayor, quiere tener un museo. Nosotros hemos estado recogiendo unos cuantos especímenes, ¿eh, Bradders? Anda, enséñale lo que tenemos.

Bradley asintió con la cabeza y, poniéndose serio, metió la mano en su mochila y

sacó una caja de pequeños escarabajos verdes, rojos y azules montados en plástico.

—Son del señor Chan, el hombre de los cumpleaños. Los reparte en las fiestas. — Bradley empezó a colocar los escarabajos en la mesa que tenía delante, formando un elaborado dibujo con ellos. Las muchachas se acercaron para echar un vistazo.

—Muy bonitos —dijo una—. Me gustan.

—Los rojos me encantan —dijo la otra, riéndose tontamente.

—¿Entonces los quieres, para el museo?

Tom no supo muy bien qué decir.

—Se ha pasado muchísimo tiempo coleccionándolos —canturreó su madre, ilusionada—. Se pondría contentísimo.

—Tendría que volver a empezar, pero no me importa —dijo Bradley, clavando sus ojazos en Tom—. Mucho.

—Esto...

—Bueno, bueno, ¿qué tenemos aquí? —resolló Jos, acudiendo en su rescate—. ¿Más piezas para la mejor exposición de Dragonport?

Escudriñó la variopinta serie de escarabajos que Bradley había dispuesto en la mesa con mucho cuidado.

—Qué colección tan magnífica, jovencito. Verdaderamente magnífica.

Bradley se hinchó de orgullo; luego se inclinó hacia delante para contar un secreto a Tom.

—Los colecciono por colores. Mira: rojos, verdes, azules —dijo, con mucha seriedad—. ¿Entiendes?

—Creo que sí —respondió Tom, todavía un poco desconcertado.

—Bueno, señor director —dijo Jos, guiñándole el ojo. Al fin y al cabo, es tu museo. ¿Podemos quedarnos con la colección de escarabajos de Bradley?

Tom captó su mirada traviesa.

—Hum... sí. ¿Por qué no? —dijo, esperando haber dicho lo correcto.

—Bravo —resolló Jos—. Conozco el sitio ideal para ellos. Venga conmigo, señor director.

—Perdona por haberte metido en esto, chaval —dijo Jos, riéndose—. Se me ocurrió una idea para las fiestas de Dragonport. Me tomé la libertad de poner un anuncio en el periódico, pidiendo a los coleccionistas de por aquí que donaran material para una pequeña exposición. Nos han traído toda clase de cosas. La mayoría no valen para nada, por supuesto, pero una buena parte de la obra del señor Catcher también ha salido de lugares insospechados.

Jos pasó por las salas dedicadas a las aves y entró en una pequeña sala de la nueva ala este, donde depositó los escarabajos de Bradley en una vitrina rotulada «últimas colecciones». Tom miró a su alrededor y vio que el resto de la exposición constaba principalmente de animales de compañía disecados bastante estropeados con aspecto de haber salido de un desván. Estaba el «Pobre Polly», un loro que había presenciado la batalla de Waterloo y vivido noventa y tres años; «Badger», un Jack Russell muy

bizco al que le faltaba una oreja; y una jaula de sucios periquitos azules y amarillos que había pertenecido a una tal señorita Snowdrop Scott. Entre aquellos objetos había colecciones de piedras, huevos, monedas extranjeras y viejas botellas de leche, donadas todas por los habitantes de Dragonport.

—¿Qué es eso? —preguntó Tom, acercándose a la maqueta de la gran vitrina que ocupaba el centro de la sala.

—Es el hallazgo sorpresa de la exposición —resolló Jos, acercándose a él—. La trajeron ayer. Son las «islas Tithona», por lo visto. Del Pacífico. Yo no las conozco. Hecha por el mismísimo August Catcher.

—¿Hecha por August Catcher? —repitió Tom, mirando los centenares de islas, todas con extrañas formas. Vio poblados flotantes que se extendían hacia los arrecifes, barcos de pesca que flotaban en las cristalinas aguas azules, selvas que tapizaban las escarpadas laderas montañosas y cabañas ocultas entre los árboles. Era otro mundo, tan detallado y completo como la maqueta de Dragonport expuesta abajo.

—¿Para quién la hizo?

—Dios sabe. Viene de Hellkiss Hall. Oscarine Zumsteen la encontró en no sé qué establo. Pensó que debíamos tenerla nosotros.

—¿En serio?

—Eso dice. August debió de estar en las islas en algún momento, imagino. ¿Cómo es posible hacer nada igual sin haber estado? Pero, por qué la hizo, y para quién... —Jos se encogió de hombros.

A través del cristal, Tom escudriñó las extrañas formas volcánicas de las islas surgiendo del cristalino mar azul. ¿Qué secretos podía encerrar la maqueta?

—Así que este es el muchacho del que tanto hemos oído hablar.

Al volverse, Tom vio a un hombre bajo y enjuto estrujando la mano ajos. Llevaba un gorro azul celeste que estaba tan grasiento que parecía que se lo hubieran encerado en la cabeza y una bata marrón de conserje.

—¡Ern! —rugió Jos—. ¿Se puede saber dónde te habías metido?

—Aquí estoy, a sus órdenes, mi capitán.

—Tom —resolló Jos—. Deja que te presente a mi nuevo primer oficial, el que ahora lleva todo el cotarro. Ern Rainbird, Tom Scatterhorn.

—Me alegro de conocerte, jefe —dijo Ern, adelantándose y cogiendo la mano de Tom entre sus fuertes dedos nudosos.

—Hola —dijo Tom, haciendo una mueca cuando Ern le estrujó despiadadamente la mano. Luego lo miró a la arrugada cara pecosa; sin duda, Ern Rainbird tenía algo extraño pero, por el momento, no sabía qué era.

—Ern se ocupa del mantenimiento diario de este barco ahora que Melba y yo hemos entrado oficialmente en la edad madura —explicó Jos—. Es un viejo colega de la marina mercante.

—Así es —gruñó Ern, escrutando a Tom con sus ojos azafranados—. Si hay algo

que limpiar, bruñir o remendar, chaval, yo lo resuelvo, en un periquete.

—Así es Ern. Has impuesto un nuevo régimen, ¿verdad?

—Desde luego que sí, hijo —gruñó Ern—. He puesto un poco de orden en este sitio. Cerraduras como Dios manda en las puertas, rótulos en los armarios, ya sabes. No se puede gobernar un barco como este sin orden. Como yo siempre digo al señor Scatterhorn: si el sistema se casca...

—Nosotros también —lo interrumpió tío Jos, que obviamente ya había oído aquel refrán muchas veces—. Bien hecho, Ern. Pues sigue, número uno —bramó, y le hizo un jocoso saludo militar.

—Sí, sí, patrón —gruñó Ern, tocándose el gorro, y volvió a clavar en Tom sus ojos azafranados—. Me alegro de conocerte, chaval.

Tom se quedó mirando al patizambo Ern Rainbird cuando se dio la vuelta y mientras se perdía en la oscuridad, preguntándose cómo había podido contratar tío Jos a alguien tan distinto a él.

—Sé qué estás pensando, Tom —dijo Jos en voz baja—. Es un poco... militar, pero es lo que necesitamos. Melba y yo no queremos estar detrás de ningún holgazán. Ern tiene sus normas, listas de tareas, tablas, hasta una cocinilla en la sala de la caldera con una tetera y un bote de galletas. Todo lo que necesita es una hamaca y ya vuelve a estar en la marina. No te preocupes por Ern.

Tom no estaba tan seguro, pero decidió reservarse sus dudas. Y, además, tuvo poco tiempo para preocuparse de eso, porque se pasó el resto del día sonriendo y estrechando la mano a desconocidos. Dondequiera que fuera la gente lo miraba y lo señalaba, y perdió la cuenta de las veces que llegaron a preguntarle: «¿De verdad eres Tom Scatterhorn?». Empezó a extrañarse por primera vez de que la gente quisiera ser famosa. Resultaba agotador.

—Buen trabajo, buen trabajo, buen trabajo —murmuró un numeroso grupo de ancianos estadounidenses al salir por la puerta, seguidos de Goteras Logan, el nuevo alcalde, quien, como de costumbre, estuvo encantado de ser el último en marcharse.

—Bien hecho, Tom Scatterhorn —dijo Goteras, dando a Tom una palmada tan fuerte en la espalda que casi lo derribó—. Dragonport necesita jóvenes como tú con iniciativa para volver a ponerlo en el mapa.

—Si no estuviéramos en el mapa, aquí no habría nadie —dijo Melba, que había venido para ayudar a cerrar el museo.

—De acuerdo, señora Scatterhorn, pero quiero que Dragonport acoja en su seno a los líderes empresariales del mañana. Celebrar hoy las excelencias del mundo del mañana. Lo considero una misión crucial.

—Es suficiente, Goteras —dijo Melba, empujándolo para que saliera y cerrando la puerta.

—Qué horror —resolló Jos, frotándose la cabeza—. ¿Misión crucial? Dios santo, y pensar que antes era un mero fontanero.

Por un momento, los tres se quedaron sin decir nada en la fresca penumbra,

oyendo cómo se alejaban por la calle las últimas voces.

—El silencio es oro —susurró Melba, la voz resonándole en la sala—. No creía que fuera a volver a decir eso.

—Pero es una buena cosa —dijo Jos, sonriendo con cara de cansancio.

—Sí —dijo Melba, sacando las ganancias de la caja registradora y metiéndolas en la caja de caudales—. Si no nos andamos con cuidado, el Museo Scatterhorn se autofinanciará.

—Eso sería una catástrofe —dijo Jos, guiñándole el ojo y acercándose a Tom, que estaba sentado en las escaleras, agotado—. Chaval —añadió, sacándose un juego de llaves del bolsillo con mucha ceremonia—. Considerando que eres el propietario y un claro líder empresarial del mañana, creo que te mereces un juego —dijo, dejándole las llaves en el regazo—. Es tuyo, ¿no? ¿Por qué no ibas a poder ir y venir como te convenga?

Tom no supo qué decir. Habían sido demasiadas emociones para un día.

—Gracias. De veras. Muchas gracias.

—No es nada, chaval —dijo Jos, sonriendo—. Hasta luego.

Tom les dijo adiós con la mano cuando ellos salieron. Únicamente ahora, por fin, estaba solo. Respiró hondo y miró a su alrededor. Jos tenía razón. Era evidente que las cosas habían cambiado en el museo, pero ¿hasta qué punto? Allí estaban el mamut, el gorila, el pájaro dodo, la tigresa, agazapada en la oscuridad, esperando. Tom fue hasta el centro de la sala y miró arriba. Por la claraboya, vio que el cielo azul se había vuelto morado: la noche estaba al caer. Bien. La oscuridad iba mejor. Se aclaró la garganta con nerviosismo: ¿Debía? «Venga. Prueba. No lo sabrás hasta que pruebes. Está bien —pensó—. Allá voy».

—¿Hola? —dijo.

Oyó el eco de su voz en la oscuridad.

—¿Hola?

Arsénico

El silencio era ensordecedor. El único sonido que Tom oía era un ligero zumbido en los oídos.

—¿Hola? —volvió a decir, más alto esta vez.

A lo lejos, se disparó una alarma de coche. Tom escrutó las sombras, cada vez más negras conforme caía la noche. Puede que silencio fuera todo lo que había ahora. Con aire distraído, echó una mirada al mamut y vio que algo brillaba debajo de las escaleras. Era un candado, colocado en la portezuela del armario. El nuevo régimen de Ern Rainbird, pensó. Probablemente, ya habría puesto candados y cerraduras por todo el museo. Quizá por eso había tanto silencio. Puede que Ern Rainbird fuera dado a merodear por allí después de que los visitantes se hubieran marchado. A lo mejor era eso.

—Rainbird se ha ido, por si queréis saberlo —dijo en voz alta—. Lo he visto irse con mis propios ojos.

Silencio. A lo mejor estaba hablando solo. Era una suerte que no hubiera nadie escuchando. Podrían pensar que estaba loco. Las sombras se habían espesado tanto que lo único que veía eran ojos, colmillos y garras. Todo tenía una aterciopelada tonalidad marrón oscuro. De pronto, se preocupó. La restauración quizá lo hubiera cambiado todo...

—Pues es una pena —dijo, oyendo el eco de su voz en el denso silencio—. Llevaba mucho tiempo esperando esto. Pero, obviamente, así es como va a...

—Ser.

Se quedó callado. Aguzó el oído. ¿Era...?

—O no ser.

—En efecto.

—Esa es la cuestión.

Hubo una pausa.

—Pero ¿se lo merece?

—Ya no estoy tan seguro.

El corazón empezaba a latirle más y más deprisa. Sintió centenares de ojos observándolo en la oscuridad. ¿Eso era todo? Imposible.

—¡Ejem!

Se volvió con rapidez y escudriñó la vitrina de los pequeños mamíferos. Algo se movía por delante del cristal, un rabo. Lo siguió con la mirada y, allí, encima de la vitrina, estaba la pálida sombra del mono narigudo.

—¡Cuánto tiempo! —dijo, rascándose la cabeza—. Casi creíamos que ya no volverías.

Tom suspiró, aliviado.

—Hola.

—Hola, sí.

Tom se sobresaltó. Oyó una cortante voz de mujer muy cerca de él. Miró al suelo y vio al pájaro dodo, mirándolo con indignación.

—Olas, más bien —repuso el ave—. Con el agua hasta el cuello hemos estado. Y todo gracias a ti. ¿En qué estabas pensando, chico?

—Yo... —comenzó a decir Tom—. ¿A qué te refieres?

—¡Me refiero a que me han desmontado y me han vuelto a montar! ¡Me refiero a que me han limpiado y relimpiado! ¡Me refiero a que me han sacado los ojos, me los han pulido y me los han puesto al revés! ¡Me refiero a que Zipi y Zape me han cosido unas asentaderas nuevas! ¡A eso me refiero!

El pájaro dodo estaba tan enfadado que perseguía su propia sombra.

—Restaurado, a eso se refiere —bramó una voz grave y resonante que parecía provenir de muy lejos pero que, de hecho, estaba muy cerca. Al instante, pareció que un lado entero del museo se movía. Era el mamut.

—Me temo que mi amiga lleva mucho tiempo guardándoselo —rugió, enroscando la trompa alrededor de la mano de Tom y estrechándosela—. Me alegro mucho de volver a verte, chico. Entre nosotros, opino que está espléndida, si bien un poco bizca.

—¿Un poco? ¿Un poco? ¡Te diré que mi vista es perfectísima! —gritó el pájaro—. Veo todos tus defectos.

—Sin duda, damisela.

—Y este museo. —El pájaro dodo se acercó a Tom con torpeza y clavó en él su gran ojo amarillo—. Puedes habernos restaurado, Tom Scatterhorn, y algunos pueden estarte agradecidos...

—¡Aquí, aquí! —exclamó el esturión—. Yo vuelvo a tener barbillones.

—Y yo escamas —añadió el pangolín.

—Y yo mi bonita lengua larga —canturreó el oso hormiguero.

—¿Y para qué exactamente necesitas una lengua? —gorjeó el puercoespín—. ¿Para comer más hormigas? Esto es un museo, no la sabana africana.

—Sea como fuere —continuó el pájaro dodo—, en mi importante opinión, vuestros cambios han despojado a este sitio de su carácter. Se lo han arrebatado.

Tom miró al pájaro dodo. No entendía a qué se refería.

—Son los recién llegados —explicó el gorila, bajándose de la horcadura de su árbol y tumbándose boca arriba—. No son de los nuestros, amigo mío.

—¿Te refieres a la colección Hellkiss? —preguntó Tom.

—Eso es justo a lo que me refiero —dijo el pájaro dodo, negando con la cabeza—. Los hermanos voladores de arriba, haciendo equilibrios sobre la punta del pie y yo qué sé más.

—¿Qué hay de malo en eso?

—Baja el nivel —dijo el gorila con displicencia—. ¿Qué se creen que es esto, un circo?

—Todos son más grandes y mejores que nosotros —silbó la anaconda—. ¿Qué se

supone que debo hacer ahora, hacerme un lío?

—Bueno, no... —farfulló Tom—. Es decir...

—¿No te gusto? —graznó el pájaro dodo, clavando en él su iracundo ojo amarillo—. ¿No soy lo bastante buena para ti?

—Yo...

—Yo soy un pájaro dodo, Tom. Un pájaro dodo parlante. ¿No es eso suficiente, chico?

Saltaba a la vista que el resentimiento tenía raíces muy profundas. Se levantó un murmullo generalizado de voces descontentas mientras el mono narigudo saltaba de vitrina en vitrina, abriéndolas y permitiendo que los animales salieran.

—No me había dado cuenta de lo aburridísimo que soy —se quejó el oso perezoso—. Es decir, me paso la vida colgado de un árbol cabeza abajo. No me muevo nunca. Y soy marrón. ¿De qué sirve eso?

—Que seas marrón no significa que seas aburrido, amigo mío —bramó el mamut—. El marrón es un color bonito. Si se tiene edad y clase, por lo general se es marrón. Es sinónimo de distinción.

—Extinción, más bien —musitó el wombat.

—¡Hermanos, por favor! —trinó una voz chillona.

Tom alzó la vista y vio una musaraña sentada al borde de una gran vitrina.

—¿No es esta la tierra de leche y miel? —dijo, alargando una huesuda garra—. ¿No hemos pasado todos por el valle de la muerte, hermanos?

—¡Sí, por supuesto que sí! —gritó una congregación de musarañas más pequeñas alineadas en el anaquel inferior.

—Entonces, ¡abrid la mente, liberad el amor de vuestro corazón!

—Es curioso que siempre tengan una respuesta para todo —gruñó el gorila—, y algo me dice que están a punto de ponerse a cantar.

—Música, justo lo que necesitamos —bufó el pájaro dodo.

—«Cuando la colección Hellkiss llegó a las puertas del cielo» —cantó la musaraña predicadora.

—«¿Qué vieron?» —preguntaron las musarañas con fervor.

—«Vieron a nuestro Señor Jesucristo, hablando contigo y conmigo».

—«¿Qué dijeron, qué dijeron?».

—«Dijeron: “Por favor, Señor Jesucristo, ¿podemos entrar?”».

—«¿Y qué hizo él, qué hizo él?».

—«Dijo: “¿Habéis sido honrados, fieles y leales?”».

—«¿Habéis hecho con los demás como queréis que hagan con vosotros?».

—«¿Os habéis comido el pan? ¿Bebido el vino?».

—«¿Habéis desterrado a Satán de vuestra mente?».

La congregación de musarañas se puso a chillar con fervor.

—«¿Y qué dijo él, qué dijo él?».

—«¡Aleluya, aleluya, Señor, todos los días!».

Las musarañas gritaron y alzaron felizmente el puño.

—«¡Aleluya, hermanos, aleluya!» —gritó la musaraña predicadora—. «Los animales de la colección Hellkiss se hallan entre los elegidos, igual que tú y que yo. Dios nuestro Señor no hace distinciones. Hombre, mamut, polilla o ratón, aquí todos son bien recibidos».

—«Algunos lo son mejor que otros» —masculló el pájaro dodo.

—¿Lo ves, Tom? —murmuró el mamut entre la algarabía de voces—. En este museo puede haber mal ambiente, pero estos pequeñines siempre estarán en el cielo.

El mamut le guiñó un ojo y Tom sonrió; casi había olvidado que, al disecar todos los roedores y musarañas, August Catcher les había rellenado las cavidades del cerebro con páginas de la Biblia. Como todas las demás criaturas del museo, su carácter se basaba en lo que tenían dentro de la cabeza. Y, gracias al extraordinario elixir de August, que él había utilizado para conservarlos, todos seguían tan vivos, en cierto sentido, como lo estaban a finales del siglo xix. ¿Eran como ellos los animales de la colección Hellkiss? A lo mejor estaban rellenos de otra cosa, o quizá Jos tuviera razón y estaban completamente huecos.

—Entonces, ¿no habéis hablado con ellos? —preguntó mientras subía la escalera despacio.

—¿Con quiénes, con los nuevos? —respondió el mono narigudo, ayudando a los viejísimos pangolines a salir de su vitrina.

—Sí —dijo Tom—. Con los nuevos. ¿Con quién si no?

Hubo un momento de silencio y Tom percibió que aquella era una pregunta candente.

—El caso es —comenzó a decir el armadillo—, o sea, es decir, son tantos...

—¿Por dónde empezar? —intervino la mofeta.

—Y están todos conectados —dijo la anaconda con desdén—, pies con manos...

—Ponte a hablar con uno y el resto se cae...

—Nada puede persuadirme de que converse con un cocodrilo —anunció la tortuga con aire taciturno.

—Es cuestión de principios —asintió la gacela.

—Un aburrimiento —dijo flemáticamente el alce—. Como hablar con un par de zapatos...

—En otras palabras, muchachito, no, no han hablado.

La voz resonó en la oscuridad por delante de él y Tom se quedó justo donde estaba. Allí, al abrigo de su hueco, estaba la larga silueta amarillenta de la tigresa asesina, tendida sobre su piedra con indolencia.

—Pero así es la gente —dijo, bostezando—. Lo deja todo para después. ¿Por qué hacer algo hoy cuando puedes dejarlo para mañana?

La tigresa clavó en él sus ojos llameantes y Tom se estremeció, muy a su pesar. Conocía a aquel felino desde hacía tiempo y la experiencia le había enseñado a desconfiar muchísimo de él.

—Así que has vuelto, Tom Scatterhorn —dijo lentamente el gran felino—. Veo que vuelves a frecuentarnos.

Abajo, se oyó un grito ahogado de asombro.

—Es esa sufragista...

—Se lo va a comer...

—No le des ideas...

—Chist.

Se hizo el silencio.

—Hola —dijo Tom con nerviosismo.

La tigresa lo escrutó en la oscuridad.

—No temas, Tom. Quizá no seamos lo que se dice amigos, pero ya no somos enemigos, ¿recuerdas?

Tom escudriñó la oscuridad, intentando descifrar su expresión. Sabía que aquello era cierto, pero ¿podía confiar en ella? La tigresa bostezó ruidosamente.

—Parece que esos bobos de abajo tienen razón —dijo, en tono de aburrimiento—. Han restaurado el club de campo, pero sí da la impresión de que nos han quitado un poco de protagonismo. Y, pese a su aspecto bastante extraordinario, las nuevas adquisiciones no tienen ninguna conversación. Lo cual es una lástima. Esperaba que apareciera alguien inteligente.

Abajo, Tom oyó un murmullo de disconformidad, pero la tigresa lo ignoró.

—Una se plantea si es verdad que solo están llenos de pelusa y aire. O, si no es eso, se están mordiendo la lengua. En ambos casos, su silencio es bastante intrigante, ¿no crees?

—Hum... sí, o sea, es probable —farfulló Tom.

—Yo sí lo creo —gruñó la tigresa—. Pero tú tienes cosas más importantes de qué preocuparte. O las tendrás, muy pronto. Hala, vete, Tom, vete.

La tigresa se estiró perezosamente y apoyó la cabeza en la roca.

—Adiós —dijo Tom, aliviado de que el animal más peligroso del museo ya no intentara comérselo.

La tigresa no respondió; se limitó a menear el rabo con irritación. Era hora de irse. Con cautela, Tom fue hasta el ala este y abrió la puerta de la sala que contenía la colección Hellkiss. Allí, ante él, estaban los animales, precipitándose al vacío en la oscuridad. Quizá tuvieran razón. Sería increíble si aquellos recién llegados pudieran desensamblarse, corretear por el museo siempre que les apeteciera y volver a ensamblarse al instante. Pero también estaba segurísimo de que su hostilidad no guardaba ninguna relación con rinocerontes, cocodrilos ni facóqueros. La realidad era que eran nuevos y distintos. No hacía falta más.

—¡Arsénico!

El brusco silbido interrumpió los pensamientos de Tom. Arsénico... ¿no era la contraseña para indicar peligro? Abajo, oyó rápidos correteos y los chasquidos de puertas de vitrinas cerrándose y, al volverse, solo vio al pájaro dodo regresando a su

estrado y readoptando la pose que mantenía desde hacía un siglo. Arsénico... en el museo había alguien, o algo, ¿quién podía ser? ¿Ern Rainbird, haciendo una visita nocturna? ¿Tío Jos, quizá? Aguzó el oído para percibir algún sonido en el grueso manto de silencio. No oyó nada. Con cautela, regresó de puntillas a las escaleras y se detuvo. Abajo no había nadie... o ¿qué era aquello? Había algo moviéndose detrás del gorila. Algo parecido a un vestido. Bajó unos cuantos peldaños y se detuvo. De las sombras emergió una muchacha, extrañamente vestida con una falda y un jersey hechos jirones. No lo había visto; estaba mirando las vitrinas de animales con mucha atención, hablando entre dientes. La observó un momento. ¿Quién era, una ladrona? Era más o menos de su edad, con pinta salvaje, y Tom advirtió que no llevaba zapatos.

—¿Puedo ayudarte?

Sus palabras hicieron añicos el hondo silencio. La muchacha giró sobre sus talones y lo miró. Parecía peligrosa y asustada al mismo tiempo.

—¿Puedes ayudarme? —repitió—. ¿Puedes hacerlo?

Escrutó al enjuto muchacho rubio de ojos oscuros que tenía delante, parado en mitad de la escalera.

—A lo mejor puedes. Pero a lo mejor no.

—¿Quién eres?

La muchacha no respondió. Incluso en aquella oscuridad casi completa, Tom vio que tenía la piel de color café, y su acento era poco común.

—Tú eres Tom Scatterhorn —dijo ella, de repente—. Lo sé todo sobre ti.

—Ah, ¿sí?

La muchacha asintió con la cabeza. Lo escrutó con curiosidad.

—Pero no eres como imaginaba. Tú eres el que les dio el frasquito azul.

Tom notó que empezaba a tensarse y, con gran esfuerzo, se contuvo. No tenía la menor idea de quién era aquella persona, pero, por alguna razón, parecía saberlo todo sobre el secreto que tanto le remordía la conciencia.

—¿Qué quieres? —preguntó con aspereza.

—Soy Pearl —respondió la muchacha, algo desconcertada por la reacción de Tom—. Pearl Smoot. Un nombre raro, ¿verdad? Pero ahí lo tienes.

Tom terminó de bajar las escaleras y se quedó delante de ella. Se hizo un incómodo silencio.

—Estoy buscando... de hecho, estoy buscando a alguien que pueda ayudarme.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Es complicado —comenzó a decir ella—. Hum... ¿por dónde empiezo? Muy bien. Somos parecidos, tú y yo. Sabemos que ellos existen.

—¿Ellos?

—Ya sabes. Están por todas partes. Ellos.

Tom no dijo nada. Se preguntó si la muchacha quería decir lo que él creía que quería decir.

—«Esos» —continuó Pearl, a modo de explicación—. Tú ya sabes quiénes.

Una vez más, Tom sospechó de qué estaba hablando. ¿Quién era Pearl Smoot? Se devanó los sesos; estaba seguro de haberla visto antes en alguna parte, pero ¿dónde?

—¿Y has allanado mi museo solo para decirme eso?

—Bueno, casi... hay mucho más, ¿sabes? —dijo Pearl, sonriendo—. «Mi museo», me gusta eso, Tom, mola. De hecho, no he allanado tu museo. He entrado antes, pero me he escondido y luego me he quedado dormida. ¡Ya ves! —Se rió de sí misma con nerviosismo—. No... esto... ahora en serio, supongo que no tendrás galletas.

—¿Galletas? —repitió Tom.

—¿O magdalenas, quizá? ¿O tostadas? ¿O buñuelos? Estoy muerta de hambre y no tengo dinero. De hecho, no tengo nada en absoluto.

Tom miró a Pearl Smoot, moviéndose con inquietud. Desde luego, parecía genuinamente desesperada. Pero ¿cómo sabía lo del frasquito? La única forma de averiguarlo era confiar en ella y eso fue justo lo que decidió hacer.

—¿Quieres una galleta? —repitió, sonriéndole con cordialidad.

—O dos. Sí. Estoy muerta de hambre.

—Vale. Vamos, hum... vamos a echar un vistazo. Sígueme —dijo Tom, y bajó las escaleras para dirigirse a la sala de la caldera.

Tío Jos había dicho que Ern Rainbird se había hecho una guarida allí y, en efecto, después de buscar entre la maraña de tuberías, Tom descubrió su reserva secreta de galletas, junto con una tetera y una ordenada hilera de botes de mermelada que contenían té, azúcar y leche. Cinco minutos después, Pearl y Tom estaban sentados uno frente a otro a la minúscula mesa de Ern bajo la única bombilla de la sala y en el bote ya no quedaba ni una sola galleta. Pearl se las había comido todas.

—Gracias —dijo, limpiándose las migas de la boca—. Confieso que llevaba tiempo sin comer.

Tom la había estado observando en silencio mientras comía y había decidido que no era una ladrona. Y, más aún, que tampoco era de por allí. Tenía la tez oscura, casi tanto como una nuez, porque estaba muy bronceada, y era muy pecosa. Los claros ojos azules le brillaban como faroles en el rostro moreno y tenía el cabello negro salpicado de reflejos dorados. Tom advirtió que llevaba un aro de oro en un dedo del pie. Todo aquello, unido a su extraña falda pasada de moda y estampada con grandes flores y su holgado jersey azul, le daba un aire muy exótico. O había regresado de unas largas vacaciones al sol o era por completo de otro lugar.

—¿Así que no eres de Dragonport? —preguntó con educación, sabiendo perfectamente cuál iba a ser la respuesta.

—Qué va —respondió Pearl, tomando un sorbo de té dulce y caliente—. Yo... estoy aquí un poco por casualidad. No sé mucho de este sitio, ¿sabes? Viajé hasta aquí, anoche. Durante el espectáculo de pirotecnia —dijo, mirando a Tom por encima de la taza humeante.

El espectáculo de pirotecnia, ¿era ahí donde la había visto? Tom se acordó entonces de la muchacha que iba colgada del globo... ¡eso era! Se trataba de Pearl Smoot, llevaba la misma ropa. Poco a poco, todo estaba cobrando sentido: Pearl debía de pertenecer a alguna compañía de circo; Jos había dicho que habían venido varias para las fiestas.

—Creo que vi tu acrobacia anoche —comenzó a decir, con vacilación—. Fue estupenda.

—¿Mi acrobacia?

—Sí. Con el globo —continuó Tom, con menos convencimiento—. Parecía peligrosa.

Pearl lo miró con recelo.

—Eso no fue una acrobacia, fue un accidente, y casi me muero del susto. Y casualmente sé que el modo en que he venido es lo mismo que te pasa a ti. He «viajado» hasta aquí, ¿sabes?

Tom no dijo nada y Pearl lo miró con dureza.

—Tu padre se llama Sam Scatterhorn, ¿verdad? Y tu madre es Poppy.

—Sí —respondió Tom, con cautela—. ¿Cómo lo sabes?

Pearl tomó otro sorbo de té y continuó mirándolo. Parecía estar sopesando algo.

—¿Dónde están?

—En Chile. Llegaron anoche.

—¿Estás seguro?

—Sí, del todo —respondió Tom con impaciencia—. ¿Por qué, qué estás diciendo?

Una vez más, Pearl no respondió y su silencio puso nervioso a Tom.

—¿Sabes dónde los llevan? Ya sabes, los que tú y yo sabemos. ¿Sabes dónde llevan a la gente cuando la capturan?

Tom no comprendía. Aquella conversación era demasiado rara para tener alguna lógica.

—Oye, lo siento mucho, pero ¿quién ha llevado a quién adonde? ¿Quiénes son «esos»? ¿Los que tú y yo sabemos?

—¡No lo sé!

Pearl estaba exasperada.

—Esa es la cosa, ¡que no lo sé!

Se quedó mirando a Tom, con los ojos llameándole, y, luego, de repente, su expresión cambió. Fue como si, de pronto, Pearl estuviera mirando a una persona completamente distinta.

—Oh, Dios mío —gritó—, a lo mejor es eso, tú... —De pronto, se metió la mano en el bolsillo y sacó un estropeado cuaderno rojo. Se puso a hojearlo con rapidez y se detuvo en una página.

—Don Gervase Askary —dijo, pronunciando cada palabra con mucha claridad—. ¿Lo conoces?

Tom notó un repentino nudo en la garganta. Hacía un año y medio que no oía aquel nombre y había conseguido dejar de pensar en él. Pero aquellas palabras volvieron a recordárselo de inmediato.

—Un tipo alto. Ojos grandes, de color amarillo. Una pinta rara.

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

Pearl tragó saliva. Aquello parecía haberla puesto incluso más nerviosa.

—¿Es tu jefe?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Tom.

—¿Es amigo tuyo?

—No...

—Pero lo conoces.

—Sí, pero...

—¿Y le diste el elixir? El que fabricó August Catcher. El líquido que despiden un gas que vuelve las cosas inmortales, que él descubrió por casualidad. ¿El mismo líquido que utilizó para conservar los animales de este museo?

Tom notó que se ponía furioso. ¿Por qué lo estaba interrogando Pearl?

—No tuve elección —comenzó a decir—. Pasó que... oye, ¿cómo se supone que iba a saber que era un...?

—¿Qué?

Pearl se quedó mirándolo. Ahora parecía muy asustada.

—¿Que era qué? Dímelo.

Tom, incómodo, cambió de postura. Era obvio que Pearl no lo sabía y, desde luego, él no iba a decírselo y empeorar aún más las cosas.

—Pues... pues un hombre muy malvado —protestó él—. ¿Cómo sabes todo eso?

—Porque anoche se presentó en casa.

—Oh.

—En lo alto de la colina. Nos arrinconaron esas... criaturas, a saber qué eran. Mi hermano Rudy y yo íbamos a escapar con el globo meteorológico y mi padre iba a agarrarse a él, pero... —Pearl se quedó callada, con lágrimas asomándole a los claros ojos azules—. Yo no pude... no funcionó. Rudy se cayó y a mí me succionó un agujero, en el borde de un tornado.

Tom se quedó callado, asimilándolo todo. Lo estaban acribillando pensamientos y recuerdos de todo tipo. Había oído que aquellas cosas eran posibles, y la había visto en el espectáculo pirotécnico. La creía a pies juntillas.

—Así que se han ido. Don Gervase Askary se los ha llevado a algún sitio —dijo Pearl, con tristeza—. Lo siento. Pensaba que a lo mejor sabías más, ya que parece que también ha cogido a tus padres.

Tom la miró, sin estar seguro de haber oído bien.

—¿Qué has dicho?

Pearl le pasó el estropeado cuaderno rojo que tenía en la mano.

—Está todo ahí, si quieres saberlo.

Tom cogió el cuaderno y miró la tapa, donde ponía: «Solo para los ojos de Smoot».

—¿De quién es?

—De mi padre —respondió Pearl—. Es espía radiofónico. Escucha cosas, y luego las vende a gente. Es todo bastante secreto.

—Un espía radiofónico —murmuró Tom, volviendo las páginas repletas de información sobre ovnis, secretos militares, experimentos extraterrestres, agujeros temporales, así como una gran cantidad de fechas y referencias a mapas—. ¿De verdad oye todo esto?

—Sí.

—Entonces, ¿cómo es que te lo ha dado a ti?

—Este cuaderno es lo que Askary quería. No sé por qué. Ni siquiera sabía que mi padre lo tenía. Tú sales justo al final.

Tom hojeó las páginas cada vez más horrorizado: ¿Qué había oído aquel hombre? Pronto reconoció los nombres de sir Henry Scatterhorn, August Catcher y varios largos apartados sobre Nicholas Zumsteen. Y allí, al final, había varias páginas sobre él. «Nacimiento de T. S., T. S. cumple cinco años, padre de T. S. en Mongolia, T. S. conoce a August Catcher, T. S. y el elixir, T. S. en el museo, T. S. en India, T. S. y don Gervase Askary». Todos los apartados referían retazos de conversaciones, acontecimientos que él ni siquiera recordaba...

—Pero ¿por qué me ha estado espionando tu padre? —preguntó Tom, enfadado—. ¿Qué tengo yo de interesante?

Pearl se encogió de hombros. Ahora parecía más tranquila.

—Es su trabajo. Espía a todas las personas del mundo. Porque puede, supongo. Sé que no está lo que se dice bien, pero, si no te enteras, da lo mismo, ¿no?

Tom se quedó mirando las páginas y se mordió el labio. Lo último que deseaba era que lo consideraran tan importante como para espionarlo. Durante el último año, había retornado a su vida normal, su escuela, su casa vieja y destartada, sus padres ligeramente locos, y había hecho cosas normales. Era propietario de un museo, sí, y había vendido un zafiro para restaurarlo, sí, pero ¿y qué? Echó un vistazo a los capítulos de su vida hasta llegar al final. «Final curioso —ponía—: Sam y Poppy Scatterhorn apresados por D. G. ¿Traición de T. S?»». Se quedó mirando las palabras sin comprender su significado. Volvió a leer la línea y el corazón se le desbocó, martilleándole en las sienas. Apenas fue capaz de continuar leyendo.

Zumbidos. Selva. Río a lo lejos. ¿Aparece una criatura grande?

—Oh, Dios... Dios mío... ¿qué es eso?

Ruido fuerte. Grito (¿Es un animal?).

—¿Quién es usted?

Pausa. Arañazos. ¿Algo escarbando?

—¿Qué quiere de nosotros?

Risas de D. G. Crueles.

—No saben quién soy, ¿no?

—No.

Hurga en un bolsillo.

—¿Son los padres de este chico?

Silencio ensordecedor.

—Lo interpretaré como un sí.

—¡Él no tiene nada que ver con esto! ¡Nada en absoluto!

(Bien dicho, Sam).

—No se lo imaginaban, ¿no?

—¿El qué?

Poppy insegura. Nerviosa.

—¿Imaginarnos qué?

—Tom es el motivo de que estén aquí. Y es la razón de que también lo estemos nosotros.

Silencio.

—Les ha tendido una trampa. Les ha delatado.

—¿Qué? ¿De qué está hablando? —grita Sam.

—Oh, sé que cuesta aceptarlo. ¿Por qué iba a hacer una cosa así? —D. G. se ríe con desdén—. Tan confiados. Tan necios. Es una tragedia.

Golpeteo de dedos. Gritos; una pelea. Un ruido sordo. Silencio. ¿Sam y Poppy Scatterhorn muertos? Difícil de saber. Mucho ruido de insectos.

—Lleváoslos. Destruid las pruebas. Aseguraos que los llevan abajo con el resto de gentuza.

Tom se quedó mirando las líneas con impotencia. Luego, con gran esfuerzo, volvió a leerlas.

—Espeluznante, ¿verdad? —dijo Pearl, advirtiendo que Tom se había quedado blanco como el papel—. A mí también me lo pareció.

—Pero... esto tiene que ser un error —farfulló Tom—. Tu padre ha debido de equivocarse. No es lógico.

Pearl enarcó las cejas.

—Mi padre es bastante bueno en esto. Normalmente, no comete errores. Si lo ha anotado, es cierto. Pero, tienes razón, hay interrogantes, y no hay fechas, así que... —Se encogió de hombros.

—Pero... pero ¿por qué? —balbució Tom, mirando las palabras—. ¿Por qué iba yo a... y por qué iba a capturarlos él?

—No lo sé. ¿Por qué iba a capturar a nadie? ¿Y adonde lo llevaría?

Tom no dijo nada; continuaban siendo demasiadas cosas para asimilarlas todas. En un solo instante, su mundo se había derrumbado.

—Lo siento —dijo Pearl en tono de disculpa—. Creía que a lo mejor lo sabías, que es, en cierto modo, por lo que he venido aquí. Creía que a lo mejor podíamos

ayudarnos. Y, además, también quería pedirte una cosa.

Tom la miró, aturdido.

—¿Qué es?

—¿Te importaría que pasara la noche aquí?

Tom se lo pensó un momento. Seguía teniendo el corazón desbocado.

—Es que..., a decir verdad, no tengo ningún otro sitio donde ir. Y hay unos hombres... creo que me están siguiendo.

—¿Siguiéndote? ¿Qué hombres?

—No... no estoy segura del todo. Solo es una sensación. Por esto, a lo mejor —dijo con un suspiro, cogiendo el cuaderno—. No sé. Lo siento.

Se quedaron un momento callados.

—Hay un cuartito en la parte de atrás del museo —explicó Tom—. Dormía ahí la última vez que vine. Puedes utilizarlo, si quieres.

—¿De verdad?

Pearl sonrió: parecía aliviadísima.

—Me harías un favor enorme, Tom.

—No hay problema —murmuró él, la cabeza dándole todavía vueltas—. Es por aquí.

Tom se internó en el largo pasillo que conducía a la parte trasera del museo, y entró en la minúscula casa donde antes vivían Jos y Melba. Allí no funcionaba ninguna luz, pero él se conocía el camino y encontró sin dificultad las desvencijadas escaleras que había al final. Tras subir los peldaños estrechos y desiguales, dio un empujón a la puerta. Allí, ante él, estaba el cuartito abuhardillado, con las paredes combadas bajo el tejado y el suelo sembrado de cajas. En el rincón estaba la estrecha cama donde había dormido, aún con una descolorida colcha estampada extendida sobre ella. Todo estaba igual. Hasta la ventana seguía ligeramente abierta.

—¿Te sirve esto? —dijo Tom, sorteando las cajas y apoyándose en el marco de la ventana para intentar cerrarla, sin éxito—. Siento que haga un poco de frío. Tal vez...

—Oh, no, está bien. De verdad. Es un sitio cubierto, que es mucho mejor que estar a la intemperie, créeme. —Pearl sonrió—. Gracias.

—De nada —dijo Tom—. Y... ¿y qué vas a hacer ahora?

Pearl se quedó un momento pensando.

—Puede que mañana me ponga a buscar a alguna otra persona que pueda ayudarme. No sé. Este cuaderno está lleno de información extraña. ¿Qué vas a hacer tú?

Tom miró el suelo, confundido.

—Telefonar a mis padres, supongo. Para asegurarme, por si, ya sabes...

—Parece una buena idea. Deberías hacerlo.

Tom sonrió débilmente.

—Sí.

Hubo un momento de incómodo silencio en el que ninguno de los dos supo qué

decir.

—Adiós, pues —dijo Tom.

—Adiós.

—Hasta mañana, quizá.

Tom cerró la puerta, regresó al vestíbulo, pasando por pasillos y salas a oscuras, y salió a la calle. El sol se había puesto hacía mucho, pero el cielo aún tenía una pálida tonalidad morada. De pronto, se notó enfadado, enfadadísimo. Tenía ganas de gritar, pero, en cambio, echó a correr. Y no dejó de hacerlo hasta llegar a Flood Street. ¿Qué les había sucedido a sus padres? Imaginó una ladera montañosa en mitad de la selva, con una tienda de campaña montada en un claro al abrigo de unos árboles enormes. Vio jinetes en la oscuridad, acercándose tienda, galopando por una pista de tierra, con don Gervase cabeza... no era posible, ¿lo era?

Entró corriendo por la puerta trasera y fue directamente su habitación sin molestar a Jos y a Melba, que estaban en cocina. Jadeando, se sentó al borde de la cama y, con el teléfono temblándole en la mano, escribió un mensaje.

¿Estáis bien? Necesito saberlo. Urgente. Tom xxx

Pulsó la tecla «Enviar» y vio cómo desaparecían las letras. Quiso enviar otro mensaje justo después, pero sabía que era a surdo. No podía hacer nada más. Respirando hondo, se echó en la cama y se quedó mirando el techo. Aquello no tenía ningún sentido. ¿Cómo los había traicionado él? Traicionar la palabra le resonó en la cabeza como una bala rebotando dentro del cráneo... Enfadado, se enjugó las lágrimas que empañaban la vista e hizo todo lo posible por pensar con celeridad. Fuera cual fuera la verdad, una cosa era segura. Ar Smoot podía haber escuchado muchos secretos, pero se le había pasado por alto un detalle fundamental. No sabía que don Gervase Askary, y todos sus muchos miles de trabajadores cómplices, no eran lo que se dice personas de carne y hueso. De hecho, eran escarabajos: del futuro. Askary se había apoderado del elixir de la vida y ahora, obviamente, estaba buscando otra cosa. Y Tom sabía que no se detendría ante nada para conseguirla.

El humedal Skeet

Tom se levantó temprano a la mañana siguiente y, vistiéndose a todo correr, bajó las escaleras con rapidez.

—Vaya prisa tienes, chaval —le gritó Jos con voz de sueño desde la ventana cuando lo vio apresurarse por el jardín de camino a la verja—. ¿Va todo bien?

—¡Sí! —respondió Tom, deteniéndose para anudarse el cordón del zapato—. Solo quiero abrir a la hora.

—Bien hecho —dijo Jos, sin estar muy seguro de por qué quería Tom ir al museo tan temprano. A fin de cuentas, acababan de dar las siete de la mañana.

—Le arde la sangre, a este cabeza loca —masculló. Claro que su padre también estaba bastante loco. Cuando a los Scatterhorn se les metía algo entre ceja y ceja, no había quien los parara.

Tom se apresuró por las calles vacías y aún oscuras, absorto en sus pensamientos. Había dormido mal, consultando su móvil cada dos horas por si había mensajes, pero no había recibido ninguno. Y ahora, de pronto, había recordado que se había olvidado de advertir a Pearl con respecto a Ern Rainbird, el conserje marcial. Probablemente, Ern iba al museo en cuanto despuntaba el alba para ponerse a limpiar y Tom se había imaginado la escena de Ern encontrándose a Pearl dormida en la buhardilla y utilizando alguna vieja táctica militar para dejarla fuera de combate antes de llamar a la policía. Y además estaba la pequeña cuestión de su reserva secreta de galletas...

En ambos casos, Ern Rainbird no iba a estar contento cuando llegara al museo y, en efecto, no lo estaba.

—Ah, eres tú —gruñó mientras emergía de la oscuridad, algo sorprendido de ver a Tom entrando tan temprano por la puerta lateral—. Buscas a alguien, ¿no?

—No —respondió Tom con toda la inocencia de que fue capaz—. ¿Hay algún problema?

Ern torció el gesto.

—Podría decirse que sí. Parece que anoche tuvimos visita.

—¿Visita?

—Así es. Hambrienta, además. Se ha zampado todas mis galletas.

—Vaya por Dios. Eso está... mal. ¿Sigue ella aquí?

Ern enarcó una ceja y lo miró con recelo.

—¿Ella?

—O «él» —se apresuró a añadir Tom—. ¿Se ha ido?

Ern no respondió de inmediato. Siguió escrutándolo con sus ojos azafranados y pasándose una cerilla de un lado al otro de la boca. Tom casi podía oír los engranajes rechinándole en el cerebro. Estaba buscando un culpable.

—Supongo —dijo por fin—. La ventana de la parte de atrás está reventada. Debe de haber bajado por la cañería. He estado buscando pruebas.

Desenroscó un largo pelo negro y lo puso a contraluz.

—¿Ves esto? —rezongó—. Un vagabundo, supongo. Con un perro atado de una cuerda, un aro en la nariz y una botella de sidra. Están por todo Dragonport; son como una epidemia. Conoces a los de su calaña, ¿no?

—Oh —dijo Tom, aliviado de que Pearl se hubiera marchado—. ¿Voy a echar un vistazo?

—Si quieres... —respondió Ern, haciendo una mueca—. Técnicamente, es el escenario de un crimen, pero esta es tu casa, ¿no?

Tom notó que Ern Rainbird lo seguía con la mirada cuando cruzó el vestíbulo y entró en la casita de la parte trasera del museo. Subió por la desvencijada escalera del fondo del pasillo, abrió la puerta y descubrió que todo estaba justo como Ern había descrito. Pearl se había marchado, como él sospechaba que podría haber hecho. Pero ¿dónde? Se sentó en la cama y miró a su alrededor con aire distraído. Ya entraba viento por el cristal roto y vio algo detrás de la puerta, mecido por la suave brisa. Era la esquina de un periódico. Se levantó, cerró la puerta y encontró una nota escrita en lápiz clavada en la puerta. Ern no debía de haberla visto. Arrancándola, se sentó en una caja y empezó a leer.

Querido Tom:

Perdona lo de la ventana; estaba un poco dura. Perdona lo de las galletas (me temo que encontré otro paquete detrás de las tuberías). Y perdona que no esté. He encontrado los nombres de unas cuantas personas de Dragonport anotados en el cuaderno de mi padre. A lo mejor pueden ayudarme... hasta luego, espero.

Pearl

P.D. Había unas deportivas viejas debajo de la cama que me van más o menos bien. Espero que no te importe.

Tom se quedó mirando la nota. Luego, miró los tejados de Dragonport y el río que se divisaba a lo lejos. ¿Podía haber alguien allí que supiera alguna cosa? Parecía improbable, pero, en verdad, él casi era tan forastero en Dragonport como Pearl. Solo había estado en la ciudad una vez, durante las vacaciones del verano anterior, y la mitad del tiempo ni siquiera había estado físicamente en ella...

Sacó su móvil y lo consultó con impaciencia: seguía sin haber ningún mensaje de sus padres. Estaba intentando decirse que no importaba, que lo más probable era que fuera noche cerrada y estuvieran sin cobertura, como lo estaban casi siempre; en mitad de una selva o en la cima de una montaña, pero aun así... las palabras del cuaderno seguían acosándolo, no podía quitárselas de la cabeza... suponiendo que los hubieran capturado, ¿dónde los habían llevado? Casi con toda seguridad al futuro, ¿no? Tom había intentado imaginárselo a menudo, el misterioso lugar del que habían venido don Gervase, Lotus y posiblemente gran parte de los demás, y siempre veía un paisaje desierto, vasto y polvoriento, salpicado de los últimos vestigios de civilización humana. No había mucho allí, salvo millones de millones de escarabajos. Volvió a mirar la nota y negó con la cabeza. Quizá debiera haber dicho a Pearl la verdad sobre don Gervase... no, ella jamás lo creería, ¿quién lo haría? De hecho, él

no se lo había contado a nadie y a veces hasta se preguntaba si era siquiera cierto. Pero lo era.

—Así que nos han entrado, ¿no?

Jos cruzó la sala después de dejar a Ern Rainbird, que seguía rezongando en la penumbra.

—Vaya por Dios —resolló, acercándose a Tom—. Y no se han llevado nada, salvo las queridísimas galletas de Ern, y cómo se ha puesto, madre mía. No hay de qué preocuparse —susurró—. De hecho, Tom, esto es bastante buena noticia.

—¿Por qué?

—Nos quita un peso de encima, ¿no? —dijo Jos, entrecerrando tanto los ojos que parecieron dos balas bajo sus pobladas cejas—. A Ern le encanta la bronca, y alguien que se ha zampado su reserva secreta de galletas es ideal. Le da un motivo para quejarse.

Tom no estaba muy seguro de haber entendido la lógica de aquel razonamiento, pero Jos parecía contentísimo.

—Y tengo otra buena noticia para ti, chaval. Justo después de que te fueras esta mañana, he recibido una llamada de Osearme Zumsteen.

—¿Oscarine Zumsteen?

—Exacto. Una verdadera sorpresa. Y, es más, quiere conocerte.

—¿A mí?

—A ti. El propietario —dijo pomposamente Jos—. Te ha invitado a tomar el té esta mañana.

—Oh. —Tom no estaba seguro de qué decir—. ¿Ha dicho por qué?

—No —respondió Jos, y se encogió de hombros—. No ha concretado. Así que le he dicho que estarías en su casa en una hora.

—Ah, ¿sí? —respondió Tom, algo sorprendido.

—Es decir, si te va bien —añadió Jos, como si nada—. Es solo que no estaba seguro de que tuvieras algún otro plan para esta mañana, y no querría que te aburrieras.

—¿Aburrirme? —resopló Tom, indignado—. ¿Por qué iba a aburrirme?

—No estoy diciendo que te aburras, chaval —respondió Jos, dándole una palmada en el hombro—. Pero esto es como una invitación de la reina. Ya es bien raro incluso ver a Osearme, y aún lo es más que te invite a su casa. A mí no me ha invitado nunca. Así que tómate una taza de té y sonríte: cautívala, chaval. Y, entre tú y yo, me ha dado la impresión de que tenía algo que decirte —dijo, guiñándole el ojo.

—¿En serio?

—En serio. Oscarine es una persona muy peculiar, famosa por ser excepcionalmente precavida, de manera que a mí no me contaría nada, claro. Solo... «insinúo» que cabe esa posibilidad —dijo Jos con aire misterioso.

Tom comprendió que no había modo de echarse atrás. Y, aunque no le apetecía nada ir a tomar el té con una anciana excéntrica, su difunto marido, Nicholas

Zumsteen, lo intrigaba. Puede que también él estuviera relacionado con todo aquello...

—Está bien —dijo—. ¿Cómo voy a su casa?

—Muy sencillo —respondió Jos, sonriendo—. Puedes coger la bici.

Varios minutos después, Tom estaba haciendo equilibrios por la calle, montado en una bicicleta negra muy vieja y oxidada con la rueda delantera muy pequeña y una cesta en el manillar.

—¡Te acostumbrarás! —lo animó Jos—. Tú solo pedalea, y recuerda: no utilices el freno de la rueda trasera. ¡La trabará y tú saldrás volando por los aires!

—El freno de la rueda delantera —lo corrigió Melba, que estaba a su lado—. Es el freno de la rueda delantera, Jos.

—Ah, ¿sí? Creía que habías dicho...

—Yo no he dicho nada. ¿No me digas que lo has dejado marcharse sin probar los frenos? ¿Lo has hecho, Jos?

—Hum... —Jos se rascó la cabeza—. Bueno, yo no diría exactamente...

—¡El que se traba es el freno de la rueda delantera, Tom! —gritó Melba—. ¡Utiliza el de la rueda trasera!

Tom ya estaba bajando como una bala por Museum Street en dirección al río. ¿Qué freno funcionaba: el de la rueda delantera, el de la trasera, ninguno de los dos? Ya tenía suficiente con mantener derecha la pesada bicicleta, que se bamboleaba extrañamente y había comenzado a emitir un sonido alarmante al cobrar velocidad.

—Oh, Dios mío —masculló Jos, tapándose los ojos.

Tom levantó los pies de los pedales, tomó la curva al final de la cuesta y giró sin utilizar ninguno de los dos frenos. Pero, por algún motivo, el accidente que Jos esperaba no llegó a suceder, porque, de repente, Tom se encontró subido a la acera, esquivando por los pelos un banco, pasando como una bala entre dos balizas y bajando de nuevo a la calzada, haciéndolo con tanta brusquedad que le castañetearon los dientes. Vaya armatoste de bici. Pero montar en aquella vieja carraca sin frenos era bastante divertido y Tom se preguntó si sería capaz de hacer todo el camino hasta la casa de Oscarine sin tener que utilizarlos.

Jos le había explicado que la mejor manera de llegar era seguir el río hacia el norte hasta que las casas daban paso a campos y cañaverales que señalaban el perímetro de Hellkiss Hall.

—Hay un camino nuevo que bordea el humedal —había dicho—. Por ahí es un poco más largo, pero llegarás. También hay un viejo camino de contrabandistas que atraviesa los cañaverales, un atajo, pero no sé si todavía existe. Yo que tú daría el rodeo, chaval.

Tom se estuvo repitiendo aquellas instrucciones mientras circulaba por calles vacías bordeadas de casas adosadas, que terminaron dando paso a hileras de garajes y unos cuantos coches reducidos a cenizas.

El río azul resplandecía bajo el sol y no había nadie fuera de las casas, aunque, al

final de la última calle antes del humedal, vio un coche con dos hombres vestidos de negro. Parecían estar a la espera de alguna cosa. «A lo mejor es una operación de vigilancia —pensó—. Policías secretos espiando a un fugitivo. Los hombres lo miraron con recelo cuando cruzó la estrecha verja empujando la bicicleta y tomó el camino que bordeaba el humedal. «Una operación de vigilancia, seguro», pensó, y se pasó los minutos siguientes absorto en una escena imaginaria donde había un sangriento tiroteo que terminaba muy mal para los policías. Cuando volvió a alzar la vista después de su ensoñación, vio una desvencijada casita que se erigía sola al final del humedal. Más allá, un gran ejército de oscuros pinos reseguía el río. «Esa debe de ser la casa de Oscarine», pensó. Y no se parecía en nada a lo que había imaginado: por alguna razón, pensaba que sería algo mucho más imponente, dada la fortuna de los Zumsteen y las fabulosas escenas del museo. Pero Oscarine quizá se hubiera vuelto huraña por algún motivo...

La inquietud de Tom aumentó cuando tomó el sendero de arena que conducía a la casa, porque allí, después de cruzar el bosque, había otro coche aparcado. También parecía estar a la espera... Lo ignoró y giró, dejando atrás una vieja barca de madera invadida por las ortigas, una mohosa caravana apoyada sobre ladrillos y otros restos de maquinaria oxidada semicultos por la crecida hierba. Aquello parecía un corral viejo y destartado y no le extrañó que pudiera aparecer un perrazo y ponerse a perseguirlo. Pero allí no había ningún ruido salvo el silbido del viento entre los pinos. Clavó los pies en la arena roja hasta frenar por completo, se bajó de la bicicleta y la dejó apoyada en el poste de la verja. Se volvió y miró las dos ventanas sin luz, que parecían ojos bajo el tejado de paja. Estaba seguro de haber vislumbrado un movimiento detrás de la cortina. ¿Era Oscarine? Se subió los pantalones y se retiró el pelo de los ojos. No estaba seguro de por qué se había puesto tan nervioso. Aquel lugar tan apartado tenía un aire siniestro: a lo mejor eran los coches, o el silencio... Respirando hondo, fue hasta la puerta y llamó con decisión. No hubo respuesta. Aguardó, y estaba a punto de volver a llamar cuando advirtió que la puerta estaba entreabierta. Empujándola, se asomó al oscuro interior y vio que había cajas de cartón a medio llenar diseminadas por el suelo.

—¿Hola?

—Hola —dijo una aguda voz cantarína desde el fondo de la casa—. ¿Quién es?

—Soy Tom Scatterhorn.

—¿Eh? ¡Ah, sí! Espera un momento, espera un momento espera un momento.

Tom aguardó en la entrada con nerviosismo. Jos había descrito a Oscarine como a una persona peculiar, lo cual podía significar cualquier cosa, pero, cuando la menuda silueta apareció al fondo del pasillo y se acercó, advirtió que su definición era extraordinariamente precisa.

—Hola, hola —dijo Oscarine, sacando la cabeza por la puerta.

—Hola —respondió Tom, mirando a la mujer menuda, pelirroja y de hombros estrechos. Llevaba un vestido bordado y unas gafas de media luna apoyadas en la

punta de la nariz aguileña que le aumentaban mucho la mitad inferior de sus claros ojos azules.

—Yo... esto... Usted...

—¿Té? —dijo Oscarine, ladeando la cabeza como una paloma—. ¿Tomarás té?

—Sí —farfulló Tom—. Estupendo.

—Ven ven ven —lo instó Oscarine, y se abrió paso entre las cajas hasta un par de sillones de orejas colocados junto a la chimenea, encendida pese a ser verano.

—Tú siéntate ahí, para que yo te vea bien —dijo, señalando el sillón de la ventana.

Tom obedeció y esperó mientras Oscarine se iba rápidamente a la cocina. Podía tener una pinta un poco extraña, pero, desde luego, sabía lo que quería. Sentado en el sillón de cretona, miró a su alrededor con nerviosismo y advirtió que aquella habitación también estaba a medio recoger. En una pared, el papel pintado tenía manchas cuadradas de color amarillo en los sitios donde antes' había cuadros colgados, mientras que en la otra, una mezcla de espejos cóncavos reflejaba los montones de libros y viejas revistas diseminados por la alfombra persa. En el rincón, un gato siamés gris roncaba en un cojín y, en la repisa de la chimenea, Tom vio varias fotografías en blanco y negro de un apuesto hombre de pelo oscuro, sonriendo delante de un reluciente biplano plateado.

—Perdona el desorden —dijo Oscarine cuando regresó con la bandeja—. Hoy es el día y ya no sé si voy o vengo.

—¿Se traslada? —preguntó Tom con educación.

—Me desahucian me desahucian me desahucian, hijo mío —se apresuró a decir Oscarine, removiendo el té—. Lo cual es bien distinto. Todo son cambios en Hellkiss Hall, y me han dado orden de evacuar. Todo cambios, todo cambios. ¿Cómo lo tomas, fuerte? —preguntó, dando a Tom una bonita taza azul decorada con pájaros con un platito a juego—. Por supuesto, me lo tendría que haber oído, debería haberlo visto —prosiguió, cogiendo la tetera—. Era inevitable. Necesitan el dinero. Es comprensible, ¿no? ¿Una galleta de jengibre?

Tom se incorporó y cogió una.

—Gracias.

—Todo esto tiene que ir a subasta. Esta tarde. Lo cual es durísimo. Sobre todo porque... —dijo y miró el reloj— llegarán dentro de nada. Vaya follón. Bueno bueno bueno.

Por primera vez desde su llegada, Oscarine dejó de hablar y lo miró. Tom sonrió con nerviosismo, escuchando el tictac del reloj del rincón.

—Esto... gracias por las escenas —dijo—. Son increíbles. *El Diluvio...* es asombroso.

Oscarine ladeó la cabeza y mordisqueó la esquina de una galleta.

—Eso dicen, eso dicen.

—Y la maqueta también —continuó Tom—. ¿Por qué la hizo August Catcher? ¿Había estado en las islas Tithona?

—Bueno, fue un regalo —respondió Oscarine—. Un regalo de cumpleaños. Resulta que para mí.

—¿Sí?

—Sí. Nick se lo encargó cuando estuvo allí. ¿Has oído hablar de mi marido Nicholas Zumsteen?

Tom asintió con la cabeza.

—Pilotaba aviones —prosiguió Oscarine—. Y además se le daba estupendamente bien. Ese de ahí es él —dijo, señalando las fotografías en blanco y negro de la repisa de la chimenea—. Apuesto, ¿no crees? Caray que si lo era. Se metía a todo el mundo en el bolsillo. Era casi divino.

Tom miró las fotografías del hombre moreno, apoyado en el ala de un biplano plateado con aire despreocupado. Así que aquel era el famoso Nicholas Zumsteen. Tenía todo el aspecto del joven decidido y rebelde de quien le había hablado Jos.

—¿Fue famoso? —preguntó Tom.

—No, no, hijo mío, infame, quizá. —Oscarine sonrió burlonamente—. Sin duda entre su familia. Fue una espina para ellos hasta... —Su voz cantarína se apagó—. Hasta que desapareció, hace muchos años. Cerca de las islas Tithona. Bastante irónico, la verdad, teniendo en cuenta lo que pasó.

Tom sonrió con educación, sin terminar de seguirle el hilo.

—Ellas también han desaparecido, ¿no? —dijo, mirándolo sorprendida.

—¿Ellas?

—Las islas Tithona son volcánicas, hijo mío. Volcánicas volcánicas volcánicas. Hubo una erupción, caramba, hace unos treinta años. Casi todas se volatilizaron. Borradas del mapa. Así que ahora seguro que ya no encuentran a mi Nick. No es que importe ya, porque él está... —Una vez más, Oscarine se detuvo a media frase para mordisquear la esquina de una galleta. Parecía estar refrenándose.

—Raro, ¿no?

Raro era, desde luego, y Tom se preguntó cuánto más tardaría Oscarine en ir al grano. ¿Eran figuraciones dejos cuando le había dicho que creía que ella quería decirle algo? El silencio continuó y Oscarine siguió mirándolo, jugueteando nerviosamente con una pulsera exótica que llevaba en la muñeca.

—¿Te importa que te haga una pregunta? —dijo, de repente.

—No.

—¿Pierdes cosas?

—¿Perder cosas? —repitió Tom, bastante sorprendido—. Esto... pues... a veces, supongo.

—El caso es que yo sí. Con frecuencia. Ese es el problema. Escondo cosas y luego las pierdo. Las pierdo. No las encuentro. Desaparecen. Y te he hecho venir para nada. Lo cual es un problema —dijo, rascándose la cabeza y mirando el desorden que

la rodeada—. Mis disculpas.

—Entonces ¿tenía algo que... darme? —preguntó Tom.

—Exacto.

—Bueno, a lo mejor puedo ayudarla a encontrarlo —sugirió solícitamente Tom.

Oscarine lo miró sin comprender; luego, de pronto, la cara se le iluminó con una sonrisa.

—¡Sí! —exclamó—. Sí, sí, sí. A lo mejor tú lo encuentras. Sí, sí. ¿Sí?

—A lo mejor. ¿Qué es?

—Te lo explicaré. Va con la maqueta de las islas Tithona y no puede separarse de ella. Eso es muy importante, recuerdo, por eso es tan irritante, y si no fuera por esa dichosa gente de la subasta... —Lo miró, exasperada—. Porque eso es lo otro. Ellos lo saben y, es más, yo sé que lo saben. —Oscarine asintió con la cabeza y se inclinó hacia él con aire conspirador—. Llevan meses esperando a que lo encuentre. Esperando. Es obvio. Los he visto acechando en el camino. Porque saben que está escondido en alguna parte, pero ¿dónde? ¿En la casa, en el bosque, en el pozo, en el río? —Se encogió de hombros—. Ellos no lo saben. Por eso dejan que lo encuentre yo, porque podría estar en cualquier sitio, ¿no?

—¿Podría estarlo? —dijo Tom.

Oscarine lo miró con desesperación.

—¡No me acuerdo! Ese es el problema. —Empezó a retorcerse las manos—. Y, por supuesto, ellos tampoco lo encontrarán, a menos que podamos conseguir que dos y dos sumen cinco. Pensar de forma creativa...

El traqueteo de una furgoneta deteniéndose en el camino interrumpió de pronto las divagaciones de Oscarine y, al mirar por la ventana, Tom vio una brigada de hombres acercándose a la casa.

—¿Lo ves? —Oscarine los miró con nerviosismo—. ¿Es esto una coincidencia? ¿Lo es? Caray, caray, caray. ¿Qué vamos a hacer?

Sonó el timbre.

—¿Señora Zumsteen? —gritó una voz áspera—. ¿Hay alguien en casa?

Oscarine miró la puerta con inquietud.

—¡Voy! —gritó alegremente.

—Cuando dice que va con la maqueta —dijo Tom—, ¿es una carta, o una llave que la abre?

—No, no, no, es... es mucho más grande —susurró Osearme—. Tiene su propia llave.

Tom se devanó los sesos. ¿Qué podía tener una llave y ser parte de la maqueta?

—Mi madre guarda muchas cosas en las teteras —dijo, mirando la bandeja—. En las teteras y en los calcetines. Son sus escondrijos.

—Teteras no. Ni calcetines —respondió Oscarine, rechazando la sugerencia—. Pero, claro, debes verlo —dijo, y, levantándose, cogió una fotografía de Nicholas Zumsteen de la repisa de la chimenea. Sosteniéndola delante de Tom, señaló con sus

delgados dedos enjovados una estrecha caja de madera a los pies de su marido, repleta de pegatinas de líneas aéreas y atada con una cuerda. Tom la reconoció de inmediato: su padre se llevaba una dondequiera que fuera.

—¿Un maletín de expedición?

—Exacto. Sí. —A Oscarine se le saltaron los ojos. Luego, miró elocuentemente a Tom—. Creo que es eso. Pero no debes decir ni una palabra. Nada. ¿Sabes ya a qué me refiero?

Tom no lo sabía, por mucho que lo intentaba. ¿Por qué habrían de querer «ellos» un maletín de expedición? Si se parecía en algo a los de su padre, estaría lleno de portaobjetos, botes de vidrio, alfileres y papel, todo el instrumental necesario para cazar insectos...

—Voy a tener que hacer esto de alguna otra forma —susurró Oscarine, metiéndose la fotografía en el bolsillo—. Una idea luminosa, eso es lo que necesito, hijo mío. *Une idee géniale.*

Oscarine lo sacó de la casa a empujones y pasaron por delante de la brigada de fornidos hombres con monos azules que ya estaban cargando cajas en la furgoneta.

—Va todo fuera, ¿no, cariño? —preguntó el capataz, mirando a Tom con recelo cuando él se dirigió a la verja.

—Así es. Todo fuera —respondió Oscarine, con fingida alegría—. Llévenselo todo.

—No se preocupe, señora Zumsteen, lo haremos —bromeó el capataz—. ¿Quiere que también nos llevemos la bicicleta?

—Esto... de hecho, la bici es mía —dijo Tom, yendo hasta la bicicleta apoyada en la valla. El capataz lo miró, poco convencido.

—¿Me estás tomando el pelo, hijo?

—No —dijo Tom, a la defensiva—. Funciona. Cuando le coges el truco.

Otros dos operarios se rieron con disimulo cuando salieron con más cajas.

—Si tú lo dices, chico —observó el capataz, riéndose a carcajadas—. Eh, Tel, mira esto, ¡el Tour de Francia está a punto de empezar!

Tom ignoró al público que se estaba reuniendo a sus espaldas mientras empujaba la bicicleta por el camino.

—Espero que resuelva su rompecabezas, señora Zumsteen —dijo, volviéndose hacia la delgada figura de Oscarine, el sol reflejándosele en los vivos cabellos pelirrojos.

—Sí —dijo ella, intentando sonreír, pero tenía una curiosa expresión torturada.

Tom se volvió y se subió a la bicicleta. Se puso a pedalear frenéticamente y oyó fuertes risotadas a sus espaldas cuando comenzó a hacer eses por las roderas. Tuvo el tiempo justo de ver que el coche negro seguía esperando en el bosque al final del sendero antes de salir, agradecido, al camino que rodeaba el humedal, todavía con el eco de las risotadas en los oídos.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba el chaval? —preguntó el capataz mientras veía

cómo Tom se alejaba dando tumbos hacia el río.

—No lo he dicho —respondió Oscarine Zumsteen, ladeando la cabeza—. Pero es Tom Scatterhorn, si quiere saberlo. Del museo.

El capataz gruñó con suspicacia, sin dejar de mirar la pelambarrera rubia que subía y bajaba entre las altas cañas verdes.

—La estaba ayudando a resolver un rompecabezas, ¿no?

—Algo así.

—Pues resulta que a Tel, el de la correa, los Sudokus se le dan de maravilla. ¿A que sí, Tel? Está obsesionado. ¡Cuando está con uno, puedes ponerle una bomba que ni se entera!

El capataz se rió, sin dejar de escrutar a Oscarine. Tel gruñó mientras dejaba una caja en la furgoneta y Oscarine se quedó en la entrada de la casa, pensando. Rompecabezas, correa, bomba... la extraña combinación de palabras le había abierto una puerta en la mente y estaba empezando a recordar, sí, en efecto... la extraña petición de Nicholas... ¡esa era! El rompecabezas, la correa y la...; se había acordado. Inspeccionó las cañas con nerviosismo, pero no había ni rastro de Tom. ¡Narices! Se había ido... qué lástima. Luego miró el final del camino, donde el coche seguía acechando al abrigo de los pinos. Aquel era obviamente el día, lo sabía. Muy bien. Pues no se lo iba a poner fácil. Ni hablar. Tenía que dar esquinazo a aquellos idiotas y encontrar al muchacho, ya mismo.

—¿Scatterhorn, dice? —masculló el capataz, sacando un teléfono y marcando un número.

—Así es. Del museo —dijo Oscarine en tono alegre, y volvió a entrar en casa.

Al cabo de un minuto o dos, Tom había encontrado su ritmo y la bicicleta circulaba como la seda.

En lo único que podía pensar era en el maletín de Oscarine: ¿Qué tenía de especial que había que protegerlo? ¿Y eran «ellos» quienes él creía que eran? No saber ninguna de las respuestas era muy frustrante y desconcertante, pero Tom tenía la persistente sospecha de que Oscarine estaba mucho menos loca de lo que parecía...

Cuando había rodeado la mitad del humedal, se detuvo a descansar. El viento, que antes soplaba con fuerza, había cesado y el aire estaba pesado y quieto. Tenía la cara llena de molestos pulgones y, al enjugarse el sudor de la frente, advirtió que se estaban acumulando nubarrones de lluvia sobre el estuario. Por delante de él, divisó las grúas de Dragonport, brillando como espigas plateadas por encima de las cañas, y dudó que fuera a estar de vuelta antes de que los cielos se abrieran. Maldiciendo entre dientes, fue a subirse a la bicicleta cuando recordó el camino de contrabandistas que atravesaba los cañaverales. A lo mejor lo encontraba. Desde el lugar donde estaba, no había rastro de una entrada obvia en la cortina de cañas, pero, un poco más adelante, vio un poste clavado al otro lado del sendero. ¿Podía ser por ahí?

Acercándose, vio que había acertado; el poste había sido un indicador, pero el cartel no estaba desde hacía ya tiempo, aunque parecía encontrarse a la misma altura

que una pequeña abertura en las cañas del otro lado. Apartando la cortina verde, se asomó y vio un estrecho sendero que se adentraba en los cañaverales. Parecía un atajo, dado que conducía directamente a Dragonport; ¿debía cogerlo? Un trueno distante a sus espaldas despejó sus dudas. Si estaba equivocado, siempre podía dar media vuelta y regresar. Empujó la bicicleta por la entrada, se montó, empezó a pedalear y, pronto, aquella carraca estaba rodando impulsada por su propia inercia. Estaba tan concentrado en no salirse del estrecho sendero arenoso que apenas veía nada que no fueran las altas paredes verdes de cañas y, de vez en cuando, la fugaz imagen de un sendero o un claro detrás. Allí no había ruido, solo el susurro de las cañas, ni tampoco vida, y cuanto más se adentraba en aquel lugar tan extraño, más sensación tenía de que, si se perdía, era muy probable que jamás encontrara la salida.

Al cabo de otros cinco minutos de mucha concentración, volvía a estar acaloradísimo y lleno de pulgones y el camino que había estado siguiendo se bifurcaba. ¿Ahora, por dónde? Las cañas le impedían ver Dragonport, pero su instinto le dictaba que fuera hacia la izquierda. Al mirar el suelo, advirtió que, en ese lado, había huellas de pies en la arena —alguien más había estado allí hacía poco—. Aquel debía de ser el camino correcto. Muy bien. Ya no podía faltar mucho.

Se enjugó el sudor de los ojos y estaba a punto de volver a montarse en la bicicleta cuando percibió ruido entre los susurros de la hierba. Se detuvo y aguzó el oído. ¿Qué era aquello?

—El sitio es este, ¿no?

—Sí. Dicen que la han visto esta mañana.

—¿Tú los has creído?

—¿Quién sabe? Yo solo creo lo que tú crees.

Tom se quedó quieto. Las voces parecían estar por delante de él. ¿Debía seguir e intentar alcanzarlas? A lo mejor sabían indicarle la dirección correcta. Sí, eso era lo que debía hacer. Volvió a subirse a la bicicleta y acababa de ponerse a pedalear cuando oyó de nuevo las voces.

—¡Chist!

—¿Qué pasa?

—¡Viene alguien! ¡Viene alguien!

—¡Lo oigo! ¡Lo oigo!

Tom paró poco a poco y aguzó el oído. Ahora, las voces provenían de la derecha del sendero, de algún lugar situado detrás de la verde cortina de cañas.

—¿Es ella?

—A lo mejor. ¿Estás listo?

—Sí, claro. Están cargadas las dos.

—Espera mi señal.

Tom notó que se le aceleraba el corazón. Pensándolo mejor, puede que no debiera pedir indicaciones a aquellas personas. Quienes quiera que fueran, era evidente que estaban esperando a alguien y sus intenciones no parecían buenas. Con cuidado, se

bajó de la bicicleta y la dejó junto al camino.

—¡Ahí está otra vez! ¡Lo he oído!

—¡Chist! Espera, espera. Silencio, por favor. Ya falta poco.

Tom se enderezó haciendo el menor ruido posible y miró a su alrededor. Estaba claro que aquellas personas estaban cerquísima... ¿tenían intención de disparar: a él o a alguna otra persona? Tal vez debiera dar un grito para indicarles que estaba allí... eso sería lo más sensato. Pero, en aquel momento, no se sentía muy sensato, porque, en algún rincón de su mente, tenía la terrible sospecha de que sabía a quién estaban esperando aquellas personas...

Avanzó unos pasos por el sendero hasta llegar a una pequeña abertura en las cañas de la derecha. Asomándose por el estrecho hueco divisó un caminito. ¿Debía tomarlo? Sí. Procurando agitar las cañas lo menos posible, cruzó la abertura con mucho sigilo y echó a andar. Un poco más adelante, el camino se perdía en otra impenetrable cortina de cañas. A la izquierda, todo era igual, pero a la derecha... Cogió el tallo de una caña con el dedo y lo apartó con delicadeza.

Era justo lo que había sospechado. Allí, detrás de las cañas, había un claro, una mancha de amarillo rodeada de tupidas paredes verdes. En un rincón, estaba el globo meteorológico naranja medio deshinchado y, junto a él, una manta. Debía de ser allí donde había caído Pearl la noche del espectáculo pirotécnico. Pero ¿quiénes eran aquellos dos hombres del final, agazapados y armados con escopetas? Avanzó lo más posible para tener una perspectiva mejor. A primera vista, parecían idénticos. Ambos eran menudos y enjutos, con la cara alargada y huesuda, e iban vestidos como si fueran a cazar patos. Estaban un poco ridículos.

—¿Oyes algo?

El otro negó con la cabeza.

—A lo mejor era un animal. No sé. Tengo los oídos fatal.

—¿De verdad crees que la chica está aquí?

—Sí, tal vez. ¿Por qué no? Si su globo está aquí, también lo está ella.

El hombre de la izquierda se rió tontamente.

—¡Pum! —dijo—. Pum pum pum.

—Chist. Esto es serio.

—Lo siento. Estaba pensando. Se sorprenderán muchísimo.

—Seguro. Tú y yo héroes.

—¡Héroes!

Se rieron de forma idéntica y volvieron a centrar su atención en el claro. Tom observó a los curiosos hombrecillos en silencio, sabiendo que había conocido a otros como ellos..., a millares. Al recordarlo, un escalofrío le recorrió el espinazo y, en ese momento, notó que comenzaban a caerle goterones de lluvia en la espalda.

—Nos vamos a calar hasta los huesos —masculló y, momentos después, la lluvia que había estado amenazando con caer lo hizo de golpe. Era hora de irse. Dejando a los cazadores, que seguían sin quitar ojo al claro, volvió sobre sus pasos hasta el lugar

donde había dejado la bicicleta. El martilleo de la lluvia en el suelo fue más que suficiente para disimular su partida y, tras montarse en aquella vieja carraca, se alejó tan rápida y silenciosamente como pudo.

Después de pedalear fuerte durante diez minutos, vio un hueco entre las cañas y, al cruzarlo, se encontró casi otra vez en Dragonport. Se apartó la pelambreira mojada de los ojos, desmontó, empujó la pesada bicicleta por la estrecha verja y salió a la carretera. Estaba aliviado de haber regresado, pero aquellos hombres con cara de roedor le habían puesto los pelos de punta. Era obvio que habían puesto precio a la cabeza de Pearl y él tenía que encontrarla antes de que lo hicieran ellos. Y también debía contarle la verdad sobre don Gervase Askary. ¿Quiénes eran las personas de Dragonport en cuya busca había ido Pearl? Tom no lo sabía, pero le preocupaba.

Siguió pedaleando con todas sus fuerzas, dejando atrás los coches quemados y los garajes, abandonados bajo la lluvia.

Los dos agentes secretos que había visto antes se habían ido. A lo mejor también estaban implicados, y puede que también lo estuvieran los hombres del camión de mudanzas, y el coche parado junto al camino, a lo mejor estaban todos juntos en aquello...

El miedo le encogió un poco el corazón e imaginó una gigantesca organización con numerosos tentáculos, formada por millares de grises trabajadores, que había infestado todas las partes del mundo que él conocía. Y en su centro estaba el mismísimo don Gervase Askary, como una araña monstruosa, tirando de los hilos, pendiente del menor movimiento de la telaraña. Tom sabía que él y sus legiones jamás se detendrían hasta conseguir lo que quería. La cuestión era, ¿de qué se trataba?

La última taza de té

—Vamos a llegar tarde, Melba. Vamos a llegar tarde.
Pero no podemos dejarlo así. Parece una rata ahogada.

—¿Y qué?

—Pero ¿y si se enfría?

Tío Jos y tía Melva se encontraban en la entrada de su casita de Flood Street, envueltos en relucientes monos impermeables negros y con el casco puesto mirando a Tom, que estaba empapado y tiritando delante de ellos. Seguía lloviendo a cántaros.

Supongo que tienes razón —masculló Jos a regañadientes pero está a punto de empezar. No va a quedar casi nada.

—Me da igual; Joshua —Gorgeó Melba—. No todos tenemos la constitución de una foca, ¿sabes?

Jos carraspeó ruidosamente. Se quedaron mirando a Tom, parado en el jardín.

—¿p p-puedo entrar? —preguntó, con los dientes castañeteándole.

—¿Entrar? —repitió Jos—. Pensaba que te gustaba nadar, chaval. —Tom vio que le sonreía con la mirada a través de las gruesas gafas de motorista—. Oh, si no hay más remedio... Entra, loco. —Y, agarrándolo por los flacos hombros, lo entró en casa.

> Cinco minutos después, Tom estaba sentado en la sofocante cocina envuelto en una serie de alegres toallas de rayas, mirando con reserva la taza de leche que Melba insistía en que debía beberse.

—Oye, si te notas mínimamente pachucho, hay toda clase de reconstituyentes en el botiquín del baño —dijo Melba, mirándolo con cierta preocupación.

—Estoy bien, de veras. Solo me he mojado un poco, eso es todo —dijo él.

—Exacto, Melba, ¿qué es un poco de lluvia? —resolló Jos. Seguía con el impermeable y el casco puestos y se estaba paseando por la cocina con impaciencia.

—Nunca sabes lo que puede pasar —respondió Melba, poco convencida—. Míralo, sigue tiritando como un perro. Oye, Tom, el número del médico está junto al teléfono...

—Oh, por el amor de Dios, ¡déjate de tonterías! —estalló Jos dentro del casco—. ¿Podemos irnos ya?

—Estaré bien —dijo Tom, consiguiendo sonreír—. De verdad. Estoy bien.

Melba lo escrutó.

—Pues no lo pareces. Pareces medio muerto. Y no quiero muertos en esta casa.

—¿Muertos? Dios santo —rezongó Jos, dándose con el casco contra la pared—. Melba, cariño, si no nos vamos ya, será inútil ir. Venga. Andando. —Y, con calma, sacó a Melba de casa—. Haz lo que dice tu tía —añadió, guiñando el ojo a Tom—. Pórtate bien.

La puerta se cerró, Tom oyó la motocicleta poniéndose en marcha y sus tíos... ya

no estaban.

Se quedó sentado en silencio, notando alguna que otra gota de agua bajándole por la nuca. La lluvia seguía aporreando los cristales de las ventanas. La razón de que Jos estuviera tan impaciente por marcharse era que estaba decidido a encontrar alguna ganga en la casa de subastas, donde habían llevado todos los muebles, cuadros y objetos de Oscarine Zumsteen. El hecho de que Oscarine no hubiera dado nada a Tom no lo había desalentado. Si acaso, solo lo había animado más. Jos estaba convencido de que Oscarine era tan despistada como él y aquella era justo la clase de subasta donde era posible encontrar cosas insospechadas por una miseria. Estaba reflexionando sobre aquel asunto... y siempre terminaba viniéndole a la cabeza el claro de cañas aplastadas en mitad del humedal, y aquellos dos hombres carilargos agazapados bajo la lluvia. ¿Había regresado ya Pearl? ¿La habían matado? Notó un escalofrío recorriéndole el espinazo. Olajá supiera de qué iba aquel asunto. ¿Por qué estaban tan empeñados en matarla?

El débil zumbido del teléfono interrumpió sus pensamientos. Cruzó el salón y, secándose violentamente la cara con una toalla, descolgó.

—¿Diga?

—Hola. ¿Eres tú, Jos?

—No. Soy Tom.

—¿Tom? ¿Qué Tom?

—Tom Scatterhorn.

—Ah. —La voz, aguda y presurosa, se quedó un momento callada—. Bien bien bien. Bueno, eso está bien. Muy bien, de hecho.

Hubo un silencio.

—¿Sabes?, soy Oscarine. Oscarine Zumsteen. ¿Te acuerdas?

Teniendo en cuenta que acababa de regresar de su casa hacía únicamente diez minutos, solo había una respuesta para aquella pregunta, y resistió la fuerte tentación de decir algo sarcástico.

—Sí. Hola.

—Bien. Estupendo. Bueno, hum... ¿estás ocupado en este momento?

—No.

—¿Sabes? Les he dado esquinazo. Ahora estoy en el café de Noah, al final de tu calle. Flood Street.

—Oh. Vale.

—No hay mucho tiempo, así que ¿puedes venir en unos cinco minutos? ¿Sí?

Tom estaba desconcertado.

—Esto... pero ¿por qué...?

—No puedo hablar. Pero deberías saber que he encontrado la dichosa cosa. Sí. La he encontrado la he encontrado. Café de Noah.

Colgó.

Oscarine Zumsteen estaba en el café del final de la calle. Les había dado

esquinazo, y había encontrado el objeto. En cualquier otro momento, Tom podría haber pensado que solo era una anciana extraña y un poco loca que deliraba, pero, ahora, por algún motivo, no lo hizo. Allí estaba sucediendo alguna cosa.

Comenzó a ponerse la ropa más seca que encontró, pero, entonces, lo atenazó una duda. Si ella estaba en lo cierto, ¿quería apoderarse él de algo que don Gervase deseaba tener? ¿Quería eso? Pero sabía que ya era demasiado tarde. Tenía que aceptar lo que Oscarine quisiera darle, porque él ya formaba parte de aquel gran rompecabezas, igual que Pearl, e incluso sus padres... pero decidió quitarse aquel pensamiento de la cabeza. Cogió un sombrero de ala ancha de Melba que parecía algo impermeable y echó a correr bajo la lluvia.

«Caf No» parpadeó inciertamente el cartel de neón cuando Tom abrió la puerta. De haber estado prestando más atención, también se habría fijado en el coche tripulado por dos hombres que acechaba al final de la calle. El interior del local estaba cargado y atestado de clientes empapados que se quejaban de la tormenta. Sorteó a la agobiada camarera y pasó entre la hilera de descoloridas mesas verdes de fórmica hasta llegar a la última, donde había una silueta con un gran sombrero impermeable amarillo sentada de espaldas a él. ¿Era ella? Tenía que serlo. Por debajo del ala del sombrero asomaban mechones pelirrojos.

—Hola.

Oscarine dejó de jugar con la cucharilla y lo miró mientras él se sentaba en el banco enfrente de ella. Parecía un extraño animalillo empequeñecido por su impermeable y se la veía nerviosa, incluso un poco asustada.

—Ah. —Sonrió a medias—. Gracias. Imaginaba que vendrías.

—Sí. Aquí vuelvo a estar.

—En efecto. Aquí vuelves a estar. Aquí volvemos a estar todos. Cielos.

Oscarine respiró hondo y volvió a jugar con su cucharilla, pasándola varias veces por el borde de la taza. Tom se quedó mirando la taza y se notó cada vez más frustrado conforme el silencio se cernía sobre la mesa.

—Entonces, lo ha encontrado —comenzó a decir—, ¿dónde...?

—Sí, en efecto, sí —se apresuró a interrumpirlo Oscarine—. Y ahora tengo que estar segura. Absolutamente segura.

—¿Con respecto a qué?

Oscarine parecía incómoda.

—Piensa piensa piensa —masculló.

Parecía agitada y miró la pared.

—Prométeme una cosa, Tom —dijo de pronto, clavando en él sus grandes ojos azules—. Si te entrego esto para que lo guardes, no debes perderlo de ninguna de las maneras, ni tampoco hablarle a nadie de él. Ni siquiera a tu tío. ¿Puedes hacerlo?

—Claro —respondió Tom, sin estar muy seguro de a qué se estaba comprometiendo.

—¿Estás totalmente seguro? —Oscarine lo escrutó con nerviosismo—. Mira, yo

ya estoy con un pie en la tumba. A mí no me sacarán nada, puedes estar seguro de eso. Pero tú...

Vino la camarera y limpió la mesa.

—¿Ya se lo ha terminado, encanto? —dijo, pasando un trapo sucio alrededor de la taza de Oscarine.

—Sí. O sea, o sea no. No, no no. Lo siento. Aún no.

La camarera enarcó las cejas y miró a Tom.

—¿Y a ti qué te traigo, encanto, té, café, pastel, qué?

—Un chocolate caliente, gracias.

—¡Un chocolate caliente! —gritó la camarera mientras se alejaba a toda prisa.

Tom la vio marcharse y advirtió que en la puerta había dos hombretones con impermeable que habían entrado a resguardarse de la lluvia. Cuando se volvieron, reconoció a uno de inmediato: era el policía secreto del coche que había visto antes. El hombre escudriñó brevemente las mesas y se sentó junto al parpadeante cartel de la ventana. ¿Qué estaban haciendo allí? Tom comenzó a sentir miedo cuando la camarera se acercó a los hombres, anotó lo que querían y regresó de inmediato a la barra. La miró a los ojos e intentó interpretar su expresión vacía y aburrida cuando entró en la cocina... Lo había mirado durante una fracción de segundo más de lo normal, ¿verdad? Allí iba a ocurrir algo, aquello no era solo coincidencia. Corrió "a silla para que lo vieran.

—Todo está saliendo fatal, ¿verdad? —masculló Oscarine—. Me han seguido la pista, vaya que sí. Nicholas tenía toda la razón. Al final, terminaremos todos en Scarazand. Oh, sí. Fatal.

—¿Qué?

Oscarine seguía jugueteando con la cucharilla. No parecía haberlo oído.

—¿Dónde ha dicho que íbamos a terminar?

—En Scarazand, hijo mío. Oh sí oh sí oh sí. El cuartel general —susurró, mirándolo a través de sus gafas de media luna. Tom le sostuvo la mirada, incómodo.

—¿Dónde está... Scarazand?

—Al otro lado. En otro sitio. Ni aquí ni allá —susurró—. Aunque tampoco es que lo sepa con exactitud. ¿Lo sabe alguien? ¿Cómo va uno al futuro?

Asintió violentamente con la cabeza. Cualquiera podría suponer que aquella extraña anciana envuelta en un enorme impermeable amarillo estaba loca, pero Tom tenía la fuerte intuición de que no lo estaba. Era justo al revés, de hecho.

—Sé lo que va a pasar —continuó Oscarine con aire desafiante—. De hecho, lo estaba esperando. No creas que no estoy preparada. —Se inclinó sobre la mesa y susurró con mucha cautela—: Lo veo todo, ¿sabes?

Parpadeando, miró a la derecha de Tom y, siguiendo su mirada, vio un espejo cóncavo donde se reflejaba todo el café. En él, Tom vio las sombras de los dos hombres hablando. Luego, uno de ellos se levantó y se colocó delante de la puerta.

—Pero ¿qué está pasando? —preguntó, advirtiendo que también estaba

susurrando—. ¿Está metida en un lío?

Oscarine continuó jugueteando con su taza.

—En cierto modo —murmuró—. Se creen listísimos. Siguiéndome hasta aquí, arrinconándome, obligándome a rendirme. Pero yo me he acordado, por supuesto. No lo tengo yo. No en *ma maison*. *Non, non, non*.

Tom observó a Oscarine mientras ella hablaba confusamente para sus adentros.

—Entonces, ¿usted no lo tiene?

—No. Para nada. —Oscarine lo miró con una sonrisa cómplice—. Lo tienes tú.

Tom se quedó pasmado.

—¿Yo? ¿El qué, el maletín de expedición?

Oscarine asintió con la cabeza.

—¿Dónde está?

—Dentro —susurró ella, sus ojos enormes tras las gafas de media luna—. Dentro de la maqueta. Escondido dentro. Nicholas fue muy claro al respecto. Muy, muy claro. Es un rompecabezas magnífico, pero también bastante peligroso. Y no debes intentar sacarlo bajo ningún concepto. Eso está absolutamente *verboten*. Ni se te ocurra porque...

Oscarine miró el espejo y cambió de expresión al instante. El más fornido de los dos hombres estaba viniendo hacia ella por entre las mesas.

—¿Qué pasa? —preguntó Tom.

Oscarine negó violentamente con la cabeza.

—Demasiado tarde. Me han descubierto. No hay tiempo. Maldita sea maldita sea —gruñó entre dientes. De pronto, tuvo una idea y, sacando un bolígrafo, escribió una serie de extrañas letras en el mantelito de papel.

—Estréchale la mano al jerbo —susurró entre dientes—. Te dejará entrar. Recuerda eso.

—¿El qué?

—El jerbo. El...

—¿Señora Zumsteen?

El hombre pálido y fornido los estaba mirando. Oscarine le lanzó una mirada cargada de veneno y rencor.

—Si es tan amable de venir con nosotros, señora.

Tom miró a Oscarine: ¿qué había hecho?

—¿Me lo pide o me lo ordena? —dijo ella con aspereza.

—Decida usted, señora —respondió el hombretón en voz baja, mirando a su compañero, apostado en la puerta.

—Muy bien —dijo ella—. Me lo esperaba. Estoy lista.

—Espere, espere un momento —dijo Tom—. ¿Dónde se la llevan? ¿Qué ha hecho?

El hombre clavó en él sus ojos indolentes y estúpidos. Tom tuvo la impresión de que lo estaba mirando sin verlo.

—Será mejor que no te metas, hijo —gruñó—. Es un asunto personal.

—Pero, pero, no se la puede llevar así como así —protestó Tom, alzando la voz—. ¿Qué es usted, policía?

El hombre ignoró a Tom y se apartó.

—¿Señora Zumsteen?

Oscarine endureció las facciones y se subió la cremallera del impermeable con cierta rimbombancia.

—Oscarine —susurró Tom, desesperado por encontrarse con su mirada—. No tiene que hacer esto. No vaya con ellos.

Oscarine lo ignoró a propósito hasta que estuvo completamente preparada. Entonces, como si tal cosa, cogió la cucharilla de la mesa para dejarla en el pía tito.

—Adiós, joven —le dijo, con una formalidad tan extraña que dio la impresión de que no se conocían. Tom se quedó mirándola sin comprender.

—Espero que lo que te he dicho te induzca a la «reflexión».

Y con una breve mirada, le indicó la cucharilla que tenía en la mano. Tom bajó la vista y vio que la estaba sosteniendo justo por encima del mantelito. Distinguió palabras reflejadas en su apagada superficie... escritura en espejo. ¿Era alguna clase de señal? La miró a la cara fina y alargada y ella le guiñó el ojo. ¡Lo era! Con suma dificultad, Tom contuvo una sonrisa.

—Lo... lo haré —dijo, y asintiendo de forma casi imperceptible, le indicó que había comprendido.

El hombre de la gabardina con ojos de buey cambió de postura con impaciencia, sin advertir lo que acababa de ocurrir.

—Bien bien bien —continuó Oscarine—. Sabía que lo harías. Y no te preocupes por mí. Mis labios están sellados. —Con una sonrisita de satisfacción, se levantó y el hombretón la acompañó hasta la puerta, que su compañero les abrió. Juntos, salieron.

En cuanto los tres se fueron, Tom cogió la cucharilla y la sostuvo justo por encima del mantelito para asegurarse de entender lo que Oscarine había escrito del revés. «En la taza» ponía.

—¡Un chocolate caliente!

Tom alzó la vista y vio que la camarera le traía el chocolate caliente. Sin pensar, metió el dedo en el té frío y palpó un pequeño objeto metálico oculto bajo la superficie.

—Ten cuidado, encanto —dijo la camarera, dejando el tazón en la mesa, y Tom retiró la mano con aire de culpabilidad justo cuando ella recogía la taza de té.

La camarera le lanzó una mirada de desaprobación y se marchó. Con toda probabilidad, pensaba que se trataba de una operación policial encubierta y que él era el soplón, pero, en aquel preciso instante, le daba igual qué pensarán de él. En cuanto pudo, se miró el regazo. Era una llave metálica con un aspecto normal y corriente. Obviamente, pertenecía al maletín de expedición de Nicholas Zumsteen oculto dentro de la maqueta de las islas Tithona. Pero, para encontrar el maletín, Tom tenía que

resolver un rompecabezas, y estrechar la mano a un jerbo... ¿Dónde estaba el jerbo? ¿Y dónde, ya puestos, estaba ese sitio que Oscarine llamaba Scarazand?

Se terminó el chocolate caliente en silencio, pagó y salió. El viento y la lluvia habían cesado y, por doquier, grandes charcos blancos reflejaban el cielo pálido. Sacó su móvil y miró la pantalla: seguía sin tener ningún mensaje de sus padres. Ya hacía dos días que no recibía nada. ¿Significaba algo? No, se dijo, era normal que no tuviera mensajes, siempre era así, siempre sería así... ¿no? Respiró hondo y miró la calle. ¿Qué debía hacer ahora? Encontrar a Pearl, si podía, prevenirla contra los hombres del humedal. Hablarle de la maqueta, ver si se le ocurría alguna idea. Y hablarle de Oscarine y de aquel lugar llamado Scarazand...

Al doblar por Museum Street, Tom vio un flujo constante de visitantes bajando las escaleras. Allí estaba la inconfundible figura de Ern Rainbird con su gorra y su bata de conserje, haciendo salir a los visitantes. ¿Había regresado ya Pearl? No lo sabía. Pero, cuando estuvo más cerca, vio a un hombre y a una mujer dentro del museo, aguardando entre las sombras. Le resultaron familiares, con sus trajes grises mal entallados, sus maletines y su pálida tez amarillenta... Cruzó la calle, subió las escaleras corriendo y entró. Al principio, Ern no lo vio: estaba enfrascado en una conversación con aquellas dos personas de tez amarillenta, que ahora estaban detrás del mamut haciendo anotaciones, pero, en cuanto lo vio al final del vestíbulo, se dirigió resueltamente a él.

—Estamos cerrando, jefe —dijo con una sonrisa.

Tom asintió con la cabeza; no estaba de humor para los falsos intentos de Ern de ser cordial.

—¿Quiénes son? —preguntó, observando a los inspectores mientras subían las escaleras.

—¿Ellos? Oh, son de una comisión nacional de museos. Están haciendo un estudio, no sé sobre qué. Ya sabes. Funcionarios, eh, siempre con algún formulario que cumplimentar, ¿no?

Era obvio que Ern estaba haciendo todo lo posible para distanciarlo de aquellas dos personas y no creyó una sola palabra de lo que acababa de decirle.

—Por cierto, antes han preguntado por ti. Una chica.

—Ah, ¿sí? —dijo Tom, intentando no parecer demasiado interesado.

—Con una pinta bastante rara. Descuidada, si sabes a qué me refiero. Con el pelo largo y oscuro. ¿Te suena?

Tom no dijo nada. Sabía exactamente qué estaba insinuando Ern y no tenía intención de darle ninguna pista.

—¿Qué quería?

—Quería ir al muelle a una reunión. Quería saber si querías acompañarla.

—¿Una reunión? —dijo Tom—. ¿Qué clase de reunión?

Ern se sacó un periódico vespertino del bolsillo trasero y, desenrollándolo, leyó los anuncios clasificados.

—«Legión de la Hormiga Blanca. Sala de la primera planta. Golden Duck, Whelk Street, a partir de las 20.30» —dijo.

Tom miró la parte de la página que Ern estaba aporreando con su nudoso dedo.

—¿«La Legión de la Hormiga Blanca»? —leyó Tom. El nombre parecía ridículo—. ¿Qué es?

—Un nido de trotamundos, eso es lo que es —respondió Ern Rainbird, torciendo el gesto—. Toda la calaña de Dragonport. Y yo me pregunto: ¿por qué vendría ella al museo para pedirte que vayas? —Se pasó una cerilla de un lado a otro de la boca y Tom evitó sus ojos de lagarto.

—No tengo ni idea —dijo, en tono inexpresivo.

—Ni yo —respondió Ern—. En fin, le dije dónde estaba Whelk Street, le indiqué cómo llegar hasta allí. Por supuesto, ella no tenía ni idea de dónde está. Es de fuera. Pero muy educada, ya sabes, para ser gitana.

—¿Está lejos?

Ern entornó sus ojos azafranados y le sonrió burlonamente.

—¿Qué? ¿Vas a ir?

—Puede.

Ern soltó una carcajada.

—Suerte, chaval —dijo, riéndose.

Tom volvió a bajar las escaleras del museo y se concentró. Obviamente, Ern Rainbird estaba tramando alguna cosa y, aunque su primer impulso era ir a Whelk Street para reunirse con Pearl, algo lo retenía. Ern había parecido tan complacido cuando le había dicho que también iría... era una trampa, ¿no? Quizá Pearl se lo hubiera oído también, quizá no se hubiera dejado engañar por la falsa amabilidad de Ern Rainbird... Negó con la cabeza; «quizá», pero era improbable. Pearl no era de allí y Ern Rainbird solo era un conserje estafalario que intentaba ser amable... Miró la calle y se notó un poco indignado. Jos había metido la pata hasta el fondo contratando a aquel personaje tan sospechoso: ¿En que había estado pensando?

Pero debía asegurarse, solo por si acaso. Corrió a la callejuela, se encaramó al muro y saltó al jardincito de la parte trasera del museo, donde antes vivían Jos y Melba. Lo que antaño era un jardín pulcro y bien cuidado estaba invadido por las zarzas y decorado con mugrientas bolsas de plástico que el viento había traído de la calle. Al fondo del jardín estaba el anexo del museo, o cobertizo, como Jos tenía costumbre de llamarlo, y, al mirar en su interior, le sorprendió encontrarlo intacto. Había montones de baúles repletos de fotografías enmohecidas, animales a medio disecar y maquinaria reuniendo polvo. Allí dentro no había ocurrido nada desde su última visita al museo hacía un año. ¿Por qué no había ordenado Jos todo aquello? A fin de cuentas, él había vendido el zafiro para eso, ¿no?

Dio una patada a un baúl: ahora estaba enfadado y, más aún, estaba enfadado por estarlo. Solo tenía doce años, pero, por algún motivo, se sentía como si lo hubieran colocado en un puesto de responsabilidad que no deseaba especialmente. Se sentía

como un profesor, enfadado por que las cosas no se hubieran hecho como él quería. Puede que Jos solo fuera demasiado vago; o puede que, ahora que no tenía que hacerse cargo del museo, le diera igual. Al mirar la sucia ventana de la parte de atrás del museo, vio a Ern Rainbird subiendo las escaleras con una linterna, seguido de dos siluetas. Cuando llegó al estrecho rellano, se detuvo y miró el jardín, el adusto rostro iluminándose como una gárgola. ¿Qué buscaban? Parecía que Rainbird estuviera conduciendo a los inverosímiles inspectores al antiguo dormitorio de Tom...

En ese instante, Tom oyó un ruido y, justo después, alguien se encaramó al muro y saltó al jardín con agilidad, detrás de los zarzales. La figura se tensó un momento, como un gato. Luego se levantó y comenzó a caminar con sigilo hacia la parte trasera del museo. Rainbird y sus secuaces ya se habían perdido en la oscuridad cuando la capucha roja se dirigió, muy despacio, hacia la cañería rota que discurría por la pared del edificio. En ese momento, miró atrás y Tom vio fugazmente su espeso cabello oscuro...

—¡Pearl! —susurró, tan alto como juzgó prudente.

La capucha roja se detuvo: ¡era ella! ¡Pearl seguía viva! Pero, por alguna razón, no lo había visto, ni tampoco había visto quién había dentro. Tom se alejó de la puerta del viejo anexo cuando la linterna de Ern apareció en la ventana de la buhardilla. Ahora, las dos siluetas estaban junto a él, sus sombras agrandadas proyectándose en el muro. Obviamente, Ern Rainbird estaba explicándoles la escena del crimen y sus gesticulaciones lo distrajeron tanto que, cuando volvió a mirar la pared del edificio, Pearl ya se había encaramado hasta la mitad de la cañería. Era evidente que tenía intención de volver a entrar...

—¡Pearl! —gritó, más alto esta vez y, luego, sin pensárselo dos veces, salió disparado hacia la pared del museo.

—Y este fue el punto de entrada —dijo desde arriba la áspera voz de Ern—. Hasta rompió el cristal, miren.

Tom consiguió encaramarse a la tina que recogía el agua de lluvia y, con una mano, agarró a Pearl por la pierna.

—¿Qué demonios...?

Pearl maldijo y pataleó con saña, y estaba a punto de ponerse otra vez a dar patadas cuando miró abajo y vio el rostro de Tom, mirándola. El señaló la ventana con cara de espanto y se llevó el dedo a los labios, y en ese momento abrieron la ventana con brusquedad.

—¿Está seguro, Rainbird? —trinó una voz nasal dentro de la habitación.

—Del todo, señora. Por aquí abajo hay una cañería. Si es tan amable de...

—Soy perfectamente capaz de asomarme a una ventana. Rainbird, apártese.

Tom pegó la cara a la pared cuando vio el haz de la linterna danzando sobre él. Un pie le estaba resbalando por la grasienta tapa de la tina de agua, tenía el otro apoyado contra la pared y se agarraba a la pierna de Pearl con una mano. Era difícilísimo mantener el equilibrio. La sombra del alero lo tapaba, pero Pearl casi

tocaba la ventana. ¿Cómo podían no verla?

De pronto, el haz de luz desapareció.

—¿Señor Rainbird?

—¿Señora?

—Usted dice que sabe todo lo que pasa en este museo, ¿no?

—Así es.

—Entonces, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Dispare.

—¿Por qué hay una chica con una gabardina roja, que coincide con nuestra descripción, colgada de esta cañería?

Hubo un silencio. Tom notó que la pierna a la que estaba agarrado comenzaba a resbalársele de las manos. Los pies le patinaron peligrosamente por la tapa de la tina.

—Las adivinanzas nunca se me han dado bien, señora.

—He dicho: «¿POR QUÉ HAY UNA CHICA CON UNA GABARDINA...?». — Pero la aguda voz de mujer no dijo nada más, porque, en ese instante, Pearl se cayó, Tom resbaló y la tina se volcó, derramando el agua que contenía.

—¡Es esa! ¡Es ella! —gritó Rainbird cuando Pearl se levantó con rapidez y corrió hacia el muro.

—¡Coged a esa caradura!

Las voces se callaron— Era obvio que estaban bajando las escaleras para intentar cerrarle el paso.

—¡Pearl! —gritó Tom—. ¡Pearl, para! Y, justo después, también él había saltado el muro y estaba corriendo por la callejuela. Pearl era rápida, pero Tom lo era más, y cruzando la calle como una bala? consiguió alcanzarla y empujarla detrás de un arbusto.

—¿Qué estás haciendo? —dijo jadeando ella cuando cayeron a un jardín—. Estás lo...

—¡Chist!

Tom se llevó un dedo a los labios y señaló hacia el lugar de la calle donde se oía un fuerte ruido de pasos.

—¿Dónde vamos? —preguntó Rainbird, jadeando.

—A esa reunión, sospecho —resolló la mujer.

—Eche la llave —instruyó el hombre a Ern—. Luego, llámenos.

—Entendido —dijo Rainbird.

Los pasos se alejaron calle abajo y Rainbird volvió a entrar resueltamente en el museo.

—Lo siento —susurró Tom—. Te he visto desde el anexo, y luego los he visto a ellos y...

—Seguro que sí —dijo Pearl enfadada y, mirándose la larga rozadura del brazo, se la chupó a conciencia—. Bueno, supongo que tengo que darte las gracias —añadió, por fin—. De hecho, yo también te andaba buscando.

—Lo sé. Me lo ha dicho Ern Rainbird.

—Ah, ¿sí? ¿Quién, el conserje?

—El que te ha mandado a esa sociedad del puerto con un nombre rarísimo. La Legión de la...

—Hormiga Blanca. El nombre estaba en el cuaderno de mi padre, lo sé. Me he estado documentando en la biblioteca. Son los descendientes de una expedición muy extraña y les interesan los insectos raros... pensaba que debíamos... es decir, me preguntaba si querías venir conmigo. Viendo que ahora estamos, esto... hum..., en el mismo barco. —Tom sabía a qué se refería, pero seguía sin querer creerlo.

—No estoy seguro de que sea buena idea.

—¿En serio?

—No después de lo que acaba de pasar. Creo que es una trampa. Ern Rainbird quería que fueras.

Pearl pareció genuinamente sorprendida.

—Pero ¿porqué iba a hacer algo así? Parecía muy amable. —Creo que está con ellos. Todos están intentando encontrarte. Pearl están por todas partes. Están...— Tom se interrumpió; era consciente de que Pearl lo estaba mirando con mucha atención—. Cuando he cruzado el humedal, he visto tu globo. Allí también había unos hombres, esperando a que volvieras.

—Y supongo que también iban a matarme.

Tom se encogió de hombros.

—Iban armados. Creo que a lo mejor sí.

Pearl estaba exasperada.

—Lo ves, ¡Todo es real! No me lo estaba inventando.

Tom asintió con la cabeza y miró los charcos. No podía fingir que no estaba aliviado de volver a ver a Pearl viva.

—Entonces, ¿qué debería hacer ahora?

Tom se concentró— Quedaban muy pocos sitios.

—Podrías venir conmigo a Flood Street. A Jos y a Melba no los importará que duermas en el suelo. De hecho, es probable que ni se enteren.

—¿Puedo?

Tom se encogió de hombros.

—Sería lo más sensato. Y seguro que ahí no te encuentran.

Pearl sonrió oreja a oreja. Era la primera vez que Tom la veía sonreír de verdad e, incluso en la oscuridad, vio que tenía la dentadura blanquísima.

—Eres un cielo, Tom, ¿lo sabías?

—¿Un cielo?

—Sí —Dijo ella, riéndose—. Un cielo. Ya sabes.

Cerrando el cerco

Tom se despertó temprano a la mañana siguiente y vio el sol entrando a raudales por la ventanita. La habitación entera resplandecía. Se frotó la cara y miró el rincón donde Pearl dormía en el suelo, envuelta en un par de mantas. Tenía la cara casi tapada por una nube de cabello negro, pero parecía tan tranquila que decidió que no quería despertarla. Habían conversado hasta muy avanzada la noche y él le había hablado de la extraña Oscarine Zumsteen, del rompecabezas, y le había enseñado la llave metálica, pero ninguno de los dos había sabido encontrarle mucha lógica a aquello. Solo era otro hilo más de la gran telaraña que los había envuelto a los dos. Habían acordado que Pearl debía quedarse escondida en la casa e ir al museo a la hora de cerrar para intentar resolver el problema juntos.

Miró el techo y bostezó. Había dormido superficialmente, soñado con una mezcla de recuerdos confusos y tenido una pesadilla recurrente que sabía que no era en absoluto un sueño.

Cogió el teléfono móvil y apenas fue capaz de reunir el valor suficiente para encenderlo, porque sabía cuál sería la respuesta. Ningún mensaje. Nada. Era normal. Siempre era así. Pero tenía un persistente vacío en la boca del estómago que cada vez le costaba más ignorar. Respiró hondo, se vistió y, al bajar a la cocina, sintió un gran alivio al descubrir que Jos y Melba no estaban.

«Estamos izando las velas del museo —decía una nota toscamente escrita en la esquina del *Dragonport Mercury*—. Sírvete lo que quieras y ven». Tom echó un vistazo a la página y vio el titular: «LA SUBASTA ZUMSTEEN BATE TODOS LOS RÉCORDS». Intrigado, siguió leyendo.

En lo que tenía que haber sido una subasta rutinaria, en la Casa de Subastas Taxtrum ayer por la tarde se vivieron escenas de caos rara vez presenciadas en Dragonport. Ha sido increíble dijo el subastador Tony Skillett . Cualquiera hubiera creído los Muebles estaban hechos de polvo de oro . Los espejos, las sillas, incluso las cucharas, alcanzaron un valor hasta veinte veces superior al calculado, reportando una fortuna a su propietaria, la señora Oscarine Zumsteen. El objeto estrella de la tarde fue el lote número 176, rotulado caja de madera, década de 1960, utilizada posiblemente como maletín de viaje . Es un objeto normal y corriente, hecho de Madera lisa con un asa en un lado y completamente vacío , explicó el señor Skillett. Pero, para un pujador telefónico, la caja debía de tener algún encanto oculto, porque se adjudicó por casi

Medio Millón de libras. Aún sudo pensando en eso dijo el señor Skillett . Es una caja de Madera normal y corriente. ¿Ni más ni Menos . La señora Oscarine Zumsteen no estuvo presente en Taxtrum y no se lave desde la excepcional tarde de ayer.

—¿Has visto el periódico?

—Sí —dijo Tom con una sonrisa, subiendo sin prisas las escaleras bañadas por el sol matutino—. No sabía que coleccionabas cajas.

—¡No seas tan descarado! —resolló Jos, los ojos sonriéndole bajo las pobladas cejas—. Quien lo hizo estaba loco. Loco de atar. No sabía que hubiera tanta gente con más dinero que sentido común.

—¿Conseguiste algo?

—Ni una calabaza —respondió él, metiéndose las manos en los bolsillos y hurgándoselos—. Oscarine y yo fuimos amigos en la escuela, antes de que se casara con Nicholas, por supuesto. Y siempre estaba coleccionando extraños objetos indios, ya sabes, máscaras, abalorios y amuletos, toda esa mandanga. Y pensé que, con lo del desalojo, a lo mejor vendía algunas de aquellas curiosidades. Obviamente no ha sido así. —Se volvió y miró las numerosas vitrinas que lo rodeaban—. El problema es, chaval, que cuando llevas toda la vida en un sitio como este te conviertes en una urraca. Nunca tienes suficientes cachivaches, como los llamaba mi padre. Cachivaches, cachivaches, por todas partes —añadió, señalando la sala con el brazo—. Es una adicción, como estoy seguro que Melba te dirá.

Tom asintió con una sonrisa y se palpó el bolsillo. La llave que Oscarine le había dado seguía allí: bien. Puede que Jos supiera mucho más de lo que él creía...

—Parece que vamos a tener otro día ajetreado —dijo, mirando el numeroso grupo de hombres vestidos con chándales azules idénticos que acababa de entrar. Parecía que fueran parte de un equipo deportivo.

—Nunca habría pensado que este sitio tan viejo pudiera interesarles —resolló Jos—. Aun así, todo es dinero, ¿no?

Tom observó al grupo mientras entraba en el vestíbulo: debían de ser unos sesenta. Jos tenía razón; aquellos hombres parecían fuera de lugar en el museo. Eran todos bajos, fornidos, con la cara huesuda y la mirada extrañamente inexpresiva... Tragó saliva con nerviosismo. Él sabía qué eran. Notó un escalofrío recorriéndole el espinazo.

—Hasta luego —murmuró, y subió las escaleras para dirigirse al ala este. La colección Hellkiss estaba tan concurrida como siempre, ya con grupos de personas fascinadas con el cocodrilo que atrapaba al ñu ya con la estampida de animales saltando al vacío. Evitó todas las miradas cuando entró en la pequeña sala contigua que albergaba la mejor exposición de Dragonport y le alegró descubrir que, salvo por un par de ancianos comentando los méritos de «Badger», el perro con una oreja», el

lugar estaba desierto. Se acercó a la gran vitrina de cristal situada en el centro y escudriñó el archipiélago de Tithona, su verde masa de islas alzándose en una laguna iridiscente. Con cuidado, sacó la llavecita metálica y palpó sus bordes dentados. Debía de haber algún compartimiento secreto en algún sitio, pero ¿dónde?

—Acuérdate de estrechar la mano al jerbo —susurró para sus adentros mientras rodeaba la maqueta, pasando los dedos por la oscura base de madera de caoba. Pero allí no había ningún jerbo... Sintió una curiosa sensación de hormigueo en la espalda. Lo estaban observando.

—Bueno, bueno, ¿quién se lo habría imaginado?

La voz atravesó sus pensamientos como un carámbano y él volvió a meterse rápidamente la llave en el bolsillo.

—Volvemos a encontrarnos.

Al darse la vuelta, vio a una muchacha de tez pálida y largos cabellos negros parada en la puerta con pose de bailarina. Se acercó a él como un felino y Tom notó que lo perforaba con sus grandes ojos amarillos. Lotus Askary: mayor, más alta, un poco envarada con un largo vestido blanco, pero ella, sin duda. Lo asaltó una confusión de pensamientos... y antes de poder considerar ninguno de ellos, Lotus había entrelazado sus dedos largos y fríos con los de él.

—Debo felicitarte por tu museo, Tom —dijo con educación, estrechándole la mano—. Después de tantas tribulaciones, jamás pensé que pudiera lucir tanto.

—¿Qué... hum... qué estás haciendo aquí? —masculló Tom, recobrándose de inmediato.

—Oh, ya sabes, cosas, resolviendo unas cuantas minucias —respondió ella, sin darle importancia—. Dragonport no es lo que se dice mi destino favorito, pero siempre estoy a la caza del próximo bombazo.

—El próximo bombazo —resopló Tom—. ¿Y eso qué es?

A Lotus le centellearon los ojos.

—Vaya, vaya, Tom: qué agresivo te has vuelto. Siempre me habías parecido una dulzura.

Sonrió y Tom notó que empezaba a hervirle la sangre. Lo último que deseaba era que Lotus Askary fuera condescendiente con él.

—¿Y tiene el próximo bombazo algo que ver con Oscarine Zumsteen?

Lotus se rió.

—¿Oscarine Zumsteen? Esa vieja loca. ¿Qué sabes tú de Oscarine Zumsteen?

—No mucho —respondió Tom con indiferencia—. Salvo que ha sacado a subasta todas sus pertenencias y algún idiota ha pagado casi medio millón de libras por una caja de madera que no tenía nada dentro.

Lotus endureció las facciones.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Lo he leído en el periódico —respondió Tom, disfrutando con su malestar—. Parece que esa persona va a tener que dar muchas explicaciones.

Lotus entrecerró sus lechosos ojos amarillos.

—Yo que tú tendría muchísimo cuidado, Tom Scatterhorn. Muchísimo cuidado. Es un milagro que sigas vivo para mantener esta conversación. Si yo me hubiera salido con la mía...

—Estas aquí.

Tía Melba venía alegremente hacia ellos, abriéndose paso entre el gentío.

—¿Tom? Tom, hay alguien... oh... —Se le petrificó la cara cuando Lotus se dio la vuelta y le sonrió de forma cautivadora.

—Señora Scatterhorn. Volvemos a vernos. Qué sorpresa tan maravillosa.

Melba tenía aspecto de haber visto un fantasma.

—Se acuerda de mí, ¿verdad? Lotus Askary. Casi compramos este viejo museo.

—Cómo olvidarte —dijo Melba, mirando a la espigada muchacha con incredulidad.

—Estaba felicitando a Tom por la restauración —explicó Lotus—. Jamás pensé que esto pudiera quedar tan bien.

—Debe de ser una sorpresa muy agradable —dijo Melba con frialdad.

—Sobre todo *El Diluvio* —observó Lotus con una sonrisa, mirando la inmensa escena desde la puerta—. Vi cómo lo restauraban, ¿sabe? Por dentro, es una construcción extraordinaria.

—Ah, ¿sí? —gruñó Tom—. Qué interesante.

—A lo mejor lo es, un día —dijo ella, con una media sonrisa.

Tom no sabía a qué se refería, y le daba igual.

—¿Y no he leído en alguna parte que van a construir una nueva sección dedicada a los escarabajos de forma exclusiva? —prosiguió Lotus—. Creo que deberían hacerlo. Sería estupendo.

Melba estaba desconcertadísima.

—De hecho, no nos gustan mucho los insectos. Hemos tenido unas cuantas plagas.

—Sucias criaturas repugnantes, la mayoría —añadió enérgicamente Tom—. ¿Por qué íbamos a querer escarabajos en el museo?

Melba se quedó bastante sorprendida de la vehemencia de Tom, pero Lotus se limitó a encogerse de hombros.

—A lo mejor a ellos tampoco les gustáis mucho vosotros.

—A lo mejor —respondió Tom—. ¿Importa?

—No especialmente —dijo Lotus con altivez—. Estoy segura de que, si decidieras mantenerte al margen, ellos no te molestarían.

—Ah, ¿no?

Tom la fulminó con la mirada, pero Lotus no se inmutó. Melba los miró y se sintió más desconcertada que nunca. De pronto, Lotus recordó algo y miró su reloj.

—Caramba, señora Scatterhorn, no me había dado cuenta de lo tarde que es. Debo reunir a las tropas y marcharme ahora mismo.

—Ah, ¿sí?

—Sí, me temo que las calles estarán atascadísimas por el tráfico. Ha habido un incendio, ¿sabe? Cerca del puerto.

—¿Un incendio? —preguntó Tom—. ¿Qué incendio?

—Oh, en algunas de las casas flotantes —respondió Lotus, quitándole importancia—. Parece que hay una pandilla de sinvergüenzas que vive por ahí. Se hacen llamar «la Legión de la Hormiga Blanca», o algún otro nombre igual de absurdo. No me acuerdo.

Tom se quedó mirándola con la boca abierta. Había una inconfundible nota de triunfo en sus ojos.

—Es una lástima. Pero supongo que han debido de tener un accidente. Quién sabe por qué. Pero se han esfumado todos.

—¿Cómo sabes eso?

Lotus miró a Tom con expresión aburrida y condescendiente.

—¿De verdad crees que no sé lo que está pasando, Tom? Por favor, un poco de respeto. Adiós, señora Scatterhorn.

Lotus giró sobre sus talones y se perdió entre el gentío, con la trenza de lustroso pelo negro ondulando como una serpiente.

—No imaginaba que volvería a verla —masculló Melba—. Debo decir que estoy bastante sorprendida.

Tom no dijo nada. No había nada que decir. Fue al balcón y vio a Lotus saliendo por la puerta como si aquel lugar le perteneciera, seguida del numeroso grupo de deportistas vestidos con chándales azules. Y allí estaba Ern Rainbird, inclinándose con deferencia cuando ella pasó por delante de él con altivez. Cómo no, pensó Tom, indignado. Lotus Askary era con toda claridad alguna clase de criatura superior ¿Y qué era Ern Rainbird exactamente? Sí, qué era...

Tom bajó las escaleras a toda prisa, cruzó la pesada puerta por la que se accedía a la vivienda de la parte trasera del museo y subió las desvencijadas escaleras que conducían a su antiguo dormitorio. Abrió la puerta de un empujón, sorteó el desorden de cajas hasta la ventanita y miró el puerto, que empezaba donde terminaban los tejados de Dragonport. Por supuesto, Lotus tenía razón. Allí, suspendido sobre el estuario, había un gran manto de humo negro y Tom oyó sirenas de ambulancias y camiones de bomberos a lo lejos. Así que era eso a lo que Lotus se refería con resolver unas cuantas minucias. ¿Quiénes eran todas aquellas personas de las casas flotantes? ¿Y se debía todo aquello a Pearl o a otra cosa?, ¿al maletín de expedición de Nicholas Zumsteen, quizá? Tom no lo sabía. De pronto, se sintió muy inseguro. Parecía que, de la noche a la mañana, Dragonport se había convertido en un campo de batalla.

—¿Buscas a alguien?

Tom se dio la vuelta y vio a Ern Rainbird en la puerta. Tenía un candado y un destornillador en la mano.

—Voy a poner un candado, solo por si vuelven a entrarnos.

—Bien —gruñó Tom—. Estaba mirando el incendio.

Ern miró el humo negro un instante: no parecía muy interesado.

—La gente de esas casas flotantes tenía alguna relación con la reunión de anoche, ¿verdad?

—Eso me han dicho. Por lo que veo, no fuiste.

—No —respondió Tom—. ¿Debería haberlo hecho?

Ern soltó una risita.

—¿Qué hay de tu amiga? ¿Sabes si fue?

—No tengo ni idea —dijo Tom con aspereza—. No la he visto.

Ern dejó de mirar el destornillador.

—Eso es bueno, ¿no?

—Sí.

Tom pasó por su lado y volvió abajo. Aquello era de locos: ahora se sentía acosado en su propio museo. ¿Qué clase de barbaridad iban a hacer a continuación? ¿Incendiar el museo?

Tom pasó el resto del día evitando a Ern Rainbird y decidió ayudar a los ajenos y a Melba a colgar una larga hilera de fotografías en el pasillo de la primera planta.

—Las he encontrado en el viejo despacho de la parte de atrás —anunció Jos, con la boca llena de clavos—. Son parte de la colección de Henry. He pensado que merecían airearse un poco.

Tom estudió las fotografías conforme las colgaban en la pared. Estaban sacadas en un lago, rodeado de altas montañas, y retrataban una feria muy singular. Había un elefante haciendo esquí náutico, un oso con zancos, un biplano que atravesaba una casa en llamas y un indio junto a una cuerda vertical en cuyo extremo había sentado un mono. Todo era salvaje y extraño y, al final, había un retrato grupal de sir Henry, August Catcher, un indio menudo que Tom reconoció de inmediato como el maharajá de Champawander y otras personas, entre ellas una joven alta con el pelo muy corto que llevaba unos pantalones de montar y una chaqueta de aviador.

—Un grupo extraño, ¿verdad? —dijo Jos, alejándose y admirando la hilera de fotografías—. ¿Reconoces a alguno de ellos?

Tom asintió vagamente con la cabeza.

—¿Quién es esta? —preguntó, señalando a la joven alta que estaba al lado de August.

Jos se subió las gafas a la frente y entrecerró los ojos.

—Pues si no me equivoco, es Trixie Dukakis, la sobrina de August. Famosa piloto de acrobacias en su día. Inventora de la conocida pirueta doble Dukakis.

—¿Pirueta doble Dukakis?

Jos enarcó las cejas.

—Bueno, es aeronáutica. Es... una pirueta, doble. Giras en una dirección y luego

giras en la otra...

—Oh, deja de decir bobadas —lo interrumpió Melba, sonriendo—. Pero parece interesante, ¿no? Trixie se convirtió en la enfermera de August, más adelante, creo.

—Así es, Melba —asintió Jos.

Tom miró el rostro ancho y relajado de Trixie. Se preguntó por qué era la primera vez que oía hablar de ella.

Ya empezaba a anochecer y los últimos visitantes del museo estaban saliendo. Recogieron las herramientas y se dirigieron a las escaleras, atravesando la sala que contenía la colección Hellkiss.

—¡Vaya! —dijo Melba cuando pasaron por delante de la pequeña sala que albergaba la mejor colección de Dragonport. Delante de la maqueta de las islas Tithona había una visitante que llevaba un vestido rojo y gris estampado con mucho vuelo—. Yo tuve un vestido idéntico a ese —añadió—. Lo llevé en el baile de la escuela. Dios mío, debe de hacer cuarenta años de eso. —Jos escudriñó la penumbra.

—Creo que me acuerdo de él, Melba. Y es curioso, porque ese sombrero es clavado a mi viejo sombrero tirolés.

Tom podría haber añadido que la visitante llevaba sus viejas deportivas verdes, pero no lo hizo.

—Oh, mirad. Ahí está Ern, justo cuando lo necesitamos —dijo, empujándolos hacia las escaleras, en cuya base estaba Ern Rainbird, enfrascado en una conversación con un sudoroso hombrecillo que llevaba un traje oscuro—. ¡Hola, Ern!

En cuanto los vio, Ern se irguió con aire de culpabilidad y se adelantó mientras el caluroso hombrecillo se retiraba, perdiéndose entre las sombras.

—¿Necesitas ayuda con eso, patrón? —preguntó, con una sonrisa fingida, arrebatando la escalera ajos y cogiendo la caja de herramientas que llevaba Melba.

—Gracias, Ern —dijo Melba en tono amable. Tom aguardó hasta que Ern desapareció con su cargamento. Luego, volvió a subir rápidamente las escaleras, consciente de que el hombrecillo sudoroso no le quitaba ojo.

—No es el mejor disfraz del mundo, ¿sabes? —susurró, acercándose a Pearl.

—Ah, hola —dijo ella, a todas luces absorta en sus pensamientos. Lo miró, con aire distraído—. Lo siento. Eran las únicas cosas que me iban bien. Y, además, me gustan, más o menos. ¿Hay algún problema?

—Supongo que no —respondió Tom. Con el pelo recogido bajo el sombrero y el llamativo vestido estampado, Pearl tenía un aspecto bastante excéntrico, que, curiosamente, le favorecía—. ¿Qué estás haciendo?

—Intentando resolver esto —dijo Pearl con calma, palpando la base de la maqueta—. El rompecabezas para abrir esto.

—¿Alguna idea?

Pearl asintió con la cabeza.

—Unas cuantas. A mi padre le encantan los rompecabezas. Está obsesionado con ellos. Se me ha pegado un poco.

—Pues no hagas nada hasta después de cerrar —susurró Tom—. Rainbird está merodeando por aquí, por no hablar de todo lo demás.

Pearl lo miró con expresión interrogativa.

—¿A qué te refieres?

Tom iba a hablarle del incendio del puerto, pero cambió de idea. Pearl no necesitaba que le recordaran cuánto peligro corría.

—Creo... a lo mejor es buena idea que bajes al despacho y te quedes veinte minutos escondida en el armario mientras Ern hace la ronda.

—¿Escondida en un armario?

Tom pareció azorado.

—Solo... hazme caso, es buena idea en este momento. Veinte minutos, eso es todo.

Pearl se encogió de hombros.

—Vale. Lo que tú digas.

Siguió obedientemente a Tom por el pasillo hasta la pequeña escalera de caracol de la parte trasera del museo y, al llegar a la planta baja, él se asomó a la sala central. Ya estaba casi vacía y oyó a Ern Rainbird merodeando por las vitrinas de los pequeños mamíferos.

—Vamos —susurró, y entró en el despacho con sigilo. Al cabo de un minuto, Pearl estaba sentada en un armario enfrente del escritorio.

—¿Estás seguro de que es necesario? —preguntó—. Nadie sabe quién soy.

Tom asintió con la cabeza.

—Lo sé. Confía en mí. Lo siento.

Cerró la puerta y, cuando oyó los fuertes pasos de Ern cruzando el suelo de la sala, tuvo el tiempo justo de rodear el escritorio y sentarse en la silla antes de que él llamara a la puerta con brusquedad.

—Voy a cerrar, jefe, si te parece bien.

Tom levantó la vista y vio a Ern Rainbird en la entrada, mirando furtivamente a su alrededor.

—Ah, bien.

—Entonces, ¿cinco minutos? —dijo Ern, rascándose la cabeza pecosa y agitando el manajo de llaves que llevaba en la mano.

Tom intentó sonreír.

—No me esperes, Ern. Vete a casa. Yo saldré más tarde.

—¿Más tarde? —repitió el conserje, balanceando aún las llaves.

—Exacto. Tengo mis propias llaves, así que puedo salir más tarde.

Ern Rainbird se quedó un momento callado. Era obvio que no se esperaba aquello.

—Muy bien, chaval —dijo, mirándolo con sus grandes ojos azafranados—. ¿Vas a quedarte... esto... mucho?

—No creo —respondió Tom, endureciendo la voz—. ¿Te parece bien?

—Pues claro, hombre —dijo Ern, esbozando lo que para él era obviamente una sonrisa alegre—. Disculpa. Tengo que recordarme todo el tiempo que esta es tu casa.

Tom no se molestó en responder.

—No te preocupes. Pues... pues voy a cerrar. Buenas noches.

Ern volvió a pasear la mirada por el despacho y cerró la puerta. Tom hizo todo lo posible por ignorar lo que fuera que Ern planeaba hacer más tarde y, sacándose la llave mate del bolsillo, la examinó con detenimiento.

—Estrecha la mano al jerbo —masculló, palpando los ásperos surcos del extremo circular. ¿El jerbo?

La voluminosa puerta del museo rechinó y se cerró, y el ruido de la cerradura girando resonó en el vestíbulo a oscuras. Ern Rainbird se había marchado, por el momento. Tom aguardó hasta que reinó un silencio absoluto. Luego, se levantó.

—Ya puedes salir —dijo.

No oyó nada.

—Se ha ido.

Silencio. Pearl seguía dentro del armario, ¿no? Debía de haberse quedado dormida. Tom fue hasta el armario.

—Oye, ya no hace falta que te escondas. Tenemos que...

Estaba a punto de abrir el armario cuando percibió un movimiento a su izquierda. Miró el pequeño armario que había debajo de la ventana y su reluciente pomo de latón, que contrastaba con la madera oscura. El pomo se movía... pero Pearl estaba... al instante, su sorpresa se trocó en miedo. Miró el escritorio y cogió un voluminoso pisapapeles con forma de garra de águila. Con eso debería valer. La puerta del armario se estaba abriendo hacia fuera... despacio... muy despacio...

¡Pum!

La puerta se abrió del todo.

—¡Oh! —resolló alguien.

Tom se quedó pasmado al ver que un sudoroso hombrecillo salía del armario esquinero. Llevaba un grueso traje de lana y parecía muerto de calor.

—¿Quién es usted?

El hombrecillo se enderezó y lo miró con toda la calma de que fue capaz a través de sus gafas empañadas.

—Esto es... una inspección.

Tenía la voz tan aguda que seguramente los murciélagos lo oirían mejor que nadie. Tom parpadeó. Entonces lo reconoció: lo había visto antes, hablando con Ern Rainbird.

—Una ¿qué?

—Formo parte de una brigada de inspección y estamos haciendo una inspección.

Tom lo miró con aire amenazador. Era mucho más bajo que él.

—Pero le complacerá saber que su museo ha aprobado con nota. Sobresaliente. Enhorabuena —dijo el hombre, bajando los inexpresivos ojos amarillentos y

dirigiéndose a la puerta con mucha lentitud. Tom agarró el pisapapeles con más fuerza. Aquello era el colmo y el hombrecillo lo sabía.

—¿Qué ha dicho?

—Mi brigada de inspección no ha podido encontrar ningún fallo, así que, sin más preámbulos, le desearé las buenas noches, joven.

El hombrecillo giró sobre sus talones y, metiéndose la carpeta en el maletín, lo cerró y salió resueltamente al vestíbulo.

—¡Espere!

Tom se acercó a él y lo miró. Era tan bajo que casi no parecía real.

—Tengo que abrir para que pueda salir.

—Ah, sí. Si lo hiciera, le estaría muy agradecido. Agradecidísimo.

Tom fue hasta la puerta del museo y la abrió.

—Entonces, ¿la brigada de inspección es solo usted?

—Oh, sí, señor Scatterhorn. Siempre soy el primero en entrar y el último en salir.

Tom lo miró con curiosidad.

—¿De verdad?

El hombre miró el pisapapeles, que Tom seguía llevando en la mano.

—Exacto.

—Más le vale.

Tom abrió la puerta y el hombrecillo bajó las escaleras a saltitos. Luego, cerró de un portazo y echó la llave. Otro más: ¿cuántas más de aquellas personas de mirada vacía había allí? Aquello ya rayaba en la ridiculez.

—¿Quién era ese?

Pearl había aparecido en la entrada del despacho y salió al pasillo.

—Alguien de una brigada de inspección. Inspeccionando el interior de un armario.

Pearl se rió.

—¿En serio?

—Te estaba esperando, obviamente.

—Esto es de locos. ¿Qué está pasando en este sitio?

—No lo sé, de veras —respondió Tom, negando con la cabeza. Sería raro si no sospechara que detrás de todo aquello había algún propósito siniestro—. Venga, ¿por qué no me enseñas cómo se abre la maqueta?

En busca de una salida

Un minuto después, Tom y Pearl estaban en la primera planta, mirando la gran vitrina de madera que contenía la maqueta de las islas Tithona.

—¿Y no dijo nada más? —preguntó Pearl, escudriñando las islas que surgían del mar.

—No —respondió Tom, palpando bajo la rebaba de la base en busca de algo semejante al ojo de una cerradura—. Supongo que debe de haber algún panel corredizo en algún sitio, tapándolo.

—¿Qué es un jerbo? —preguntó Pearl.

—Es como un ratón grande. Tiene las patas traseras muy largas y vive en el desierto —respondió Tom, echándose en el suelo y mirando debajo de la vitrina—. Es nocturno, creo. —Encendió la linterna y alumbró las telarañas y tuercas que había debajo. Que él pudiera ver, allí no había nada.

—¿Estás seguro de que se llama Oscarine? —dijo Pearl, examinando el borde de la maqueta, a lo largo del cual había una cenefa de círculos oscuros encajados en cuadrados más claros.

—Que yo sepa sí. ¿Por qué? ¿Está escrito en algún sitio?

—Oscarine —masculló Pearl, contando los círculos oscuros con los dedos—. Sí, tiene sentido.

—¿El qué? —preguntó Tom, levantándose—. Ahí debajo no hay nada en absoluto.

—Estos —respondió Pearl, agachándose y examinando los círculos oscuros—. Me he fijado en ellos antes. Parecen botones, ¿verdad? Te dan ganas de pulsarlos.

Tom tenía que reconocer que, en efecto, los oscuros círculos de madera parecían botones, y el dibujo se repetía en los cuatro lados de la vitrina.

—Y adivina cuántos hay en cada lado.

Tom sacudió la cabeza.

—¿Unos treinta?

—Veintinueve. Los he contado. El mismo número de letras que tiene el abecedario.

—¿No puede ser únicamente una coincidencia?

Pearl lo miró y sonrió.

—No si te gustan los rompecabezas. Esto es una pista. Es un código. La maqueta se hizo para Oscarine Zumsteen, ¿no? Así que deberíamos empezar por la O, que es la... —Pearl hizo un cálculo rápido— letra dieciocho del abecedario. —Contó hasta el botón dieciocho y lo apretó con toda la fuerza de que fue capaz—. No sucedió nada.

—A lo mejor no es ese lado —sugirió Tom, viendo los esfuerzos de Pearl—. Ese es el sur. Supongo que deberíamos empezar por el norte.

—¿Por qué por el norte?

—Ya sabes, norte, este, sur, oeste, la brújula. Siempre va en ese orden, ¿no?

A Pearl se le iluminó la cara.

—Eres un genio —dijo con una sonrisa, colocándose en el lado opuesto—. Sabía que había algo. Vale, allá voy.

Contando hasta el botón dieciocho, lo apretó con fuerza. Se oyó el débil roce de madera contra madera. Luego, el botón se hundió con brusquedad.

—¡Caramba! —susurró Tom.

—«S» —dijo Pearl, entusiasmada—, que es la letra...

—Veintidós —respondió Tom, contando rápidamente con los dedos.

Pearl contó cuatro botones más y apretó. No sucedió nada. Volvió a intentarlo, apretando con todas sus fuerzas, pero el botón siguió sin moverse.

—Espera —se dijo—. Espera, espera. Eso es. Hay que ir cambiando de lado. Con cada letra... —Fue al lado este, contó hasta el círculo veintidós y lo apretó con el dedo pulgar. En efecto, oyeron un chirrido hueco y el botón se hundió.

—Creo que va a dar resultado —dijo, sonriendo. Y así continuaron, rodeando la maqueta y pulsando todos los botones correctos hasta llegar a la letra «Z».

—Si es la última, tendría lógica, ¿no? —dijo Pearl cuando el botón se hundió, pero esta vez oyeron otro sonido justo después, como si un engranaje de madera estuviera girando sobre su eje. Entonces, de forma totalmente inesperada, todo el lado oeste de la base cayó hacia delante, revelando un cajón muy hondo.

—¿Ya está? —se asombró Pearl.

Abrieron el cajón con cuidado y les maravilló ver una detallada procesión de figuras de alambre incrustadas en un mosaico de maderas de distintos colores. Había hileras de elefantes, grupos de hombres con turbantes tocando instrumentos, jirafas con correa, guepardos, mangostas y avestruces.

—Debe de ser alguna clase de ceremonia —sugirió Pearl—. Pero ¿dónde está el jerbo?

Tom escudriñó las figuras con avidez, pero no encontró nada parecido a un ratoncillo desertícola.

—A lo mejor no está aquí. A lo mejor hay otro nivel debajo.

—Espera un momento —dijo Pearl de pronto—. ¿No has dicho que era nocturno?

—Eso creo.

—Pues entonces no estará aquí. Mira, el sol —dijo, señalando la gran esfera dorada de la esquina superior derecha—. Solo me pregunto...

Puso las palmas de las manos en la superficie plana y pasó los dedos por ella hasta dar con una pequeña tuerca de acero, apenas discernible de la oscura madera.

—Aquí está.

—¿Qué es? —preguntó Tom.

—Parece una palanca —respondió ella—. A lo mejor tendría que empujar, o incluso tirar. ¿Qué opinas?

Tom se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Con cautela, Pearl tiró de la palanquita hacia ella, luego hacia atrás, y ocurrió algo extraño: el disco del sol bajó y se ocultó, y debajo apareció una luna creciente. En ese momento, Tom percibió un movimiento por el rabillo del ojo. Provenía de un árbol a la izquierda. Algo había cambiado en él.

—La luna ha movido alguna cosa —susurró, mirando entre las ramas del árbol—. Mira —dijo, de pronto—. ¡Ahí está! ¡El jerbo!

Pearl acercó más la cara y vio que al centro del árbol se le había caído un circulito de madera; debajo, había un animal que parecía hecho de alambre de espino.

—Pero ¿cómo ha pasado?

—Debía de estar conectado con la luna —razonó Tom—. Como esos libros que teníamos donde tirabas de una lengüeta y aparecía algo en un agujero de la página.

—Qué complejo es —dijo Pearl, que seguía maravillada con el mecanismo—. ¿Por qué crees que se tomó tantas molestias August Catcher?

—Le gustan los trucos —respondió Tom—. Cuanto más inesperados, mejor. Y es un genio, por supuesto.

—¿Lo conoces? —preguntó Pearl, con curiosidad.

—Sí. Desde hace bastante.

Pearl pareció confundida.

—Pero, si disecó todos los animales de este museo hace más de un siglo, ¿no es viejísimo?

—Más o menos —dijo Tom, sonriendo con ironía—. Podría decirse eso. Pero estrechemos la mano al jerbo.

Tom ignoró la confusión de Pearl y, metiendo los dedos en el agujerito, rozó una fina palanca de acero acoplada a la flaca mano izquierda del jerbo. Con cuidado, comenzó a subirla y bajarla en su surco de madera y oyó un chasquido debajo, como un muelle tensándose...

—Estrechar la mano al jerbo —dijo Pearl, sonriendo.

B

Se oyó un débil chasquido y el oscuro panel de madera donde estaban el árbol, la luna y un par de elefantes se levantó ligeramente. Tom palpó el borde con los dedos y, al tirar de él, vio que tenía bisagras en un lado. Lo alzó y debajo vio un compartimiento poco profundo, en cuyo centro había una sencilla caja de madera repleta de pegatinas de líneas aéreas. Se parecía un poco a un maletín médico.

—¿Es... esto? —preguntó Pearl, sorprendida de ver un objeto con un aspecto tan corriente, estropeado y arañado por innumerables años de viajes.

—Eso creo —respondió Tom, emocionado—. Este es el maletín de expedición de Nicholas Zumsteen, que él envió a su mujer Oscarine antes de desaparecer en las islas Tithona hace ya muchos años.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Oscarine Zumsteen me lo enseñó en una fotografía.

Pearl estaba confundida.

—¿Y te dijo qué había dentro?

Tom negó con la cabeza.

—No me dijo nada. Salvo que no debía decírselo a nadie. Pero sí me dio esto — explicó, sacando la llavecita e insertándola en la cerradura—. Así que debía de confiar un poco en mí.

Giró la llave dos veces y abrió el maletín. Dentro, había una serie de compartimientos y cajones que contenían diversos frascos, botes de vidrio y otros curiosos instrumentos que podrían haber pertenecido a un médico. Tom los reconoció de inmediato.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Pearl.

—Nicholas Zumsteen era científico —explicó Tom— y estaba muy interesado en los insectos. Eso —dijo, señalando un pequeño objeto con forma de embudo— es un frasco para matar los insectos que cazas. Y ahí están el cloroformo, los alfileres, las torundas de algodón y el instrumental para diseccionarlos. Mi padre se lleva todas estas cosas siempre que sale a cazar insectos.

Pearl estaba impresionada. Después de mirar los utensilios, se fijó en una serie de cajoncitos que había en la parte inferior.

—¿«ER»? —dijo, leyendo el rótulo escrito casi borrado—. «Muy frágil». ¿Sabes qué es?

Tom tiró del cajón con suavidad y vio que estaba cerrado con llave. Pero dentro oyó el inconfundible tintineo del cristal.

—Por el ruido, parecen tubos de ensayo.

—¿Podría ser eso lo que quieren?

—Puede —masculló Tom, probando los otros cajoncitos. Curiosamente, también estaban cerrados con llave.

—¿Intentamos forzarlos?

Tom reflexionó un momento.

—No sé si sería buena idea —dijo, inspeccionando algunos de los amuletos rosa de conchas de cauri y pulseras de plumas que contenía el estante de arriba. En la esquina, vio lo que parecía una pelota de plástico oscuro del tamaño de un huevo. La cogió.

—Zumsteen debió de echar la llave a estos cajones por alguna razón —continuó—. A lo mejor contienen algo que no debe salir. Algo muy peligroso, quizá.

—¿Eso crees? —Pearl abrió mucho los ojos y pasó las manos por los cajoncitos con mucha cautela. Tom miró la pelota que tenía en la mano: estaba decorada con dibujos negros y curiosamente tibia. Tenía una textura que lo inducía a querer seguir estrujándola.

—Sabes lo que deberíamos hacer, ¿no? —dijo Pearl, mirando el maletín de expedición—. Deberíamos llevárnoslo.

Tom salió de su ensimismamiento y la miró.

—¿Llevármolo? ¿Por qué?

—Para utilizarlo como rescate. Como moneda de cambio.

Tom no la entendía.

—Oye —prosiguió Pearl—, don Gervase quiere este maletín, ¿no? Más que nada en el mundo. Quién sabe por qué y, francamente, a quién le importa. Pero tiene a mi padre y a Ruddy y, casi con toda seguridad, también a tus padres. Así que a lo mejor podríamos hacer un intercambio.

Tom sonrió y negó con la cabeza.

—Creo que no terminas de darte cuenta de quiénes son esas personas. Ellas no hacen intercambios.

—¿Por qué no? Todo el mundo tiene un precio, ¿no?

—Don Gervase Askary no. En serio, Pearl, él es distinto.

Pearl lo miró con una expresión extrañamente decidida.

—No te creo —dijo—. Si tanto quiere este maletín, seguro que pacta. Me lo voy a llevar. Ahora.

Pearl empezó a guardar todos los objetos en el maletín. Tom vio que hablaba en serio.

—No estoy nada seguro de que sea buena idea —dijo, incómodo. Pearl lo ignoró y cerró el maletín—. Piensa en lo poco que ha faltado para que te maten esta misma tarde. Estaría mucho más seguro aquí.

—Tal vez —accedió Pearl—. Pero esa no es la cuestión, ¿no? ¿No ves que podría ser nuestra única oportunidad?

Tom negó con la cabeza, exasperado. En cierto sentido, sabía que Pearl tenía razón, pero ¿cuáles serían las consecuencias? ¿Debían dar a don Gervase lo que quería?

—Esto es un error grandísimo.

—Tal vez —reconoció Pearl, metiendo las manos en el cajón y agarrando el maletín por los lados. Tiró con fuerza y debajo se oyó un extraño chasquido.

—Está atascado —dijo, enfadada, palpando debajo del maletín—. Parece que está enganchado a algo.

Después de guardarse distraídamente la pelota en el bolsillo trasero, Tom introdujo la mano y rozó algo duro, frío y circular debajo del maletín. Se parecía un poco a una lata. ¿Qué podía ser?

—No estoy seguro de que debamos forzarlo —dijo, comenzando a recordar algo que había dicho Oscarine—. Es probable que tenga un mecanismo para impedir que se lo lleven. Es lógico si... —Por el rabillo del ojo, vio algo plateado asomando justo por debajo de la superficie de la madera. Una fina línea de acero. Centelleó. ¿Era un...?

—¡Cuchillo! —gritó Tom y, en ese mismo instante, apartó a Pearl de un empujón mientras un disco de acero se deslizaba rápidamente por la superficie del maletín y se detenía en el otro lado.

—¡Caray! —gritó Pearl—. Ha faltado... ha faltado...

—Poquísimo —susurró Tom, viendo que una correa de cuero recogía despacio la hoja de guillotina, arrastrándola por la superficie del maletín, y volvía a ocultarla en el mismo sitio—. Debía de estar acoplado a un muelle y ha salido disparado cuando has intentado levantarlo.

—Pero... pero ¿por qué iba August Catcher a hacer una cosa así? —preguntó Pearl, temblándole la voz.

—No lo sé —respondió Tom, concentrándose. Desde luego, aquello no casaba con todo lo que él sabía de August Catcher, a quien recordaba como un hombre amable, si bien algo excéntrico—. A lo mejor no lo hizo él. A lo mejor lo pusieron después, otra persona.

—¿Quién?

—Tal vez Oscarine, tal vez incluso el propio Nicholas Zumsteen. Alguien que conocía su valor y quería protegerlo.

Pearl no dijo nada. Se quedó mirando el maletín de expedición, el único objeto que ella creía que podía ayudarlos. Estaba tan cerca que podía tocarlo, pero era como si estuviera a millones de kilómetros de distancia.

—¿Y qué hacemos ahora? —dijo, con tristeza.

Tom respiró hondo. En su fuero interno, estaba aliviadísimo de que aquel plan se hubiera frustrado.

—Pensar en otra cosa —respondió—. No sé tú, pero a mí no me apetece volver a meter la mano ahí.

Pearl se vio obligada a coincidir con él, pero Tom advirtió que estaba muy decepcionada.

—A lo mejor hay otro modo de hacer esto. A lo mejor, en vez de pactar o esperar a que otros nos ayuden, podríamos encontrar una forma de ir a Scarazand.

—Eso sería estupendo —dijo Pearl con sarcasmo—. Claro, ¿por qué no se lo preguntamos a algún policía? O a lo mejor podríamos coger un tren.

—No me refería a eso.

—Lo sé —dijo Pearl, de malhumor—. Perdona. Es que esto es difícilísimo, eso es todo.

Tom no dijo nada. Se quedaron mirando el maletín.

—De hecho, ¿a qué te referías?

—Cerremos esto primero —dijo Tom.

Tapó el maletín con el panel de madera, volvió a colocar el sol donde estaba y, por último, cerró el pesado cajón hasta que se encajó en la base.

—Debe de estar reajustándose —dijo, escuchando golpeteos amortiguados de madera y acero. Se oyeron una serie de chasquidos conforme los botones del borde volvían a salir y, en pocos segundos, la vitrina estaba justo igual que antes.

—Nadie va a encontrarlo fácilmente —añadió.

—¿Y bien?

Pearl lo estaba mirando con expectación.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—¿Sabes que llegaste aquí en un huracán?

—Sí.

—Y sabes que yo también he viajado. Al pasado, al Dragonport de hace un siglo.

—Sí. Lo he leído aquí —dijo Pearl, sacando el estropeado cuaderno rojo de su padre—. Mi padre escuchó a August y a sir Henry mientras hablaban de eso años después de que te conocieran. Ellos pensaban que lo que había ocurrido era eso.

—Exacto —dijo Tom, incómodo por lo mucho que Pearl parecía saber sobre él—. ¿Y también adivinaron cómo fui?

—No. Eso no lo sabían. ¿Cómo lo hiciste?

Súbitamente, pese a todo, Tom se sintió violento porque nunca se lo había contado a nadie. Lo había mantenido en secreto durante casi dos años.

—Había una cesta de mimbre en el armario de las escaleras —empezó a decir—. Llena de trapos y periódicos viejos. Yo estaba escondido dentro cuando, de pronto, me caí por un agujero del fondo, al vacío, y luego me encontré dentro de un baúl en el pasado. Era una especie de puerta, supongo, una abertura entre una época y otra. Y me han dicho que también hay más sitios por ahí. Rincones, donde puedes pasar de un tiempo a otro...

—Estoy segura de que los hay —dijo Pearl, nada sorprendida—. ¿Qué propones?

—Ahora el armario está cerrado. Ern Rainbird le ha puesto un candado. Pero siempre me he preguntado si puede haber más sitios así en el museo, por donde puedes viajar al pasado. —La miró con timidez—. O quizá incluso al futuro. ¿Parece eso... posible?

Pearl miró a su alrededor.

—Entonces, ¿crees que este museo podría ser una especie de intersección? ¿Un sitio donde confluyen tiempos distintos?

—Algo así.

Pearl se concentró.

—Pero, si lo es, ¿cómo sabes adonde vas?

—No lo sabes, forzosamente. Pero, en mi caso, volví a un sitio que había visto. Era la maqueta nevada de Dragonport que hay abajo. Esa fue la puerta. No estuve dentro de verdad, solo fue la vía. Así que a lo mejor hay más puertas, escondidas en cuadros, fotografías, lo que sea —dijo Tom, mirando las paredes—. Solo hay que encontrar la entrada correcta.

Pearl se quedó mirando las islas Tithona a través de cristal.

—Supongo que no tendrás una fotografía de Scarazand.

Tom sonrió y negó con la cabeza.

—Ojalá la tuviera. Pero sí de muchos otros sitios.

Justo cuando acabó de hablar, un camión grande se detuvo en la calle. Miró la hora: eran casi las once y media. Oyó cómo cerraban la puerta del camión y pasos

subiendo las escaleras del museo.

—¿Quién es? —dijo Pearl, que también había oído los pasos.

Oyeron un débil tintineo de llaves y, luego, el chirrido de la cerradura.

—Me lo puedo imaginar —murmuró Tom, recordando la conducta furtiva de Ern Rainbird—. Vamos.

Pero, nada más salir de la sala, oyeron voces abajo.

—¿Estás seguro?

—Del todo, señorita. La he visto meterse en el armario del despacho con mis propios ojos.

—Pues hazlos entrar —espetó la voz aguda—. Y date prisa.

Tom se asomó a la barandilla con mucha cautela e intentó identificar a las tres personas. Una era Ern Rainbird, de aquello no le cabía ninguna duda. La otra era un hombrecillo cheposo, más gordo que Rainbird, que llevaba un sombrero de ala ancha. La tercera era alta y se movía con elegancia... como un gato.

—Es... es... ella —farfulló Pearl—. ¡No es la primera vez que la veo!

Lotus se quitó el sombrero y escrutó la oscuridad. Parecía tan aburrida como irritada.

—Estaba con los hombres que se llevaron a mi padre..., estaba...

—¡Chist! —susurró Tom cuando entraron cuatro hombres cargados con dos cajas de madera alargadas que depositaron en el centro de la sala.

—Ya estamos listos, señorita —dijo el hombre gordo, gesticulando con la cabeza. Lotus miró las cajas con repugnancia.

—¿Puede garantizarme que la encontrarán?

—Por supuesto, señorita. El mordiente puede ser completamente ciego, pero su sentido del olfato es muy superior al de un sabueso.

—Muy bien —espetó Lotus—. Adelante.

El hombre bajo y gordo hizo una seña a los hombres que estaban junto a las cajas y ellos quitaron todos los pasadores a la vez. Al instante, salieron de ellas seis formas viscosas que se movieron con tanta rapidez que Tom apenas vio qué eran.

—Oh, no —murmuró Pearl, viendo que las criaturas meneaban el rabo como perros, intentando encontrar un rastro. Parecían largos gusanos grises, con miles de pies pequeños y puntiagudos, y tenían dos grandes agujeros negros debajo de la frente.

—¿Qué son? —exclamó Tom, estirando el cuello para ver cómo aquellas horrendas criaturas irrumpían en el despacho, arañando el suelo de piedra con sus pies minúsculos—. ¿Ciempiés de alguna clase?

—Algo así —susurró Pearl en tono de preocupación—. Los he visto más grandes. Tenemos que salir de aquí.

Antes de que Tom tuviera tiempo de responder, los cuatro hombres subieron las escaleras corriendo y empezaron a silbar.

—Deprisa —susurró Tom, y corrieron a esconderse detrás de un extintor de

incendios.

—¿Seguro que estaba aquí? —gritó Lotus, malhumorada.

—Sí, señorita —farfulló Ern Rainbird, retorciéndose las manos con nerviosismo—. Hemos estado vigilando como nos ordenó. No ha salido todavía. Ni tampoco el chico.

Los mordientes salieron repentinamente del despacho, bufando muy excitados, y subieron las escaleras en tropel, entrando en el pequeño anexo y encaramándose por toda la maqueta de las islas Tithona.

—Ya han encontrado su rastro, señorita —gorjeó el hombrecillo gordo, enjugándose el sudor de la frente con alivio—. Ya queda poco. —Lotus frunció el entrecejo: aquello mismo le habían dicho en el puerto.

—¿Qué hacemos? —susurró Pearl, con voz trémula.

Tom intentó ignorar el martilleo de las sienes y se estrujó el cerebro. La puerta principal estaba descartada. La trasera, también. Todos los armarios eran una posibilidad, pero aquellas criaturas los olfatearían... Lo que necesitaban era un lugar donde no pudieran olerlos, algún sitio con aire propio... De pronto, notó algo peludo tirándole de la pierna con insistencia. Miró al suelo y, estaba a punto de darle una patada, cuando vio que era la trompa del mamut.

—Pero ¿qué es eso? —susurró Pearl, encogiéndose de horror.

La trompa tiró del tobillo de Tom con insistencia. El mamut estaba intentando ayudarles. Fiándose de su instinto, Tom salió de su escondrijo y fue hasta la baranda de puntillas. Abajo estaba Lotus, paseándose con impaciencia de acá para allá, y el hombrecillo gordo, y también Ern Rainbird.

—De uno en uno —susurró una voz grave y cavernosa que provenía de abajo—. Espera.

—Pero...

Justo después, la trompa se enroscó alrededor de la cintura de Pearl y la levantó, bajándola por detrás de Lotus y pasándosela a la anaconda, que la dejó rápidamente en los brazos extendidos del oso, el cual la depositó en el suelo al abrigo de las sombras. Todo ocurrió tan aprisa que, apenas unos segundos después, Tom había seguido el mismo ejemplo y se encontraba en los enormes brazos negros del oso.

—Selva lluviosa —gruñó el oso, un poco más alto de lo que debía—. El mon...

Lotus giró sobre sus talones y enfocó con la linterna los ojos negros del oso, que estaba erguido y con los brazos levantados, como había hecho en los últimos cien años. ¿Qué había sido aquel ruido? Estaba segura de haber oído algo. Tom se quedó agarrado a la espalda del oso tanto como pudo. Luego, en cuanto Lotus apartó la linterna, se escurrió hasta el lugar donde Pearl esperaba agazapada.

—Creo que lo han conseguido, señorita —gorjeó el hombrecillo gordo, viendo que los mordientes corrían hacia los extintores del final de la baranda, bufando muy excitados.

—¿La matarán? —preguntó Lotus, enfocando distraídamente con la linterna

diversos puntos de la sala.

—Es muy probable —respondió el hombre en tono zalamero—, si resulta apropiado.

Pearl miró a Tom muerta de miedo. Estaba claro que no sabía qué temer más, si a aquellos extraños animales disecados parlantes que parecían estar ayudándolos o a las viscosas criaturas que los perseguían. Pero no había tiempo para dar explicaciones. Tom notó que una mano fría cogía la suya y, al bajar la vista, vio la sombra amarilla del mono narigudo llevándose los dedos a los labios. El animal los condujo por la maraña de vitrinas hasta el paisaje de la selva lluviosa, cuyo panel lateral tenía una rendija.

—Chitón —susurró, frotándose el largo hocico rosa—. No vamos a quedarnos de brazos cruzados viendo cómo acaban con vosotros esas criaturas repugnantes.

El mono narigudo los hizo entrar a toda prisa y cerró el panel, y ellos apenas tuvieron tiempo de volverse para verlo saltar a las astas de un arce y perderse en la espesa oscuridad.

—Dígame, Rainbird, ¿tiene usted la impresión de que hay algo moviéndose? —preguntó Lotus, enfocando el arce con la linterna y alumbrando las vitrinas contiguas.

—Estaba pensando justo lo mismo, señorita —respondió el conserje con aire sumiso—. Aunque, ahora que lo dice, aquí siempre es un poco así, ¿no?

Lotus frunció el entrecejo y se dirigió al paisaje de la selva lluviosa, alumbrando todas las vitrinas a su paso.

—Y ahora, ¿adonde? —susurró Pearl, agazapándose detrás de un tapir próximo a la parte de atrás.

Tom intentó ignorar la linterna de Lotus y escudriñó la negra maraña de hojas. Detrás de la boa constrictora y las ardillas voladoras, vio la ancha base de un árbol que estaba apoyado en la pared negra del fondo. Sus raíces se extendían como tentáculos por el suelo de la selva.

—Está hueco, por si te lo estás preguntando —croó la rana arbórea posada en una hoja junto a la oreja de Tom. El anfibio tenía una voz sorprendentemente grave para ser tan pequeño.

—¿Qué? —susurró Tom asombrado, mirando la diminuta criatura.

—Oh, sí, todo esto no es más que una fachada —dijo la rana, con aire de entendido—. En realidad esto no es una selva lluviosa. Solo lo parece. Esta hoja, por ejemplo, no tiene nada de hoja. A decir verdad, está hecha de papel. Es bien raro, ¿no crees?

—Gracias —dijo Tom. Hizo a Pearl un gesto con la cabeza, gateó hasta la ancha base del árbol y se escondió detrás de la raíz—. Podemos meternos dentro del árbol —susurró—. Está hueco.

—¿Cómo?

Tom señaló la horcadura. Si pudieran encaramarse hasta allí y meterse dentro del árbol...

—¡Rainbird, esta vitrina está abierta!

Lotus se encontraba al lado de la vitrina, enfocando frenéticamente el pestillo con la linterna.

—¿A-a-abierta, señorita? —repitió Ern Rainbird, acercándose a ella con paso inseguro—. Esto...

—Sígueme —susurró Tom, y se encaramó al árbol por el lado no iluminado, apoyándose en las ramas. Cuando llegó a la horcadura, oyó un irritado graznido y dos grandes loros echaron a volar por la vitrina.

—¿Qué está pasando ahí dentro? —inquirió Lotus furiosa, enfocando los loros con la linterna. Desconcertado, Ern Rainbird se rascó la cabeza mientras los pájaros revoloteaban por la vitrina, cegados por la linterna.

—Es... es un fenómeno, sin duda, oh sí, señorita, no le quepa duda.

Lotus lo miró como si estuviera loco.

—¿Oye la música de los mordientes, señorita? —dijo el hombrecillo gordo, sonriendo con afectación y alzando el dedo para señalar los excitados chillidos de arriba—. Qué sonido tan melodioso.

—¡Haga bajar a sus mordientes musicales ahora mismo! —espetó Lotus—. ¡Ya!

Tom ignoró la conmovición y, al mirar abajo, vio que la rana tenía razón; el árbol estaba completamente hueco por dentro. Hizo a Pearl un rápido gesto con la cabeza, saltó y cayó sobre un montón de trapos.

Un momento después, oyó un crujido por encima de él y Pearl saltó junto a él. Se quedaron agazapados en la oscuridad, jadeando y aterrorizados.

—¿Qué vamos a hacer? —susurró Pearl.

—No lo sé —respondió Tom, palpando la telaraña de acero, yeso y lona que los rodeaba en busca de una salida. El panel lateral crujió al abrirse.

—¿Los... hago entrar ya, señorita? —preguntó el hombrecillo gordo.

—Si das algún valor a tu vida —gruñó Lotus.

Un estridente silbido atravesó la oscuridad, los mordientes aullaron muy excitados y sus afiladas patas arañaron el suelo. Tom pensó frenéticamente: era imposible salir y allí no había nada salvo un montón de trapos y periódicos cubriendo el suelo. Era casi como una gran papelera.

—Entiérate —susurró de pronto, tan bajo como pudo—. Entiérate lo más posible.

Pearl no preguntó por qué. Solo obedeció.

—No destruirán nada, ¿verdad, señorita? —preguntó Ern con timidez—. Es que si dejamos que los mordientes entren en el paisaje...

—¿Qué? —vociferó Lotus—. Tú tendrás que dar algunas explicaciones. ¿No?

Ern Rainbird se alejó de la enfurecida Lotus. Tom oyó que los mordientes entraban en el paisaje y se enterró aún más hondo, hasta rozar con los dedos una áspera lona. Era vieja y estaba podrida, y, en cuanto la tocó, comenzó a rasgarse.

—¿Es este el fondo? —susurró Pearl, que se había enterrado a su lado y también

había palpado la lona.

—Eso creo —respondió Tom en voz baja. Retorciéndose entre los trapos, metió la mano en el rasgón y no palpó nada debajo—. Parece... que estamos suspendidos sobre algo.

—¿El sótano? —susurró Pearl cuando la lona comenzó a crujir de una forma alarmante.

—No... no lo creo —respondió Tom, notando que la lona comenzaba a ceder. No sabía si agarrarse o abandonarse, pero tenía una sospecha de lo que iba a suceder...

Oyeron los menudos pies de los mordientes arañando el tronco del árbol, intentando encaramarse a él.

—Objetivo detectado —anunció el hombrecillo gordo—. ¿Atacamos?

—Sí.

—No soporta nuestro peso —susurró Pearl cuando la lona comenzó a darse de sí y a rasgarse—. Deberíamos...

De pronto, se oyó un fuerte desgarrón y la viejísima lona que los sustentaba cedió. Antes de poder siquiera pensar, Tom y Pearl se precipitaron al espacio oscuro que había debajo... cayendo en picado por el aire aullante, Tom sintió que daba vueltas y atravesaba vetas de colores, hasta que, de pronto, fue catapultado hacia arriba, hacia una reluciente red de tonalidades doradas y verdes...

Ni en el mapa

—¡Oh!

Tom atravesó una película de agua y voló por los aires antes de caer, cuan largo era, en algo granuloso y blando. Se quedó sin respiración y, al inhalar, un extraño olor le impregnó las fosas nasales. Parecía pescado... Aturdido, hincó los dedos en la maraña de cuerdas que se mecían por debajo de él.

—¡Socorro!

Al abrir los ojos, vio una sombra que atravesaba el aire y notó un golpe detrás de él. La superficie volvió a mecerse.

—¿Pearl?

Oyó un gruñido amortiguado junto a él.

—¿Estás bien?

—Más o menos.

Tom alzó la cabeza tanto como juzgó prudente y miró a su alrededor. Estaban tendidos en el fondo de una barca alargada sobre un amasijo de redes. El aire era cortante y frío y había un espeso manto de niebla envolviéndolo todo. A lo lejos, se erigían escarpadas cumbres grises, pero, aparte de eso, Tom solo alcanzaba a ver una oscura faja de selva bordeando la orilla. Lo inundó un torrente de pensamientos... aquello no era Dragonport en el pasado, pero tampoco era un lugar desconocido.

—Caray —dijo Pearl, incorporándose—. Así que a esto te referías con viajar, ¿eh?

Tom asintió con la cabeza.

—A algo parecido —dijo mirándola, y de pronto descubrió que no podía dejar de sonreír. Parecía que Pearl llevara una peluca plateada descomunal.

—¿Qué? —preguntó ella, azorada—. ¿Qué te hace tanta gracia?

—Tu pelo.

Pearl se cogió un mechón y descubrió que lo tenía cuajado de diminutas escamas plateadas. Luego, miró las redes. Estaban repletas de ellas.

—Pues anda que el tuyo —dijo, mirándolo—. Pareces un extraterrestre.

Tom meneó la cabeza, rociando el aire de escamas plateadas.

—¿A eso le llamas tú menear la cabeza? —dijo Pearl con una sonrisa, y empezó a hacer girar su melena plateada, cubriendo a Tom y la embarcación.

—Para —dijo él, riéndose, cuando la estrecha barca comenzó a bambolearse—. Vamos a volcar.

—Está bien —dijo Pearl—. Pero no olvides, Tom, que, hagas lo hagas, yo lo haré mejor.

—Si tú lo dices.

—Pues claro —respondió ella, guiñándole un ojo.

Se quedaron callados y sonrieron. Ninguno podía disimular su alivio por haber escapado.

—Muy bien —dijo Tom, escrutando la niebla—. ¿Dónde crees que estamos?

Pearl miró a su alrededor. El débil sol había comenzado a disolver la niebla y estaban empezando a aparecer sombras a todo su alrededor: sombras grises de bateas tripuladas por figuras envueltas en gruesos sombreros y mantas. Más allá, solo alcanzaba a ver siluetas de casas y finas columnas de humo que se elevaban por encima del lago.

—Parece una especie de mercado flotante —dijo, observando a los barqueros de piel oscura mientras transportaban sus cargamentos—. ¿El Himalaya, quizá? ¿Cachemira? No sé. Tiene que estar relacionado con el museo, ¿no?

Tom se devanó los sesos: aquel lago rodeado de montañas tenía un aire familiar; y estaba la palabra Cachemira.

—A lo mejor aquí hay algo que nos puede ayudar y todavía no lo sabemos —dijo, conforme el concurrido mercado iba cobrando nitidez—. A lo mejor hemos venido aquí porque queríamos hacerlo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Pearl—. ¿Por qué íbamos a querer venir a este sitio?

Tom estaba intentando concentrarse.

—A lo mejor, lo que queríamos... nos ha dirigido, de algún modo. No sé. Tiene que haber una razón.

—La hay —aseveró Pearl.

Tom sabía que, pese a su bravuconería, haber aterrizado en un lago envuelto en niebla la inquietaba tanto como a él. Tenía que haber una razón para todo aquello. No podía ser solo casualidad, ¿no?

—Muy bien —dijo, pareciendo mucho más decidido de como se sentía.

Miró por encima de la proa de la barca y vio una pequeña batea con dos remos flotando al lado.

—¿Sabes remar?

—Claro que sé remar.

—Pues vamos a comprobarlo.

Tom y Pearl desamarraron la estrecha batea, se subieron a * ella con cautela, pusieron rumbo al mercado y pronto se encontraron entre la multitud.

—Algún sitio de India, seguro —susurró Pearl, viendo a los granjeros vendiendo sus manzanas y albaricoques y a niños llevando pilas de panes planos en estrechas piraguas.

Tom negó con la cabeza. Mirando las caras de hombres y mujeres, no sabría decir en qué época estaban. Todos llevaban sombreros de lana y mantas y no había nada hecho de plástico.

—Hola —dijo Pearl a una niña y su madre que le llamaron la atención—. ¿Qué tal?

Ellas le sonrieron desde su canoa y Pearl les devolvió la sonrisa.

—¿Habláis mi idioma? —preguntó.

La niña la miró con timidez y se tapó la boca con el borde del pañuelo.

—¿No? Estamos perdidos.

—¡Postal! ¡Postal, postal, postal!

Un joven los había visto y estaba remando hacia ellos a toda velocidad. Llevaba hileras de postales en el cuello colgadas de una cuerda.

—Postal —dijo, enseñándoles las postales.

—¿Hablas mi idioma? —preguntó Tom.

—Sí. ¡Postal! —dijo él. Cuando sonrió, Tom vio que le faltaban varios dientes.

Cogió la postal y la examinó. La fotografía en blanco y negro estaba toscamente coloreada y retrataba un lago en verano. En el centro había una lancha motora, arrastrando a un elefante pequeño que llevaba esquís náuticos. Y a lomos de la infeliz criatura iba un hombrecillo rechoncho con un turbante verde y un aspecto muy serio.

—El lago Champawander. El desfile de los deportes de placer del maharajá. Postal especializada. Yo hago buen precio.

—¿El lago Champawander?

De pronto, Tom supo dónde había visto aquel lugar: estaba en la pared del pasillo del museo, la larga hilera de extrañas fotografías que él había colgado con Jos y Melba hacía solo un día. Y aquel era el mismísimo maharajá, el anterior propietario del zafiro.

—Escucha —dijo Pearl de repente, y miró el cielo. Por debajo del alboroto del mercado, se oía el zumbido distante y familiar de un motor—. ¿Es un avión?

Tom escudriñó las vertientes montañosas, esperanzado.

—Lo parece, ¿no?

—¡Ahí está! —exclamó Pearl, señalando el pequeño objeto plateado que venía hacia ellos trazando un arco desde el otro extremo del lago. El ruido del motor aumentó y varios mercaderes se volvieron para mirar—. Va a aterrizar —dijo Pearl, entusiasmada.

El avión plateado fue perdiendo altura, vaciló un momento en el aire y, a continuación, sus largos esquís blancos quebraron la dorada superficie del agua. Luego frenó rápidamente y se dirigió a una escarpada isleta del centro del lago. En ese instante, una ventana se abrió entre los árboles que la poblaban, reflejando el sol, y a ella se asomó la silueta de un hombre.

—Un sitio raro para vivir —dijo Pearl, viendo que el avión se detenía junto a un pequeño embarcadero de madera—. ¿Quiénes crees que son?

Tom tenía la cabeza disparada cuando la puerta del avión se abrió y de él se apeó una figura alta con una chaqueta de aviación, seguida de otra, que, al quitarse el casco, dejó al descubierto sus rizados cabellos caoba. La pareja parecía muy atractiva y sofisticada mientras amarraba el avión. Luego, subieron por unas escaleras de piedra y se perdieron entre los árboles.

—¿Crees que pueden ayudarnos? —preguntó Pearl.

—Creo que quizá sean las únicas personas que pueden ayudarnos —respondió

Tom con aire pensativo. ¿Era posible que fueran ellos?

La mujer cogió a Pearl por el brazo y dijo algo en su idioma, señalando la isla.

—Ingleses, ingleses —tradujo la hija.

—¿Son ingleses?

—Ingleses, ingleses. El sahib Scatterhorn.

—¿Cómo? —dijo Pearl, no muy segura de haber oído bien.

—Scatterhorn. Sí, sí —dijo el joven de las postales, señalando la isla—. Llega ahora. El señor Catcher arriba.

Pearl miró a Tom y advirtió que apenas podía contener su entusiasmo.

—Ahí está la relación —dijo, con una sonrisa radiante—. Es el motivo de que estemos aquí, ¿no?

Varias barcas habían comenzado a atravesar el lago en dirección al pequeño embarcadero, y Tom y Pearl se apresuraron a sumarse a la procesión. La niebla ya se había disuelto y, para cuando llegaron a la isla, el cielo tenía un intenso color azul y el sol estaba tiñendo de tonos rojos y anaranjados los árboles que poblaban sus escarpadas laderas. Después de amarrar su barca junto a todas las demás, bajaron al embarcadero y, abriéndose paso entre las cestas de albaricoques, pimientos y nueces, se dirigieron al serpenteante camino que se internaba en el bosque.

—No me puedo creer que vaya a volver a verlos —dijo Tom con entusiasmo.

—Si es que son ellos. ¿Cuándo fue la última vez que viste a August Catcher?

—Hace unos cien años.

Pearl se rió.

—Pues, en ese caso, a lo mejor está un poco cambiado.

—Yo no estoy tan seguro —resolló Tom—. Los animales del museo aún están bastante despabilados, ¿no?

Pearl sonrió entre dientes.

—Entonces, ¿August Catcher también ha utilizado consigo mismo el elixir que inventó? ¿Es inmortal?

—Lo han utilizado los dos —respondió Tom—. Y no creo que sean inmortales. Sino solo viejísimos. Deben de tener unos ciento cincuenta años, supongo.

Llegaron al final del camino y allí, justo después de los árboles, el terreno se allanaba y daba paso a un soleado prado con un bungalow blanco detrás, rodeado de brillantes rosas rojas. Tom abandonó el refugio de las sombras y entró en un jardín circundado por un muro bajo. Más allá, el terreno descendía abruptamente hacia los árboles, que se erigían inmóviles bajo el dorado sol otoñal, y, muy por debajo, se extendía la superficie plateada del lago.

—¿Y si no son ellos? —murmuró Pearl, mirando con cierta reserva el pequeño bungalow de madera que tenían delante.

De pronto, era muy consciente de que, en cierto modo, estaban invadiendo una propiedad privada.

—Lo serán —dijo Tom, mirando por las ventanas. Por alguna razón, estaba

segurísimo de aquello, pese a no ver ningún movimiento en el interior del bungalow.

—Creo que deberíamos ser sinceros. Explicar que, ya sabes, encontramos una abertura y que, bueno, aquí estamos. August Catcher y sir Henry Scatterhorn llevan años vigilando a los escarabajos. Seguro que lo saben todo de don Gervase Askary. Y de Scarazand.

—¿Tú crees?

—Se lo podríamos preguntar, ¿no?

Probó la puerta y descubrió que estaba abierta.

—¿Hola? —dijo, entrando en el reducido recibidor. No obtuvo respuesta. Junto a la puerta había una mesita, un sombrerero y un espejo.

—¿Hay alguien en casa?

Vio un botón junto a la puerta y lo pulsó, después de lo cual sonó un timbre en alguna parte del bungalow.

—Quietos ahí.

Tom se volvió de inmediato. Al otro lado del recibidor había un banco y, junto a él, otro espejo de pared. Delante estaba posado un gran cuervo de color negro azulado. Tenía sus brillantes ojillos clavados en su reflejo.

—Ya lo habéis oído: quietos ahí. —Pearl se volvió y vio un segundo cuervo posado en el sombrerero, mirando también su reflejo.

—Sí, quietos —graznó una tercera voz desde el techo.

Tom miró el techo y vio un espejo cóncavo, con otro cuervo mirándose en él.

—Esto... hemos venido a ver...

—Sentaos —graznó el cuervo del sombrerero, y les señaló el banco junto a la puerta.

—Entendido —gruñó el cuervo del techo.

—De acuerdo —añadió el tercero. Tom y Pearl miraron con inquietud los amenazantes cuervos negros, todos con los ojos clavados en sus espejos.

—Supongo que deberíamos hacer lo que dicen —susurró Tom, y se dirigieron al banco muy despacio.

Los pájaros los siguieron en sus respectivos espejos.

—Despacito, muchachos —les ordenó el pájaro del techo—. Si mantenemos la calma, a lo mejor podemos resolver esto.

—Eso. Ya se ha derramado suficiente sangre.

—¿Qué? —dijo Pearl, moviendo mudamente los labios.

—Entendido —asintió el cuervo del rincón, viendo que se sentaban con docilidad—. Poned el seguro a las armas y esperad mi señal.

Tom y Pearl se miraron, apartando los ojos de los tres extraños cuervos pegados a sus espejos. Aquello era rarísimo.

El silencio se reanudó: pero no por mucho tiempo.

—Debo de estar perdiendo la cabeza, a menos que se hayan perdido —dijo una voz familiar. La puerta se abrió y un hombre con un traje de apicultor cruzó el

recibidor a toda prisa y desapareció.

—¿Era él? —susurró Pearl.

Tom se encogió de hombros.

—Hum... esto... no lo sé. Quizá.

—Ojalá no se pasara la gente el día ordenándolo todo —murmuró el apicultor, reapareciendo en la puerta—. Entonces, a lo mejor sabría...

—Alféizar de la ventana, quince grados a su derecha, seño —dijo un cuervo.

—Afirmativo. La tengo en el punto de mira —graznó el pájaro del techo.

El apicultor se detuvo y vio la funda de gafas en el alféizar.

—Recobrada del jardín. Ayer por la noche, señor.

El apicultor se quedó un momento callado.

—Muy bien. Gracias, inspector Kinski —dijo, cogiéndola—. Veamos...

—Visitantes, señor. Los tenemos retenidos.

—¿Qué?

El cuervo del sombrerero cambió de postura y movió el espejo con el pico en la dirección de Tom y Pearl.

—Acaban de llegar. Parecen conocerle.

El apicultor se volvió y se quedó mirando el banco donde estaban sentados Pearl y Tom. Hubo un momento de silencio.

—¿Me conocéis? —preguntó, mirando a los dos muchachos sentados delante de él a través de la rejilla del traje. Uno era alto y delgado, con los ojos oscuros muy vivos y una pelambreira rubia. Le resultaba ligeramente familiar... pero la muchacha no. Estaba muy bronceada y llevaba un curioso vestido gris y rojo y unas viejas deportivas verdes.

—¿Quiénes sois?

—Señor August —dijo Tom con nerviosismo, levantándose. Pearl siguió su ejemplo—. ¿Se acuerda de mí? Soy Tom. Tom Scatterhorn.

August Catcher se quitó la capucha y se puso las gafas. Sonrió, poniendo cara de haberlo reconocido.

—¡Válgame Dios! No me lo puedo creer. ¿Tom Scatterhorn?

Tom sonrió cuando August lo agarró por los hombros.

—¿De verdad que eres tú?

—Sí —dijo Tom, sonriendo al avejentado rostro. Estaba más delgado de lo que recordaba y, con su mata de pelo y su bigote blancos, tenía cierto aire de viejo ermitaño y su piel estaba enteramente surcada de diminutas arrugas. Pero, pese a ello, lo reconoció y la mirada se le iluminó.

—Bueno, rara vez me quedo sin palabras, pero... —August se echó a reír—. Entonces... o sea... es solo... ¿y quién es esta? —preguntó, sonriendo a Pearl.

—Hola —dijo ella, ofreciéndole la mano—. Me llamo Pearl Smoot.

—Encantado, Pearl —respondió August, estrechándosela con afecto—. ¿Puedo preguntaros cómo demonios me habéis encontrado?

Tom y Pearl se miraron.

—Bueno —empezó a decir Tom—, hemos encontrado una abertura. Un lugar a través del cual viajar... creo que ya sabe a qué me refiero... que llevaba del museo al lago.

—Hemos venido por el agua —añadió Pearl.

August los miró con curiosidad.

—¿Por el agua? —repitió—. Pero... ¿estáis totalmente seguros?

—Sí —respondió Tom, sabiendo que como científica August le parecería increíble—. Nos ha... nos ha expulsado, lanzándonos al aire. Hemos caído en una barca repleta de redes de pesca.

August solo pudo mirarlos con desconcertado asombro.

—Estoy atónito. Bueno, Tom, tú siempre lograbas sorprenderme y tengo que reconocer que has vuelto a hacerlo. Este sitio no está ni en el mapa, ¿lo sabías? —Se quedó mirándolos, con los ojos centelleándole—. Pero esto es una coincidencia extraordinaria, porque tengo una sorpresa para ti —dijo con entusiasmo, abriendo la puerta y haciéndolos salir—. Buenos días, caballeros. ¡Descansen!

—Bien dicho, jefe.

—¡Descanse, batallón!

—Es lo que ha dicho el jefe.

Los tres cuervos cambiaron de postura de forma simultánea y Tom y Pearl sonrieron al salir detrás de August.

—No les hagáis caso —dijo él, sonriendo mientras cruzaba el prado a grandes zancadas—. Pensé que más me valía tener un poco de protección y cometí el error de rellenarles la cabeza con una novela de suspense. Ahora viven en un constante tiroteo, por supuesto.

Pearl se rió infantilmente y August también sonrió.

—Aun así, creo que funciona, en cierto modo.

—¿Cuándo descubrió que eran capaces de... esto... hablar? —preguntó Tom.

—Oh, hace muchos años, Tom. Lo sospeché desde el principio y, para serte sincero, tengo tan mala memoria últimamente que no sé dónde estaría sin todos ellos.

—Entonces, ¿tiene más?

—Dios santo, sí, pero eso puede esperar —dijo August, subiendo unas escaleras de piedra hasta un llano a la sombra de un gran roble—. ¡Hola! —gritó—. ¡Eeeooo!

—¡Estoy aquí! —dijo una voz de mujer.

—Venid, venid —les exhortó August—. No se lo van a creer; sencillamente, no se lo van a creer.

—August —dijo una voz familiar—. ¿Por qué no...?

Una figura espigada con una camisa de cuadros y un traje de lino salió de detrás del árbol. Tenía una mecha de pelo blanco y los ojos penetrantes y sagaces de un águila.

—Dios mío.

El hombre se quedó mirando a Tom, asombrado.

—Eres tú.

Tom sonrió con nerviosismo.

—Hola.

—Henry, te presento a Tom Scatterhorn y a Pearl Smoot, que han venido de Dragonport, por el lago, esta misma mañana.

—¿Por el agua? —exclamó el hombre alto—. Pero ¿cómo demonios...?

—Hay un agujero en el lago —añadió August—. Un salto en el tiempo.

—Ya veo —dijo sir Henry, sonriendo alegremente y clavando en Tom sus ojos sagaces—. Bueno, sabía que tenías recursos, chaval, pero, oye, ¿te das cuenta de lo secretísima que es la isla de August? ¡No tendría ni que existir!

—Oh —dijo Tom, sonriendo—. Lo siento.

—¿Por qué disculparte? —dijo sir Henry, riéndose—. Preferimos que la encuentres tú antes que cualquier otro. Pero ya hablaremos luego de eso.

Entonces se adelantó la joven alta con pantalones caquis.

—Dime, August —dijo con un marcado acento estadounidense—, ¿no vas a presentarme a mí también?

—Por supuesto, querida —respondió August—. Tom, Pearl, esta es la señorita Trixie Dukakis, la jefa.

—Oh, por favor —dijo ella, sonriendo—. No soy tan mala, ¿no?

—Por supuesto que no, querida. Resulta que Trixie es hija de un buenísimo amigo mío y se pasa a vernos de vez en cuando, ahora que estamos haciéndonos mayores. Es una médica estupenda, una piloto soberbia y, además, nos acompaña en nuestros viajes —recalcó.

—Hago lo que puedo —adujo ella, algo incómoda por la elogiosa presentación—. Encantada —añadió, estrechándoles la mano con mucha seriedad.

—Hola —dijo Tom.

—Pearl Smoot —dijo Pearl.

Trixie la miró con interés.

—Oye, reconozco ese acento, jovencita. ¿De dónde eres?

—Mi padre es de Rapid City —respondió Pearl.

—Ah, ¿sí? —dijo Trixie, sonriendo—. Qué casualidad. Yo también he nacido ahí.

—Pero me crié en Hawai —añadió Pearl—. Y, desde entonces, hemos ido cambiando de domicilio. Las Marquesas, Tuamotu, Mangareva. Por esa zona, fundamentalmente.

—Oh, qué interesante —dijo Trixie, lanzando una mirada a sir Henry.

—Sí —convino sir Henry, mirando a Pearl con interés—. Bueno —dijo, dando una palmada—. Supongo que en nuestro querido Dragonport es más o menos medianoche, pero aquí, en el valle Vidla son las ocho y media de la mañana y estábamos a punto de desayunar. ¿Os apetecen huevos, beicon, tostadas, esa clase de cosas?

Al oír que se mencionaba comida, a Tom y a Pearl les entró un hambre extraordinaria. Parecía que llevaran días sin comer.

—Interpretaré eso como un sí —dijo August, sonriendo—. Venid a sentaros.

Cinco minutos después, Pearl y Tom estaban bebiendo té y escuchando una conversación tan fascinante que apenas habían probado bocado.

—¿Sabes, Tom? —explicó sir Henry—, con el paso de los años, nos hemos dado cuenta de que hay muchos sitios por los cuales se puede viajar de un tiempo a otro, justo como has hecho tú.

—Todo está relacionado con el magnetismo —dijo August—. No te aburriré con los datos científicos, pero concentraciones de hierro en la superficie de la tierra crean estos puntos calientes que distorsionan el tiempo de una forma peculiar. Por supuesto, los pájaros lo saben desde hace miles de años. De hecho, fue un «pájaro» en particular el que nos dio la primera pista de que existían. ¿Por casualidad te acuerdas de una cierta águila australiana?

Tom asintió con la cabeza.

—Una criatura extraordinaria —añadió sir Henry—. Sigue viva. Ha resultado ser extremadamente útil, de un modo u otro.

—La hice yo —explicó August a Pearl, viendo que no seguía el hilo de la conversación—. Fue para divertirme, de hecho: es una mezcla de todas las aves más grandes que pude encontrar, juntadas a toda prisa. Una criatura grandísima, casi tan grande como un planeador y no del todo grata a la vista. En fin, de una forma bastante fortuita, decidí rellenarle la cabeza con un viejo diccionario aborigen, el cual, para mi sorpresa, contenía un lenguaje olvidado. El lenguaje olvidado de las aves. Y, siendo de naturaleza nómada, y con un carácter decididamente cascarrabias, este águila se dedicó a recorrer mundo y, en sus numerosas peregrinaciones, se hizo amiga de los grandes viajeros del globo: golondrinas, petreles, charranes árticos y albatros, y ellos le hablaron de estos saltos en el tiempo.

—Y luego, después de dorarle bastante la píldora, ella decidió contárnoslo a nosotros —añadió sir Henry.

—Entonces, ¿viajan todos así? —preguntó Pearl, entusiasmada. De algún modo, la tranquilizaba saber que no era la única que se había colado por un agujero en el aire.

—Si es posible. Aunque hemos tenido unos cuantos accidentes, ¿verdad, querida? —dijo August, sonriendo a Trixie—. ¿No recuerdo a tu padre comentándome algo sobre la famosa pirueta doble Dukakis?

Trixie sonrió, un poco avergonzada.

—Es una vieja historia.

—Pero cierta. Cuéntasela —dijo August, sonriendo—. Seguro que no se la creen.

—Mi padre me enseñó a volar. Y, por desgracia, cuando no era mucho mayor que vosotros, yo era bastante alocada —explicó Trixie, mirando a Tom y a Pearl—. A los quince años, era piloto de acrobacias. Actué en más exhibiciones aéreas de las que

me gusta recordar. Estaba volando en los cayos de Florida, durante la estación de los huracanes, lo cual supongo que fue un error, ahora que lo pienso. Hice una vuelta invertida, el arnés se me soltó y me caí del avión. Caí en picado durante varios miles de metros y, luego, milagrosamente, volví a caer en mi asiento.

—¿En el asiento de su propio avión? —dijo Tom, sin terminar de creerse que aquello fuera posible. Trixie asintió con calma y encendió un cigarrillo.

—Ya había sucedido varias veces en la historia de la aviación.

—Solo una, en realidad —dijo sir Henry, que también estaba disfrutando con la historia—. Que es la razón de que Trixie sea famosa.

—Yo había perdido por completo el control —continuó la joven—, el avión caía en picado. Justo cuando intentaba saltar, vi un hueco blanco entre los nubarrones. Parecido a la niebla, salvo que no lo era. Enderecé el avión, lo atravesé y, pum, me encontré en un sitio completamente distinto.

—En efecto —dijo sir Henry, sonriendo—. Lo recuerdo bien. Era octubre, en el norte de Canadá, y el sol estaba a punto de ponerse. Yo me encontraba en un pantano, esperando a que llegaran los gansos, con la escopeta preparada, cuando, de pronto, Trixie salió de una nube, casi chocando con varios miles de aves. Una entrada triunfal.

Sir Henry enarcó las cejas y Trixie se rió.

—Tienes muy buena memoria.

—Ya no estás en Rapid City, pero rápida sigues siendo —dijo él, sonriendo.

—¿Y cómo han terminado aquí? —preguntó Tom.

—¿Te acuerdas del maharajá de Champawander? —preguntó August—. ¿El que era famoso por el zafiro?

—Por supuesto —respondió Tom.

—Pues nos hicimos bastante amigos de él años después y, cuando le dije que estaba buscando un sitio apartado, me ofreció esta isla a cambio de nada. De hecho, esta casa solía ser su residencia de verano —dijo August—. Y tiene la característica bastante curiosa de que...

Sir Henry lo miró y August captó el mensaje de inmediato.

—Por supuesto, qué tonto soy. —Sonrió y se volvió hacia Pearl, y Tom advirtió que los tres la miraban con atención.

—¿Cómo expresarlo, querida? Solo tenemos que estar seguros antes de continuar —dijo con delicadeza—. Los amigos de Tom son nuestros amigos, por supuesto, pero, aun así, tenemos que estar... seguros del todo. Espero, Pearl, que mi sugerencia no te haya ofendido.

—No, no... me ha ofendido —dijo Pearl, dándose cuenta de qué quería decir August—. De hecho, curiosamente, eso me lleva a lo que quería preguntarles. Yo también he viajado en el tiempo como usted —explicó, mirando a Trixie—. Me estaban persiguiendo, e iba colgada de un globo meteorológico cuando me succionó un huracán...

August miró a Tom y él asintió con la cabeza.

—Llegó a Dragonport durante el espectáculo de pirotecnia.

—Pero eso parece peligrosísimo —observó sir Henry—. ¿Y quién te estaba persiguiendo?

—Cuatro ciempiés descomunales, y un hombre llamado don Gervase Askary. A quién creo que pueden conocer.

El nombre se quedó suspendido en el aire. Surtió el efecto deseado.

—¿Y por qué te estaba persiguiendo don Gervase Askary? —preguntó August con curiosidad.

Pearl vaciló y miró a Tom.

—Creo que deberíamos contárselo todo —dijo él—. Es la única forma.

Pearl suspiró.

—Quería esto —dijo, sacándose el estropeado cuaderno rojo del bolsillo y dejándolo en la mesa. August miró la tapa.

—¿Exclusivamente para los ojos de Smoot?

—Mi padre se llama Arlo Smoot —comenzó a decir Pearl—. Es espía radiofónico. —A continuación, les contó todo lo que le había sucedido: cómo había llegado a Dragonport, cómo había conocido a Tom, cómo habían buscado pistas y qué habían descubierto. August y sir Henry la escucharon pacientemente hasta que terminó.

—Parece que los dos las habéis pasado canutas —dijo Trixie, después de un silbido—. Deben de estar desesperados por tener lo que encontró ese tal Zumsteen.

August hojeó el cuaderno con aire pensativo.

—Es extraordinario que Nick Zumsteen esté implicado en todo esto. Un hombre curiosísimo. ¿Qué demonios encontró que es tan importante?

—Bueno, está claro que es algo del maletín de expedición —respondió sir Henry—. Piensa en todo el montaje para impedir que lo roben. Parece francamente increíble. ¿Sabías algo de esto, August?

August se quedó mirando el cuaderno de Smoot y negó con la cabeza.

—Nada de nada. Yo solo regalé la maqueta a Oscarine, como me pidió Nicholas, y ella debió de encargarse de la vitrina a otra persona.

Sir Henry enarcó las cejas.

—¿Y vosotros habéis mirado bien por dentro?

—Sí —dijo Pearl.

—¿Había algo?

—Había varios cajones con las iniciales E. R. que no pudimos abrir. Aparte de eso —Pearl negó con la cabeza.

—E. R. —se preguntó sir Henry—. ¿Te suena, August?

August dejó el cuaderno en la mesa y frunció el entrecejo.

—Hace mucho tiempo de ese extraño viaje a las islas Tithona. Lo tengo todo un poco borroso.

—De hecho, tenemos una cosa del maletín de expedición.

Todos los ojos se volvieron hacia Tom y él sonrió azorado, recordando lo que se había metido en el bolsillo trasero sin apenas darse cuenta.

—¿La tenemos? —dijo Pearl, mirándolo con curiosidad.

—Bueno..., después de que se haya accionado la guillotina, ha sido demasiado difícil volver a meterla —explicó Tom.

—No hace falta que te disculpes —dijo August—. Dudo mucho que Nick Zumsteen la eche de menos. ¿Podemos verla?

Con cuidado, Tom se sacó del bolsillo la pelota gomosa con forma de huevo y la depositó en la mesa. El sol naciente atravesó los dibujos negros de su superficie y se reflejó en su núcleo transparente.

—Creo que lo recuerdo comprando esto —dijo sir Henry, mirando el curioso objeto—. ¿Puedo?

—Por supuesto.

Sir Henry cogió la pelota y la estrujó. Era extrañamente maleable y estaba tibia.

—¿De qué está hecha? ¿De alguna clase de plástico? —preguntó Trixie.

—O de caucho, quizá —sugirió sir Henry, lanzándosela.

—No, no es de ninguna de las dos cosas —dijo August con aire pensativo—. Que yo recuerde, el chaval que la encontró dijo que había sido un escarabajo.

—¿Un escarabajo? —repitió Trixie, mirando la pelota.

—Exacto. Muy curioso. Recuerdo haber pensado eso en ese momento. ¿Puedo?

—August cogió la pelota y la examinó con detenimiento. Algo en ella le despertó un recuerdo antiguo—. Me pregunto... —murmuró—, solo me pregunto si a lo mejor está...

—A lo mejor está ¿qué? —preguntó sir Henry.

—Relacionada con nuestro particular campo de estudio.

Sir Henry pareció desconcertado.

—¿En serio? ¿Cómo?

August sonrió con aire enigmático y, sin apenas mirar a Tom y a Pearl, dio a entender que prefería no decir más.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que tu padre y tu hermano hayan podido escapar, como hiciste tú? —preguntó Trixie a Pearl, cambiando educadamente de tema.

Pearl negó con la cabeza.

—No veo cómo. —Respiró hondo—. Creo que se los han llevado, igual que a los padres de Tom.

—¿Qué? —exclamó sir Henry, no muy seguro de haber oído bien—. ¿Don Gervase Askary también ha capturado a Poppy y a Sam Scatterhorn?

—No estamos lo que se dice seguros —dijo enérgicamente Tom—. Pero... Arlo Smoot oyó algo y lo anotó en su cuaderno. De manera que sí, es posible.

—Oh, venga, Tom —dijo Pearl, mirándolo—. Es seguro.

Sir Henry pareció sorprendidísimo. August hizo girar la pelota en la mano con aire pensativo.

—¿Y tú te crees todo lo que ha escrito tu padre? —preguntó, con un atisbo de escepticismo—. ¿Podría equivocarse?

—Mi padre no se equivoca —respondió Pearl, alzando la voz—. ¿Por qué se lo iba a inventar? Es lo que oyó, ni más ni menos. Léalo si quiere —dijo, señalando el cuaderno—. Está todo ahí.

Sir Henry se puso a negar con la cabeza y August frunció el entrecejo. Apenas fue consuelo para Tom que parecieran tener tanta dificultad como él para creerlo.

—¿Y registra también tu padre dónde lleva don Gervase Askary a la gente?

Pearl cambió incómodamente de postura.

—No, no con precisión. Pero hay un sitio del que hemos oído hablar que se llama Scarazand. ¿Lo conoce?

Sir Henry enarcó las cejas.

—¿Scarazand? —repitió—. Bueno, bueno. ¿Sabemos algo de Scarazand, August?

August estrujó la pelota.

—Más vale que no la pierdas —dijo, depositando la pelota en la mesa delante de Tom. Se levantó y se quedó callado, contemplando el lago plateado bañado por el luminoso sol otoñal.

»Creo que estáis metidos en un buen lío —murmuró—. Creo que necesitáis saber unas cuantas cosas. Cosas importantes. Cosas que podrían ayudaros. —Se volvió y lanzó una mirada a sir Henry—. Es lo que creo.

—Estoy de acuerdo —respondió sir Henry—. En cuyo caso, Trixie y yo nos iremos un rato a pescar antes del almuerzo.

August asintió con aire pensativo.

—Magnífico. Venga —dijo, sonriendo enérgicamente a Tom y a Pearl—, vamos a ver si podemos desentrañar un poco este misterio. Seguidme.

Relatos de un mundo oculto

August entró por unas puertas acristaladas en el bungalow, el cual, aparte de unos cuantos mapas esparcidos por una mesa, estaba amueblado con frugalidad y desprendía el olor a moho y humedad de una vivienda que solo se habitaba de vez en cuando. En las paredes no había nada salvo algunos de los trofeos de caza de sir Henry, que los miraron con curiosidad cuando pasaron por delante.

—Tengo que protegerme de los gatos curiosos —dijo August cuando llegó a lo que parecía la portezuela de un sótano. Estaba flanqueada por dos feroces mastines disecados que miraban resueltamente al infinito.

—Perros de ataque, del delta del Misisipi —explicó—. Se criaron para perseguir esclavos fugitivos, pero os alegrará saber que he mitigado sus instintos naturales con un libro de chistes. ¿Toe, toe?

—¿Quién es? —preguntó el perro de la izquierda.

—Ernesto —respondió August.

—¿Qué Ernesto? —inquirió el perro.

—El dueño de todo esto.

Los dos perros sacudieron la cabeza y se rieron sin poder contenerse.

—Nunca falla —dijo August, sonriendo—. Cuanto peor es el chiste más parece gustarles. Si sois tan amables de seguirme. Tened cuidado, porque podéis resbalar.

Abrió la puerta y empezó a bajar unas escaleras de piedra que se perdían en la oscuridad. Tom y Pearl lo siguieron.

—No creo que nadie conociera este sitio hasta que sir Henry y yo lo descubrimos —dijo August desde abajo mientras buscaba a tientas el interruptor de la luz—. Aquí está.

Se oyó un zumbido de electricidad y, de repente, todo se iluminó, y Tom y Pearl se quedaron pasmados al descubrir que se encontraban en la base de una estrecha cueva cónica. Las lisas paredes curvas ascendían hasta la brizna de luz que brillaba en la cúspide y, a todo su alrededor, había pisos de estanterías conectadas entre sí por pequeñas escaleras de mano. A primera vista, parecía una biblioteca, pero, a diferencia de una biblioteca, en los estantes no había libros: había pájaros, pájaros disecados de todas las clases y tamaños, colocados ordenadamente en hileras.

—Una cueva de unas proporciones extraordinarias, ¿no os parece? —dijo August, dirigiéndose a la mesa del centro, donde había esparcidos curiosos frascos de sustancias químicas y extraños cristales de colores, así como partes de escarabajos.

—¿Y qué es lo que hace aquí? —preguntó Pearl—. ¿Es inventor?

—En cierto modo —respondió August—. Estoy seguro de que Tom te ha contado que fui taxidermista y aún me dedico a eso, pero, ahora, de hecho, mis creaciones solo son apoyos nemotécnicos. Mi memoria ya no es lo que era, y estos me ayudan —dijo, señalando la hilera de extraños pájaros con grandes cabezas grises que los miraban desde el primer nivel.

—¿Qué son? —preguntó Tom.

—Picozapatos, de África central —respondió August—. Viven en lagos y comen cangrejos, de ahí el tamaño de su pico. Y también tienen el cráneo muy grande, lo cual los hace ideales como libros de consulta.

Pearl y Tom parecieron desconcertados.

—Treinta y cinco picozapatos, treinta y cinco volúmenes de la *Enciclopedia Británica*, sin olvidar el índice —dijo August con orgullo—. Muy útiles. Además, está el *Diccionario de Coleópteros* de Dendril —añadió, señalando la hilera de chotacabras—; el estudio de Kingsley Nitt sobre las termitas —señaló tres podargos—; la *Entomología* de Lamont, el tratado de Dick Ratt sobre variaciones magnéticas, la lista es interminable. Hasta he confiado mis propios diarios a unos cuantos de ellos. Uno de los efectos secundarios de vivir tanto es que no me acuerdo de lo que pasó, por ejemplo, la noche del 22 de diciembre de 1924.

—Estaba cenando en el restaurante del hotel Ritz, en compañía de Bucephalus Brem, el químico suizo —gorjeó una cucaburra—, quien le explicó su teoría sobre cómo extraer oro del agua de mar.

—Pues claro —dijo August, sonriendo—, y es totalmente posible conseguir oro de esa forma, pero es carísimo. ¿Qué hay del 2 de abril de 1883?

—Diseco mi primer gorrión —trinó un tucán desde arriba—. Me han castigado con la vara por hacer pellas. La escuela no me apasiona.

—Eso era cierto. Ay, sí, aquello dolió, me acuerdo. No estoy seguro de querer acordarme de eso.

—Quizá no —respondió el pájaro—, pero, a lo hecho, pecho. Yo solo soy un apéndice de usted.

—Por supuesto, amigo mío. —August miró a Tom y a Pearl, sonriendo con picardía—. Útil, ¿no os parece? A veces, casi tengo la sensación de estar paseándome por el interior de mi cabeza.

—¿Por qué pájaros? —preguntó Tom.

—Porque los pájaros pueden desplazarse, a toda prisa, si hace falta, lo cual ha resultado útil en el pasado. Además, el hecho de que hablen me ahorra la molestia de tener que buscar las cosas en un libro. Si necesito saber algo, me limito a hacer una pregunta y la respuesta es inmediata.

Todo aquello parecía ingeniosísimo y, mirando a Pearl de soslayo, Tom advirtió que estaba muy impresionada.

—Antes ha dicho que a lo mejor podía explicarnos unas cuantas cosas —dijo, volviendo a sacar el tema que tenía más presente—. Aclarar las cosas.

—Sí —dijo August con aire pensativo—. La cuestión es por dónde empiezo. Por el principio, supongo. ¿Cuánto sabéis de escarabajos?

—Algo —dijo Tom.

—¿Algo?

Tom era muy consciente de que, pese a las muchas vacaciones que había pasado

viajando por Europa en una caravana cazando escarabajos con sus padres, comparado con August, en realidad sabía muy poco.

—De hecho... hum... puede que no mucho.

—Nada de nada —reconoció Pearl.

—Bien —dijo August, suspirando—. Seré breve y no me andaré por las ramas. Como quizá sepáis, en este planeta hay más escarabajos que cualquier otra criatura. Son todos pequeños, porque, como todos los insectos, no tienen vértebras. Dentro, no tienen nada que sustente su peso, así que lo hace su armadura. Y este exoesqueleto está hecho de quitina. Pero estoy seguro de que todo eso os lo enseñan en la escuela —añadió—. Al menos, espero que os lo enseñen.

Pearl miró a Tom con incomodidad: era evidente que a ella no se lo enseñaban.

—En fin, hace millones de años, los insectos y los escarabajos eran muchísimo más grandes que ahora —prosiguió August—. Nadie sabe muy bien por qué. Pero, como vosotros parecéis saber, algunas criaturas bastante espantosas están volviendo a evolucionar en esa dirección.

Pearl asintió sombríamente con la cabeza: no hacía falta que le recordaran aquellos ciempiés al borde del acantilado.

—Exacto. Y no solo están creciendo. Por desgracia, algunos de los insectos de menor tamaño también son más longevos. Antes, solían pasarse casi toda la vida en estado larvario y solo vivían como escarabajos durante uno o dos meses. Ahora... eso está cambiando. Alargándose día a día.

August miró a Tom y él se notó las mejillas calientes. Sabía qué estaba insinuando August.

—Entonces... ¿cree que don Gervase ha cogido el frasco y ha hecho algo con él, para que pase esto?

—Lo he contemplado —respondió August, sin alterarse.

Tom se sintió avergonzado y enfadado.

—Pero... pero ¿cómo es posible? Dentro no había líquido. Solo unos cuantos cristales en el fondo.

—Los cristales generan gases y lo que él quiere son esos gases, ¿no? Si tuviera dos dedos de frente, podría haber construido un compartimiento hermético y criado pequeños escarabajos dentro, para que el gas pasara a formar parte de ellos. Pero eso es muy difícil, y, a decir verdad, no estoy seguro de que tenga tantos recursos —añadió August—. Hasta fabriqué un antídoto para mi poción hace unos años, por si necesitaba invertir los efectos. Ahora no me acuerdo de dónde lo puse.

—Armario negro, segundo estante, junto al doctor Goatby —gritó un arrendajo azul del segundo nivel.

—Claro, claro —murmuró August, dándose la vuelta, rebuscando en el armario y regresando con un frasquito verde—. Aquí está, por si a alguien le interesa. El antídoto para el elixir de la vida.

Tom se quedó mirando el frasquito verde, lleno de líquido negro. Lo inundó un

torrente de pensamientos.

—Entonces, ¿no podríamos..., o sea, no merece la pena...?

—¿Intentar invertir el curso de la historia? —August sonrió con afabilidad—. Ya es demasiado tarde para detenerlos, Tom. No puedes destruir a millones de millones de criaturas. Me temo, amigo, que la caja de Pandora está abierta de forma definitiva.

Tom apenas pudo disimular su decepción. En el fondo de su corazón, siempre había abrigado cierta esperanza, cierta ilusión, de que el genio de August Catcher pudiera invertir el daño que él había causado.

—Y, ya que lo está, solo cabe esperar que, pretenda lo que pretenda hacer con ese gas, don Gervase fracase —continuó August—. Debo decir que sus motivos me intrigan más. ¿Qué es lo que quiere?

—¿Dominar el mundo? —sugirió Tom, de mal humor—. ¿Crear criaturas descomunales que puedan borrar a los humanos de la faz de la tierra?

August sonrió.

—Por supuesto, en cierto sentido, tienes razón. Si uno poseyera ese poder, ¿por qué no habría de querer hacer una cosa así? A fin de cuentas, los humanos son, por lo general, criaturas desagradables, sucias y sumamente destructivas. Pero ¿y qué? Los escarabajos existían mucho antes de que llegáramos a este planeta y no cabe duda de que seguirán aquí mucho después de que hayamos desaparecido. Ya estamos viviendo en la era de los escarabajos. —Juntó los dedos con aire pensativo—. No. Me parece que don Gervase Askary está haciendo incursiones en el pasado para conseguir lo que necesita. Pero por qué lo necesita puede no estar relacionado con nosotros, sino con algún acontecimiento futuro que ni siquiera alcanzamos a imaginar.

Pearl y Tom se quedaron callados, intentando asimilar lo que decía August.

—Pues, ahora mismo, ya sabemos qué está buscando —dijo Pearl—. Es algo de Tithona, ¿no? Por eso ha secuestrado a mi padre y a Rudy, y supongo que por eso se los ha llevado a ese sitio, Scarazand...

—Scarazand —la corrigió un picozapato con aire condescendiente—. Scarazand no existe.

—Vale. Como se llame —espetó ella, algo sorprendida de que la hubieran interrumpido—. Supongo que sabes dónde está.

—En efecto —respondió el picozapato con engreimiento—. ¿Quieres que te lo diga?

—Ya estamos, otro sermón del volumen veintiuno —se quejó un picozapato del final—. Nadie me pregunta nunca por las enfermedades zimóticas.

—A lo mejor algún día lo hacen —respondió un pájaro del otro extremo—. ¿Han oído hablar de Anaxágoras? ¿Querrán hacerlo algún día?

—Tendrías que probar la heráldica —rezongó la «H», en tono sombrío—. Pienso en lo que sé y solo quiero morirme de aburrimiento.

—Nos tendrían que haber mezclado —dijo la «M», asintiendo con la cabeza.

—Sí —convino la «Q».

—Sí, como el jazz libre —dijo la «J»—, abstracto, un popurrí, y revolucionario...

—¡Silencio! —gritó August, y las bromas cesaron de inmediato. El picozapato que se había adelantado y subido a la barandilla se aclaró la garganta con aire de importancia.

—¿Empiezo?

—Si no hay más remedio —dijo August, en tono de hastío.

El pájaro ignoró el insulto y siguió.

—Scarazand —comenzó a decir—. Scarazand es el nombre que el legendario explorador medieval Iñigo Marcellus (1397-1452) puso a la mítica capital de los escarabajos. Este afirmaba haberla visitado en su viaje al centro de la tierra. Decía que, tras viajar por el país del fabuloso pueblo de los cinocéfalos, recorrió los interminables bosques negros de Oriente, habitados únicamente por hombres aulladores barbados. En sus confines, había un laberinto de proporciones colosales. Tras aventurarse en él por una de sus numerosas puertas, se descubrió extraviado en una maraña de túneles atestados de extrañas criaturas que se extendían a través del tiempo hasta las entrañas de la tierra, y cuando salió se encontró...

—En una populosa ciudad, con forma de torre, cuyas calles estaban repletas de criaturas de toda clase —continuó August—, escarabajos tan grandes como caballos, perros voladores, curiosas mujeres con cabeza de araña, ¿no es así?

El pájaro pareció un poco disgustado por su intervención.

—Así es, señor, pero...

—Hay más. Lo sé. Muchísimo más. Es una leyenda. Un cuento de hadas. ¿Fue allí Iñigo Marcellus? Quién sabe. A lo mejor no salió nunca de su habitación. A lo mejor se lo inventó todo.

Tom y Pearl miraron a August, confusos.

—¿Qué está diciendo, qué Scarazand no existe? ¿Que no existe un sitio así? —Pearl parecía indignada.

—Claro que no, querida —respondió August con dulzura—. Estoy convencido de que existe un sitio llamado Scarazand, pero no gracias a Iñigo Marcellus. De hecho, Scarazand me tiene un poco obsesionado desde hace algún tiempo. La leyenda la conozco desde siempre, por supuesto, y aunque el cuestionable señor Marcellus fue el primero en hablar de ella, lo han seguido otros. No es el único que describe este lugar. Pero lo que reavivó mi interés en esta vieja historia fue descubrir la verdadera naturaleza de don Gervase y los suyos. Aquello me hizo pensar. Personas insecto, viajeros del tiempo... parecía totalmente increíble. ¿Venían del futuro, del pasado, actuaban solos o estaban todos ellos controlados por algo? Debo admitir que tuve dificultades, hasta que encontramos esta cueva. Este sitio, donde estáis ahora mismo, me proporcionó la clave para resolver el enigma.

Su entusiasmo era patente en el brillo de sus ojos y Tom y Pearl miraron a su alrededor, esperando ver alguna clase de pista en las lisas paredes. Pero no había nada.

—Esto... ¿de qué manera? —preguntó Tom con timidez.

—Me demostró que, hace millones de años, no solo había algunos insectos muy grandes, sino también algunas colonias de insectos muy numerosas. De hecho, toda esta isla era una de ellas, una especie de termitero enorme. Y aquí, en el mismo centro, justo donde estáis vosotros, se encontraba la cámara de la reina. Imaginaos, si podéis, una especie de gusano gordo y enorme aquí en el suelo. Había millones de millones de escarabajos pululando a su alrededor. Excavando túneles en la roca, nutriendo sus huevos, construyendo criaderos para sus larvas, excavando depósitos para agua, buscando alimento, repeliendo ataques, lo que sea. Y ella los controlaba a todos, de forma que actuaban como un solo organismo vivo de proporciones colosales.

—¿Cómo lo hacía? —preguntó Pearl.

August sonrió.

—La segunda prueba. ¿Tiene alguno de los dos un reloj?

Tom y Pearl negaron con la cabeza.

—No importa —dijo August, suspirando—. He roto tantos que no creo que otro más importe. —Sacándose un relojito del bolsillo, fue al otro extremo de la cueva y se agachó.

—Ahora, si no os importa apartaros —dijo, y depositó el relojito de bolsillo en la alfombra. De inmediato, la cadena comenzó a desenroscarse y tensarse, como si la moviera una mano invisible. Luego, el reloj comenzó a girar sobre su eje y se desplazó hacia Tom y Pearl, deteniéndose bruscamente en el centro.

Magnífico —dijo August, sonriendo—. ¿Podrías devolvérmelo?

Tom se agachó para recoger el reloj y descubrió que estaba pegado al suelo.

¿Es magnética? —preguntó, tirando en vano con todas sus fuerzas.

Mucho —respondió August, acercándose a ellos—. Bajo vuestros pies hay una enorme concentración de roca magnética. ¿Y porque es importante eso? Para la reina de esta colonia, era imprescindible, porque esto era lo que comunicaba. Echada sobre esta enorme roca metálica, emitía pulsos magnéticos que llegaban a todas partes y eran oídos por cada uno de los escarabajos.

Caramba.

Pearl contempló un momento el suelo, intentando asimilar aquello.

¿Y qué cree que eran los mensajes que enviaba?

—Cosas básicas, sospecho, como todos los insectos. Alimentadme, traedme agua, ese tipo de cosas. La reina podía ser enorme, pero, sola, era poco más que una productora de huevos y un inmenso amplificador.

¿Y tenían alternativa los escarabajos?

Por supuesto que no. Ella era su reina. No podían pensar por sí mismos.

Tom se quedó mirando la mesa, reflexionando sobre las palabras de August. Estaba haciendo todo lo posible para no parecer idiota.

Entonces... no estoy muy seguro de terminar de entender cómo se relaciona todo

esto con Scarazand.

August sonrió.

—Imagínate, Tom, si una colonia como esta pudo existir hace millones de años, ¿no es posible que exista una mucho más grande en algún momento del futuro? Una colonia de escarabajos que no solo velan por su reina, sino que también, como ahora sabemos, viajan en el tiempo y adoptan muchas formas distintas.

Tom suspiró. ¿Era posible? ¿Que don Gervase y todos los demás pertenecieran a una gigantesca colonia de escarabajos del futuro?

—Pero ¿cómo se transforman en personas? —preguntó Pearl—. ¿Pueden cambiar de forma?

—No exactamente —respondió August, sonriendo—. Es un poco más mecánico que eso. ¿Sabéis algo de los escarabajos escarbadores?

Tom y Pearl pusieron cara de póquer.

—No hay razón para que debierais saberlo. Son parásitos y, por el momento, casi desconocidos para la ciencia, pero, en la parte más remota de Ecuador, un médico me habló de ellos y de sus costumbres bastante singulares. A los escarbadores les gusta volar de noche y poner sus minúsculos huevos dentro del oído o la nariz de una persona dormida. Os preguntaréis por qué. El no lo sabía, pero observó que las víctimas se quejaban de fortísimos dolores de cabeza, comenzaban a comportarse de una forma extraña y siempre morían unos meses después. Tengo una teoría al respecto. Creo que la diminuta larva de escarbador se abre camino hasta el cerebro de su víctima para acceder a una parte primitiva de su corteza cerebral que lleva millones de años sin utilizarse. El hongo que allí libera activa las células circundantes, haciéndolas receptivas a los pulsos magnéticos emitidos desde Scarazand.

—Entonces... ¿está diciendo que los escarbadores se apoderan de esas personas? —preguntó Tom, estremeciéndose al pensarlo.

August asintió con aire sombrío.

—Eso creo. Muy desagradable, ¿verdad? Pero también he descubierto otro tipo de parásito. Un reproducido que he bautizado como escarabajo eco. Los conocéis, ¿no?

Pearl negó incómodamente con la cabeza. Todo aquello era tan extraño que le estaba costando creerlo.

—Los escarabajos replicantes hacen réplicas de personas. Ingieren cantidades diminutas de tejido, un trozo de piel o una gota de sangre, quizá, es todo lo que les hace falta. Luego, ponen un huevo y de ese huevo sale una larva. A continuación, la larva fabrica un capullo y, cuando la crisálida por fin lo rompe, no es otro escarabajo replicante, sino una réplica exacta de su víctima. Y, como solo necesitan una porción minúscula de su huésped, pueden hacer miles y miles de réplicas de la misma persona. ¿Te resulta familiar?

Tom se quedó callado. Pensó en todos los hombres y mujeres idénticos con que se había topado y empezó a percatarse de la ingente magnitud de la empresa a que se

enfrentaban.

—¿Y qué hay de don Gervase Askary y Lotus? ¿Cómo encajan ellos en todo esto? —preguntó—. Usted sabe que lo vi convertirse en escarabajo.

—Lo sé —murmuró August—, y confieso que me desconciertan. Sospecho que pertenecen a un orden superior, a la élite de Scarazand quizá, que sí tiene la capacidad de metamorfosearse a voluntad. También tengo una teoría sobre eso, pero —August se contuvo— no voy a aburrirlos con más datos científicos.

Se quedaron callados un momento, Tom y Pearl impresionados aún por toda aquella información tan espeluznante. Pearl respiró hondo. Se sentía completamente abatida.

—E imagino que es difícil llegar a Scarazand.

—Es muy probable, si creemos a Iñigo Marcellus. ¿Cómo era? En los confines del bosque de los hombres aulladores barbados había un laberinto...

—De proporciones colosales. Tras aventurarse en él por una de sus numerosas puertas, se descubrió extraviado en una maraña de túneles atestados de extrañas criaturas que se extendían a través del tiempo hasta las entrañas de la tierra —repitió el picozapato.

—¿Y usted cree eso?

—Encontrar una entrada sería difícil, sin duda —reconoció August, eludiendo la pregunta de Pearl—. Podría ser por una puerta, un armario, unas escaleras, un agujero en el suelo; a lo mejor es un laberinto a través del tiempo, ¿quién sabe? Se han esmerado mucho en ocultarnos sus actividades.

Tom no dijo nada. Todo aquello estaba empezando a parecerle más y más imposible por momentos. A lo mejor era una locura incluso plantearse ir. Distraídamente, miró la brizna de luz que parpadeaba muy por encima de ellos.

—Pero... un momento, ¡un momento!, ¿no se nos está escapando algo? —August y Pearl lo miraron con expectación—. Si Scarazand es como usted dice, una versión enorme de esta isla, ¿no sería descolgarse por la chimenea la forma más fácil de entrar? Mire —señaló—, así no habría que encontrar una entrada secreta, ni atravesar un laberinto ni nada parecido.

—Muy observador, Tom —dijo August, asintiendo con la cabeza—. Lo sería, desde luego, si pudiéramos encontrarla. Ese era el punto débil fundamental de esta colonia y, si Scarazand se parece en algo a este sitio, seguro que tendrá una chimenea que comunica con el mundo exterior.

—¿Por qué? —preguntó Pearl—. ¿Para qué, si se han tomado tantas molestias en pasar desapercibidos?

—Sospecho que no tienen ninguna otra opción —respondió August—. Sospecho que la reina se pasa el día enviando mensajes magnéticos y poniendo huevos y la consecuencia es que su temperatura corporal aumenta muchísimo. Toda su cámara está impregnada de gases desagradables. Haría falta alguna clase de chimenea o conducto de ventilación para permitir su salida. En alguna parte del mundo, en un

desierto remoto quizá, u oculto en una cadena montañosa, hay un agujerito no más ancho que un pozo que vomita gases tóxicos. Y ese es probablemente el único signo visible de todo el edificio.

—¿Y no tiene ninguna idea de dónde podría estar? —preguntó Pearl—. ¿O es un disparate preguntar eso?

August la miró y esbozó una sonrisa.

—No es ningún disparate, querida. Sir Henry y yo nos pasamos mucho tiempo buscando. No solo esa chimenea, sino también cualquier otra entrada que pudiéramos encontrar.

Pearl y Tom lo miraron con asombro.

—¿Querían ir a Scarazand?

—Por supuesto. ¿Qué persona interesada en estos temas no querría ir a Scarazand? Tiene que ser uno de los lugares más increíbles de la tierra. Seguiríamos buscando si sir Henry no hubiera conseguido convencerme de lo contrario.

—¿En serio?

—Desde luego. Y supongo que tenía razón. Sería peligrosísimo y mi interés era puramente científico. No tenía ningún motivo emocional apremiante para ir, como lo tienes tú. No estaba dispuesto a arriesgarlo todo. Pero, créeme, me habría encantado verlo, aunque solo fuera una vez. —Se quedó callado—. Sigo teniendo todo el equipo en alguna parte. —Los miró y se ríó—. Preguntar eso sí que es un disparate.

—¡Segundo cajón, cofre gris, la llave está en el bote! —gritó una oropéndola.

—¿Qué bote? —preguntó August, acercándose al armario.

—El verde de la estantería.

—¿Qué estantería?

—¡La estantería que hay detrás de usted! —graznaron los pájaros al unísono. August negó con la cabeza—. Es ridículo, ¿verdad? Pero, después de pasarme la vida rellenando cosas con otras cosas, parece que no puedo dejar el hábito.

Siguiendo las impacientes instrucciones de los pájaros, August encontró el cofre gris y lo depositó en la mesa.

—Ya sabes que no tengo mucha madera de explorador, Tom, pero sí anticipé lo que podía hacer falta —dijo, vaciando una serie de extraños objetos en la mesa—. Casi todo sigue aquí, creo. —Tom cogió un par de gafas protectoras con los cristales casi negros que parecían viejísimas—. Son unas gafas compuestas —explicó August—. Mi intento bastante poco logrado de reducir el mundo a una serie de colores básicos, para verlo como los escarabajos.

—¿Funcionan? —preguntó Tom, poniéndoselas.

—Surten algún efecto, sin duda —respondió August—, pero, como, en realidad, nadie sabe cómo ven los escarabajos, son, hasta cierto punto, una conjetura.

Tom miró por los cristales: vio colores imprecisos, como en un caleidoscopio, pero nada más.

—Dan el pego, pero lo más probable es que no sean muy útiles —reconoció

August—. Esto, en cambio, sí lo sería. —Alzó una fina botella con una funda de cuero que tenía un pulverizador y un dosificador de goma acoplados al cuello—. ¿Sabéis algo sobre feromonas?

—Solo lo que mi padre... —Tom se interrumpió y se lo pensó mejor—. En realidad, no.

—Es normal que no lo sepas. Pero son unas sustancias químicas fascinantes. Los insectos las utilizan constantemente. De hecho, determinadas criaturas, como las avispas solitarias, las utilizan para hacerse invisibles a las abejas. Eso es lo que me dio la idea para fabricar esto.

—¿Ha... inventado una feromona? —preguntó Tom, cogiendo la botella.

—En efecto. Una feromona que te hace invisible a los escarabajos —respondió August—. Hice unos cuantos experimentos, combiné las sustancias químicas, jugué un poco con ellas, por así decirlo, y este es el resultado.

—¿Y funciona? —preguntó Pearl, cogiendo la botella y olisqueando el pulverizador con curiosidad.

—Creo que sí. Lo probé con algunos de los híbridos más pequeños con que nos topamos en Mongolia y parecieron convencidos. ¿Podría funcionar con un individuo convertido? Me alegra decir que nunca he tenido motivos para averiguarlo.

Con timidez, Pearl apretó una vez el dosificador.

—Oh —gritó cuando el pulverizador escupió una fina capa de niebla naranja. Olía a una mezcla acre de almendras y naranjas podridas—. Y esto, ¿qué haría?

—Pues, si yo fuera un escarabajo, tu mano acabaría de desaparecer —respondió August con mucha seguridad—. Y si quisieras disfrazarte por completo, tendrías que rociarte todo el cuerpo.

—¿Y en serio que iban a hacer eso?

—Algo parecido. Sir Henry y yo encargamos un par de ponchos de seda, que yo impregné con esta sustancia, con capuchas, rejillas y demás. Parecíamos dos apicultores exóticos —dijo, sonriendo—. También los tengo, en algún sitio.

—¿Y qué es esto? —preguntó Tom, señalando una cajita plana de plástico.

—Ah, sí —dijo August con una sonrisa, abriendo la caja y sacando una plumita blanca—. Esto era para orientarse. Por si Iñigo Marcellus tenía razón con lo del laberinto.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —gritó una vocecilla desde las estanterías superiores. Tom alzó la vista y vio asomar una cabecita fluorescente—. ¡Qué atrevimiento!

—El alcaudón nocturno —dijo August, sonriendo—. El único pájaro fluorescente del mundo. Con bastante optimismo, esperaba encontrar un escarabajo en el laberinto, atarle esta pluma al abdomen, soltarlo y seguir la pluma fluorescente hasta Scarazand. Oh, sí. Teníamos todo el viaje planeado. Habría sido toda una aventura.

—Eso parece —dijo Pearl—. Me sorprende que permitiera que sir Henry le quitara la idea de la cabeza.

—Y a mí —murmuró August—. Pero, a la luz de lo que ha ocurrido desde

entonces, él tenía toda la razón. A decir verdad, las cosas se estaban poniendo bastante feas en Mongolia. En varias ocasiones, nos salvamos de milagro. Y, por supuesto, no llegamos a encontrar la entrada, ¿no? Pese a buscar por todo el mundo. —Se quedó un momento callado, absorto en sus pensamientos.

—Pero, es curioso que nunca buscáramos en el sitio más obvio. Lo cual supongo que os da una clara ventaja.

—¿A nosotros?

Sorprendidos, Tom y Pearl lo miraron a su rostro avejentado. Los ojos le centelleaban bajo las arrugadas capas de piel.

—Ya sé qué estáis pensando: queréis que os preste todas estas cosas, y es lógico. Por supuesto.

Pearl se ruborizó, azorada: no creía que fuera tan fácil leerle el pensamiento.

—¿Y... cuál es el sitio más obvio? —preguntó Tom con timidez.

—El lugar de donde proviene tu pelota, por supuesto.

—¿Cómo, las islas Tithona?

—Exacto. Las islas Tithona, esas curiosas islas con extrañas formas que ahora, por desgracia, están sumergidas. ¿Puedo volver a verla?

—Esto... claro —dijo Tom, sacándose la pelota del bolsillo y dándosela.

—Es rarísimo que se me pasara por alto —murmuró, girando la pelota entre los dedos—. Debo decir que me había olvidado por completo de este hallazgo hasta esta mañana. Pero, por supuesto, ahora lo comprendo. Es totalmente lógico.

August miró los motivos negros, absorto en sus pensamientos, y Tom y Pearl lo observaron cada vez más frustrados. Era como si hubiera abierto una puerta para mostrarles el camino y la hubiera cerrado justo después.

—Lo siento, debo de ser tonta perdida, pero, no veo qué relación tiene esta pelota con nada de esto —dijo Pearl—. ¿Es un amuleto de la suerte o algo parecido?

August sonrió para sus adentros.

—Para ti o para mí, esta pelota no tiene ningún valor, aparte del que hemos decidido darle. Es un amuleto curioso, un objeto para ahuyentar a los malos espíritus, nada más. Pero, para don Gervase Askary, sospecho que este objeto en apariencia inofensivo puede darle algo que es más grande que ninguna otra cosa en el mundo.

Tom miró la pelota, desconcertado.

—¿Qué es? —preguntó.

August se quedó callado. Estrujó la elástica pelota transparente y vio cómo volvía a expandirse hasta recobrar su forma original.

—Poder. Poder para controlar todas las criaturas de Scarazand y de otros lugares. Poder quizá para someter el mundo a sus deseos. Poder sin límite.

Tom y Pearl se quedaron mirando la anodina pelota. Del largo desfile de datos curiosos que August les había presentado pacientemente, aquel era el más extraño de todos.

—¿Habla en serio?

—Por supuesto. ¿Por qué no iba a hablar en serio?

—Pero ¿cómo lo sabe?

—No lo sé —respondió August, mirándolos—. Recordad que no sé nada. Solo es lo que creo. ¿Os lo explico?

El amuleto

Tom y Pearl esperaron pacientemente a que August continuara. El se volvió y miró a su alrededor.

—Supongo que ninguno sabe qué estoy buscando —dijo, rascándose la cabeza.

—¿Podría estar catalogado en la letra «P»? —sugirió uno de los podargos—. Sospecho que lo está.

—¿La letra «P»? Sí... por supuesto. Muy bien —dijo August en tono de aprobación, y el podargo sonrió como solo un podargo sabe hacer.

August sacó un estrecho cajón de madera y lo depositó en la mesa. Rebuscando en los compartimientos, extrajo una pelota del tamaño de una canica y la dejó al lado de la pelota-escarabajo. Juntas, parecían hechas del mismo material transparente y gomoso.

—No está decorada, pero es parecida, ¿verdad? —dijo, enarcando las cejas—. Anda, probad a apretarla. —Cogió la pelota más pequeña y se la pasó a Pearl—. ¿Extrañamente tibia al tacto? Yo diría que son casi iguales.

—¿De dónde es? —preguntó ella, poniéndola a contraluz.

—La encontré a un metro más o menos de donde estáis vosotros —respondió August—. Estaba en el suelo de esta cueva la primera vez que entramos. Al principio, creí que era una piedra, o incluso un juguete que alguien se había dejado. Pero, cuando comencé a reconstruir la historia de este extraño lugar, me di cuenta de que no podía estar más alejado de la verdad.

—¿Y... qué es? —preguntó Tom con cautela, no del todo seguro de querer conocer la respuesta.

—La forma más sencilla de describirla sería como una pelota de pensamientos, o de instintos. Es algo parecido a un cerebro, supongo.

—¿Un cerebro? —gritó Pearl, apenas capaz de contener sus sorpresa—. ¿De quién?

—El cerebro de la reina escarabajo que habitó en esta cueva —respondió August, con calma—. La reina desapareció hace mucho tiempo, pero, por alguna razón, esto es indestructible.

Tom y Pearl miraron con horror el anónimo objeto transparente.

—Pero... pero es diminuta —comenzó a decir Tom—. Creía que había dicho que las reinas eran enormes.

—Lo son —dijo August, sonriendo—. Escarabajo grande, cerebro pequeño. ¿No te dice eso algo de ellos?

Cogió la gomosa canica transparente y la estrujó.

—Es este extraño color lechoso lo que me ha hecho pensar. Y su textura. Esa es la clave. Cómo se toca.

Al alzar la vista, vio que Pearl y Tom habían perdido el hilo por completo. Sonrió con indulgencia.

—¿Recordáis que os he dicho que la reina enviaba mensajes, utilizando fuertes pulsos de ondas magnéticas?

Tom y Pearl asintieron con la cabeza.

—Pues este objeto tan pequeño controla esos mensajes. Ella es el altavoz y esta es la voz, dando las órdenes. Y lo extraño es que esta extraordinaria sustancia no siempre estuvo dentro de la reina.

—¿Qué quiere decir, que la reina nació sin cerebro?

—Casi —respondió August—. Es un hecho curioso del mundo de los insectos que, cuantas más cosas se descubren sobre ellos, más extraños parecen. En este caso, es algo parecido a una historia de amor con un final violento. Imaginaos esto —dijo, haciendo sitio en la mesa y colocando en ella dos escarabajos verdes, uno junto al otro—. Al principio, hay dos escarabajos, un rey y una reina, y los dos son del mismo tamaño. Encuentran un agujero en el suelo y forman una colonia. Y, conforme la colonia se expande, la reina se hace cada vez más grande en su cámara, produciendo miles y miles de huevos diarios, de todos los cuales nacen escarabajos obreros. Pronto hay millones de escarabajos, todos con una tarea que hacer, y la reina ha crecido de una forma tan desmesurada que ya no parece un escarabajo —dijo, sustituyendo uno de los pequeños escarabajos verdes por una piedra lisa del tamaño de una naranja.

»Hasta aquí, todo claro. Podríais haberlo deducido vosotros. Pero ¿qué hay del pobre rey, que formó la colonia con la reina hace tantos años? Ella ya no lo necesita. Está de más: es inútil. ¿Qué hace? Algo extrañísimo, la verdad, y he visto cómo pasaba en una colonia de escarabajos minúsculos en la selva lluviosa de Papúa Nueva Guinea. El rey se aleja, en busca de escarabajos obreros muertos. Y, cuando encuentra uno, le abre el pecho y se come una pizquita de un hongo transparente y gomoso que tienen en el centro del cuerpo. ¿Qué es?

Nadie lo sabe con exactitud, pero el rey se vuelve adicto a esta curiosa sustancia, pese a no poder digerirla. La almacena en el abdomen y, con el tiempo, va alejándose cada vez más. Busca ciempiés muertos, moscas muertas, avispas muertas; todos los cadáveres de insectos que contengan este curioso hongo transparente, hasta que el abdomen se le hace una pelota. ¿Una pelota de qué? ¿Recuerdos? ¿Instintos? ¿Pensamientos? Puede que de las tres cosas —dijo, colocando la gomosa canica transparente junto al escarabajo verde.

Tom y Pearl se quedaron mirando aquel extraño conjunto de objetos. Los dos se figuraban qué venía a continuación.

—Muy bien —dijo Tom, despacio—. ¿Y cómo se convierte esta pelota en el cerebro de la reina escarabajo?

—Esa es la parte violenta —respondió August, sonriéndole con la mirada—. Cuando el rey va a morir, regresa a la colonia y se abre paso hasta la cámara de la reina, arrastrando su pesado abdomen. No puede evitarlo. Y ella se lo come, de cabo a rabo. Pero la pelota no es digerible, de modo que permanece dentro de ella, justo

por debajo de su brillante piel blanca. Y allí, el constante movimiento de su cuerpo la masajea en esta o aquella dirección, le da calor, y este movimiento le permite enviar mensajes mucho más complejos a la colonia. En vez de solo alimentarme, dame de beber, los escarabajos reciben instrucciones mucho más específicas y no tienen más opción que obedecerlas. Es parecido a sintonizar una radio. Lo que era un constante zumbido de interferencias y ruido, se convierte en palabras dichas fuerte y claro y, en ese momento, la colonia alcanza su apogeo. ¿Tiene esto algún sentido?

—Eso creo —comenzó a decir Tom—. Pero ¿sabe la reina qué está haciendo cuando aprieta la pelota, o es casualidad?

—Sospecho que es por ensayo y error. A fin de cuentas, pese a su tamaño, solo es un escarabajo. No le interesa apenas nada más allá de sus limitados horizontes. Pero en las hábiles manos de otra persona, como don Gervase Askary, estoy seguro de que esa pelota tiene un potencial enorme. —August se quedó callado, con aire pensativo—. Lo cual la hace poderosísima. Y peligrosísima.

Tom y Pearl se quedaron mirando las dos pelotas transparentes, colocadas una junto a otra en la mesa.

—¿Y está totalmente seguro de todo esto? —preguntó Tom.

—No totalmente. Pero llevo bastante tiempo estudiando estas criaturas. —Rebuscando en el cajón, August sacó dos pelotas mucho más pequeñas del tamaño de una perla y las depositó en la mesa junto a las otras dos—. Las encontré en América del Sur, esta otra en Turkmenistán y esto, ah, sí —sonrió—, casi me había olvidado por completo de esto.

Alzó un trozo de ámbar dorado y se lo pasó a Pearl. Poniéndolo a contraluz, ella observó que dentro había atrapado un minúsculo escarabajo negro con un inmenso abdomen en forma de pelota.

—¿Un rey? —susurró, mirando con interés la sustancia gomosa que contenía la forma negra del escarabajo.

—Exacto. Extraño, ¿verdad?

Tom se rascó la cabeza. Seguía sin estar convencido.

—Pero, si hay muchas de estas pelotas, ¿cómo puede estar usted tan seguro con respecto a la de Nicholas Zumsteen? Es decir, ¿no es posible que la reina de Scarazand ya se haya comido al rey?

—Es posible... pero lo dudo —respondió August—. Considera los hechos, Tom. Don Gervase Askary está removiendo cielo y tierra en busca de algo que Nicholas Zumsteen encontró en las islas Tithona. ¿Por qué ahí? Es un sitio extraño, perdido en el océano Pacífico. El debe de saber o sospechar que guarda alguna relación con Scarazand. En segundo lugar, el niño que encontró esta pelota insistió en que, antes, era un escarabajo, lo cual no es mera coincidencia. Dijo que la encontró subiendo por la pared de una cueva, muy por debajo del nivel del suelo. No tenemos ningún motivo para no creerlo. Y, por último, pero no por ello menos importante, da la sensación de que esto sirve para algo, ¿no? —dijo, cogiendo la pelota del tamaño de un huevo y

apretándola—. Imaginaos si, con un mero movimiento de muñeca, pudierais enviar órdenes a todos los escarabajos del mundo, obligándolos a hacer justo lo que queréis. —Se rió—. Eso sí que sería poder.

Tom y Pearl se quedaron callados, mirando sombríamente los dedos de August mientras danzaban por la superficie decorada de la pelota.

—Quizá lo está haciendo ahora mismo —masculló Tom.

August sonrió.

—Lo dudo mucho. Seguro que es complicado. Pero me apostaría una buena suma de dinero a que don Gervase Askary sueña con tener esta pelota en la mano y aprender su lenguaje secreto. —Se quedó callado, con aire pensativo—. Razón por la cual debemos asegurarnos de que no se acerca nunca a ella.

Depositó la pelota en la mesa y, sin decir palabra, Tom la cogió y se la metió en el bolsillo. Pearl lo observó, abatida: Tom sabía qué estaba pensando, y él también lo sentía, en la boca del estómago. De pronto, había mucho más en juego: la empresa que les aguardaba parecía más peligrosa que nunca.

—Bueno —dijo August, entrelazando las manos—. Debo confesar que, de tanto hablar, me ha entrado muchísima hambre, y estoy casi seguro de que sir Henry ya habrá pescado nuestro almuerzo. ¿Vamos?

Después de regresar a la casa, salieron al soleado prado y siguieron a August por un camino que discurría entre los árboles. De vez en cuando, él se detenía para señalar alguna que otra flor curiosa o ave poco común, pero ni Tom ni Pearl le prestaron verdadera atención. Los dos estaban demasiado absortos en la apremiante cuestión de cómo iban a lograr ir a Scarazand. Parecía casi imposible.

—¿Ha habido suerte? —gritó August cuando doblaron un recodo.

—¡Ocho! —gritó Trixie, en cuclillas junto a una pequeña hoguera al borde del agua.

—¿Ocho? Eso está bastante bien —dijo August, sonriendo, y condujo a Tom y a Pearl al soleado campamento, donde Trixie estaba ocupada en ensartar un pececillo plateado en un palo.

—Ya se está haciendo bastante experto —dijo, señalando a sir Henry, que estaba junto a una charca debajo de una alta cascada, sosteniendo en una mano lo que parecía un frisbee de hilo gris atado a un sedal.

—¿Es una red? —preguntó Pearl.

—Algo parecido —respondió Trixie—. De hecho, es una telaraña. La encontré en Papúa Nueva Guinea. Ya verás.

Se quedaron observando a sir Henry mientras él permanecía inmóvil al borde de la charca, sin quitar ojo a la cascada. De pronto, hubo un destello plateado y un pez saltó fuera del agua justo en el otro extremo. Al instante, sir Henry arrojó el frisbee gris al aire y, al instante, el pececillo cayó de nuevo al agua, atrapado en la envolvente telaraña.

—¡Bravo! —gritó August.

Sir Henry se volvió y, al ver a Tom y a Pearl, los saludó.

—Otro —dijo, sonriendo—. Voy a bajar.

Al cabo de cinco minutos, estaban todos sentados junto a la hoguera, comiéndose los pescados a la parrilla con pan, albaricoques y tazas de té hirviendo.

—¿Así que es eso lo que busca? —dijo sir Henry, soplando en su taza. Había estado escuchando pacientemente mientras August explicaba su teoría sobre la pelota-escarabajo y sobre por qué podía desearla tanto don Gervase Askary.

—A mí me parece totalmente lógico —dijo August—. Sin ella, no tiene ningún dominio real de Scarazand.

—¿Y qué probabilidades hay de que sepa qué aspecto tiene?

—Muy pocas, diría yo. Estas pelotas-escarabajo son muy poco comunes: no conozco a nadie que haya oído hablar de ellas, y aún menos visto una. Es probable que Askary no tenga mucha idea. Quizá sepa que es pequeña, y es probable que suponga que, como tiene un valor inmenso para él, también lo tiene para el resto y es algún tipo de objeto precioso. Aparte de eso, nada.

Sir Henry miró las brasas y frunció el entrecejo.

—A lo mejor deberíamos enterrarla en algún sitio, o arrojarla a un volcán o algo parecido. Solo para asegurarnos del todo. Deshacernos de la dichosa pelota.

—A menos... a menos que hubiera alguna forma de que pudiéramos aprender a utilizarla nosotros, contra ellos —sugirió Tom—. ¿Creen que es posible?

—Lo dudo mucho —respondió sir Henry—. No siendo escarabajos, ¿cómo podríamos saber qué hacemos?

Por un momento, hubo silencio.

—¿Qué opinas, Pearl? —preguntó Trixie—. A fin de cuentas, esto te atañe a ti más que a nadie.

Pearl miró el lago: el intenso sol otoñal ya estaba comenzando a apagarse y las laderas montañosas resplandecían con reflejos dorados.

—No lo sé —dijo por fin—. Esperaba... pero supongo que es demasiado peligroso. Y, de todos modos, ir a Scarazand parece casi imposible.

—No, no, querida, nada es imposible —se jactó sir Henry.

—¿Qué quiere decir?

—Pues que, si lo que August cree resulta ser cierto, es muy fácil ir a Scarazand. De hecho, no entiendo por qué no lo hemos pensado antes. Basta con que vayamos a Tithona, subamos al cráter, encontremos al muchacho que vendió la pelota a Nicholas y le pidamos que nos lleve a la cueva. Es fácil.

—Pero creía...

—¿Que el archipiélago está sumergido? —Sir Henry pareció confuso—. Obviamente lo está, ahora. Pero yo hablo de viajar al pasado, a una época anterior a la erupción volcánica. Tenemos un viejo mapa en la casa y estoy bastante seguro de que aparece Tithona.

—Sí que aparece —corroboró Trixie—. Lo he visto. Está en la intersección ganso

pardela. Entrada 119.

—119. Qué interesante —dijo sir Henry con aire pensativo—. Eso es a través del Shakra Parbat, ¿no?

Trixie asintió.

—La peor entrada de todas —añadió, con aire burlón.

—Está en una franja magnética —explicó sir Henry—, no lejos de aquí, por cierto. Una ruta migratoria para las aves que resulta que contiene varias aberturas para acceder a otras épocas. Algunas son grandes y otras son, bueno, algo más pequeñas.

Trixie sonrió ante la comedia descripción de sir Henry y Pearl escrutó el rostro enjuto y anguloso del explorador.

—Entonces, no está bromeando, ¿no? ¿Pueden ir de verdad?

Sir Henry le lanzó una mirada penetrante pero amable.

—¿Te refieres a si podemos llevaros hasta allí —preguntó— y dejaros en un laberinto para que busquéis Scarazand solos? —Escrutó sus rostros impacientes y, luego, miró el fuego. Era evidente que aquello era justamente a lo que se referían.

—El caso es que no» tengo claro si no sería una gran irresponsabilidad. Nunca me ha parecido bien mandar a personas a situaciones imposibles y Scarazand parece el infierno en la tierra. Y, aparte de eso, no estoy nada seguro de que fuerais a regresar.

—Pues, en ese caso, a lo mejor deberíamos ir con ellos —sugirió Trixie—, ayudarlos. Parece que les vendría bien.

Sir Henry lo consideró un momento. Después, miró a August, que estaba sentado junto al agua. Contemplaba una libélula que se le había posado en el dedo y la pelambrea blanca le brillaba como una aureola.

—En otro tiempo, podría haber sido una buena idea —murmuró sir Henry, observando a su viejo amigo—. Pero ya no, por desgracia. Lo siento, pero todo se complicaría demasiado.

Trixie siguió su mirada y supo perfectamente a qué se refería.

—Sí, por supuesto. Qué tonta.

Se quedaron mirando a August mientras él estudiaba el insecto.

—¿Qué opinas tú, August? —preguntó sir Henry—. ¿Es viajar a Scarazand una temeridad?

August sopló en la libélula y sonrió cuando el insecto se alejó revoloteando sobre el agua.

—Con toda probabilidad, sí. Pero estoy con Trixie —dijo—. No haber visto ese sitio es una de las cosas que más lamento, y sospecho que ya no lo veré. Pero no veo por qué no deberían ir Tom y Pearl, y estoy segurísimo de que si tú y yo fuéramos más jóvenes y temerarios, haríamos lo mismo. Imagina si fuera tu madre o tu hermano, moverías cielo y tierra para intentar sacarlos de allí.

—Sin duda —convino Trixie—. Por supuesto que lo harías.

Sir Henry arrojó los restos del té al suelo y se rascó el bigote.

—Lo sé. Ese es el dilema. Y, más aún, me habría sentado bastante mal que un par de viejos caballeros no estuvieran dispuestos a ayudarme.

Sonrió a Tom y a Pearl.

—Muy bien, este es el trato. Trixie y yo os llevaremos a Tithona en avión. Os conduciremos hasta el cráter y os encaminaremos. Y, si August está de acuerdo, podéis llevaros todo lo que tenemos aquí para ayudaros.

—¿En serio? —exclamó Pearl, con los ojos brillantes.

—Desde luego —dijo sir Henry, asintiendo con la cabeza—. ¿Qué dices tú, August?

—Sería bastante absurdo irse sin el material —respondió August, capturando otra libélula y poniéndosela en la palma de la mano—. Llevaos los ponchos, el aerosol de feromonas, la pluma, todos los chismes que necesitéis.

—Magnífico —dijo sir Henry, sonriendo—. Pero solo con una condición.

—¿Cuál?

—Que dejéis la pelota-escarabajo aquí, bajo la custodia de August.

Pearl vaciló.

—Pero ¿no sería...?

—Creo que eso es fundamental —convino August—. Solo por si pasa algo desafortunado. Lo cual sería una lástima.

—Siendo lástima el eufemismo del milenio —puntualizó sir Henry—. Sería un verdadero cataclismo. ¿Y bien?

Tom no necesitaba que lo convencieran.

—De acuerdo —dijo—. Trato hecho.

Se sacó la pelota-escarabajo del bolsillo y se la pasó a sir Henry por encima de la hoguera. El estrujó el curioso objeto entre los dedos antes de entregárselo a August.

—Bien hecho —dijo, sonriendo—. Una decisión muy sabia.

Pearl observó la transacción en silencio; no podía disimular su decepción.

—Y si los llevamos, ¿estarás bien aquí solo hasta que volvamos? —Trixie tocó afablemente a August en el hombro—. Es que no queremos abandonarte.

—Cuando se ha vivido tanto como yo, querida, ¿qué son uno o dos días más? —respondió August con una sonrisa, apretándole la mano—. Aunque, cuando he vuelto a ver todo el material, me han entrado ganas de ir con vosotros. Pero supongo que eso es imposible, ¿no?

Sir Henry sonrió y negó con la cabeza.

—Eres demasiado inteligente, amigo. Si don Gervase Askary te echara el guante, se pondría las botas contigo.

August suspiró con melancolía.

—Bueno, sí. Es probable.

—No tardaremos —dijo Trixie—. Te lo prometo.

—Claro. Pues más vale que os larguéis. Supongo que madrugaréis.

—Sí —dijo sir Henry, satisfecho de que todo estuviera decidido—. ¿Qué os

parece mañana al romper el alba?

Cuando llegaron a la cima de la colina, el sol ya se había escondido tras las montañas y se estaban formando jirones de niebla sobre la vítrea superficie del lago. En la otra orilla, Tom divisó finas columnas de humo elevándose desde los poblados conforme anochecía.

—Hace fresco, ¿verdad? —dijo August, estremeciéndose, cuando salió al jardín y dio a Tom y a Pearl lo que parecían dos mantas con agujeros—. Tened. Son muy útiles en esta época del año.

—Gracias —dijo Pearl agradecida, poniéndose la gruesa prenda de lana. Tom vio que estaba tiritando ligeramente, como también le ocurría a él.

—Os veo dentro de un rato —dijo August, entrando en la casa—. Tengo que reunir todo el material del que os he hablado.

—¿Quiere que le eche una mano? —preguntó Tom.

—No, gracias —respondió August y, diciéndoles adiós con la mano, entró.

Tom y Pearl se sentaron en la hierba y observaron las montañas mientras adquirían tonalidades moradas y doradas. Pronto, la cortina de niebla blanca cubrió el lago y aparecieron las primeras estrellas en el cielo.

—¿Estás emocionada?

Pearl no respondió de inmediato.

—Más nerviosa que emocionada. Solo creo... —Se encogió de hombros—. Solo querría tener algo que ofrecer. Algo que intercambiar. Lo haría todo mucho más fácil.

Tom movió la cabeza con frustración: le costaba entender que Pearl pudiera seguir pensando así.

—Pearl, créeme, esas personas no pactan. Consiguen lo que quieren y ya está. En cuanto don Gervase, o Lotus, o cualquiera de ellos, descubriera que la pelota-escarabajo es lo que busca, si es que lo es, nos la arrebataría y nos mataría.

—A lo mejor —dijo Pearl—. Pero a lo mejor no podrían. A lo mejor seríamos invisibles o algo parecido.

—Venga, Pearl —rezongó Tom—. ¿Te acuerdas de esos ciempiés descomunales de los que me hablaste? Es probable que en Scarazand haya cosas mucho peores.

—Me da igual. Solo preferiría tener esa opción, eso es todo. Por si todo sale mal. Y no finjas que tú no lo has pensado también.

Tom miró las estrellas, notándose verdaderamente molesto. Claro que sabía que, en cierto modo, Pearl tenía razón: aquella empresa era peligrosísima, y quizá fuera una locura ir a Scarazand sin ninguna clase de seguridad. Pero ¿tenían elección? El había visto con sus propios ojos lo que don Gervase era capaz de hacer y sabía que subestimarle sería una insensatez. No obstante, en el fondo, no podía evitar preguntarse por qué iba a Scarazand. Para Pearl, era simple: habían capturado a su hermano y a su padre, ella había visto cómo sucedía. No tenía alternativa. Pero, en su caso, lo que lo había llevado hasta allí solo eran palabras en una página, y aquellas mismas palabras estaban a punto de conducirlo al infierno. ¿Y si todo lo que el padre

de Pearl había anotado eran disparates? ¿Y si no habían apresado a sus padres y era algún otro Tom Scatterhorn el que había traicionado a su familia y aquello no tenía nada que ver con él? Aquella duda persistente minaba su convicción y eso se lo hacía todo mucho más difícil. Miró la luna creciente y tiritó. De cualquier modo, ya era demasiado tarde para echarse atrás. No podría seguir viviendo sin saber qué les había sucedido. Tenía que averiguarlo, de un modo u otro. Para bien o para mal. Y debía admitir que también había algo más. No podía permitir que Pearl hiciera aquello sola. No ahora. Eso no estaría bien.

—Ir a Scarazand sin la pelota-escarabajo tiene que ser mejor que no ir —dijo, por fin.

Pearl se volvió y lo miró, su hermoso rostro bronceado una mera sombra bajo aquella luz mortecina.

—¿De verdad lo es? —preguntó, buscando alguna clase de consuelo—. ¿Lo crees de verdad?

—Eh, chicos, ¿tenéis hambre?

Tom y Pearl se dieron la vuelta y se sorprendieron al ver a Trixie en la puerta.

—Siento que sea tan temprano, pero saldremos antes de que amanezca. ¿Cena a las cinco?

Tom le hizo un gesto afirmativo y ella volvió, a entrar.

—Venga —dijo, intentando sobreponerse—. Es inútil deprimirse. Ya estamos en camino, y eso es algo. —Se levantó, entumecido, y le tendió la mano—. Lo que pase, pasará.

—Si tú lo dices —dijo Pearl con un suspiro, cogiendo su mano y levantándose.

—Lo digo. De un modo u otro, las cosas siempre se resuelven solas. ¿No?

Rumbo a Tithona

—Hora de levantarse.

Tom abrió los ojos y vio la silueta de August erigiéndose sobre él, con una humeante taza de té en la mano.

—¿Qué hora es? —preguntó, adormilado.

—Demasiado temprano —respondió August, sonriendo—. Acaban de dar las tres. Sir Henry y Trixie han bajado al lago para prepararlo todo y creo que Pearl también debe de estar ahí.

Aún soñoliento, Tom miró la camita plegable donde había dormido Pearl y vio que estaba vacía.

—Será mejor que te pongas en movimiento, muchacho.

Tom volvió a apoyar la cabeza en la almohada y se frotó bien los ojos. No había dormido bien, pensando en todo lo que August les había contado y anticipando lo que el nuevo día podía depararles. Y había sido vagamente consciente de que Pearl se había levantado y paseado por la habitación, haciendo crujir los tablones del suelo y abriendo puertas: debía de haberse sentido como él.

Poniéndose el poncho, se pasó la mano por la despeinada pelambarrera rubia y se calzó los zapatos. Las tres de la madrugada era tempranísimo: ¿por qué tenía que ser tan temprano? Sir Henry y Trixie habían hablado de variaciones magnéticas, de oscilaciones de partículas lumínicas, de la termodinámica de los rayos solares, de la clase de cosas que le ponían los ojos vidriosos y le hacían bostezar en clase, pero todo se reducía a atravesar la abertura al amanecer. Así que tenía que ser al amanecer.

Se bebió el té tan aprisa como pudo y salió afuera. El aire era tan frío y cortante que lo dejó sin respiración y, tiritando, fue hasta el borde del jardín y miró abajo. El panorama era espectacular: a la luz de la luna, el lago estaba envuelto en un espeso manto de niebla sobre el cual flotaban deshilachadas nubes plateadas. No se movía ni una sola hoja.

—¿Así que vais a atravesar el Shakra Parbat? Parece interesante.

La áspera voz con acento australiano lo sobresaltó. Parecía provenir de un árbol.

—Hola, Tom, mi antiguo compinche.

—Hola —dijo él, con vacilación. Reconocía aquella voz; la había oído hacía tiempo.

—¿Estás sorprendido de verme? —preguntó, roncamente—. Pues ni por asomo debes de estar tan sorprendido de como yo lo estoy de verte a ti. Pensaba que este sitio estaba prohibido.

Al alzar la vista, Tom vio la silueta de la enorme águila viajera, posada en la horcadura de un árbol. Parecía tan extraña, enfadada y torpe como él la recordaba.

—Lo siento, pero no —dijo Tom, sonriendo.

—Sí. Bueno, mientras no te hayas traído a ninguno de los malos. No nos gusta tenerlos aquí. Nada. Pero a ti quizá sí, viendo dónde vas.

—¿Te refieres a Scarazand?

El águila carraspeó.

—¡Exacto! ¡Vaya sitio!

—¿Has ido?

—No digo que haya ido —respondió el águila con desdén—. No digo que quiera ir. No termino de verle el atractivo, a decir verdad. ¿Quién en su sano juicio querría ir? ¡Y desde Tithona, precisamente! Por todos los diablos.

—Entonces, ¿no te parece bien?

—Lo que yo piense no tiene nada que ver —gruñó el ave, escrutándolo bajo la luna—. Haz lo que tengas que hacer. Pero recuerda que he estado en el futuro. He visto cosas. Y te aconsejaría que extremaras las precauciones.

—Gracias. Lo tendré en cuenta —dijo Tom, esforzándose por no parecer sarcástico.

—No te fíes de nadie, socio —añadió el águila—, ni tan solo de...

—¿Tom? ¿Eres tú?

Tom se volvió y vio a August al borde del bosque con una lámpara en la mano.

—Tenemos un poco de prisa, muchacho —dijo, con preocupación—. Te están esperando.

—Tengo que irme —dijo Tom, mirando al enorme pájaro—. A lo mejor volvemos a vernos algún día.

—Sí, claro —dijo el águila—. Ah, una última cosa.

—¿Qué? —preguntó Tom, que ya había atravesado la mitad del prado.

—El Shakra Parbat es más ancho de lo que parece.

—¿Si?

—Pero no mucho.

Tom echó a correr y, momentos después, se había unido a August en el camino.

—Así que has visto a G. E Moore —dijo August mientras caminaban rápidamente por el silencioso bosque.

—¿G. F. Moore? Ah, vale. Sí —respondió Tom, que no conocía el nombre del ave. Parecía una elección poco plausible.

—Qué criatura tan curiosa, una afortunada casualidad, de hecho. Pensar en dónde ha estado. Es casi inimaginable.

Tom asintió con la cabeza. Miró la luna moviéndose entre los árboles.

—Estaba intentando disuadirme.

—Hum. Desde luego, el viaje va a ser un infierno —masculló August—. Aun siendo «infierno» quizá la palabra apropiada, no puedo fingir que no me das envidia. No se me ocurre ningún científico vivo o muerto que no aprovecharía la ocasión. ¿Tienes la mochila?

—La tiene Pearl —respondió Tom, recordando que, la noche antes, habían discutido brevemente sobre quién la llevaba.

—¿Y está todo dentro?

—Lo he comprobado, dos veces.

—Bien, bien. Magnífico —dijo August, asintiendo con la cabeza—. Disculpa, no quiero parecer tu madre, pero es bastante importante.

Tom sonrió y no dijo nada. Estaba segurísimo de que, si su madre hubiera estado allí en aquel momento, habría hecho todo lo posible para impedir que fuera, pero ya era demasiado tarde para eso. Aun así, la preocupación de August no le daba precisamente seguridad. Pronto, el camino comenzó a allanarse y entraron en el espeso manto de niebla que había ahogado la superficie del lago. El aire era tan húmedo que Tom casi lo notaba rozándole la cara.

—¿August?

—¿Sí, Tom?

—¿De verdad... de verdad cree que encontraremos una entrada a Scarazand por esas cuevas?

Era una pregunta que lo había perseguido en sueños y se negaba a dejarlo en paz.

—Si esa pelota fue una vez el escarabajo rey, como creo que fue, tiene que haber una entrada por ahí. No podría haber llegado a un lugar tan remoto de ninguna otra forma. Pero siempre hay una cierta incertidumbre, ¿no? No tendría gracia si no la hubiera. —August le guiñó el ojo—. Ah, por cierto, cuando llegues al cráter, mira a ver si puedes atrapar un escarabajo cambiante.

—¿Un escarabajo cambiante?

—Es imposible no verlos porque allí los hay a miles. Cambian de color, como los camaleones.

—¿Es por la pluma? —preguntó Tom, recordando el plan de August.

—Exacto. Buena memoria. Si no sabéis por dónde seguir, átales la pluma a una pata, suéltalo y síguelo como puedas.

Habían llegado al embarcadero y Tom divisó el avión plateado asomando por encima de la niebla.

—Sir Henry te lo explicará todo cuando subáis al cráter —dijo August—. Ah, y no debo olvidarme de darte esto.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó un pequeño huevo plateado colgado de una cadena.

—Muy importante —dijo, poniéndoselo en la mano.

—¿Qué es?

—Una precaución contra la peor cosa que puede pasar.

—¿Qué es?

—Que te quedes dormido y, sin que tú tengas la culpa, te encuentre un escarabajo escarbador.

—¿Puede pasar? —preguntó Tom, mirando el pequeño objeto que tenía en la mano.

—Me temo que es sumamente probable. Tithona es uno de esos sitios extraños donde... bueno, no quiero asustarte más de lo necesario —dijo August, sonriendo—.

Pero ¿recuerdas cómo te perfora el cerebro la larva de escarbador, dejando un rastro de hongo que se adueña de tu voluntad?

Tom asintió con nerviosismo: había olvidado lo mal que sonaba aquello.

—Y... ¿qué tengo que hacer con esto?

—Dentro de ese huevo hay varias larvas. Larvas de *Lapastus*, originarias de la selva lluviosa amazónica. Evita mirarlas, si es posible, porque son repugnantes. Pero combaten el fuego con fuego. Paran en seco el avance de la larva de escarbador. Al instante.

—Así que debo...

—Comerte una.

Tom tragó saliva. Aquello le parecía horrible.

—Y si atacan a Pearl, debes obligarla a que también se coma una ella.

—Pero... ¿no son nocturnos los escarbadores? ¿Cómo lo sabremos si pasa?

—No lo sabréis —respondió August, con calma—. Ese es el riesgo, ¿no?

Tom se estremeció y se puso la cadena de plata alrededor del cuello.

—Mucha suerte, muchacho —dijo August, cogiéndole la mano y estrechándosela. Tom intentó sonreír, pero se descubrió incapaz. De pronto, se sentía extremadamente inseguro y advirtió que no quería soltarle la mano. August Catcher era como el abuelo que nunca había tenido.

—¿Cree... cree que somos unos locos por hacer esto? —preguntó, mirando a August a su cara pálida y ajada. Tenía relucientes gotas de agua en el espeso pelo blanco.

—Un poco —respondió él, sonriendo con afabilidad—. Pero, por otra parte, a veces hay que serlo, ¿no crees? Siempre merece la pena subirse a la montaña más alta para ver qué hay detrás. De lo contrario, ¿cómo se sabe?

—Pero ¿de verdad cree que podemos volver?

August miró la niebla, que parecía estar aclarándose por momentos.

—Si tenéis cuidado, hay muchas probabilidades de que volvamos a vernos.

Sus miradas se cruzaron brevemente y Tom supo que no quedaba nada por decir. Se dio la vuelta, bajó al embarcadero y se dirigió a buen paso al lugar donde aguardaba el pequeño avión plateado.

—Buenos días, muchacho —dijo sir Henry, sentado junto a Trixie en la cabina. Tenía un gran mapa desplegado en el regazo—. ¿No viene Pearl contigo?

—No. Creía que estaba con ustedes.

—Me temo que no. —Sir Henry se miró el reloj con nerviosismo—. Cada segundo cuenta y ya no podemos retrasar esto ni un minuto más. ¿Dónde demonios ha ido?

—Ahí está —dijo Trixie, viendo una figura menuda corriendo entre los árboles.

—Magnífico —exclamó sir Henry, viendo que Pearl pasaba por delante de August y corría por el embarcadero, con la pequeña mochila verde rebotándole en la espalda—. Enciende los motores.

—Lo siento —resolló Pearl—. Lo siento mucho.

—¿Va todo bien, querida? —preguntó sir Henry—. ¿Ningún ataque de nervios de última hora?

Pearl negó con la cabeza.

—Bien, bien. Venga, subid a bordo.

Uno tras otro, Tom y Pearl bajaron a la plataforma flotante, se encaramaron al fuselaje y entraron por la portezuela de aluminio. En la minúscula cabina, había dos pequeños asientos verdes detrás de sir Henry y Trixie y, poco después, los dos estaban sentados en ellos. August les dijo adiós desde el embarcadero y ellos hicieron lo mismo.

—Casi no llegas —dijo Tom cuando los motores comenzaron a rugir—. ¿Dónde estabas?

—Recogiendo mis cosas. Ya sabes, comprobándolo todo dos veces. Tres veces. Asegurándome —respondió Pearl con calma, colocándose la mochila en el regazo.

Evitó mirarlo a los ojos y Tom no estuvo seguro de si creerla o no.

—¿Qué es lo que llevas en el cuello? —le preguntó, viendo la fina cadena de plata con el pequeño huevo colgado. Tom se lo tocó nerviosamente.

—Oh, pues es... una especie de protección.

—No sabía que eras supersticioso —comentó Pearl, sonriendo.

—No lo soy —respondió él, de malhumor—. Después te lo explico.

—Vale —dijo Pearl—. Lo que tú digas.

El pequeño avión ya estaba deslizándose por la superficie del lago, que seguía envuelto en niebla.

—¡Estamos a punto de despegar! —gritó sir Henry.

—¿Qué pasa con la niebla? —gritó Tom.

—Es inevitable —respondió sir Henry—. Esta mañana el tiempo es primordial. Estoy seguro de que a esta hora no hay nadie volando.

Por la ventanilla, Tom vio la gris superficie inmóvil del lago pasando velozmente ante sus ojos. El ruido de los motores fue aumentando conforme el avión cobraba velocidad y el fuselaje comenzó a vibrar. Un momento después habían despegado y Trixie empezó a elevarse.

—¡Dios mío! —gritó sir Henry.

En ese mismo instante, Trixie viró violentamente hacia la derecha y Tom fue arrojado contra la ventanilla justo a tiempo de ver una pequeña batea pasando por delante de él.

—¡Qué demonios estaban haciendo ahí, pescando en plena noche! —maldijo sir Henry—. ¿No nos han oído?

El avión se estabilizó y Tom se volvió. Por un segundo, vislumbró tres rostros que los miraban aterrorizados y, luego, centenares de otras bateas aparecieron entre la niebla como cocodrilos en una ciénaga...

—Olvídalo —dijo Trixie cuando atravesaron la niebla y la imagen desapareció—.

No ha habido muertos. Sigamos.

Tom siguió con los ojos clavados en el manto gris que acababan de atravesar. Solo había durado una fracción de segundo, pero la imagen se le había quedado grabada en la mente como una visión extraída de una pesadilla. Estaba seguro de que eran delgados rostros de roedor, con grandes ojos lechosos y labios oscuros, y uno de ellos tenía la expresión perezosa y aburrida de un gato... Respirando hondo, miró a Pearl de soslayo y descubrió que lo estaba mirando.

—El despegue, ¿eh? Yo también me mareo siempre.

Tom asintió con nerviosismo. A lo mejor eran imaginaciones suyas.

—Me ha parecido ver algo ahí abajo. Barcas por todo el lago.

—¿En serio? —Yo no he visto nada—. ¿Estás seguro?

—No —respondió Tom, reclinándose en el asiento—. No lo estoy.

Cerró los ojos y se los restregó bien. Debía de habérselo imaginado. Ignorando las palpitations de su corazón, intentó concentrarse en la gris masa de montañas que los rodeaban, cuyos abruptos picos nevados se estaban tiñendo de naranja con los primeros rayos de sol. ¿En qué clase de extraña aventura se habían embarcado? ¿Y qué habían dejado atrás?

—Siguiendo valle —instruyó sir Henry, estudiando el mapa de su regazo—. El mejor acceso es por la cara sur. —Miró su reloj—. Que yo recuerde, el Shakra Parbat está ligeramente a la sombra, y eso nos da unos cuantos segundos más. Qué me aspen —exclamó, señalando afuera. Muy por encima de ellos, perfilados contra el pálido cielo, había cuatro pajarillos, alejándose del sol.

—Pardelas, creo —dijo Trixie, estirando el cuello—, migrando desde Siberia.

Tom y Pearl observaron las minúsculas motas en el vasto cielo despejado.

—Es increíble cómo lo saben, así sin más, ¿no?

—Y nosotros también lo sabemos —respondió sir Henry—. Ahora.

Trixie pasó por encima de la cadena montañosa y siguió su relieve hasta otro valle gris sumido en sombras. Allí no había nada salvo rocas y pedruscos y, al final, Tom divisó tres finos dedos de roca perfilados contra el cielo.

—Ahí está —dijo sir Henry, señalando la cumbre más pequeña de las tres—. El Shakra Parbat.

—¿Puedo echar antes un vistazo?

Sir Henry volvió a consultar su reloj con preocupación. No parecía nada contento.

—Sabes lo que eso puede significar, ¿no?

Trixie asintió con la cabeza.

—Lo siento. Es que es mi primera vez.

—Muy bien —bramó sir Henry con impaciencia—. Hazlo el doble de rápido.

Trixie pisó a fondo el acelerador y sobrevoló las tres cumbres. Cuando viraron, Tom vio que una brizna de sol atravesaba el dedo más pequeño. Sir Henry señaló el pequeño agujero triangular.

—Se parece bastante al ojo de una aguja, ¿verdad?

—Vuelve a decírmelo. —Trixie exhaló sonoramente. Hasta ella parecía preocupada—. ¿Me repites cuál es el margen?

—Diez centímetros por cada lado, más o menos.

El sol ya se estaba colando por el agujero, que parecía tan pequeño que un pájaro podría tener problemas para atravesarlo.

—¿Velocidad?

—Más o menos ciento noventa.

—¿Con un balanceo de izquierda a derecha?

—No hay otro modo. La forma es muy irregular, y estarás volando hacia el este, directamente hacia el sol.

Trixie hizo un rápido cálculo mental.

—Bien —dijo con determinación—. Hagámoslo.

Sir Henry se inclinó hacia adelante y vio que el sol iba iluminando los lados de las dos cumbres grandes, tornándolos naranjas. Estaba amaneciendo con rapidez.

—Calculo que tenemos cuarenta y cinco segundos como máximo. Después de eso, es casi imposible.

Trixie no respondió, sino que aceleró a fondo y regresó al principio del valle, donde viró con brusquedad.

—Creo que voy a vomitar —susurró Pearl, y Tom notó que le cogía la mano con fuerza.

—Todo irá bien —dijo, sin apenas creérselo—. Es una piloto de acrobacias, ¿recuerdas?

—Será mejor que os abrochéis el cinturón para esta parte —les aconsejó sir Henry, volviéndose y viendo lo pálidos que estaban—. Tenemos que pasar con una cierta inclinación.

—Ah, ¿sí? —gritó Pearl.

—El agujero tiene forma de «D», de modo que nos pondremos así. —Puso la mano vertical.

—Ciento cincuenta nudos —informó Trixie, nivelando el avión y dirigiéndose directamente a la pared rocosa. Tom y Pearl buscaron sus cinturones y se los abrocharon.

—No estoy nada segura de esto —susurró Pearl.

Sir Henry ignoró la rapidez con que se estaban aproximando a la pared montañosa y la escudriñó. La cegadora luz solar casi había llenado el agujero, desplazando las sombras hacia los bordes...

—¡Vas a tener que hacerlo rapidísimamente o no llegaremos! —gritó.

—Ciento setenta nudos —dijo Trixie, manteniendo el rumbo. Parecía que fuera a chocar contra la abrupta pared gris. De pronto, Tom sintió pánico... el agujero triangular estaba muy por encima de ellos, a la izquierda... ¿es que Trixie no lo veía? Estaba lejísimos...

—Diez segundos —dijo sir Henry, viendo cómo disminuían las sombras,

despacio, a un ritmo constante... los rayos de luz casi habían llenado el triángulo.

—Ciento ochenta nudos —dijo Trixie, manteniendo el rumbo.

—¡Va a fallar! —gritó Pearl, y se tapó los ojos con las manos.

El motor estaba atronando. Tom no podía despegar los ojos de la pared de roca blanca y gris que se estaba acercando a una velocidad vertiginosa.

—Mantén el rumbo —dijo sir Henry con serenidad, lanzando una mirada a la mole de roca antes de volver a consultar su reloj. La mano alzada le tembló—. Mantén el rumbo...

—Ciento noventa nudos...

Los rayos de sol los cegaron al colarse en la cabina.

—¡YA! —gritó sir Henry.

De pronto, Trixie echó la palanca hacia la izquierda, poniendo el avión vertical. En ese mismo instante, Tom tuvo la sensación de que algo gris pasaba vertiginosamente por fuera de las ventanillas cuando entraron en el agujero de costado...

¡PUM!

Blancura... nada... estaban cabeza abajo... luego...

Tom notó que volvía a caer en su asiento cuando el avión terminó de girar en redondo.

—¡Bravo! —exclamó sir Henry.

—¡Lo he conseguido! —gritó Trixie.

—¡Por supuesto!

Tom volvió a respirar. Abrió los ojos. Sin saber cómo, se había aferrado al fuselaje con todas sus fuerzas. Por la ventanilla pudo vislumbrar islas verdes de extrañas formas retorcidas pasando por debajo de ellos, surgiendo de una pálida laguna verde. Más allá del arrecife, el vasto mar negro corría a encontrarse con el sol poniente. Era casi de noche, en algún lugar de los trópicos.

—Bienvenidos a las islas Tithona —exclamó sir Henry, mirando los luminosos colores que los rodeaban—. Siguen aquí, gracias a Dios. ¿Seguís vivos?

Tom y Pearl sonrieron débilmente cuando Trixie se abatió sobre las islas de extrañas formas.

—Casi me muero del susto —dijo Pearl, con voz entrecortada—. ¿Es siempre así?

Sir Henry sonrió.

—Debo confesar que el Shakra Parbat es la entrada más estrecha de todas. Pero ha sido divertido, ¿no os parece?

—En cierto modo —respondió Tom, que apenas había recobrado el aliento.

—Pues debe de ser mejor que ir colgada de un globo en una tromba de agua —dijo sir Henry, riéndose—. Creo que ni siquiera Trixie querría hacer algo así.

—Desde luego que no —corroboró Trixie, sonriendo—. Eso es peligroso. ¿Cuál es la isla que buscamos?

—Doce grados al norte, ciento setenta y siete grados al este —respondió sir Henry, escrutando el mapa—. Es un viejo volcán.

—¿Aquel? —preguntó Tom, señalando una voluminosa protuberancia verde que surgía del mar. La forma le resultaba muy familiar por la maqueta.

—Así es —respondió sir Henry, siguiendo su mirada—. Esa es Tithona, seguro.

Trixie viró bruscamente hacia el sol poniente y comenzaron a bordear el arrecife hacia la gran forma gris, perfilada contra el cielo morado. Conforme se acercaban, Tom vio que todo era exacto a la maqueta de August. Las abruptas laderas montañosas estaban cubiertas por un tupido manto de selva y divisó los tejados de varias casas comunales asomando por entre los árboles cerca del margen del cráter. Al otro lado, había una maraña de tejados y una goleta de tres mástiles atracada en la bahía.

—La ciudad de Tithona —dijo sir Henry, señalando en la dirección de las construcciones—, así que es mucho mejor que nos quedemos en este lado, lejos del meollo. No queremos llamar demasiado la atención.

—¿Hay algún peligro? —preguntó Tom.

—Más vale que sigamos de incógnito, si sabes a qué me refiero.

Sin alejarse de las abruptas laderas tapizadas de vegetación, Trixie se abatió y amerizó en una reducida ensenada justo debajo de un cabo rocoso. Las ruidosas hélices dejaron de girar y sir Henry abrió la puerta y saltó a las someras aguas turquesa.

—Magnífico —dijo—. Inmejorable.

Sacó una cuerda de un compartimiento alojado en el esquí y arrastró el hidroavión hasta la estrecha media luna de arena blanca. Tom saltó ágilmente al agua y miró a su alrededor. Aparte de un cajón de embalaje y los restos de una red de pesca, no había ningún indicio de presencia humana.

—Parece que esta noche no va a molestarnos nadie —dijo sir Henry en tono de aprobación—. Veamos, antes de que el sol se ponga, necesito hacer un cálculo rápido y bastante transcendental. —Volvió a encaramarse a la cabina y cogió su bolsa de lona.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Trixie, que había terminado de apagar los motores.

—Si no te importa. Las fechas me desconciertan bastante y August es mucho mejor en esto que yo.

Tom y Pearl los observaron cuando bajaron rápidamente a la playa, midieron el ángulo del sol con respecto a una brújula y lo cotejaron con un libro repleto de cálculos matemáticos.

—¿Crees que hay algún problema? —preguntó Tom. Al mirarse las manos, advirtió que le seguían temblando.

—No lo sé —respondió Pearl, metiéndose en el agua—. Pero es agradable volver.

—¿Volver?

—Esto es el Pacífico. Aquí es donde vivo, ¿recuerdas? Arena, cocos, cangrejos, serpientes, mosquitos, el arrecife, el calor. Me siento como en casa.

—¿Y escarabajos?

—Sí, escarabajos también. Hasta escarabajos. Si cierro los ojos y escucho las olas y los pájaros, casi puedo creer que vuelvo a estar en casa y nada de esto ha ocurrido.

Tom la observó, de pie en la orilla con los ojos cerrados, sonriendo. Ojalá pudiera hacerlo él. Enjugándose el sudor de la frente, volvió el rostro hacia el sol poniente, que ahora había transformado el cielo en un derroche de manchas y pinceladas moradas por encima del fluorescente mar naranja. Hacía muchísimo calor, no corría ni una sola gota de aire. De algún modo, todo parecía inmóvil, pesado. Hasta el sol parecía estar moviéndose a cámara lenta.

—El paraíso —rezongó.

—Eh, tranquilízate —dijo Pearl, sonriendo—. Tienes que aprender a relajarte.

—¿Qué preferís antes, la buena noticia o la mala?

La noche había caído como una piedra y Tom, Pearl, Trixie y sir Henry estaban sentados alrededor de una hoguera al borde de la arena.

—La buena —respondió Pearl.

—La buena noticia es que, después de terminarnos esta taza de café, me gustaría que nos pusiéramos en camino —dijo sir Henry—. Podemos entrar en la ciudad de noche y ver si al amanecer conseguimos que nos lleven al cráter. Supongo que a esa hora es mejor, no hace tanto calor, hay menos gente, ese tipo de cosas.

Tom asintió con la cabeza. Sabía que sir Henry era impaciente por naturaleza y que no quería dejar solo a August durante mucho tiempo.

—Me parece bien —dijo—. ¿Y cuál es la mala noticia?

—De acuerdo. La mala noticia.

Sir Henry escrutó sus rostros expectantes a la luz del fuego. No había una forma fácil de decir aquello, así que mejor hacerlo sin rodeos.

—Lamentablemente, pasado mañana va a haber una erupción volcánica. Tendrá lugar en algún punto de esta laguna, bajo el agua, y todas estas islas desaparecerán bajo las olas. Tithona dejará de existir.

Tom y Pearl lo miraron estupefactos. Tom casi esperó que sir Henry se echara a reír, pero no lo hizo.

—Cuesta creerlo, ¿no? —dijo—. Pero hoy es 13 de enero de 1965. Lo he comprobado un montón de veces. Y Trixie también.

—Así es —corroboró ella, asintiendo—. Es cierto. Por desgracia.

—Pero ¿cómo...? —comenzó a decir Tom—. O sea, creía que...

—Hemos perdido unos segundos valiosísimos al atravesar el Shakra Parbat —respondió sir Henry, enjugándose el sudor de la cara con un pañuelo—. Por cada segundo a cada lado de una abertura se pierde un año, más o menos. Sabía que faltaría poco, pero no tanto. —Por un momento, se quedaron mirando las ascuas parpadeantes, aturridos.

—Eso complica un poco las cosas, ¿no?

—¿Sabe por casualidad cuándo hace erupción el volcán? —preguntó Pearl con aprensión. Todo su buen humor se había evaporado.

—He estado intentando recordar las diversas descripciones. Que yo recuerde, lo hizo por fases. El día antes, hubo una marea inusitadamente baja. Luego, una ola enorme lo inundó todo. El tsunami estuvo causado por un temblor subterráneo en mar abierto. A continuación, hubo un período de calma y, a la mañana siguiente, sucedió el acontecimiento principal. La montaña a partir de la cual está formado el archipiélago de Tithona se hundió, arrastrando con ella todas las islas. Siento daros malas noticias, pero ocurrió así.

—¿Y de verdad cree que, sabiendo todo eso, debemos seguir adelante?

Era Pearl quien había hecho la pregunta, y estaba pendiente de cada una de las palabras de sir Henry.

—Una vez considerados todos los factores, sí —respondió él, clavando en ella su mirada sagaz—. Aún hay tiempo. August y yo invertimos muchos años en buscar entradas a Scarazand y nunca encontramos ninguna. Vosotros estáis aquí, en el sitio correcto, no diré que en el momento correcto, pero tenéis todo lo necesario. Si de verdad queréis intentarlo, deberíais ir. Definitivamente. Yo iría. ¿Por qué no?

La enérgica confianza de sir Henry era impresionante, y también contagiosa.

—Muy bien —dijo Pearl, respirando hondo—. Yo voy. ¿Qué hay de ti, Tom?

Tom alzó la vista de los rescoldos y descubrió que todos lo estaban mirando con mucha atención. Asintió con la cabeza: no fue capaz de hacer nada más.

—Magnífico —dijo sir Henry, apurando el café y arrojando los restos al suelo—. Entonces, pongámonos en marcha.

Antes del volcán

Cinco minutos después, Pearl y Tom habían apagado los rescoldos de la hoguera y estaban esperando mientras sir Henry amarraba el hidroavión a una gran roca próxima a la orilla.

—Bien —dijo él, atravesando resueltamente la playa en su dirección—. No resistirá un maremoto, pero por ahora bastará.

Se puso el sombrero y cruzó el palmeral hasta un ancho camino abierto en la selva.

—Hacia el este, creo —murmuró, y comenzó a subir la colina como una bala.

Pese a su edad, sir Henry se movía con una agilidad extraordinaria y, pronto, Tom y Pearl estaban jadeando para no quedarse rezagados. Había caído la noche, pero, en todo caso, el aire parecía haberse vuelto incluso más caliente y Tom sentía el calor emanando del camino. Se enjugó el sudor de los ojos e intentó no pensar en su sed atroz, concentrándose en las pequeñas bombas blancas de polvo que levantaba del suelo con cada paso que daba. Ahora, el tiempo era primordial, todos lo sabían: el viaje a Scarazand se había convertido en una carrera.

Sir Henry se detuvo en la cima de la colina, se enjugó el sudor de la frente y escudriñó las extrañas islas con formas de animales que sembraban la laguna, reluciendo bajo la luna.

—Es bonito, ¿verdad?

Trixie asintió con la cabeza, jadeando junto a él.

—Cuesta creer que no va a estar aquí durante mucho más tiempo.

Trixie se volvió y escudriñó los tejados de hojalata que brillaban justo detrás del cabo.

—¿Crees que deberíamos avisar a alguien?

Sir Henry negó firmemente con la cabeza.

—Siempre es un error interferir —dijo—. Nunca trae nada bueno. Y, en este caso concreto, creo que la inminencia de la catástrofe puede hacernos un favor a todos.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Pearl, resollando.

—Estoy empezando a recordar —respondió sir Henry con aire misterioso, y no dijo más.

—Allí hay un barco —dijo Tom, señalando tres altos mástiles que se alzaban por detrás del cabo. Perteneían a la goleta que había visto antes.

—Tithona siempre ha sido un astillero muy frecuentado —explicó sir Henry—. Así es como se ganan la vida la mayoría de sus habitantes, creo. No hay mucho más que hacer si estás rodeado de centenares de kilómetros de mar. —Y, dicho aquello, volvió a calarse el sombrero y echó a andar.

Una hora después, habían llegado al margen de la selva y los frondosos árboles negros dieron paso a campos y ordenadas avenidas de palmeras.

—Ya queda poco —susurró sir Henry, deteniéndose a descansar en un tronco al

borde de la selva—. Hace un calor impresionante, ¿no?

—Un calor exagerado —asintió Trixie, enjugándose el sudor del cuello—. Excesivo.

Tom estaba tan agotado que solo pudo asentir con la cabeza y advirtió que Pearl estaba igual de exhausta. Había sido como andar por un horno.

—Aun así, vamos bien de tiempo.

Se quedaron sentados en silencio durante uno o dos minutos, escuchando el zumbido de los insectos. Ahora que estaban parados, el calor era increíble. A Tom se le estaban empezando a cerrar los ojos cuando un repentino alboroto entre los árboles volvió a despabilarlo. Los bufidos cesaron de inmediato y dos pequeños monos abandonaron la espesura y atravesaron el camino como flechas, protestando ruidosamente.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Pearl, escudriñando la negra espesura con nerviosismo. Se oyeron fuertes chillidos y, acto seguido, otros dos monos cruzaron el camino.

—Una serpiente, ¿quizá? —sugirió Trixie.

—Es muy poco probable —murmuró sir Henry, escuchando el alboroto. Luego, su expresión cambió y, levantándose sin hacer ruido, volvió sobre sus pasos en la dirección del sonido.

—Ajá —dijo con cierta sorpresa—. Eres tú.

Al volverse, Tom y Pearl vieron a sir Henry parado entre las sombras, al parecer, enfrascado en una conversación con un árbol.

—Trixie —susurró, y le hizo una seña para que se acercara.

—¿Es lo que creo que es? —preguntó Pearl, escudriñando las sombras. La gran silueta cambió ligeramente de postura.

—Lo es —dijo Tom, enjugándose el sudor de los ojos—. Es el águila de la que nos han hablado. Debe de habernos seguido.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—No lo sé —murmuró Tom, pero, nada más decirlo, comenzaron a acosarlo inquietantes pensamientos.

—Muy bien. —Sir Henry asintió bruscamente con la cabeza, se dio la vuelta y fue a su encuentro.

—Me temo que ha habido un cambio de planes —anunció—. Tenemos que dejaros.

—¿Dónde van? —preguntó Pearl, sorprendida—. ¿Ocurre algo?

Bajo la luna, las arrugadas facciones de sir Henry transmitieron angustia. Ni tan siquiera él podía disimular su preocupación.

—El pobre August está en apuros.

De pronto, Tom notó un nudo en la garganta. Imaginó la figura flaca y frágil de August, sola en la niebla, y aquel enjambre de bateas negras rodeándolo... era una escena extraída de una pesadilla de la que él era, en cierto modo, responsable.

Debería haber dicho algo, confiado en su instinto... Con el corazón palpitándole, corrió hasta el lugar donde el águila acechaba entre las sombras.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

El gran pájaro lo miró con su cara de enfado.

—Alguien se ha ido de la lengua, socio, eso es lo que ha pasado.

—¿Está August...? —comenzó a decir Tom—, es decir, ¿está...? No lo han matado, ¿no?

—No, socio, no lo han matado. Todavía.

—¿Y qué hay de su biblioteca, los pájaros...?

—Han escapado, siempre lo hacen. Y esos chuchos de ataque distraen bastante.

—Entonces... ¿sabes quiénes eran?

—Los mismos que te seguían a ti —respondió el águila—. Lotus Askary y bastantes de sus compinches. Qué coincidencia, ¿no?

Tom miró el polvo blanco del camino y lo pateó con indignación.

—Pero ¿cómo iba yo a saberlo? Nosotros no...

—Ya sé qué no lo sabías, socio. Pero toda acción tiene una consecuencia, ¿no? Intencionada o no.

Tom siguió mirando al suelo. Se sentía fatal.

—Yo que tú, chaval, vigilaría a tu compañera de viaje muy de cerca.

Tom miró al águila.

—¿Qué?

—No voy a decir nada más. Inmiscuirme solo empeorará las cosas. Tú solo vigílala, socio.

De un gran brinco, saltó a la pista y emitió un extraño reclamo ululante. Se oyeron gorjeos entre las ramas y una minúscula mota negra bajó volando hasta ellos.

—El estará pendiente, por si las cosas se ponen feas —gruñó el águila, señalando la golondrina que revoloteaba sobre el camino—. Lo cual es sumamente probable. Pero así es la vida, ¿no?

Con un último reclamo, comenzó a dar brincos por la pista, batiendo las alas hasta alzar el vuelo con torpeza.

—Estaré esperando junto al avión —gritó, y se elevó por encima de los árboles.

Tom la vio marcharse con un torbellino de pensamientos en la cabeza. ¿Por qué habría de sospechar de Pearl?

—¿Tienes claro qué hacer? —le preguntó sir Henry, dándole una palmada en la espalda. Al volverse, Tom advirtió que ya había recuperado su confianza habitual.

—Eso creo. Subir a ese cráter lo más rápido posible.

—Así es —dijo sir Henry, sonriendo—. Debería ser bastante sencillo. Hay una mina cerca del cráter y la gente sube y baja continuamente. Para haceros la vida más fácil, cuando lleguéis allí, preguntad por Jerónimo.

—¿Jerónimo?

—Exacto. Se puso el nombre él y, curiosamente, le pega bastante. Tiene más o

menos tu edad y es un gallito, pero fue quien encontró la pelota-escarabajo. Pídeselo con amabilidad y estoy seguro de que te llevará al interior del cráter.

—Pero... ¿no es el cráter una especie de lugar sagrado? —preguntó Pearl, que se había unido rápidamente a ellos.

Sir Henry se quedó un momento callado.

—Ah, sí. Cierto. Se me había olvidado. Vale, vais a necesitar unos cuantos sobornos.

—Tened —dijo Trixie, sacándose del bolsillo una fina pitillera de plata—. Es tabaco americano, pero estoy segura de que no les importará —añadió, sonriendo.

—¿Estás segura? —preguntó Pearl, cogiendo la pitillera con cierta incomodidad.

—Por supuesto, jovencita. Es lo menos que puedo hacer. Debo decir que me siento un poco culpable por marcharme con tantas prisas.

—Oh, Dios mío —dijo sir Henry de pronto—. Y me había olvidado por completo de ese dichoso brujo.

—¿Brujo? —repitió Tom, incrédulo—. ¿Hay un brujo?

—Brujo, hechicero: «el Mackamack», creo que lo llaman. Es un verdadero charlatán que dice que controla el acceso al cráter. Eludidlo si podéis. Pero, si no podéis —Sir Henry rebuscó en su bolsa de lona—, recuerdo que tiene debilidad por esto.

Tom miró la gran tableta que sir Henry le había puesto en la mano.

—¿Chocolate?

—Así es. Que es por lo que se le han caído todos los dientes —dijo, riéndose—. En fin, debemos irnos. Buena suerte.

—Gracias.

Trixie se acercó a ellos y sonrió.

—Eh, vamos, no pongáis esas caras tan largas —dijo, dándoles una palmada en el hombro—. Formáis un equipo estupendo, que no se os olvide. Disponéis de mucho tiempo para hacer lo que tenéis que hacer. De muchísimo. —Y, diciéndoles adiós con la mano, corrió tras sir Henry, que ya se había puesto en camino.

Tom los vio alejarse y se sintió muy intranquilo. ¿Formaban realmente un buen equipo? «Vigílala, socio»... Vigilarla... ¿A qué se refería el águila?

—¿Listo?

Pearl lo estaba mirando con expresión decidida.

—Claro —respondió él, con recelo—. ¿Y tú?

Pearl asintió con la cabeza y se echó la mochila al hombro.

—Vamos a buscar a ese tal Jerónimo.

Se pusieron en fila india y emprendieron la larga y sofocante caminata por los campos. El camino zigzagueaba en esta y aquella dirección y, de vez en cuando, Tom miraba el manto de selva que cubría las laderas montañosas, pero, en realidad, no había nada que ver, solo una impenetrable cortina de sombras negras y azules. Al cabo de una media hora, se sentaron a descansar bajo un árbol.

—Hace calor, ¿eh? —dijo Pearl, enjugándose el sudor de la cara—. Caray, me duelen los pies. Supongo que no son idénticos a los tuyos —añadió, desatándose las viejas deportivas verdes de Tom y frotándose los dedos.

Tom estaba demasiado cansado para decir nada; se echó boca arriba y cerró los ojos. Tenía la sensación de no poder dar ni un paso más. Poco a poco, los minutos fueron pasando.

—¿Te apetece desayunar?

Pearl estaba acuclillada junto a una piedra, rebanando con una navaja la parte de arriba de un coco verde.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó Tom, observándola mientras cortaba hábilmente las capas de dura cáscara fibrosa.

—De allí —respondió Pearl, señalando un grupo de cocoteros con la navaja—. Puede que sea de los trópicos, pero no soy una completa inútil —dijo, sonriendo—. ¿Quieres probar el agua de coco?

—Sí, por favor —respondió Tom agradecido, cogiendo el coco verde y llevandoselo a los labios. Por algún motivo, esperaba que supiera como la leche de coco, pero no fue así. El líquido que contenía estaba fresco, fragante y delicioso.

—Muchas gracias —dijo, limpiándose la boca y devolviendoselo.

—¿Te gusta? Rudy y yo los tomamos a menudo para desayunar. —Pearl bebió hasta que el jugo le resbaló por la barbilla. Luego, con la punta de la navaja, raspó el interior del coco, obteniendo virutas de gelatinosa pulpa blanca.

—Esto también es bueno —dijo, dando varias a Tom—. Pero no todo el mundo se molesta en comérselo.

Tom se metió un trozo de resbalosa pulpa blanca en la boca. Una vez más, no era lo que esperaba, pero se lo comió con voracidad. Pearl lo observó, acuclillado en la tierra roja, comiendo sin modales. Se rió.

—Vaya, vaya, creo que te estás echando al monte, Tom.

—Eso espero —dijo él con una sonrisa, limpiándose los dedos pringosos en los pantalones.

Después, se quedaron un rato mirando el camino desierto. De algún modo, la comida lo había cambiado todo y, por un momento, olvidaron los problemas y las dudas a que se enfrentaban.

—Es una lástima que tengamos que continuar, ¿no? —dijo Pearl, escuchando el zumbido de los insectos—. ¿No sería estupendo que viéramos a mi padre y a Rudy andando por este camino, ahora mismo, y también a tus padres, y que pudiéramos irnos todos a casa?

Tom se quedó mirando el polvo blanco y hurgó en él con un palo.

—Pero no podemos.

—Lo sé. Pero no puedo decir que tenga ganas de subir ahí —dijo Pearl, mirando la montaña.

Tom siguió sus ojos y, a la brillante luz de la luna, divisó los escarpados bordes

grises del volcán, asomando por encima de la espesura. Decididamente, no parecía presagiar nada bueno.

—Veamos qué aspecto tienen los trajes que hizo August —dijo, acucillándose.

—¿Qué, ahora? —preguntó Pearl, con inquietud—. ¿Crees que tenemos tiempo?

Tom se encogió de hombros. La luna seguía en lo alto del cielo. Parecía que estuvieran en plena noche.

—No sé. Pero nadie nos va a subir hasta ahí hasta que amanezca, ¿no?

Pearl no parecía convencida del todo.

—Creo que, al menos, deberíamos comprobar si son de nuestra talla. Yo creo que es mejor saberlo ahora que después, ¿no te parece?

—Si tú lo dices.

Pearl cogió la mochilita de lona, la abrió y comenzó a depositar su contenido en el camino.

—El aerosol de feromonas, las gafas para ver el mundo como los escarabajos, que pueden o no funcionar, la caja con la pluma luminosa e hilo, quién sabe lo útil que será, y, por último, pero no por ello menos importante, esto.

Sacó dos delgados paquetes envueltos en papel encerado de color marrón y dio uno a Tom. Dentro había lo que parecía un conjunto sin estrenar, hecho de fina seda gris y muy bien doblado.

—Qué olor tan raro —dijo Pearl, abriendo su paquete y olisqueando el curioso material, que olía vagamente a mantequilla, almendras y naranjas podridas—. Debe de haberlos hervido en una cuba llena de feromonas.

—Supongo —dijo Tom, que se levantó y se puso el poncho. Este tenía una capucha con una pequeña rejilla—. ¿Cómo estoy? —dijo, poniéndose la capucha. La rejilla era tan fina que veía a través, de ella.

—¿Cómo un bombero un poco raro? —dijo Pearl, sonriendo. También ella se había puesto el poncho—. ¿Qué hay de las manos y los pies?

—A lo mejor para eso es el aerosol —respondió Tom, cogiendo la botella con la funda de cuero—. Pero el mío es tan grande que no creo que me los vaya a ver nadie —añadió, escondiendo los dedos en las amplias mangas.

—Todo esto es un poco complicado, ¿no? —dijo Pearl, dándose la vuelta—. Intentar hacernos invisibles a los escarabajos, cuando no sabemos si va a funcionar. ¿Y si no lo hace?

—Lo sé —dijo Tom, calándose la capucha.

Pearl tenía razón. Aunque él creía a August capaz de inventar cualquier cosa, lo más lógico sería probar aquel material antes de utilizarlo. Pero ¿cómo? No podían entrar en la ciudad de Tithona con aquella pinta, ¿no? Más allá de los árboles, divisó tejados de hojalata reflejando la luz de la luna y, en alguna parte, mezclada con el ruidoso zumbido de los insectos, oyó una diáfana nota aguda.

—¿Oyes eso? —preguntó, mirando la pista. Ahora la oía con más claridad. Era una campana tañendo en la lejanía. La campana de una iglesia.

—A lo mejor es domingo —dijo Pearl—. A lo mejor hay una misa del gallo o algo así.

Tom oyó otro sonido. Parecía que estuvieran cantando. Al volverse, vio algo acercándose por la avenida de palmeras.

—Eh, mira.

Era una bicicleta, montada por un hombre delgado que llevaba una reluciente camisa blanca y un sombrero negro echado hacia atrás. Detrás de él, sentada de lado sobre la rueda trasera, iba una señora con un vestido y unos guantes blancos. Iban de punta en blanco, como si fueran a la iglesia.

—Deprisa. Más vale que escondamos todo esto —advirtió Pearl, recogiendo todos los objetos del suelo y metiéndolos en la mochila—. Tom, dame el poncho. — Tom siguió mirando la bicicleta. De pronto, se le ocurrió una idea...

—Pearl, espera. Déjate puesto el poncho. Ven a mi lado.

—¿Qué? —dijo Pearl, que ya se lo había subido hasta el cuello—. ¿Por qué?

—Tú hazlo. Deprisa.

Obedientemente, Pearl abandonó la sombra del árbol y se unió a él, quedándose inmóvil al borde del camino. La bicicleta se estaba acercando con mucha rapidez y Pearl oyó que la mujer cantaba en voz baja. Y entonces lo comprendió.

—¿No creerás?

—Quizá —susurró Tom, sin mover un músculo—. Es la única forma de averiguarlo, ¿no?

Pearl y Tom guardaron silencio y observaron la bicicleta. El hombre estaba concentrado en evitar las roderas y no los vio hasta que los tuvo encima. Al principio, pareció confundido.

—Hola —dijo Tom, y lo saludó, sacando la mano del poncho.

De repente, el hombre mudó la expresión, poniendo cara de puro terror.

—¡Dios santo! —dijo en español, y se le cayó el cigarrillo de la boca—. ¡No tienen cuerpo! ¡No tienen piernas!

La mujer dejó de cantar y alzó la vista.

—¡Ahhh!

Su grito atravesó el aire y acalló a los insectos. De algún modo, había dos cabezas y cuatro manos de dos muchachos flotando en el aire. Uno de ellos era rubio y la estaba saludando.

—¡Niños del diablo...! ¡Madre de Dios! ¡Madre de Dios!

La mujer se santiguó y empezó a golpear a su esposo y a gritarle que pedaleara más aprisa. El hombre miró atrás aterrorizado antes de acelerar y, al cabo de un momento, la bicicleta había doblado la curva.

Tom se quitó el poncho y frunció el entrecejo.

—Caramba. Sabes qué significa eso, ¿no?

Pearl asintió con la cabeza y miró el camino, ahora desierto, con nerviosismo.

—A lo mejor en Tithona son todos así —aventuró.

—A lo mejor —dijo Tom en tono sombrío, guardando el poncho en la mochila. Tanto sir Henry como August habían insinuado que en Tithona ocurría algo siniestro y ni tan siquiera el águila había parecido demasiado entusiasmada—. Pero, al menos, ahora lo sabemos, así que supongo que eso ya es algo. Anda, vamos.

Se echó la mochila al hombro y volvieron a ponerse en camino. El sonido de la campana fue aumentando poco a poco y, pronto, los campos dieron paso a destartaladas chabolas de hierro ondulado y casas pintadas de madera.

—¿Nerviosa? —preguntó Tom, andando un poco más despacio conforme se acercaban.

—Puede que un poco —reconoció Pearl, enjugándose el sudor de los ojos—. Está bien, puede que más que un poco.

Tom asintió con la cabeza; la quería tranquilizar, pero no podía evitar sentir no poca inquietud.

—Lo único que tenemos que hacer es subir al cráter. A lo mejor hay un autobús o algo que lleva hasta el pueblo. No tenemos que hablar mucho con nadie si no queremos.

—Claro —dijo Pearl, asintiendo con seriedad.

Poco después, estaban entrando en la ciudad de Tithona, caminando entre destartaladas chabolas de hojalata y casas de madera decoradas con unos cuantos carteles oxidados, escritos en español o japonés. En un cruce, llegaron a lo que parecía la calle mayor y se encontraron en la base de un tramo de anchas escaleras que conducían a una iglesia encalada. Con cautela, las subieron y miraron dentro, asomándose a la puerta abierta de dos hojas.

—Pero está vacía —dijo Pearl, mirando el interior desierto alumbrado por cirios—. ¿Dónde están todos?

—Abajo. En la laguna.

La voz aflautada provenía de las sombras que tenían detrás y, al volverse, Tom vio a un flaco japonés con chaleco trabajando en una máquina de coser. Había un mortecino quinqué colgado por encima de él. El hombre alzó la vista de su labor y los saludó cordialmente con la cabeza. Tom y Pearl se miraron.

—¿Por qué no? —dijo Tom, encogiéndose de hombros. Atravesaron la calle y fueron al lugar donde estaba sentado el hombre.

—Parece difícil —dijo Pearl con educación, observándolo mientras pasaba cuidadosamente el dobladillo por la máquina de coser.

—Nobayashi trabaja durante toda la noche en el día del Señor. Nobayashi es un hombre muy malo —sonrió, enseñándoles los pocos dientes que le quedaban—. A Nobayashi le da lo mismo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Tom.

—¿Sois turistas? —preguntó el flaco japonés, dando la vuelta a la chaqueta que estaba confeccionando—. ¿O sois del zoo?

—¿Del zoo?

—Del zoo. Sí.

El señor Nobayashi vio que ninguno de los dos tenía la menor idea de a qué se refería. Silbó entre los dientes; luego, murmuró algo en su idioma.

—¡Mirad! —dijo, señalando detrás de ellos.

Pearl y Tom se dieron la vuelta y vieron, estupefactos, dos grandes elefantes entrando en un patio al final de la calle.

—¿Aquí hay un zoo? —preguntó Tom, intentando comprender.

—No, no, no. En Tithona no. En Tokio. León, jirafa, hiena, mono, elefante, rinoceronte. Todo está saliendo al revés. Problema grave.

Nobayashi los miró con dureza.

—¿No lo ves? ¡Turista loco!

Tom y Pearl estaban a punto de hacer otra pregunta, pero el japonés agitó el brazo con violencia.

—¡Id a verlo! ¡Id! ¡Id!

Ellos captaron el mensaje y bajaron rápidamente a la laguna por una estrecha callejuela.

—¿Qué le pasa? —susurró Tom.

—No lo sé —respondió Pearl. Estaba confundida y preocupada—. No crees que ya está empezando, ¿verdad?

Cuando llegaron al final de la callejuela, se encontraron con un panorama curiosísimo. Había un pequeño puerto, rodeado de rudimentarios almacenes y, en un extremo, un desvencijado embarcadero de madera se internaba en la laguna. Pero no había agua. En vez del mar, el terreno descendía hasta un resplandeciente lecho de arena blanca y tramos de coral negro que se extendía hasta las islas más alejadas. Grupos reducidos de personas aguardaban en lo que antes era la orilla del agua, contemplando con incredulidad el extraño paisaje submarino que había quedado súbitamente al descubierto. Había viejas anclas, cañones, rocas y montones de peces de todas las formas y tamaños, coleteando con impotencia bajo la luna. En el centro, un sacerdote que portaba un crucifijo encabezaba una procesión de monjas por el lecho marino. Estaba cantando en voz baja.

—Es como si alguien acabara que quitar el tapón —susurró Pearl, viendo un congrio retorciéndose en un bosque de coral.

—Y ese barco debía de transportar el zoológico —dijo Tom, señalando la oscura silueta de la goleta de tres palos, varada ahora sobre un costado al final del puerto.

Habían tendido dos improvisadas pasarelas desde sus cubiertas y Tom oyó los gritos de los hombres que estaban transportando grandes jaulas de madera a un camión estacionado en el lecho marino.

—Pero... está pasando muy deprisa —susurró Pearl, apenas capaz de dar crédito a sus ojos—. Solo hace un par de horas que esto estaba cubierto de agua. —Angustiada, miró la luna llena, que aún refulgía entre las estrellas—. Puede que sir Henry se haya equivocado en sus cálculos.

Tom miró hacia lo que él creía que era el este y observó el mar oscuro más allá del arrecife. ¿Era aquello una brizna de luz gris en el horizonte? No lo sabía.

—Creo que deberíamos ponernos en camino ahora mismo —murmuró.

—Pero ¿qué pasa con toda esta gente? —preguntó Pearl, observando a un grupo de niños que se había puesto a rebuscar entre los corales y a recoger peces moribundos en cestas—. Me parece una crueldad saberlo y no hacer nada.

Tom negó con vehemencia.

—Lo sé, pero no puedes pensar así. No debes —insistió—. Salgamos de aquí antes de que sea demasiado tarde.

Pearl lanzó una última mirada a la gente, que ahora se estaba apiñando en el lecho de la laguna, antes de darse la vuelta y echar a correr por la callejuela detrás de Tom. Al llegar a la calle mayor, lo siguió hasta el lugar donde estaba Nobayashi, ocupado aún en su chaqueta.

—Hola —dijo Tom, sonriendo—. Lo siento, volvemos a ser nosotros. Solo tengo otra pregunta.

El señor Nobayashi lo ignoró y siguió moviendo el pedal, cosiendo la costura.

—¿Podría indicarnos la mejor forma de subir al cráter? ¿Sube alguien hoy?

Nobayashi negó con la cabeza.

—¿No? ¿A lo mejor hay un autobús?

Nobayashi dio la vuelta a la chaqueta. Ni siquiera se molestó en alzar la vista.

—Hoy es domingo. No hay autobuses.

—¿Taxis? —preguntó Pearl.

—En Tithona no hay taxis.

—¿Y algún camión que suba a la mina?

—Ahora la mina está cerrada.

—¿Hay algo? —preguntó Pearl, alzando la voz—. Tenemos un poco de prisa, ¿sabe?

Nobayashi los miró con desprecio.

—¿Por qué tendría que ayudaros? He visto a muchas personas como vosotros. Sois como la gente de Tithona. ¡No sois buena gente! —gritó, llevándose un dedo en la sien y girándolo.

—No... no, no, en serio. Nosotros no somos así, para nada —insistió Tom, presintiendo qué quería decir—. Solo somos turistas y tenemos que subir al cráter de inmediato.

Nobayashi gruñó.

—En Tithona solo queda un camión. Es de las hermanas misioneras. Está ahí, con los del zoo. —Señaló el cercado del final de la calle—. Preguntadles a ellos. A lo mejor os ayudan.

—Gracias* señor. Muchas gracias.

Y, antes de que Nobayashi alzara la vista, Tom y Pearl ya se habían ido. Corrieron calle abajo, dejando atrás a familias que subían a la selva por caminos empinados y

tortuosos. Por su angustiado parloteo, era obvio que sospechaban que algo iba a suceder, y no eran las únicas, porque, cuando Tom y Pearl se aproximaron al cercado, oyeron una extraña confusión de gruñidos, graznidos, aullidos y gritos. Dentro del polvoriento patio, toda clase de animales se paseaban nerviosamente dentro de improvisadas empalizadas y pateaban y gruñían en sus jaulas. Pearl abordó a un grupo de japoneses que merodeaban junto a la verja.

—¿Viene pronto el camión?

El hombre tiró el cigarrillo. Parecía muy nervioso.

—Cinco minutos, señorita. Quizá más.

Pearl miró a Tom con preocupación.

—¿Qué opinas?

—¿Va a volver al barco? —preguntó Tom al hombre.

—No. Este es el último viaje. Hienas, buitres, y ya está.

Tom y Pearl se miraron.

—Solo son cinco minutos —dijo ella.

Tom observó a las personas sensatas que estaban subiendo a la selva y, luego, miró la laguna. El lecho marino era un hormiguero de personas que rebuscaban en él y un grupo numeroso se había reunido alrededor del sacerdote y las monjas. Parecían estar celebrando una misa. Tragó saliva: sabía que era razonable esperar al camión, pero no podía ignorar las palpitaciones de su corazón.

—No podemos arriesgarnos. Corramos. ¿Por dónde se va al cráter?

El hombre de la entrada se encogió de hombros, pero un isleño que estaba acucillado a su lado alzó un huesudo dedo y señaló la iglesia.

—Carretera del cráter —dijo, con un movimiento de muñeca—. Muy arriba...

Y, antes de que hubiera terminado siquiera de hablar, se oyó un estruendo atronador...

De milagro

Ante una catástrofe inminente, no es propio de la naturaleza humana salir corriendo, sino quedarse a mirar. Y así fue que, pese a todo, Tom y Pearl no pudieron evitar volverse hacia el sonido. En la laguna, una Usa pared negra de agua venía vertiginosamente hacia ellos por el lecho marino, cubriendo piedras e islas a su paso. Por doquier, la gente estaba empezando a gritar, pero Tom no pudo despegar los ojos del frente de avance cuando se llevó al sacerdote y a su congregación y a todas las demás personas que habían cometido la imprudencia de aventurarse en el lecho marino. Todas se volvían y se quedaban inmóviles ante la gigantesca ola negra como muñecos en miniatura. No había nada que ninguna de ellas pudiera hacer.

—¡Venga, Tom! ¡Tom!

Pearl le tiró del brazo con brusquedad y lo devolvió de golpe a la realidad. Obligándose a dejar de mirar, Tom corrió tras ella hacia la iglesia. A sus espaldas, los gritos de los animales del cercado se tornaron ensordecedores y el aire se llenó de los crujidos de madera quebrándose. Mirando hacia el puerto por una callejuela, vio que la ola aplastaba las chabolas como si fueran cerillas y edificios enteros comenzaron a flotar en su cresta.

—¡No vamos a conseguirlo! —gritó Pearl cuando la espumeante cortina de agua invadió la calle.

—¡Sube! —gritó Tom, viendo un balcón de madera en la casa siguiente—. ¡Las escaleras!

Pearl las vio y subió al balcón con Tom pisándole los talones. Ahora, el rugido del agua era ensordecedor y Tom fue arrojado al suelo cuando el edificio entero empezó a temblar. Aturdido, se levantó y, al volverse, vio que en la calle se había abierto una fisura enorme en forma de zigzag que la estaba partiendo por la mitad: Varias casas cayeron al abismo.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Pearl, señalando la calle—. ¡Los animales! ¡Vienen hacia aquí!

Era un espectáculo tan extraordinario que a Tom le dio un vuelco el corazón. Había elefantes, jirafas, leones, canguros, un tigre nival y muchas otras siluetas oscuras saliendo en estampida del cercado. Venían hacia ellos. Los seguía una masa de agua espumeante y revuelta que lo arrasaba todo a su paso. A la cabeza de la comitiva iba un rinoceronte, con la cabeza gacha y los ojos desorbitados, seguido de aquel zoológico desbocado que graznaba, rugía y gimoteaba, corriendo feroz y desesperadamente hacia el acantilado y hacia la muerte...

De pronto, Tom reconoció aquella escena: el Museo Scatterhorn, la colección Zumsteen... el Diluvio, ¡allí estaba! Corriendo hacia él...

Y en ese momento, vio a un hombre saliendo a la calle por la puerta de una casa. Llevaba las manos en los bolsillos y parecía completamente ajeno al caos que lo rodeaba. Miraba, fascinado, mientras los animales corrían desbocados hacia el

acantilado que tenía delante...

—¡Cuidado! —gritó Tom.

El hombre miró a Tom, que seguía en el balcón. Era europeo, con el pelo negro y abundante y una expresión entusiasta y curiosa. Casi parecía que estuviera a punto de echarse a reír y, en ese instante, Tom supo quién era... pero, en ese mismo momento, el rinoceronte saltó por el acantilado, seguido de las jirafas, los leones, los osos, los lémures y cualquier otro animal, y la cortina de agua cayó tras ellos...

—¡Próxima casa! —chilló Pearl, tirando violentamente de él.

Sin pensar, Tom la siguió, saltando al balcón adyacente justo cuando la madera se hacía astillas detrás de él y la estructura se desintegraba. Pearl cruzó la puerta de doble hoja y corrió por el salón de la primera planta cuando el agua reventó los cristales a sus espaldas. Luego, saltó al estrecho tejado ondulado del edificio que había detrás. Tom apenas tuvo tiempo de seguirla antes de que la casa entera se alejara flotando por la calle. Sin aliento, se levantó y se volvió para mirar la laguna. Los dos frentes de la ola gigantesca habían envuelto la ciudad de Tithona y ahora se habían juntado al encontrarse en callejuelas y esquinas, derrumbando los endeble edificios de madera que encontraban a su paso.

—¡Vamos! —gritó Pearl, que ya había saltado al tejado siguiente, situado al otro lado de una estrecha callejuela.

Por algún motivo, aquello se le daba mucho mejor que a él y Tom hizo todo lo posible para no quedarse rezagado, corriendo por tejados, saltando por encima de callejuelas inundadas de agua negra, yendo colina arriba hasta que, sin saber cómo, estuvieron por delante de la ola.

—¡Eh, mira! —gritó Tom al ver un camión que giraba al final de la calle. Deteniéndose un segundo, vio la ruta que tendría que tomar y se dio cuenta de que podían interceptarlo—. ¡Sígueme! —gritó y, corriendo hasta el borde de un tejado bajo de hojalata, se detuvo justo cuando el camión entraba en la callejuela.

—¿Qué vas a hacer? —jadeó Pearl mientras el camión se acercaba a toda velocidad, salpicándolo todo de agua.

—Saltar. Al techo —respondió Tom, agachándose.

Antes de que hubiera siquiera tiempo de dar explicaciones, el camión pasó por debajo de ellos y Tom saltó a la lona verde que lo cubría...

¡Paf!

Notó que Pearl caía junto a él.

¡Paf! Luego...

¡Paf! ¡Paf! ¡Paf! ¡Paf! ¡Paf!

¿Qué?

Alzó la cabeza y vio a un grupo de monos araña agarrados al camión.

—¡Nos han estado siguiendo! —gritó Pearl mientras los monos los miraban, aterrorizados—. ¿No te habías dado cuenta?

Tom negó con la cabeza. Había estado tan ocupado en intentar no quedarse

rezagado que no se había dado cuenta de nada.

—¡Oh! —gritó Pearl cuando el camión derrapó bruscamente en una curva, chocando con un cobertizo y derribándolo. Antes de que Tom pudiera reaccionar, los dedos le resbalaron por la lona y estuvo a punto de caerse del camión.

Con las piernas colgando por el borde, intentó volver a encaramarse al techo, dando fuertes patadas a la lona.

—¡Ay!

Algo le había picado con saña en la pierna y oyó un rasgón por debajo de él. Consiguió hacerse a un lado justo cuando tres grandes buitres salieron volando por el agujero, graznando ruidosamente. Apenas tuvo tiempo de encaramarse al techo antes de que la lona se rasgara junto a su brazo y por el roto asomara la cabeza rosa de otro buitre. El enfadado pájaro desgarró la lona con el pico y, al instante, pasó el cuerpo por el agujero y saltó del camión.

—¡Buf! —Tom respiró hondo y se arrastró hasta el lugar donde estaba tumbada Pearl—. No me imaginaba... —Y entonces se calló cuando a Pearl se le agrandaron los ojos y se le petrificó la cara.

—Oh, Dios mío... Oh, Dios mío... —murmuró.

Al volverse, Tom vio un hocico negro, seguido de un montón de dientes, emergiendo por el agujero y, acto seguido, apareció la cabeza de una hiena, llena de cortes ensangrentados.

—Oh, Dios mío...

La horrenda cabeza se quedó mirando a Pearl, Tom y el grupo de monos agarrados a la lona y fue difícil saber quién estaba más aterrado. Luego, de pronto, la hiena emitió un aullido desgarrador, reventó la lona, se encaramó al techo y estaba a punto de saltar del camión cuando vio el agua espumeante viniendo hacia ellos.

—¡Deprisa! —gritó Tom y, atreviéndose a dar la espalda al animal, se arrastró hacia delante, hizo un agujero en el techo de la cabina con el pie y se escurrió por él. El conductor lo miró con incredulidad justo antes de que un montón de monos araña le cayera en el regazo.

—¿Qué pasa? —gritó el conductor en español, y los monos empezaron a saltar por la cabina y a chillar.

El chófer apenas tuvo tiempo de sacarlos del volante antes de que la lona volviera a rasgarse y Pearl cayera a la cabina.

—¿Qué diablos está pasando ahí arriba?

—Hola. Hum...

Pero, antes de que Tom pudiera decir nada más, oyeron un gruñido y un gran hocico negro asomó por el agujero justo por encima de ellos. Los ojos de la hiena los miraron amenazadoramente.

—¡AHHHHHH!

Pearl chilló, Tom chilló, el conductor chilló y los monos chillaron al unísono. El conductor frenó en seco, lanzándolos a todos contra el parabrisas, y, justo después, la

hiena salió despedida del camión y cayó a la pista. Levantándose con dificultad, los miró con indignación y desapareció entre las sombras. Por un momento, el conductor se quedó inmóvil, demasiado aturdido para hablar. Los dos monos que se aferraban al volante se pusieron a chillar.

—¡Fuera! —gritó él, y los arrojó por la ventana. Pisando a fondo el acelerador, reanudó la marcha y, justo cuando el camión estaba cobrando velocidad, vio a un muchacho corriendo por la pista. El muchacho se volvió y saludó y, cuando el camión se acercó, corrió hacia él.

—¡Lemon! —gritó—. ¡Lemon González!

El conductor lo miró y redujo la velocidad.

—¿Adonde vas?

Lemon señaló la montaña.

—¿Puedo subir?

—Claro, claro, sube —dijo el conductor—, ¡y saca a estos malditos monos de aquí!

El muchacho sonrió, se encaramó a la plataforma, abrió la puerta del camión y se sentó al lado de Pearl. Era bajo y enjuto, pero Tom supuso que era mucho mayor de lo que parecía, y no llevaba nada puesto salvo un par de sucios pantalones cortos rojos y una camisera azul hecha jirones. Llevaba un collar con una piedra verde en el cuello y un elaborado tupé levantado con gomina.

—Por favor —reclamó, y cogió el mono que se aferraba a Pearl como un bebé y lo arrojó por la ventanilla—. No le gusta que haya monos en su camión.

—Ah, bien —dijo Pearl, y, poco después, no quedaba ni un solo mono y el camión estaba traqueteando por la accidentada pista en dirección al cráter.

Solo ahora, cuando el rugido del agua comenzó por fin a menguar, se percató Tom de lo que acababa de suceder y de la suerte que habían tenido. Lemon dijo algo en otro idioma al niño del tupé, quien asintió con la cabeza.

—Quiere saber si sois del zoológico —dijo, con mucho acento.

—Estábamos escapando del agua —respondió Tom—. Somos turistas.

—¿Turistas? —repitió el muchacho. Era evidente que le costaba creerlo. Se lo tradujo a Lemon.

—¿Turistas?

El conductor frunció el entrecejo. Luego, empezó a proferir lo que debieron de ser tacos, sin dejar de señalar el gran rasgón del techo. El muchacho sonrió.

—No está teniendo muy buen día. La ola ha destruido su casa y vosotros le habéis destrozado el camión.

—Lo siento —dijo Tom, con aire de culpabilidad.

—Y yo —añadió Pearl, en español.

Lemon se encogió de hombros. Aquel día habían sucedido tantas cosas que costaba darles importancia. Luego murmuró algo más.

—Va hasta arriba. Hasta la cima. Por si la ola vuelve. ¿Dónde queréis ir?

—Al cráter —respondió Tom—. ¿Es ahí donde va?

—Sí. Va ahí. Y mi poblado también está ahí.

—Ah, ¿sí? —dijo Pearl, súbitamente interesada—. Entonces, ¿podrías enseñarnos la forma de llegar al cráter?

El muchacho los miró y sonrió.

—Claro —dijo, encogiéndose de hombros—. También soy guía. Hablo vuestro idioma, ¿no? No hay problema. —Dijo algo a Lemon, que asintió con la cabeza—. Os haré un buen precio —continuó—. ¿Cómo os llamáis?

—Pearl.

—Tom —dijo él, ofreciéndole la mano—. Tom Scatterhorn.

—Ah. Scatterhorn. Un buen apellido —comentó el muchacho—. Lo conozco. Tu padre, ¿estuvo aquí?

—Mi... mi abuelo, sí —respondió Tom, azorado.

—Lo llevé al cráter, hace tal vez... cuatro años. —El muchacho le estrechó vigorosamente la mano—. Jerónimo. Y este es Lemon, mi primo. —Señaló al conductor.

Pearl y Tom no podían dejar de sonreír. Aquello era un golpe de suerte increíble.

—Encantada, Jerónimo —respondió Pearl, estrechándole la mano.

•——

Jerónimo sonrió y dijo algo rápido al conductor, que asintió con la cabeza.

—¿Tenéis tabaco?

—De hecho, sí —respondió Tom, metiéndose la mano en el bolsillo y encontrando la delgada pitillera.

Le ofreció la pitillera a Jerónimo, que cogió dos cigarrillos, los encendió y pasó uno a Lemon, el cual lo sujetó entre los dientes. Los dos inhalaron profundamente y la cabina se llenó de humo azul.

—Americanos —dijo Jerónimo con aire de entendido—. Los mejores.

Pearl tosió con exageración.

—Fumar no es bueno para la salud, ¿sabes?

—No, estos cigarrillos son buenos. Los de Tithona no. Estos son buenos para el pecho. ¡Lo he leído en el paquete! —dijo Jerónimo, riéndose.

Los primeros rayos de sol ya habían despuntado en el horizonte y, a través de los árboles, Pearl y Tom divisaron lo que quedaba de la ciudad de Tithona. Solo la iglesia blanca seguía asomando por encima del agua y la laguna estaba llena de escombros. Incluso la goleta que había transportado el zoológico se encontraba ahora varada sobre un costado al borde de la selva, como si una mano gigantesca la hubiera cogido y la hubiera depositado allí.

—La ciudad de Tithona ya no existe —dijo Jerónimo, contemplando el caos—. Ha desaparecido. —Tom advirtió que parecía más curioso que disgustado. Lemon dijo algo y Jerónimo asintió con la cabeza.

»Lo han hecho los dioses —dijo, traduciendo—. Hay demasiados enfermos en

Tithona. Este sitio no es bueno.

Tom se preguntó si se refería a lo que él creía, pero Jerónimo no dio más explicaciones. La pista se había vuelto muy pendiente y el camión tenía dificultades para avanzar. Lemon no paraba de mover codos y pies, zigzagueando por el barro rojo para sortear los baches y no salirse de la pista. En cada recodo, se detenían para recoger a pequeños grupos de personas sentadas en la cuneta. Todas ellas tenían los mismos rostros anchos y chatos que Jerónimo y Lemon y Tom supuso que habrían huido de la ciudad.

—Todo el mundo sube al poblado —explicó Jerónimo cuando una familia se encaramó a la parte de atrás—. El poblado es un sitio seguro.

Lemon gritó algo a Jerónimo.

—Vale —dijo él mientras se aproximaban a la próxima curva cerrada—. Yo pongo la calza.

—¿Qué?

—Es un trabajo muy importante —dijo Jerónimo con orgullo—. Ya veréis.

Lemon redujo y pisó a fondo el acelerador, intentando darse el máximo impulso, antes de girar bruscamente el volante e instar al aullante motor a subir por el tobogán de barro rojo. Las ruedas giraron y rechinaron, pero no se agarraron a la pista y, poco a poco, el camión comenzó a recular.

—Vamos, Jerónimo —resolló Lemon, pisando en vano el acelerador. El escuálido muchacho saltó del camión, según parecía al vacío, y corrió hasta el eje trasero, donde había una calza triangular colgada de una cuerda. La cogió e, ignorando el barro que saltaba por los aires, la colocó debajo de la rueda que patinaba. En cuanto la rueda se agarró al barro, retiró la calza y se encaramó a la parte trasera del camión hasta la próxima curva, donde volvió a hacer lo mismo. Y así siguieron circulando por aquella montaña rusa, con Jerónimo subiéndose de vez en cuando a la cabina para descansar.

—Jerónimo trabaja bien, ¿sí? —resolló, inclinándose para dar una calada al cigarrillo de Lemon, que él llevaba colgando del labio inferior—. Buen trabajador, yo.

—¿Quieres que te eche una mano? —preguntó Tom, sintiéndose un poco culpable por estar allí sentado mientras Jerónimo se encargaba de todo. El muchacho negó con la cabeza, inhaló profundamente y devolvió el cigarrillo a su justo lugar, aprisionado entre los labios de Lemon.

—No, no. Ahora eres mi invitado —dijo, sonriendo, y volvió a saltar al vacío. Tras una hora de duro ascenso, la pista se allanó por fin y el camión comenzó a zigzaguear por un frondoso bosque de gigantescos helechos arbóreos y banianos.

—Ya aquí —dijo Lemon al fin, y se detuvieron en un pequeño claro.

—Muchas gracias, Lemon —dijo Pearl. El conductor asintió bruscamente con la cabeza y Tom le puso unos cuantos cigarrillos en la palma abierta.

—Gracias.

Tom y Pearl se bajaron de buen grado, doloridos tras el accidentado trayecto. Por un momento, se quedaron parados del claro en sombra, para disfrutar del fresco y estirar las piernas entumecidas.

—Vaya caminito —dijo Pearl, mirando unas cabañas con techos de paja ocultas entre los árboles. Ya se habían reunido unos cuantos niños en las escaleras para mirarlos.

—Casi parece que no haya pasado nada, ¿verdad? —dijo Tom, observando a una mujer que estaba acuclillada en el suelo moliendo harina mientras unos cuantos lechones correteaban por la aldea.

Jerónimo corrió a hablar con unos hombres vestidos con raídas camisetas y pantalones cortos que habían venido a su encuentro y, por sus expresiones, era evidente que les estaba contando qué había sucedido con todo lujo de detalles. No parecían especialmente preocupados. Parecían más interesados en Pearl y Tom, que aguardaban junto al camión.

—Supongo que ahora tenemos que ver a ese tal Mackamack —dijo Pearl, mirando los rayos de sol que se colaban entre los árboles—. Me pregunto cuánto vamos a tardar.

—Lo sé —dijo Tom, asintiendo con preocupación. Ya debía de ser media mañana y, en el caso de que sir Henry hubiera hecho bien los cálculos, ¿cuánto tiempo les quedaba? El resto del día y esa noche, a lo sumo—. A lo mejor podemos convencer a Jerónimo y evitarlo.

—Mis primos —dijo el muchacho con una sonrisa, acercándose a ellos.

—Oh —exclamó Pearl, y sonrió a los hombres. Ellos la miraron con curiosidad. Jerónimo se sacó un peine del bolsillo y se arregló el pelo mirándose en el retrovisor lateral.

—Entonces, ¿podrás llevarnos al cráter? —preguntó Tom.

—¿Queréis ir ahora?

—Si es posible. Es... es bastante urgente.

Jerónimo se encogió de hombros y se metió el peine en el bolsillo.

—Vale. ¿Qué queréis ver? ¿El laberinto, los grabados, los animales?

Tom y Pearl se miraron.

—De hecho, Jerónimo, es otra cosa. Tenemos que encontrar una cueva.

El muchacho parecía un poco sorprendido.

—¿Cueva? ¿Qué cueva? En el cráter hay muchas cuevas.

—Es una cueva que conoces, Jerónimo. Hace unos años, encontraste un escarabajo ahí. Con forma de huevo.

El muchacho enarcó las cejas.

—¿Te lo ha contado sir Henry?

Tom asintió con la cabeza.

—Me ha contado que tú lo decoraste y luego se lo vendiste a un hombre llamado Nicholas Zumsteen.

Jerónimo no dijo nada, pero estaba claro que oír el nombre de Zumsteen lo había incomodado mucho.

—¿Por qué queréis ir a esa cueva? —preguntó con recelo el muchacho.

—Es solo que... tenemos que hacerlo, eso es todo. Lo antes posible.

Jerónimo murmuró algo en su idioma y miró la selva. Tom advirtió que, por algún motivo, aquella petición tan poco corriente había cambiado las cosas.

—No somos... por favor, si crees que somos como la gente de la ciudad, te aseguro que no —dijo Pearl, vacilando—. Somos distintos. Nos envía sir Henry Scatterhorn.

Jerónimo no pareció convencido del todo.

—¿Qué vais a pagarme? —preguntó, sin ninguna cordialidad—. La cueva está lejos, muy abajo.

Tom se apresuró a sacar la pitillera de plata que Trixie les había dado.

—No tenemos dinero —dijo—. Solo esto.

Jerónimo inspeccionó la pitillera, la abrió, volvió a cerrarla y se la metió en el bolsillo. Era obvio que había tomado una decisión.

—Muy bien. Os llevaré. Pero, de camino, tenemos que ver al Mackamack.

—¿El Mackamack? —preguntó Pearl, fingiendo no saber nada de él.

—Un hombre importante. Solo él decide si podéis subir. Le pagáis también a él. ¿Sí?

Tom y Pearl se miraron.

—Pero ¿es necesario que lo veamos, Jerónimo? —preguntó ella—. Es que tenemos un poco de prisa, eso es todo.

El muchacho negó rotundamente con la cabeza.

—Si el Mackamack os da permiso, podéis, si no os lo da, no podéis.

Tom y Pearl se dieron cuenta de que no iban a poder hacerle cambiar de idea.

—Está bien —dijo Tom a regañadientes—. Si insistes.

—Es lo mejor.

Jerónimo sacó un machete de la cabina del camión y, seguido de Tom y Pearl, tomó un sendero que se adentraba en la selva, alejándose del poblado. Pronto, el camino se estrechó tanto que casi se borró y Jerónimo comenzó a abrirse camino a machetazos por una maraña de ramas musgosas, repletas de helechos y orquídeas colgantes.

—¿No vive el Mackamack en el poblado? —preguntó Pearl, apartando ramas.

—No —respondió Jerónimo—. Vive en un sitio especial.

—¿Y seguro que necesitas su permiso para entrar en el cráter?

El muchacho meneó la cabeza y se rió de su perseverancia.

—Si tú no lo ves, él te ve a ti. Los pájaros, los monos, se lo dicen.

Tom y Pearl se miraron de soslayo y siguieron andando. ¿Estaba Jerónimo compinchado con el hechicero? ¿Qué provecho esperaba sacar con ellos? Cuanto más se adentraban en la selva, menos tranquilo se sentía Tom, pero también sabía que no

podía hacer nada al respecto.

Pronto, el terreno comenzó a subir con mucha pendiente y Tom vislumbró un claro detrás de la espesura. Cuando estuvieron más cerca, vio que el llano contenía una desvencijada choza con el techo de paja, separada del resto de la selva por una tupida hilera de árboles.

—¿Es esa su casa? —preguntó Pearl, jadeando tras la ascensión—. Qué raro...

—¡No toques! —gritó Jerónimo cuando ella fue a apoyar la mano en un esbelto tronco plateado.

—¿Qué pasa? —preguntó Pearl, retrocediendo sobresaltada.

Jerónimo tocó la superficie de la corteza con el filo de su machete, señalando la pálida savia blanca que la impregnaba.

—Es un *chongot* —respondió—. El árbol del veneno. Toca este agua blanca y te hincharás como una pelota. No respirarás y te morirás.

—Vale —dijo Pearl, advirtiendo que Jerónimo hablaba totalmente en serio. Dio un respetuoso paso atrás y miró la cortina de árboles, la cual se extendía en ambas direcciones formando un círculo perfecto—. ¿Los plantó el Mackamack?

—Claro.

—¿Por qué?

—Protección. Contra los espíritus de la selva.

Con cautela, rodearon la cerca detrás de Jerónimo y pronto llegaron a un estrecho hueco donde había clavadas dos estacas de bambú. Detrás, en el claro, un hombre alto y delgado con unos raídos pantalones cortos de tela vaquera estaba acucillado junto a una hoguera. Llevaba la rubia pelambreira canosa recogida en una coleta. En cuanto vio a los forasteros en la entrada, se levantó y los miró con aire amenazador.

—*Mogethin!* —gritó Jerónimo, y lo saludó alegremente con la mano.

El hechicero gruñó y miró a Tom y a Pearl con recelo. Gritó algo en su idioma, a lo cual Jerónimo respondió. El Mackamack continuó mirando a Tom y a Pearl. Luego, chasqueando los dedos con brusquedad, les indicó que entraran.

—Yo hablo con el Mackamack —susurró Jerónimo—. Vosotros no digáis nada. Si lo hacéis, se enfadará mucho.

—¿No deberíamos al menos saludar? —preguntó Pearl, viendo que el hombre alto entraba en su choza y volvía a salir muy poco después llevando lo que solo podía ser un pulpo negro muerto. Se acucilló junto al fuego y procedió a cortarlo en pedazos que metía en la cazuela.

—No —dijo Jerónimo con firmeza—. Solo yo hablo con él.

Cruzaron la barrera de bambú y entraron en el claro. Tom y Pearl fueron hasta un árbol y se sentaron al amparo de su sombra como les había ordenado Jerónimo, mientras él se acercaba al fuego. Hubo una explosión de palabras, ante la cual el muchacho se sentó humildemente en el suelo y bajó la vista. Murmuró algo a modo de respuesta y el Mackamack comenzó a darle instrucciones, gesticulando como un poseso y lanzando alguna que otra mirada a Tom y a Pearl. Saltaba a la vista que

Jerónimo le tenía muchísimo miedo.

—Espero que le guste el chocolate —susurró Tom, observando al hechicero mientras removía el mejunje negro de la cazuela—. De lo contrario, tenemos un grave problema.

—¿Qué crees que le está diciendo?

Tom se encogió de hombros.

—Lo que quiere que haga, por lo que parece. No logro entenderlo.

Por fin, el sermón concluyó y Jerónimo se acercó a ellos.

—¿Qué tenéis para darle? —preguntó, sin ninguna emoción. Tom supo de inmediato que el sermón del Mackamack le había sentado fatal.

—No es mucho —se disculpó Pearl, hurgando en la mochila—. Es...

—Llévdselo.

Se levantaron, fueron hasta la hoguera y se sentaron enfrente del Mackamack, que ahora estaba metiendo una serie de pieles curtidas y baratijas en su bolsa de hoja de palmera. Clavó en ellos sus ojos inyectados en sangre y, a continuación, dirigió un torrente de palabras a Jerónimo.

—Enseñadle vuestro regalo —les ordenó el muchacho.

Con cierto embarazo, Pearl sacó la deformada tableta de chocolate de la mochila y, alisando el envoltorio lo mejor que pudo, se la dio a Jerónimo, que se la pasó al Mackamack.

—Lo siento, pero está un poco estropeada.

El Mackamack miró ferozmente la tableta de chocolate y Tom y Pearl casi esperaron que cogiera su lanza y la arrojara contra ellos. Pero no lo hizo. En vez de eso, la olió, le quitó el envoltorio y volvió a olerla. De pronto, el rostro demacrado se le iluminó con una ancha sonrisa desdentada.

—¡Chocolate! —rugió, como un niño excitado.

Sorprendidos, Tom y Pearl sonrieron, y también lo hizo Jerónimo, con picardía.

—¡Chocolate! —volvió a gritar el hechicero. La transformación era asombrosa y, de pronto, aquel peligroso hombre de la Edad de Piedra no les pareció ni la mitad de aterrador.

—¡Chocolate! —chilló—. ¡Chocolate! ¡Chocolate!

Al cabo de cinco minutos, habían vuelto sobre sus pasos después de cruzar la cerca venenosa y regresar al estrecho y tortuoso sendero.

—¿Cómo sabíais lo del chocolate? —preguntó Jerónimo, apoyándose en un árbol para encender un cigarrillo—. ¿Os lo dijo sir Henry?

—Sí —respondió Tom.

—Sir Henry es un hombre inteligente —dijo el muchacho, sonriendo—. Me cae muy bien.

—¿Así que te acuerdas de cuando vinieron?

—Oh, sí.

—Y de Nicholas Zumsteen, ¿te acuerdas?

El muchacho no dijo nada. Exhaló ruidosamente el humo y se quedó mirando la selva.

—¿Sigues aquí Nicholas Zumsteen, Jerónimo? —preguntó Tom, recordando el hombre que había visto en la calle.

—Demasiadas preguntas para Jerónimo —masculló el muchacho, y reanudó la marcha.

Tom y Pearl lo siguieron en silencio por la maraña de lianas y helechos. Cuando estuvieron más arriba, árboles gigantescos comenzaron a sobresalir por encima de la espesura y, en diversos puntos, coloridos cangrejos de los cocoteros corrieron a refugiarse entre la maleza, con las poderosas pinzas listas para atacar.

—¿Cuánto falta? —resolló Pearl, mientras descansaban apoyados en una enorme raíz arbórea.

—Ya estamos muy cerca. Solo hay que coronar por ahí —respondió Jerónimo, señalando la cresta que tenían encima—. Casi, casi. ¿Quieres beber?

—Por supuesto.

El muchacho fue hasta un tupido grupo de bambúes y, sacándose el machete del cinto, cortó una caña blanca y verde. Luego, rebanó hábilmente los dos extremos y dio un trozo a Pearl. Para su sorpresa, estaba llena de agua.

—Nuestros antepasados nos dan este agua. Es buena.

Agradecida, Pearl bebió de la caña de bambú y, luego, Jerónimo cortó un trozo para Tom y otro para él.

—Sabes mucho de la selva —dijo Tom admirado.

El muchacho se encogió de hombros.

—Esto no es la selva. Es un jardín. Yo soy un karnaka. Esta es mi tribu, este es mi hogar. Mi sitio está aquí, no en la ciudad de Tithona. Me gusta estar aquí. Aquí, nadie dice a Jerónimo lo que tiene que hacer.

—Salvo el Mackamack —observó Tom, mirándolo a los ojos—. Parecía que estuviera diciéndote qué tienes que hacer.

El muchacho sonrió, azorado.

—Te da miedo, ¿verdad, Jerónimo? —preguntó Pearl, enjugándose el sudor de la frente—. ¿Qué te ha dicho que hagas?

—El Mackamack es un hombre muy importante —respondió el muchacho, apartando la mirada—. Puede hacer que pasen cosas.

—¿Como qué?

Jerónimo señaló el mar con un movimiento de cabeza.

—¿Te refieres al maremoto? —farfulló Tom—. ¿Te ha dicho que lo ha provocado él?

Jerónimo no dijo nada. Solo hurgó en el suelo con la punta de su machete.

—Pero tú no lo crees, ¿verdad? —dijo Pearl—. ¿Lo crees, Jerónimo?

El muchacho miró al suelo, enfadado. Con sus raídos pantalones cortos de color rojo, su collar tribal y su immaculado tupé engominado parecía una extraña mezcla de

pasado y presente.

—Los hombres blancos hacen demasiadas preguntas... —murmuró, y echó a andar. Tom y Pearl se miraron antes de seguirlo a regañadientes. Allí había algo que olía muy mal.

Al cabo de cinco minutos, habían llegado al borde del cráter y estaban contemplando un paisaje extraño y casi extraterrestre. El cráter tenía forma ovalada y sus abruptos lados grises descendían lisamente hasta una maraña de arbolillos y arbustos que brotaban del suelo pedregoso. En su centro había un imponente amontonamiento de rocas rojizas, asomando por encima de la vegetación.

—¿Qué son? —preguntó Tom, señalando las rocas rojas, cuyas lisas formas centelleaban bajo el sol.

—La casa de Tith —explicó Jerónimo—. La construyó hace tiempo.

—¿Tith?

—Esta es su isla. Tithona. La primera isla del mundo.

—Vale —dijo Pearl, entendiendo a qué se refería el muchacho—. ¿Así que Tith es, digamos, como vuestro dios?

—Tith es el hijo de Dios —explicó Jerónimo—. Como Jesucristo. Pero es muy travieso.

—¿Travieso? —preguntó Tom, sonriendo—. ¿Qué hace?

—Tith roba cosas, enfada mucho a su padre. Así que tiene que esconderse aquí, en forma de escarabajo.

—¿Escarabajo?

—Sí, señorita Pearl —dijo Jerónimo, en serio—. Los karnaka lo creen. La casa de Tith es un lugar muy antiguo.

—¿Y tú también lo crees?

—¿Yo? —El flaco muchacho los miró y se encogió de hombros con indiferencia—. Lo que piensa Jerónimo da igual. La cueva que queréis ver está al otro lado. ¿Seguimos?

Tom y Pearl asintieron con la cabeza. Jerónimo comenzó a bajar por un abrupto pizarral hasta una maraña de árboles achaparrados. Al pisar el bosque del cráter, Tom advirtió que había algo distinto. No era únicamente la ausencia de enredaderas y lianas, enroscadas unas con otras como una especie de nudo vivo; era otra cosa. El bosque parecía rebosante de vida.

—¡Oh! —exclamó Pearl.

Un llamativo pájaro azul, bastante parecido a un loro, se posó en una rama justo delante de ella. Se encontraba tan cerca que casi podía tocarlo, pero el pájaro no manifestó ningún interés en ella. Estaba mucho más interesado en capturar un insecto de la hoja que Pearl tenía ante sus ojos.

—Es como si yo no estuviera —se maravilló, viéndolo alejarse.

—Así es, señorita Pearl —dijo Jerónimo con orgullo—. Es un *lorikeet*. Un pájaro muy poco común. Aquí hay muchas cosas poco comunes. Esta es la casa de Tith;

aquí no se caza. Solo hay antepasados.

—¿Antepasados? —repitió Pearl, observando a una bandada de pájaros rojos y verdes que volaba entre las copas de los árboles.

—Sí. Mira —dijo Jerónimo, señalando el suelo cuando un escarabajo marrón cruzó el sendero—. Otro —añadió, señalando un escarabajo verde iridiscente posado en la hoja de una planta—. Otro —dijo, señalando un escarabajo rojo posado en la flor roja de una orquídea.

Una vez reconocieron la silueta, Tom y Pearl comenzaron a ver los mismos escarabajos por doquier, todos perfectamente camuflados.

—Al principio no se ven —explicó Jerónimo, acercándose a una gran orquídea blanca que pendía de una rama—. Os enseño por qué.

Tom y Pearl vieron un escarabajo blanco que correteaba por el borde de la flor hacia el tallo negro. En cuanto pisó el tallo, comenzó a cambiar de color y, un momento después, era completamente negro.

—Es como un camaleón —se maravilló Pearl, viendo que el escarabajo se tornaba verde donde el tallo se encontraba con la hoja y, más adelante, marrón al bajar al suelo—. ¿Cómo se llama este escarabajo, Jerónimo?

—Nosotros lo llamamos escarabajo de Tith. Es un escarabajo especial. Solo vive un día. Luego, se muere.

—¿Solo vive un día?

Jerónimo asintió con la cabeza.

—Un año como larva, un día como escarabajo. El señor Catcher lo llama escarabajo cambiante.

—El escarabajo cambiante. —Tom miró a Pearl de soslayo—. Eso nos viene bien.

—Entonces, ¿todas estas criaturas son antepasados? —preguntó Pearl, mirando el hermoso escarabajo, que ahora se estaba volviendo amarillo bajo el sol.

—Sí, señorita. Absolutamente todos. Vivimos, morimos, regresamos como un pájaro, una rata, un escarabajo, estamos todos aquí. Y a veces, Tith también está aquí, por la noche. Camina por el cráter.

—¿De verdad? —dijo Pearl, preguntándose cómo podían encajar las piezas de aquel enorme rompecabezas—. ¿Y es Tith una especie de escarabajo enorme?

—Yo no he visto nunca a Tith —dijo Jerónimo—. Solo lo ve el Mackamack.

—Solo el Mackamack, ¿eh? —dijo Tom, enarcando las cejas.

—Sí. Eso dice —respondió el muchacho—. Por favor, por aquí.

Siguieron bajando hasta que, por fin, llegaron a las rocas rojas que ocupaban el centro del cráter. Vistas desde el suelo, parecían incluso más grandes de lo que Tom había calculado y en ellas reinaba una calma inquietante.

—La casa de Tith —dijo reverentemente Jerónimo, sacando otro deformado cigarrillo de la pitillera y encendiéndolo—. Un sitio muy especial. Hace muchos años, la fortaleza de los karnaka.

Tom y Pearl miraron en silencio las lisas superficies de las rocas. Aquellas

grandes formas rojas que se erigían por encima del bosque tenían un aire absolutamente amenazador. Observaron que las atravesaba un estrecho sendero por el que apenas cabía una persona.

—Dentro hay muchos grabados. A sir Henry, al señor Catcher, a Nicholas Zumsteen, les gustaron mucho. Pero debéis tener cuidado.

—¿Por qué razón? —preguntó Tom.

—Hace muchos años se perdieron aquí dos niños blancos.

—¿Niños blancos?

—De una familia de misioneros. Vinieron a ver los grabados, los hermanos entraron y ya no salieron. Un grave problema. La familia los buscó, pero no los encontró. Vino todo el poblado, los buscaron, no los encontraron. Luego, vinieron soldados de otras islas, los buscaron, pero nada. Los niños desaparecieron. Se esfumaron. Algunos agujeros son muy profundos. Es muy peligroso.

Jerónimo exhaló ruidosamente el humo y tiró su cigarrillo al suelo.

—¿Estáis listos?

Tom miró a Pearl y vio el brillo de la anticipación en sus ojos. Sabía qué estaba pensando. Allí, en aquella extraña isla tropical, estaba la razón de que hubieran viajado en el tiempo y en el espacio: la entrada a Scarazand. Era aquella.

—¿Entramos? —dijo.

Una traición necesaria

El sendero que discurría entre las imponentes rocas rojas era estrecho y silencioso. Teniendo presente lo que había dicho Jerónimo, Tom y Pearl no se separaron de él, rozando las lisas paredes rojas con los hombros conforme recorrían los diversos pasadizos, adentrándose en el laberinto. Era fácil entender cómo podía alguien extraviarse allí, porque todas las rocas rojas parecían idénticas, pero Jerónimo no vaciló ni una sola vez: sabía exactamente dónde los conducía. Por fin, emergieron por un pequeño túnel a un pasadizo recto y más ancho que el resto que parecía discurrir a todo lo largo del laberinto.

—Aquí hay muchos grabados —dijo el muchacho, señalando la avenida—. ¿Queréis que os los enseñe? .

—Esto... bueno —respondió Pearl, mirando las lisas paredes de sendos lados, que le parecieron muy similares a las del resto de pasadizos por los que habían pasado—. ¿Dónde están?

Jerónimo miró el sol, que estaba volviendo a asomar por detrás de una nube.

—Un momento, ahora veréis.

Sacándose un espejito del bolsillo, lo frotó enérgicamente contra sus sucios pantalones cortos y corrió hasta el extremo del pasadizo.

—¡Mirad! —gritó, inclinando el espejito para que reflejara la luz del sol en la pared.

De pronto, lo que antes era una superficie roja lisa se había llenado de intrincados grabados, resaltados por el haz de luz.

—¿Lo veis?

Tom sonrió y le indicó que sí levantando el dedo pulgar. Jerónimo le hizo una seña con la mano y mantuvo el espejo en la misma posición mientras Tom y Pearl iban hacia él, inspeccionando la pared.

—Es increíble —dijo Pearl, pasando los dedos por los protuberantes ojos de peces y aves—. ¿Qué crees que significa?

—Debe de ser una historia —respondió Tom, examinando las procesiones de hombres de aspecto primitivo y canoas—. Mira, aquí hay un escarabajo cambiante —observó, reconociendo la silueta del insecto grabada en la piedra.

—Y un hombre, bajo tierra. Y un volcán —dijo Pearl, señalando lo que parecía ser una montaña estallando—. A lo mejor ya ha pasado antes.

—A lo mejor.

—¿Os gusta? —preguntó Jerónimo cuando llegaron al final del pasadizo—. Es la historia de Tith. Y la historia de los karnaka. De cómo se creó el mundo. Mi pueblo hizo todo esto, hace muchos años —dijo con orgullo—. Sigue durante mucho rato. ¿Queréis que os lo enseñe?

Tom y Pearl se miraron, incómodos.

—Es... es impresionante —dijo Tom—, pero el caso es que tenemos un poco de

prisa.

—Más que un poco, me temo —añadió Pearl, sonriendo.

Jerónimo intentó disimular su decepción.

—¿Por qué tenéis prisa? ¿Qué problema hay?

—No hay ningún problema, exactamente —comenzó a decir Pearl, y entonces se lo pensó mejor—. Vale, de hecho, sí hay un problema, uno grandísimo. Para todos nosotros. Para ti también, Jerónimo.

—¿Para mí?

Pearl asintió con la cabeza. Respiró hondo. No había una forma fácil de decir aquello.

—Mañana va a haber un terremoto. Tithona va a hundirse en el mar.

Jerónimo los miró como si estuvieran locos.

—¿Tithona? —resopló—. No os creo. ¿Cómo lo sabéis?

—Simplemente, lo sabemos.

✓

—Nos lo dijo sir Henry —explicó Tom—. El sabe estas cosas. La ola de esta mañana solo ha sido la primera fase. Mañana por la mañana el archipiélago entero va a ser destruido.

El muchacho negó con la cabeza. Aquello no tenía lógica.

—¿Por qué iba a creeros?

—El lo sabe, Jerónimo. Por eso tenemos que bajar a esa cueva lo antes posible.

—El Mackamack no me ha dicho nada sobre eso.

—Bueno, a lo mejor no lo sabe todo. Es posible, ¿no?

Jerónimo arrugó la frente. Claramente, aquello era algo que le costaba creer.

—¿Por qué queréis bajar a la cueva? ¿Es segura?

—No, para nada —dijo Tom—. Solo creemos que puede conducir a otro sitio... a un sitio más allá de esta isla.

Jerónimo podría haberse sorprendido al oír aquello, pero Tom advirtió que no lo había hecho.

—¿Y queréis bajar?

—Sí.

—¿Y no volver?

—Sí.

Jerónimo se detuvo y los miró a los ojos. Su cordialidad parecía haberse vuelto a evaporar y saltaba a la vista que estaba sopesando algo.

—Vale —gruñó por fin—. Os enseñaré la cueva.

Se dio la vuelta, echó a andar enérgicamente entre las altas paredes rojas; al cabo de cinco minutos, habían llegado a una estrecha cornisa. Más allá, cuatro grandes piedras señalaban el borde de un pozo ancho y muy hondo. Tom se acercó al borde y, en la pared de enfrente, vio unas escaleras excavadas en la roca.

—¿Se baja por ahí? —preguntó, señalándolas.

—Sí —respondió inexpresivamente Jerónimo.

Tom se volvió hacia él, pero el escuálido muchacho evitó su mirada. Tom advirtió que ocultaba algo.

—¿De verdad, Jerónimo?

—Por supuesto.

—Hay una buena caída —dijo Pearl, asomándose al borde del agujero negro.

—Abajo hay muchas cuevas. En la antigüedad, nuestros antepasados bajaban.

—¿Vuestros antepasados entraban en la montaña?

Jerónimo asintió con la cabeza.

—Cuando el suelo temblaba, Tith estaba enfadado. Ellos bajaban. Ahora, solo baja el Mackamack.

—¿Y qué hace ahí abajo? —preguntó Tom, mirando el abismo.

—No lo sé. Es un lugar especial. Bordeémoslo —dijo, señalando la cornisa—. Vosotros primero, yo os sigo.

Tom examinó la tortuosa cornisa que discurría junto a la roca antes de volver a adentrarse en el laberinto y lanzó una mirada a Jerónimo, que tenía una expresión fría y resuelta. Algo no iba bien, lo presentía.

—Venga —dijo el muchacho, instándolos con la mano.

Tom se dio la vuelta y, pasito a pasito, comenzó a caminar por la cornisa, siguiendo a Pearl hasta una oscura cámara encajonada entre las rocas.

—¿Estás seguro de que vamos bien, Jerónimo? —preguntó Pearl, mirando las lisas paredes que la rodeaban—. Esto es un callejón sin salida.

—Ah, ¿sí?

Al volverse, Tom y Pearl vieron que Jerónimo entraba en el estrecho pasadizo que tenían detrás. Había desenvainado su machete, cuyo largo filo de acero resplandecía en la penumbra. Parecía tan asustado como peligroso y estaba murmurando algo en su idioma.

—Jerónimo, ¿qué estás haciendo?

—Nos paramos aquí —espetó el muchacho—. Tenéis que quedaros aquí a esperar.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Tom—. ¿Esperar qué?

—El Mackamack vendrá enseguida.

—¿El Mackamack?

Jerónimo se aproximó a ellos, como si estuviera cazando un animal salvaje, apuntándolos con el machete.

—Dice que no sois buenos —resopló—. Sois como la gente de la ciudad. Habéis venido a envenenar nuestra isla.

—¿A envenenar vuestra isla? —espetó Tom—. ¿Cómo?

—A ponernos enfermos. ¡Aquí! —gruñó, golpeándose la frente con el puño.

—¡No somos como ellos, Jerónimo! —insistió Pearl, acercándose a Tom—. De verdad, tienes que creernos. ¡No somos como ellos! ¿Es que no lo ves?

—Entonces, ¿por qué queréis bajar a la cueva? —gritó, saltándosele los ojos.

—Porque... tenemos que hacerlo, Jerónimo —respondió Pearl, con desesperación—. Lo siento. Es que... creemos que nos llevará... a otro sitio... a un sitio donde quizá estén nuestros padres. Sé que parece absurdo y no espero que lo comprendas. Pero es lo que tenemos que hacer, eso es todo.

Jerónimo negó con la cabeza. Había una parte de él que quería creerla, pero el miedo que le había imbuido el hechicero era fortísimo.

—El Mackamack dice que tenéis que quedaros aquí. Él decide.

—¿Y si no hacemos lo que dices? —preguntó Tom, mirándolo ferozmente—. De hecho, nosotros somos dos y tú solo eres uno. ¿Cómo vas a detenernos?

Jerónimo hizo una mueca y aferró el machete con más fuerza.

—Tengo un machete.

—¿Y?

El muchacho parecía más nervioso que nunca. El filo le temblaba en la mano.

—No quiero decir...

—Jerónimo! —gritó alguien, y una sombra cruzó la brizna de luz que se colaba por el techo de la cámara.

—¡Sí! —gritó el muchacho, añadiendo algo en su idioma.

Tom creyó haber oído la áspera voz del Mackamack, pero había otras personas con él, más arriba, caminando entre las rocas.

—¿Quiénes son? —susurró Pearl.

Tom aguzó el oído. Estaba seguro de que una de las voces hablaba en inglés.

—Está sobre un punto de apoyo, al parecer —dijo una aguda voz nasal—. Fue construida hace muchos años. Aquí hay varias. Se utilizaban como cárceles.

—Ingenioso —respondió otra voz.

Tom miró a Pearl. Tenía el corazón desbocado.

—Deberíamos irnos...

Pero, antes de que pudieran siquiera moverse, algo atravesó el rayo de luz y cayó en el centro de la cámara. Un sonido grave y hueco la inundó, y Tom contempló con horror la enorme piedra roja que había caído del techo y ahora ocupaba el centro del suelo. Estaba atada a una gruesa cuerda hecha con lianas.

—Han fallado —susurró Pearl—. ¡Vamos!

Pero, en cuanto comenzó a moverse, el suelo pareció oscilar peligrosamente.

—¡No te muevas! —gritó Tom mientras algo se resquebrajaba—. No te muevas. Debe de haber golpeado algo y...

Se quedaron los tres inmóviles, con el cuerpo tenso. Luego, el suelo comenzó a inclinarse y, antes de poder recobrar el equilibrio, Tom, Pearl y Jerónimo cayeron de cabeza a un estrecho pozo, seguidos de una lluvia de tierra, polvo y piedras.

Poco después, sus ropas comenzaron a tirar de ellos, frenando su caída.

—¡Socorro! —gritó Pearl.

Las paredes del pozo estaban húmedas y revestidas de una espesa sustancia negra,

parecida a la melaza, y, mientras caía, Tom vio los cabellos de Pearl, extendidos muy por encima de ella. Segundos después, los tres se hallaban en la misma difícil situación, deslizándose despacio por las relucientes paredes negras del pozo, intentando frenéticamente agarrarse a pedazos de musgo y raíces podridas para detener su caída.

—¿Tres, ha dicho?

Muy por encima de ellos, dos cabezas se asomaron a la brizna de luz.

—En efecto, señor. Solo tres.

—Muy bien.

Oyeron el tintineo de unas cuantas monedas cambiando de manos.

—¡Mackamack! —gritó Jerónimo, seguido de un torrente de palabras en su idioma. Pero no hubo respuesta. Las dos delgadas cabezas reaparecieron en la abertura...

—Hum. Supongo que hay que admirar su astucia animal. ¿Dices que es el hechicero del poblado?

—En efecto, señor —respondió la voz nasal—. Lleva años aquí, al mando de su pequeño feudo. Nos proporciona un suministro constante de conversos, principalmente del puerto. Es como un hombre de la Edad de Piedra, y no tiene ni idea de lo que está pasando, pero le gusta el dinero.

—Ya veo —dijo el otro hombre con desdén—. ¿Y no ha visto a Nicholas Zumsteen?

—Por lo visto no.

—¿Y tú lo crees?

—No tengo motivos para no hacerlo.

—Muy bien. Sigue buscando. Y recuerda que debemos volver al barco antes de que se ponga el sol.

Las cabezas desaparecieron mientras Tom, Pearl y Jerónimo conseguían detener su caída. Tom tenía una idea bastante clara de qué clase de personas podían ser aquellas, pero, en aquel momento, no se veía con fuerzas para pensar en quiénes eran ni en cómo habían llegado a Tithona.

—¿Estás bien?

Pearl se encontraba mucho más arriba que él, agarrada a una rama retorcida.

—Sí, más o menos —respondió Tom, tragando saliva y levantando la cabeza para mirarla. Él tenía los talones incrustados en dos minúsculas muescas de la roca, solo lo bastante profundas como para soportar su peso.

—¿Quién estaba ahí arriba? ¿Nicholas Zumsteen?

—Zumsteen no, señorita —susurró Jerónimo, que había conseguido quedarse mucho más arriba—. Esos son unos hombres distintos. No los conozco.

—¿Qué es esto? —espetó Tom, oliendo la sustancia fragante y pegajosa.

—Una especie de miel negra —dijo Pearl, esforzándose por no resbalar—. ¿Savia, quizá?

—El Mackamack la llama *wepotip* —dijo Jerónimo.

—¿*Wepotip*?

—La utiliza como medicamento. Para curar a la gente enferma.

—¿Para curar a la gente enferma? —repitió Tom, acercándose la mano a la cara.

En la penumbra, alcanzó a ver la silueta de un pequeño escarabajo negro pegada a sus dedos pringosos. Parecía estar comiéndose la extraña sustancia. Luego, se vio otro escarabajo en el brazo, y otro en el hombro. ¿Qué clase de escarabajos eran aquellos? Eran muy pequeños, negros, corrientes. Entonces notó uno subiéndole por el cuello y por la barbilla, haciéndole cosquillas en la piel con sus patas diminutas... con supremo esfuerzo, esperó a que la minúscula criatura se le encaramara a los labios antes de soplar para quitársela de encima. Respiró hondo e intentó ignorar el pánico que se estaba apoderando de él. Puede que aquellas criaturas fueran totalmente inofensivas, pero había muchas probabilidades de lo contrario.

—¡Puaj! —gritó Pearl—. ¡Estoy llena de escarabajos!

—Yo también —gruñó Tom. Al mirar arriba, vio nubes de insectos arremolinándose y descendiendo por el estrecho pozo. A lo mejor los atraía el olor. Tenían que salir de allí, de inmediato, pero ¿cómo? Por algún motivo, Tom se había quedado muy por debajo de sus dos compañeros y solo sus talones le impedían seguir resbalando. Al levantar la cabeza, vio que Jerónimo había conseguido despegar las piernas de la roca y las había apoyado en la otra pared del estrecho conducto. Haciendo palanca con ellas, se estaba impulsando hacia arriba muy despacio.

—Jerónimo lo ha conseguido! —gritó Tom—. ¡Prueba eso!

Con un esfuerzo inmenso, Pearl logró despegar primero una pierna y luego la otra y apoyarse en la otra pared del estrecho pozo. A continuación, con movimientos pequeños y enérgicos, comenzó a impulsarse hacia arriba por la pegajosa sustancia negra. Las deportivas le resbalaban y parecía que tuviera los muslos en llamas, pero, de algún modo, aquello funcionaba.

—¡Lo estoy haciendo! —gritó.

Despacio, dolorosamente, Pearl siguió impulsándose hacia arriba, pero, para Tom, era mucho más difícil. Probó varias veces a separar la pierna de la pared sin perder el equilibrio.

—No puedo —resolló, quitándose con enfado un escarabajo de la mejilla—. Es demasiado ancho.

Pearl se detuvo y lo miró, jadeando.

—No llego a la otra pared.

—¡No te des por vencido! —gritó Pearl—. Conseguiremos ayuda—. Miró a Jerónimo, que ya casi había llegado.

—¡Jerónimo, espera! ¡Jerónimo!

El muchacho se encaramó por el borde del pozo y se quedó un momento en el suelo, jadeando. Luego, se dio la vuelta y miró a Pearl, afianzada contra la pared.

—Tom no puede subir. No se puede mover. Tienes que ayudarme a sacarlo.

Jerónimo se quitó la sustancia negra de la cara.

—¿Por qué tengo que ayudaros? —preguntó con aspereza—. Vosotros envenenáis mi isla.

—¡Eso es una estupidez! —gritó Pearl, frenética—. ¡Tú sabes que no es cierto!

Jerónimo hizo una mueca.

—El Mackamack dice...

—¡EL MACKAMACK ES UN IMBÉCIL! —gritó Pearl, la voz temblándole de rabia en cada sílaba—. Sabe que le tienes miedo y te ha utilizado, ¿no lo ves? ¡No tiene poderes mágicos! ¡Te ha vendido a esa gente, igual que a nosotros! ¡Estamos juntos en esto!

Pearl y Tom miraron la flaca silueta del muchacho asomada al pozo.

—Por favor, Jerónimo —jadeó Pearl—. Tienes que ayudarnos.

El muchacho los observó un instante y luego desapareció.

—¡Maldita sea! —resopló Pearl, temblándole la voz—. Tom, ¿estás bien?

—Sí —respondió él, su voz lejana y reverberante—. Sigue, sal del pozo y mira a ver si encuentras alguna liana. Si me la tiras, a lo mejor puedo subir por ella.

—Vale —dijo Pearl, torciendo el gesto—. Lo intentaré. Pero tú tienes que aguantar.

Tom no dijo nada, pero sopló para quitarse un insecto del hombro. Cada vez le resultaba más difícil ignorar el dolor de las pantorrillas.

—Haré lo que pueda.

—Bien —dijo Pearl, y se puso otra vez a subir con determinación.

Le resultó mucho más fácil que antes, porque la espoleaba la ira. Ira hacia Jerónimo y sus lealtades equivocadas, ira hacia el Mackamack, ira hacia todo lo que les había ocurrido en aquella isla horrible. Conteniendo las lágrimas, se obligó a seguir subiendo, poco a poco, hasta que, diez largos minutos después, se encaramó por el borde del pozo y se quedó tumbada en el suelo, jadeando. Cerró los ojos: aquella era una de las cosas más difíciles que había hecho en su vida. Se levantó con esfuerzo y, de pronto, recordó la mochila, que seguía llevando a la espalda. Estaba intacta. Bien. ¿Y ahora qué? Regresó por la cornisa que discurría junto a la roca, volvió a internarse en el laberinto y miró angustiosamente a su alrededor. Las sombras ya habían comenzado a alargarse y estaba atardeciendo. De algún modo, tenía que llegar a los árboles que había al otro lado de las piedras, pero todo le parecía igual.

—Jerónimo! —gritó. Los insectos enmudecieron—. Jerónimo!

No obtuvo respuesta. Estaba tan enfadada que quería chillar. Si volvía a ver al muchacho, lo mataría con sus propias manos, eso seguro.

—Jerónimo!

Nada. Por primera vez en mucho tiempo, notó lágrimas escociéndole en los ojos cuando su enfado se trocó en frustración... probablemente, jamás encontraría una salida. El laberinto era demasiado grande, y el volcán... Al día siguiente todo aquello

desaparecería para siempre. Se enjugó las lágrimas con enfado. Todo era culpa suya. Pero tenía que hacer algo. Y deprisa. Echó a correr por el primer pasadizo, dobló a la izquierda, luego a la derecha y, después, de nuevo a la derecha. ¿Era aquel el camino? Girando otra vez, se encontró en un pasadizo largo y recto y, de pronto, vio algo que venía hacia ella desde el otro extremo. Era un hombre cargado con una mochila. Se detuvo. No la había visto. ¿Debía dar media vuelta y echar a correr? Quizá... quizá no. El hombre era delgado, iba sudado y lo seguía un muchacho...

Tom volvió a escupir en la oscuridad. Algo grande le estaba caminando por la barbilla. Tenía los dedos de las manos y los pies tan entumecidos que ya no los sentía; sabía que estaban allí, en algún lugar, pero parecían pertenecer a otra persona. Lo único que oía era el débil zumbido de alas de insecto y el rumor de agua circulando muy por debajo de él. En la oscuridad, los sonidos parecían casi agradables, como una pradera en un caluroso día estival. Le adormecían los sentidos y le impedían pensar en que había caído en alguna clase de trampa. ¿Cómo funcionaba? Puede que el agua fuera parte de ella. A lo mejor tenía que quedarse allí colgado como cebo y caer luego al agua para terminar bien limpio. Pero ¿de qué era el cebo? Se estremeció y sopló para quitarse otro escarabajo de la barbilla. No quería pensar en ello. Se negaba a pensar en ello...

Y aquello le estaba resultando más fácil a cada momento. El fragante olor y el agradable sonido del agua corriendo, la oscuridad... lo estaban adormeciendo. Después de todo, estaba exhausto. ¿Por qué no echar una cabezada? Poco a poco, notó que se le cerraban los ojos y comenzaba a replegarse sobre sí mismo. Ya no era consciente de que los dedos se le estaban quedando sin fuerzas ni de que los talones se le habían relajado y había empezado a resbalar hacia la aterciopelada oscuridad... arriba, abajo, ya no sabía cuál era cuál; le daba lo mismo. Se quedó dormido, apoyado en la pared con los brazos extendidos.

Y, de no haber estado tan profundamente dormido, habría notado que un pequeño escarabajo gris se le encaramaba a la sucia camiseta, subiendo y bajando con cada una de sus respiraciones. Se habría deshecho de aquella insistente criatura cuando le subió por el cuello hasta el borde de la oreja. El escarabajo le habría hecho cosquillas con sus patas diminutas al bajarle hasta el oído y adentrarse en su aterciopelada oscuridad y, más adelante, él habría intentado quitárselo cuando le entró en el oído medio. Tal vez habría incluso notado que ponía un huevecillo blanco en aquellas acogedoras tinieblas, antes de volver sobre sus pasos y salir. Y, más adelante, en mitad de la noche, cuando la minúscula larva gris eclosionó y comenzó a internarse ciegamente en su oído medio, impulsada por el instinto, quizá habría notado sus dientecillos escarbando el blando cartílago y abriéndose paso hasta los rincones más recónditos de su cerebro, dejando una fina estela de hongo que despertó neuronas que llevaban miles de años en estado latente...

Pero no lo hizo.

En vez de eso, fue vagamente consciente de otra parte de su sueño. Estaba

colgado de algún lugar y unos fuertes brazos lo habían izado. Le habían restregado la cara con algo húmedo y lo habían subido a una plataforma construida en un árbol. Era de noche. La luna brillaba. ¿Brillaba la luna? No lo sabía. Quizá sí.

Mi vida de escarabajo

—¿Hola?

Silencio.

—Hola.

—Oh.

Tom abrió los ojos. Por alguna razón, el aire era negro y estaba lleno de líneas azul plateado que se movían despacio como tentáculos.

—¿Hola?

La voz era lejana. ¿Qué era aquello? Tom miró las líneas. Se encontraba dentro de ellas y parecían una retícula tridimensional.

—¿Eres tú?

Pero ¿qué era aquella voz? Conocía aquella voz. Volvió a cerrar los ojos. Entonces vio una ola. Una ola roja, viniendo hacia él en la oscuridad, con espuma naranja y amarilla en la cresta. Su primer impulso fue esconderse, pero la ola ya se había encabritado como un caballo y había caído sobre él, atronándole en los oídos. Estaba caliente, le hacía cosquillas...

pero, por alguna razón, no le daba miedo... la ola era cálida y reconfortante, y él no podía dejar de sonreír... se sentía tan pequeño ante ella, y lo había acunado como a un bebé... quería otra...

—Tom... tienes que despertarte.

Otra vez aquella voz insistente. Una mano en su hombro. Algo se estaba interponiendo entre él y la próxima ola... la veía acercándose... el horizonte negro se estaba tiñendo de naranja y amarillo... «ya viene, ya...».

De pronto, notó un fuerte golpe en la cara.

—¡Ay!

Abrió los ojos, aturdido. Delante de él, había sentado un reluciente escarabajo, con la cabeza envuelta en un velo negro. Sus brillantes ojos negros lo miraban con curiosidad.

—¡Ahh!

—¡Basta! —gritó el escarabajo—. ¡Soy yo!

Otra bofetada, esta vez en la otra mejilla.

—¿Tú? —susurró Tom con nerviosismo, cuando el escarabajo le tocó la cara con sus largos palpos negros—. ¿Quié— quién eres tú?

—¡Tú sabes quién soy!

El escarabajo lo miró y, de pronto, ya no era un escarabajo. Era don Gervase, observándolo con sus indolentes ojos amarillos.

—Pero...

Entonces volvió a transformarse, esta vez en Ern Rainbird, quien echó la cabeza hacia atrás y se puso a reír... y, mientras se reía, se le alargó la nariz, le creció pelo en la cara y se convirtió en el mamut del museo...

—¡Para! —gritó Tom.

—¿Parar qué, loco? —preguntó tío Jos, riéndose a carcajadas—. Esto es demasiado.

—Esta vez te has pasado —intervino su madre, que, de pronto, estaba sentada al lado de tío Jos. Tenía cuerpo de escorpión.

—No, por favor...

Tom cerró los ojos con todas sus fuerzas para ahuyentar aquella pesadilla. Pero la retícula plateada seguía allí, reluciendo. Respiró hondo y, cuando volvió a abrirlos, vio a Pearl, mirándolo con preocupación a la luz de la luna. Había un hombre arrodillado junto a ella.

—¿Qué ha pasado? —susurró Pearl—. Has estado gritando.

—No... no lo sé —farfulló Tom, con la cara empapada de sudor—. Creo... creo que ha pasado algo. —Por alguna razón, le picaba el oído y, al rascárselo con brusquedad, encontró vestigios de savia negra en su dedo y los restos de algo pequeño y gris.

—¿Qué es eso? —gritó Pearl, mirándole el dedo.

El hombre arrodillado junto a ella se puso las patas y los élitros de la criatura en la mano y los examinó con detenimiento.

—Si no me equivoco, son los élitros de un escarabajo escarbador. Esa savia los atrae y los hay a miles en ese agujero.

—¿Un escarabajo escarbador? —Pearl se quedó petrificada al caer en la cuenta—. ¿Está... está totalmente seguro?

El hombre asintió con gravedad.

—Mal asunto.

Pearl miró a Tom, horrorizada.

—Eso significa... ¿significa eso que lo han...? No. —Negó con la cabeza—. ¡No!

Tom la miró, atontado. Entonces, notó un dolor punzante en la cabeza, como un disparo. Se la apretó frenéticamente con las manos, el dolor era casi insoportable... Algo le estaba sucediendo dentro del cráneo, en un que no se podía rascar... Quería sacárselo, arrancárselo, pero ¿cómo?

Jadeando, cerró los ojos con fuerza y vio una pálida línea que se extendía a lo largo del negro horizonte. Primero naranja, luego amarilla, como una cuerda elástica hecha de miel... Allí venía la próxima ola, rodando hacia él, suave, cálida y reconfortante...

Pearl se inclinó y le miró el oído. Un fino rastro de sangre seca era la única prueba de la funesta incisión de la larva de escarbador.

—Pero... pero ¿no podemos hacer nada para parar esto? —susurró con impaciencia.

Tom dejó que la cálida ola rompiera sobre él y, pese a su embotamiento, recordó lo que August le había dicho aquella neblinosa mañana. De forma involuntaria, se

llevó la mano al cuello y palpó el pequeño huevo de plata que llevaba colgado de él.

—Huevo —murmuró. Pearl lo vio toqueteando el pequeño objeto plateado.

—¿Qué pasa?

—Dentro —susurró Tom—, hay varias larvas... creo... creo que tengo que comerme una. —Cerró los ojos. Las punzadas de la cabeza lo estaban matando.

—¿Hay una larva dentro del huevo plateado que llevas en el cuello? —repitió Pearl con urgencia—. ¿Y tienes que comértela?

Tom asintió débilmente con la cabeza.

—Antídoto. Contra el escarabajo escarbador. —Parpadeó con fuerza mientras el sudor le corría por las sienes—. Me lo dio August Catcher.

—¿August Catcher? —repitió el hombre oculto entre las sombras. De pronto, su tono había cambiado—. ¿Conocéis a August Catcher?

—Acabamos de estar con él...

—¿Os dijo qué es?

Pearl negó angustiosamente con la cabeza.

—Yo no sabía nada.

Algo plateado que pendía de una cadena brilló ante los ojos de Tom y se transformó de inmediato en un escorpión blanco, luego en un gusano, después en un caballo plateado y, por último, se dividió en centenares de cuchillos de acero, apuñalándole la cabeza... Cerró los ojos con fuerza. No iba a poder soportarlo durante mucho más tiempo... Otra fuerte bofetada ahuyentó las visiones y él abrió los ojos, indignado.

—¿Qué está haciendo?

—Ten calma, Tom —dijo el hombre en tono tranquilizador, abriendo rápidamente la cápsula—. Esto va a ayudarte.

Tom miró la silueta del hombre.

—¿Quién es usted?

Pearl contuvo un grito.

—Oh, Dios mío... —susurró, tapándose la cara con las manos—. ¿Qué... qué son?

—Larvas de *Lapastus* —respondió el hombre con urgencia.

—Pero no puede... no puede comerse eso... Es demasiado... es...

—¡Cállate! —ordenó el hombre—. Venga, Tom, ¿quieres que...?

—Lo haré yo —gruñó él, parpadeando con fuerza—. Démelo.

—Muy bien —respondió el hombre, y Tom notó que le ponía una untuosa larva entre los dedos—. Pero no debes mirar.

Tom notó la criatura retorciéndosele entre los dedos y, con los ojos bien cerrados, se la llevó a la boca. Pero no pudo resistirse a echar un vistazo al ser gordo y gris con una greñuda cabeza rubia.

—Hola, hijo —dijo su padre—. No te me vas a comer, ¿no?

Tom cerró los ojos y negó con la cabeza.

—Por favor, ayúdame —susurró, y se llevó la larva a los labios.

—Yo no puedo ayudarte, nadie puede —dijo la larva, hablando esta vez por sí misma—. Ya es demasiado tarde, ¡ja, ja! Ja, ja! Ja, ja, ja!

Tom la miró y la vio riéndose, separando sus brillantes labios rosa. Ahora, el sudor estaba rodándole por las mejillas y le temblaban los dedos. Volvió a notar un dolor punzante en la cabeza y tuvo la sensación de que le estaban hincando alambres candentes en el cráneo... August tenía razón, aquello era demasiado difícil.

—Tom, tienes que comértela ya, ¿lo entiendes?

El asintió lo mejor que pudo.

—¡Hazlo ya!

Pero otra ola roja venía hacia él, cobrando velocidad... tan suave, tan hermosa... ¿era realmente necesario que se comiera aquella cosa asquerosa? De pronto, se metió la larva en la boca y notó cómo se le retorcía en la lengua. La aprisionó entre los dientes como una nuez...

. «No pienses no pienses no pienses no...».

Mordió fuerte y notó que el cuerpo pulposo reventaba. De inmediato, la boca se le llenó de carne pegajosa y ácido. Con toda su fuerza de voluntad, tragó varias veces... y, cuando hubo terminado, le pusieron una botella de agua delante y él bebió sin parar, intentando quitarse el gusto. Y entonces... ya no estaba. La larva ya no estaba... lo había conseguido...

—Bien hecho, Tom —susurró el hombre—, bien hecho. Ahora tómate esto, deprisa —dijo, poniéndole algo oscuro en la mano. Aturdido, Tom miró primero al hombre y luego el trozo de chocolate y, al instante, perdió el conocimiento.

Más tarde, Tom se despertó. Parecía estar en algún tipo de plataforma en la copa de un árbol. Abajo, el laberinto de rocas rojas se extendía ante él bañado por la luna. Con mucha cautela, se pasó los dedos por la cabeza y le alivió descubrir que las fuertes punzadas habían desaparecido y, con ellas, la reluciente retícula de tentáculos azules que lo había dominado todo. Solo las sienes seguían latándole, vagamente, y, al cerrar los ojos, percibió aún aquel débil resplandor rojo en el horizonte. De algún modo, aquella horrible larva de escarbador debía de haber comenzado su temible labor. Pero le habían parado los pies.

—¡Chas, chas!

Oyó un ruido y, al volverse, vio un monito carinegro intentando meterse en la mochila.

—¡Fuera! Vete —bufó una voz.

El mono miró arriba. Luego siguió, con descaro.

—¡Fuera!

Un zapato voló por los aires y cayó a los árboles.

—¿Te encuentras mejor?

Tom alzó la vista y vio un hombre enjuto y moreno sentado en la horcadura del árbol justo por encima de él. Era el mismo de antes, pero solo ahora que ya no tenía

visiones lo veía tal como era. Llevaba el pelo negro engominado y peinado hacia atrás y tenía la mirada viva e inquieta. A la luz de la luna, le recordó a un galán de cine antiguo que hubiera naufragado en una isla desierta.

—Toma más chocolate —dijo con una sonrisa y, cortándole una generosa porción, se la pasó.

—Gracias —farfulló Tom, paladeando el sabor dulce que le inundaba la boca, reanimándolo. El hombre lo observó mientras comía.

—Una sensación extraña, ¿verdad? —dijo, por fin.

—¿Cuál?

—Lo que te acaba de pasar. Las líneas azules, surcadas de retículas. Los cambios de formas y, luego, esas pulsaciones doradas que vienen hacia ti como si fueran olas. Olas que pueden llevarse el terrible dolor. Es una sensación extraña, ¿no crees?

—Supongo —dijo Tom, encogiéndose de hombros. Ahora que lo pensaba, había sido exactamente así—. Pero... ha funcionado, ¿verdad? O sea, no soy... no me han...

—¿Convertido, a falta de una palabra mejor?

El hombre lo escrutó antes de saltar a la plataforma.

—La larva de *Lapustus* contiene uno de los venenos más fuertes del mundo. Tribus remotas del Amazonas la utilizan para expulsar a los demonios y los chamanes se la comen para acelerar sus viajes a otros mundos... combate el veneno con veneno, el fuego con fuego. Lo único que podemos esperar es que August estuviera en lo cierto.

El hombre se acuclilló y volvió a ponerle en el cuello la cadena con el huevo de plata.

—Eres un chaval con mucha suerte —dijo, sonriendo—. Quédate esto como recuerdo.

—Entonces, usted es...

—Nick Zumsteen. Buena deducción. Jerónimo ha venido a buscarme. Yo venía hacia aquí para recoger mis cosas por lo que ha pasado esta mañana, porque sospechaba que el maremoto podía ser solo el principio. Y me alegro muchísimo de haberlo hecho, con lo que me ha contado tu amiga.

Tom miró el lugar donde Pearl estaba dormida en el suelo y se rascó la cabeza, desconcertado.

—Pero creía... Creía que Jerónimo nos había...

—¿Traicionado? —Zumsteen sonrió—. Lo ha hecho, pero solo brevemente. Es muy leal a su isla y no podéis culparlo por hacer lo que dice el Mackamack. Ese hombre es un déspota que aterroriza a su tribu con maldiciones y hechizos y Dios sabe qué más. Jerónimo solo se ha dado cuenta de cómo es en realidad después de que lo haya enviado a esa sima infernal.

—Entonces, ¿sabe qué son los escarabajos escarbadores?

Nicholas Zumsteen negó con la cabeza.

—Ni tampoco los escarabajos replicantes. Debe de haberlos a miles ahí abajo. Nunca he visto tantos. Es de ahí de donde los saca el Mackamack.

Vagamente, Tom recordó algo que Jerónimo había dicho en el pozo aquella tarde. Pero parecía que hiciera casi una eternidad.

—Y utiliza los escarabajos... ¿para curar a la gente?

—El Mackamack es el hechicero, ¿no? Créeme, Tom, en Tithona, todos continúan siendo muy supersticiosos. Si alguien se pone enfermo, llaman al Mackamack y él se saca de la manga un escarabajo escarbador. Se lo mete en el oído, o en la nariz, y le dice que se recuperará. Pero nosotros sabemos qué pasa luego, ¿no? Se lo he explicado todo a Jerónimo.

—Entonces, ¿está... de nuestra parte?

—Yo diría que sí.

—¿Y dónde está?

—Bueno, dado que el Mackamack utilizó escarabajos escarbadores para curar a los padres de Jerónimo y a dos de sus hermanas pequeñas, tiene un asunto personal que resolver con él. Intento no inmiscuirme.

Tom se quedó callado, intentando asimilarlo todo. Le remordía la conciencia haber juzgado a Jerónimo con tanta dureza.

—Pearl me ha estado contando vuestras aventuras —continuó Zumsteen— y también me ha dicho dónde estáis intentando ir. Un destino interesante.

—¿Scarazand?

Zumsteen sonrió con curiosidad y se rió.

—¿Ha estado?

—Una vez, cuando era... pero debo tener mucho cuidado, igual que tú, Tom, con lo que digo y con lo que no. Hay muchos chismorreos. Hablar por hablar cuesta vidas.

Tom no estuvo muy seguro de a qué se refería.

—Entonces, ha estado.

—Quizá sí, quizá no —respondió Zumsteen, con un asomo de irritación—. No importa dónde haya estado, sino, más bien, adonde voy. Eso es lo que importa.

Zumsteen se dio la vuelta y, arrastrando su mochila por el suelo, comenzó a cerrar todos los bolsillos, apretando las correas al máximo. Tom lo observó en silencio. Fuera lo que fuera Zumsteen, sin duda alguna era enigmático.

—¿Así que conoce a August? —preguntó—. ¿Y a sir Henry?

—Por supuesto —respondió él—. Estuvimos todos aquí hace unos años en una expedición. August tiene un talento extraordinario y estoy seguro de que volveré a darle trabajo. De hecho, he visto un espectáculo increíble esta misma mañana que me gustaría que inmortalizara. Era casi bíblico.

Tom sonrió para sus adentros: de manera que el hombre de la calle era Nicholas Zumsteen. Y entonces recordó otra cosa: ¿No tenía Nicholas Zumsteen que fallecer en el volcán?

—¿Y adonde va ahora? Es decir, para escapar de lo que va a pasar mañana.

—Hay un barco esperándome —respondió él, con calma—. Lemon me bajará en el camión. Ya está esperando. Y, por suerte, no tengo mucho equipaje, porque ya he enviado casi todas mis cosas a mi mujer, que vive en Inglaterra. Todo lo que queda es lo estrictamente necesario.

Como si quisiera recalcar aquel último comentario, Zumsteen alzó el brazo y cogió dos revólveres y una caja de munición de una rama. Abriendo uno y luego el otro, los cargó y los metió en la mochila con mucho cuidado. Luego se levantó y, después de quitar una orquídea del tronco del árbol, rebuscó en el hueco que tapaba y extrajo varios saquitos alargados de yute.

—Vaya por Dios. —Se rió con nerviosismo cuando uno se le cayó y una cascada de lo que parecían perlitas blancas se esparció por todo el suelo—. No puedo perder ninguno de estos pequeñines.

Se puso rápidamente de rodillas y comenzó a recogerlos.

—¿Qué son?

—El fruto de mi arduo trabajo. He tardado casi dos años en reunirlos, razón por la cual —metió el último en el saquito con delicadeza— no puedo dejar que se me pierda ninguno.

—¿Son huevos?

—Algo parecido —respondió Zumsteen, sonriendo—. Desde luego, son endémicos de estas islas y algún día serán muy importantes.

Cada vez más fascinado, Tom lo observó mientras metía los saquitos en su mochila, procurando no aplastarlos. Aquel hombre enjuto y nervioso tenía un aire muy extraño y Tom comenzó a preguntarse si no sería... uno de ellos.

—¿Y por qué ha decidido ayudarnos, si me permite la pregunta?

Zumsteen se levantó y se cargó la pesada mochila a la espalda.

—Porque —resopló, colocándosela bien—, teníais serios problemas. Y si yo no... bueno, no podía permitir que pasara eso. Me creas o no, Tom Scatterhorn, sé que vamos a volver a vernos, tú y yo.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Yo viajo un poco, como haces tú —dijo, asegurándose de que Tom comprendía a qué se refería—. Y resulta que sé que un día, tú... —Se interrumpió—. Digamos únicamente que favor con favor se paga. Quería presentarme. Poner cara a un nombre, eso siempre viene bien. Además, sé que tengo fama de ser un tarambana y es posible que oigas historias increíbles sobre mí. Créetelas, o no; tú decides —dijo, con un amago de sonrisa—. Pero, en serio, Tom, tú y yo vamos a necesitarnos un día. Cuando a ese ridículo aspirante se le suban tanto los humos que amenace con arrojarnos a todos al abismo. —Le lanzó una mirada interrogante—. Creo que sabes de quién estoy hablando.

La cabeza de Tom era un hervidero. ¿Podía ser...?

—¿Don Gervase Askary? —preguntó, sin poder contenerse.

—¿Es así como se hace llamar hoy en día? —dijo Zumsteen con desdén, sentándose en el borde de la plataforma y balanceando las piernas.

—¿Así que lo conoce?

Zumsteen echó la cabeza hacia atrás y se rió. Parecía que aquello lo divertía inmensamente.

—Muchísimo mejor de lo que podrías llegar a imaginarte, Tom. Razón por la cual me voy a un sitio donde nunca me atrapará. Un sitio donde no hay nada en absoluto. Nada de nada: solo nieve, piedras y hielo.

—¿El Antártico?

—O el Ártico —dijo Zumsteen, sonriendo—. Es mejor para ti que no lo sepas, pienso yo. De esa forma, si algo pasa, bendita es la ignorancia, ¿no? *Auf Wiedersehen*.

Se dio la vuelta y bajó a la rama inferior.

—¡Espere! Por favor.

Nicholas Zumsteen se volvió, asomándose a la plataforma. —¿Sí?

Tom se devanó los sesos, intentando pensar en todas las cosas importantes que necesitaba preguntarle.

—¿Hay... hay algún consejo que pueda darnos sobre cómo ir a Scarazand? ¿Algo que deberíamos saber?

—¿Algo que deberíais saber? —repitió Zumsteen, con aire pensativo—. Hum. Creo que tenéis todo lo que necesitáis en esa mochilita vuestra. Basta con que bajéis a las cuevas y luego, si no os importan las sorpresas ni las cosas raras, ni que os den sustos de muerte, lo cual veo que no os importa, entonces, es probable, es posible, que vaya bien. Pero aun así —se quedó callado y lo miró, los claros ojos azules centelleándole bajo la luna—, supongo que siempre hay una pregunta que me hago antes de ir a un sitio peligroso, que tú quizá quieras tener presente.

—¿Cuál es? —preguntó Tom, esperando que le diera alguna información crucial.

—¿Es mi viaje estrictamente necesario? Es una buena pregunta —dijo Zumsteen, manteniéndole la mirada—. Porque, en ese caso, estaré interesadísimo en saber cómo... en fin —sonrió con aire cómplice—. He dicho más que suficiente, y el tiempo aprieta. Aún quedan tres horas para que amanezca ¡y todos sabemos qué pasará entonces! Adiós, Tom Scatterhorn. Mucha suerte.

Y, con un gesto de despedida, se marchó. Tom oyó las lianas moviéndose y crujiendo por debajo de él y, luego, solo silencio. Nicholas Zumsteen había desaparecido tan misteriosamente como había llegado. Tom se quedó escuchando el zumbido de los insectos y observando las sombras. Así que aquel era el famoso Nicholas Zumsteen, el hombre que había desaparecido según la versión oficial, y ahora también el hombre que le había salvado la vida. Y era evidente que un día querría algo a cambio. Pero ¿qué?

—Pearl, despierta.

Nada. Pearl estaba profundamente dormida en una estera, con la cara casi tapada

por su espesa cabellera negra. Tom volvió a moverle el hombro.

—Pearl.

Ella abrió los ojos, adormecida.

—¿Qué pasa?

Y entonces parpadeó y volvió a mirar la sombra inclinada sobre ella.

—¿Tom? Tom, ¿estás bien?

—Eso creo. —Tom sonrió—. Aún me siento un poco raro, pero... sí, estoy bien.

Pearl se sentó y lo miró con atención.

—¿En serio? Entonces, ¿ha funcionado?

Tom asintió con la cabeza. De vez en cuando, seguía oyendo una vibración, como un motor distante, pero, aparte de eso, se sentía igual que siempre.

—Sí.

Pearl sonrió y, justo después, le echó los brazos al cuello y lo abrazó con fuerza. Tom notó que se ruborizaba mientras tenía el rostro enterrado en la espesa cabellera de Pearl.

—Lo siento —dijo ella, apartándose, un poco azorada—. Vaya alivio ver que estás bien. Me sentía fatal por que te hubiera tocado a ti y no a mí.

Tom solo pudo sonreír mientras sentía una confusa mezcla de sentimientos.

—Podría haberle tocado a cualquiera de los dos —murmuró.

—Lo sé, pero... —Pearl se encogió de hombros—. Bueno, estoy contentísima.

Se quedaron sonriéndose durante una milésima de segundo antes de que Tom acabara bajando la mirada, con las mejillas ardiéndole. Acababa de suceder algo y no terminaba de saber qué.

—Deberíamos irnos —dijo, cogiendo la mochila con brusquedad.

—Claro —dijo Pearl asintiendo con la cabeza, tan aliviada como él de retomar el asunto que tenían entre manos. Empezó a anudarse las deportivas.

—Zumsteen se ha ido a coger un barco. No ha querido decirme dónde.

Pearl no pareció sorprendida.

—A mí tampoco me ha contado mucho —dijo—. Un hombre extraño, ¿no crees? No he podido decidir si es... ya sabes, uno de ellos.

—Yo tampoco —admitió Tom, animado de ver que Pearl había pensado exactamente lo mismo—. Pero me ha salvado la vida.

—Y también me ha enseñado un atajo para bajar a las cuevas —añadió Pearl, levantándose—. ¿Te acuerdas del sitio de los grabados que nos ha enseñado Jerónimo? Justo a la izquierda hay unas escaleritas. Se baja por ahí.

—Pero ¿cómo vamos a encontrarlo?

Pearl se acercó al borde de la plataforma.

—Mira abajo.

Tom se puso a su lado. Desde aquella altura, vio lo que parecían líneas fluorescentes garabateadas en las paredes de las rocas rojas, refulgiendo bajo la luna.

—¿Las líneas?

—Escarabajos cambiantes —respondió Pearl—. Es una especie de caucho pegajoso que segregan en las patas. Solo se ve de noche. —Señaló un gran manchón blanco fluorescente alrededor de una roca pequeña próxima al centro.

—Ese es el sitio. Justo ahí.

Por un momento, Tom se quedó maravillado con aquellos garabatos. Era como mirar una ciudad de noche desde arriba.

—¿Y te ha dicho si ha bajado alguna vez?

Pearl negó con la cabeza.

—Ha sido bastante misterioso con respecto a eso, como si estuviera ocultando alguna cosa. Que es lo que me ha hecho pensar que... ya sabes.

Tom asintió con determinación.

—Bueno, supongo que deberíamos fiarnos. Y ahora ya no importa. Dudo que volvamos a verlo.

—No. Supongo que no.

Se sentaron al borde de la plataforma, bajaron las piernas y, uno tras otro, se deslizaron hasta el suelo por las largas lianas.

—¡Caray! —resolló Tom, cuando llegaron abajo—. ¿Me ha cargado hasta ahí arriba?

—Con un poco de ayuda —respondió Pearl, sonriendo—. Esto está muy bien escondido, ¿verdad? Era la guarida secreta de Zumsteen. Nadie sabía que existía salvo Jerónimo.

Pearl volvió sobre sus pasos por un tortuoso sendero surcado de resbaladizas raíces que descendía a una cueva hasta llegar a la parte posterior de una pequeña cascada.

—¿Y también por aquí?

—Pues claro —respondió Pearl—. Es la única entrada. No podíamos dejarte, ¿no?

—Supongo que no —murmuró Tom, un poco avergonzado por todas las molestias que había causado.

—Al otro lado hay una charca y, luego, volveremos a estar en el laberinto. —Pearl lo miró y sonrió—. Oye, tendrías que estar agradecido.

—Lo estoy, de verdad.

—Pues andando —dijo Pearl y, poniéndose la mochila delante y apretándosela contra el cuerpo, cruzó la cortina de agua—. ¡No pasa nada! —gritó y, poco después, Tom estaba a su lado, empapado y respirando de forma entrecortada.

—Una ducha fría. Magnífico.

—Te curte —dijo Pearl, sonriendo.

—Ah, ¿sí? —farfulló él—. Yo ya estoy bastante curtido, muchas gracias.

Pearl se rió.

—Pues andando, gallito.

Después de cruzar la charca poco profunda, volvieron a entrar en el laberinto y,

siguiendo los rastros fluorescentes, pronto se encontraron delante de un pequeño hueco triangular flanqueado por dos pedruscos.

—Es por aquí, supongo —dijo Tom, mirando el amasijo de líneas fluorescentes que se perdían en la oscuridad.

—Eso ha dicho él.

Por un momento, se quedaron mirando la entrada sin decir nada. De algún modo, pensar en estar allí, delante del agujero que iba a conducirlos a Scarazand, era desconcertante. Habían tardado mucho en llegar allí y, no obstante, seguían sin tener la menor idea de qué esperar. Tom encendió su linternita y alumbró la oscuridad con esperanza de ver alguna cosa. El haz de luz era tan débil que apenas sirvió de nada.

—Oh, mira, tenemos que coger uno de esos —dijo Pearl, al ver un escarabajo cambiante de color rojo que se estaba encaramando a una piedra roja, dejando un débil rastro fluorescente tras de sí—. Para la pluma, ¿recuerdas?

Tom casi había olvidado la sugerencia de August.

—Vale —dijo—. ¿Tienes algo donde poder meterlo?

Pearl depositó la mochila en el suelo y hurgó en ella hasta encontrar una cajita de papel.

—Gracias —dijo Tom, cogiéndola. Con mano experta, la colocó delante del escarabajo y lo metió dentro empujándolo delicadamente con la yema del dedo.

—Ya lo habías hecho antes —observó Pearl, impresionada.

—Lo he hecho muchas veces —corroboró Tom, metiéndose la cajita en el bolsillo—. De hecho, todas las vacaciones de verano desde hace un montón de años.

—Sabía que me vendrías bien —dijo Pearl, sonriendo—. Llevas los escarabajos en la sangre.

—Gracias —dijo él, sonriendo con sarcasmo.

—No lo decía en ese sentido.

—Lo sé.

Tom se volvió para echar un último vistazo al laberinto y los árboles bañados por la luna. No quería que Pearl advirtiera lo nervioso que estaba. Le preocupaba encontrar a sus padres, le preocupaban los latidos apenas audibles que sin embargo seguía oyendo en algún rincón de su cabeza y, sobre todo, le preocupaba bajar por aquel agujero y no regresar jamás. Respirando hondo, se impregnó de todos los olores y sonidos de la selva.

—Tenemos que ponernos en marcha —dijo Pearl, esperándolo al borde del agujero.

Tom asintió con la cabeza y, justo cuando daba un paso hacia ella, algo pequeño y negro pasó como un rayo por delante de él y se posó en una rama, gorjeando a todo pulmón. Un pájaro... parecía una golondrina. Claramente agitada, la golondrina alzó el vuelo y trazó otro círculo alrededor de la cabeza de Tom.

—¿Es amigo tuyo? —preguntó Pearl, desconcertada por la motita negra que revoloteaba velozmente a su alrededor. Tom la observó mientras zigzagueaba por

delante de ellos: era obvio que estaba intentando decirle algo. ¿Podía ser aquella la golondrina que el águila había enviado para que velara por él? Pensar en que cabía esa posibilidad bastó para levantarle el ánimo y, de repente, descubrió que no podía dejar de sonreír. A lo mejor salía todo bien, después de todo.

—¿Listo? —preguntó Pearl.

—Por supuesto —respondió él y, con una sonrisa radiante, encendió su linterna y se internó en la oscuridad. Pearl lo miró sorprendida y volvió a fijarse en la golondrina, que seguía revoloteando y piando. ¿Qué estaba diciendo? ¿Qué sabía? De forma inconsciente, se pasó la mano por la cinta verde de algodón que llevaba atada a la cintura y palpó el bultito... seguía allí. La golondrina la estaba vigilando.

—¿Pearl? —dijo Tom, su voz ya lejana y resonando en la oscuridad.

—Ya voy —respondió ella y, sin volver la vista atrás, lo siguió.

Dentro del abismo

La cortina de oscuridad lo envolvía todo.

—¿Tom?

La voz de Pearl parecía lejana, pero de hecho estaba muy próxima, y Tom notó que buscaba su mano a tientas y se la cogía con fuerza.

—Lo siento, pero es que no veo nada.

—Yo tampoco —respondió él, advirtiendo que el débil haz de su linterna apenas hacía mella en la oscuridad—. Vayamos muy, muy despacio.

Juntos, bajaron los escalones de lado y, después, siguieron el amasijo de líneas fluorescentes alrededor de un pedrusco. Ya hacía rato que la luz de la pequeña abertura superior había desaparecido y, por delante de ellos, todo estaba sumido en la negrura. Podría haber un precipicio, o ser terreno llano: no veían nada más allá de las fluorescentes estelas del suelo. Solo un goteo reverberante les indicaba que estaban en una espaciosa cámara subterránea.

—¡Oh!

Pearl retrocedió cuando rozó con la mano algo que cayó ruidosamente al suelo, haciéndose añicos.

—¿Qué es?

—Una calavera —respondió Tom, enfocando con la linterna el delicado borde de una cuenca ocular—. De una rata enorme, parece, o de una zarigüeya.

—¡Puaj! —exclamó Pearl—. ¿Qué está haciendo aquí?

—Alguien la ha dejado como señal, mira —respondió Tom, enfocando con la linterna más calaveras blancas que se perdían en la oscuridad—. Creo que deberíamos seguirlas.

Armándose de valor, volvieron a ponerse en camino, siguiendo con cautela la fantasmagórica línea de calaveras que discurría entre pedruscos y bordeaba barrancos hasta que, por fin, se encontraron con una enorme piedra lisa que les cerraba el paso. Allí terminaban las líneas fluorescentes: parecía que la piedra se las hubiera tragado.

—¿Acaba aquí?

—No puede ser —dijo Tom, acuclillándose—. No, hay un hueco. Lo estoy tocando.

Pearl se arrodilló y vio que Tom tenía razón. La enorme piedra se ahusaba hacia la base pero no tocaba el suelo. Se lo impedía una piedra no más grande que un balón de fútbol que estaba encajada debajo. Era como una guillotina enorme cuya caída hubiera quedado detenida por un guijarro. Pearl tragó saliva con nerviosismo.

—¿De verdad... de verdad crees que es por ahí?

—Creo que puede serlo —respondió Tom, que se había tumbado en el suelo y estaba mirando por la oscura ranura, al parecer no mucho más ancha que un buzón—. Hay otra calavera detrás.

Pearl miró la descomunal piedra negra que se erigía ante ellos, la cual, de repente,

le parecía sumamente inestable.

—No sé —farfulló—. ¿Y si se cae? O a lo mejor es una trampa, como el pozo.

Tom alzó la vista y, a la luz mortecina, vio lo asustada que estaba Pearl. Por supuesto, lo más probable era que tuviera razón: ¿Por qué tendría que haber algún lugar seguro allí abajo?

—Vale —dijo—. Necesitamos ver qué hay aquí dentro. Busca algo que pueda arder.

—¿Arder? Pero ¿cómo? No tenemos cerillas —adujo Pearl.

—De hecho, tenemos tres —dijo Tom, sacándose la cajita del bolsillo—. Me las ha dado sir Henry.

Pearl buscó a tientas en el suelo hasta dar con lo que le pareció un bastón.

—¿Qué te parece esto? —preguntó, alzando el bastón, que estaba tallado con intrincados motivos en forma de voluta—. Da un poco de lástima, pero...

—Es perfecto —dijo Tom, cogiéndolo y partiéndolo en pedacitos. La madera estaba sequísima y, con una sola cerilla, Tom no tardó en encender una pequeña hoguera.

—Caramba —exclamó Pearl, mirando arriba. La cueva era como una catedral y el techo estaba repleto de hermosas estalactitas que danzaban a la luz de las llamas.

—Este es el sitio correcto, sin duda —dijo Tom, alejándose de la lisa piedra negra. De la oscuridad emergieron dos ojos enormes y una nariz, esculpidos por encima de la pequeña abertura que formaba la boca. La gran piedra cuneiforme era ahora un rostro enorme que gritaba, con un caramelo entre los dientes.

—Parece la boca del infierno, ¿no?

—Hum. Esperemos que no lo sea —susurró Pearl—. Casi preferiría no haberlo visto.

Tom volvió a arrodillarse y comenzó a arrojar palitos ardiendo por la estrecha ranura. Apenas se veía nada de lo que había detrás, pero parecía que fuera otra cámara. Pronto, notaron un hedor acre a amoníaco.

—Huele fatal —dijo Pearl—. Tal vez tendríamos que...

—Chist —susurró Tom.

Se quedaron sentados en silencio y aguzaron el oído. Aparte de los crujidos de la madera, se oía otra cosa. Silbidos agudos, ¿o eran gritos?

—Son...

Tom no tuvo tiempo de terminar la frase, porque, al instante, oyeron un alboroto y, súbitamente, unas formas negras comenzaron a salir por la estrecha ranura, pasándoles por delante como proyectiles.

—¡Murciélagos! —chilló Pearl.

Había tantos que taparon la luz. Tom se quedó quieto, protegiéndose la cabeza con los brazos, mientras notaba millones de garras y alas diminutas rozándole la cara y el pelo, despeinándose en todas las direcciones. Los murciélagos continuaron saliendo en tropel, ahuyentados por las llamas y el humo, hasta que, después de lo

que pareció un siglo, ya no quedó ninguno. Tom abrió los ojos con cautela y, a la luz roja de las brasas, vio que Pearl estaba temblando.

—¿Se han ido? —susurró.

—Eso creo —respondió Tom, notando que un murciélago rezagado pasaba rozándole la cara.

Pearl cerró los ojos y respiró hondo.

—No me gustan nada los murciélagos. Nada de nada.

—No van a hacerte daño. Algunos incluso comen escarabajos.

—Ah, vale. Entonces no pasa nada —dijo Pearl, intentando sonreír—. Es que me ponen los pelos de punta.

—¿Voy yo primero, entonces? —preguntó Tom, mirando por el hueco los rescoldos que ya casi se habían apagado.

—Si no te importa.

Tom se tumbó boca abajo y, pegando la mejilla al suelo, metió la cabeza debajo de la piedra. Con cautela, comenzó a arrastrarse por el suelo para rodear la piedrecita que, de algún modo, la sostenía. Sabía que estaba bien encajada, pero, aun así, hizo todo lo posible por no tocarla, por si acaso... Retorciéndose y contorsionándose, sacó por fin la cabeza junto al montoncito de palos casi apagados del otro lado. Tenía los pantalones desgarrados y los codos en carne viva tras el esfuerzo, pero lo había logrado.

—He cruzado —resolló y, poniéndose de rodillas, echó a los rescoldos el palo que había llevado consigo. Sopló con fuerza hasta que se reavivó una débil llamita y, un momento después, Pearl había aparecido a su lado.

—Qué estrecho —observó, jadeando—. No he podido evitar pensar que esa piedra está puesta ahí a propósito.

—Lo sé —dijo Tom, encontrando otro palo en el suelo y echándolo al fuego—. Parece una puerta que han mantenido abierta, ¿no?

Pronto, había más llamitas blancas y Tom y Pearl pudieron ver más parte de la angosta cámara donde se hallaban. Había grabados en el techo y en las paredes, tortuosas hileras de personas y monstruos, pero no eran tan interesantes como los huecos excavados en ellas.

—¿Crees que es una cámara funeraria?

Desde luego, lo parecía. Tom cogió el palo más largo del fuego, se acercó al hueco más próximo y miró dentro. Bajo el montón de harapos y polvorientos collares, distinguió los apergaminados restos de un hombre, con la piel tirante y agrietada por el paso del tiempo.

—A lo mejor son hechiceros —susurró, dirigiéndose al hueco contiguo y viendo otro cadáver polvoriento con un intrincado collar de plumas alrededor del cuello.

—¿No ha dicho Jerónimo algo sobre eso? —dijo Pearl, acercándose a él—. Sí. Algo de que los antepasados bajaban aquí para hacer ofrendas al volcán.

Tom miró las hileras de macabras caras sonrientes y se estremeció. No recordaba

todos los detalles.

—Pues sean quienes sean, es evidente que llevan mucho tiempo aquí.

—Salvo, quizá, ese de ahí.

Pearl señaló una silueta oscura en un hueco del otro extremo—. Parece distinto, ¿no?

Sacando otro bastón sagrado de los delgados dedos de un hechicero, Tom lo añadió al que ya llevaba en la mano.

—Vamos a terminar mal si sigues haciendo eso —susurró Pearl, y solo bromeaba a medias—. ¿Por qué no utilizas la linterna?

—Prefiero verlas venir —respondió Tom, pareciendo mucho más audaz de cómo se sentía en realidad.

Juntos, cruzaron la cámara hacia el hueco donde yacía la oscura silueta.

—Esto no me gusta nada —susurró Pearl cuando estuvieron cerca del hueco y examinaron la forma que contenía. Allí, cubierto por una fina película de polvo, yacía el cadáver de un niño, ovillado como si estuviera dormido. Tenía el pelo azabache y la piel cetrina y sus raídas ropas pertenecían a otra época. Iba calzado con unas botitas negras de piel y llevaba un medallón acorazonado alrededor del cuello.

—Pero... pero es blanco —exclamó Pearl, temblándole la voz—. ¿Quién es?

Respirando hondo, Tom se inclinó sobre el cadáver y volvió el medallón con mucho cuidado. Había una pequeña inscripción en el dorso, pero estaba tan desgastada que solo distinguió dos palabras.

—Dorian Rust.

—¿Dorian Rust? —repitió Pearl.

Y entonces, bajo las capas de telarañas, Tom se fijó en que el niño tenía en su mano quebradiza los vestigios de un cuaderno y un lápiz. En la página había algo escrito. Con delicadeza, apartó las telarañas y comenzó a leer.

Y estos son mis postreros pensamientos. Este mundo es un lugar cruel y rezo para que el próximo me trate mejor. Ahora me voy. 23 de noviembre de 185...

El último número estaba oculto en un pliegue del papel. Tom se acercó más, casi tocando el cadáver.

—Nueve.

De pronto, se oyó un fuerte crujido y el niño rodó sobre la espalda.

—¡¡¡Ahhh!!!

Tom y Pearl chillaron al unísono y no pudieron evitar dar un respingo.

El niño había cambiado de postura. Ellos se quedaron en tensión, esperando, anticipando... nada. Nada en absoluto. El torso yacía boca arriba, separado de los brazos y las piernas, completamente inmóvil.

—Caramba. —Pearl exhaló sonoramente, aliviada—. Por un momento, he creído...

—Yo también —susurró Tom, con el corazón desbocado.

Al acercarse, vio de inmediato la razón de que el torso se hubiera movido. El pecho estaba partido por la mitad y dentro no había nada. No había huesos, ni órganos, nada. Dorian Rust era una mera carcasa hueca de piel quebradiza.

—Pero... ¿cómo es posible? —dijo Pearl, mirando boquiabierta la negra cavidad vacía.

Tom no respondió, pero la cabeza se le llenó de ideas; ya había visto algo parecido... don Gervase, su hija Lotus, ¿no habían dejado también ellos carcasas vacías al transformarse en escarabajos? Se estremeció. Lo habían hecho... él lo sabía.

—A lo mejor son todos así —susurró, mirando las hileras de cadáveres—. A lo mejor lo que pasa aquí abajo es eso. Se transforman, de algún modo.

—¿Se transforman en qué? —preguntó Pearl.

—En escarabajos.

Pearl lo miró como si estuviera loco.

—¿Escarabajos? Pero creía que los escarabajos escarbadores te infectaban el cerebro o que los escarabajos replicantes te copiaban. ¿Cómo es posible que un escarabajo viva... dentro de la piel de otra persona?

Tom miró el cadáver del niño. Parecía increíble, como algo sacado de una pesadilla, pero una pesadilla que ya se había hecho realidad.

—A lo mejor hay... otra clase, un parásito, que vive dentro de uno y, luego, cuando quiere, eclosiona...

—¿De verdad? —preguntó Pearl, casi incapaz de dar crédito a lo que decía Tom—. Hablas en serio, ¿no?

—He visto cómo pasaba —dijo Tom, estremeciéndose—. A don Gervase Askary. Pearl negó con la cabeza, horrorizada.

—Eso es repugnante.

—Lo sé —dijo Tom, asintiendo—. Lo fue.

—Y... si estas personas se han transformado en escarabajos, ¿dónde han ido?

—A lo mejor donde vamos nosotros —dijo Tom, paseándose por la cámara en busca de una salida.

No había nada obvio, y entonces advirtió que la pared del fondo estaba tapada por una pirámide de arena roja. En su cúspide, había un huequecito.

—¡Mira! —exclamó Pearl, señalando el lado más alejado de la pirámide—. Ahí hay otro.

Tom fue rápidamente hasta ella y vio un cuerpo caído en el suelo. Se le aceleró el corazón: las ropas pasadas de moda eran idénticas, el cabello oscuro, la piel cetrina...

—Son los gemelos que se perdieron, ¿verdad? —dijo Pearl con un hilillo de voz—. Los dos niños de los que nos ha hablado Jerónimo. Los hijos de los misioneros.

Pearl tenía razón. Dos niños, perdidos en el laberinto muchos años atrás... Allí era donde habían terminado. Atrapados en aquella cueva...

—Qué sitio tan horrible para morir —susurró Pearl.

Acercándose más, Tom advirtió que el niño estaba tendido en el suelo en una postura poco habitual. Tenía el cuerpo retorcido y los brazos extendidos, como si hubiera lanzado alguna cosa con ambas manos. Miró el agujero por el que habían entrado en la cámara: parecía estar alineado con él. De pronto, se le ocurrió una idea.

—¿Crees que fue él quien arrojó esa piedra debajo de la roca?

Pearl miró el agujero y, luego, el cuerpo.

—Parece que acabe de lanzar alguna cosa, ¿no?

—Pero ¿por qué haría algo así?

Tom se encogió de hombros.

—A lo mejor se quedaron atrapados aquí dentro. A lo mejor accionaron algún mecanismo sin querer, empezó a entrar arena, la piedra comenzó a bajar y él lanzó una piedra debajo para poder salir.

Pearl se interrumpió para pensar en lo que había dicho.

—Entonces, ¿por qué no lo hicieron? Da la impresión de que lo mataron.

Tom observó el cuerpo retorcido del niño y tuvo que reconocer que Pearl tenía razón. Allí había un misterio, algún acontecimiento terrible que no se había descubierto en todo aquel tiempo. Con nerviosismo, se inclinó sobre el cadáver y leyó un nombre en el cuello de su camisa.

—Caleb Rust.

—Dorian y Caleb Rust. Los niños perdidos que se convirtieron en escarabajos.

Se quedaron un momento en silencio, contemplando a los dos hermanos difuntos.

—Esto no anima nada, ¿verdad? —dijo Pearl.

Tom negó con la cabeza.

—Ni una pizca.

—Tendríamos que seguir. Antes de que este sitio desaparezca.

—Imagino que es por ahí arriba —dijo Tom, señalando el pequeño hueco en la cúspide del montón de arena—. Y creo que es hora de que nos pongamos los ponchos. Por si es aquí donde empieza.

Pearl asintió con gravedad y, sin decir una palabra, abrió la mochila y sacó los dos finos ponchos de seda, envueltos aún en papel encerado. Dio uno a Tom, cogió el otro, y los dos se los pusieron enseguida, sin decir ni una palabra. Tom se alegró de que, pese a todo lo que les había sucedido, aquellos curiosos trajes siguieran oliendo vagamente a mantequilla, almendras y naranjas podridas. Cualesquiera que fueran las sustancias químicas con que August Catcher los había impregnado, seguían allí.

—¿Está bien todo lo demás? —preguntó, quitándose la capucha y subiéndose las mangas.

Pearl asintió con la cabeza.

—Todo está en su sitio, salvo el escarabajo cambiante, que está en tu bolsillo.

Tom casi lo había olvidado.

—Subamos hasta ahí antes de probarlo —sugirió Tom, mirando la cúspide del montón de arena—. Solo por si estoy equivocado.

Pearl lo miró con inquietud.

—Bueno, es posible, ¿no?

El montón de arena no era muy alto, pero subirlo fue sorprendentemente difícil y, cuando alcanzaron la cúspide, Tom y Pearl estaban jadeando. Tom quitó arena del final del montón, ensanchó el agujero y, pasando el cuerpo por él, los dos salieron a una estrecha cornisa de piedra. De ella partía un corto puente que conducía a un pasadizo excavado en una pared rocosa.

—¿La entrada, quizá? —dijo Tom, resollando.

Se sacó la caja de cartón del bolsillo y Pearl le dio la cajita de madera.

—Esto siempre me ha parecido un poco increíble —susurró, observando a Tom mientras sacaba la pluma blanca de la cajita y la sostenía en la mano. Era tan fluorescente que les iluminó la cara.

—¿Cómo se la vas a atar?

—No es tan difícil como parece —respondió Tom, sacando un trocito de hilo—. Mi padre se pasaba la vida perdiendo el tiempo con cosas como esta. Midiendo la fuerza de los insectos, observando dónde volaban, ese tipo de cosas. Lo que necesitamos es...

Se interrumpió.

—¿Qué?

Miró la pluma, enfadado.

—Tiene que estarse quieto mientras se la ato. De lo contrario, podría salir volando.

Pearl pensó un momento.

—¿Crees que le gusta el mango?

—Tal vez —dijo Tom, frunciendo el entrecejo, enfadado consigo mismo por no haber pensado en eso antes.

Pearl abrió un bolsillito de la parte delantera de la mochila y sacó varios frutos rojos.

—Zumsteen no los quería —dijo, abriendo una navaja y cortando un cuadrado—. ¿Cómo crees que deberíamos hacerlo?

—Machácalo un poco —le instruyó Tom con nerviosismo.

Pearl depositó el húmedo trozo de fruta en el suelo e hizo lo que Tom le había pedido mientras él abría la tapa despacio y conseguía que el escarabajo morado saliera de la cajita.

—Venga —dijo, empujándolo con suavidad.

El escarabajo vaciló y luego echó a andar, oscureciéndose para mimetizarse con el entorno. Con cautela, se acercó al cuadrado de mango, lo rodeó y comenzó a comérselo.

—Qué suerte hemos tenido —susurró Tom, aliviado. Hábilmente, hizo un pequeño nudo corredizo y lo pasó por una de las patas traseras del escarabajo, apretándolo con suavidad. La pluma iba atada al otro extremo. El escarabajo estaba

tan absorto en comer que ni tan siquiera se dio cuenta.

—¿Y ahora qué? —preguntó Pearl, impresionada por la rapidez de Tom.

—Creo que deberíamos llevarlo al otro lado del puente y soltarlo —respondió Tom, metiendo la cajita en la mochila y echándosela al hombro—. August dijo que su instinto era volver a casa, así que, con suerte, nos guiará en la dirección correcta. Cuanto antes lo hagamos, mejor.

Con cuidado, se puso la criatura con la pluma fluorescente en la mano y cruzó el puentecito de piedra hasta el pasadizo abovedado del otro lado.

—Bien —dijo, alargando las manos ahuecadas—. La hora de la verdad.

Abrió poco a poco los dedos y dejó que el escarabajo cambiante permaneciera en la palma de su mano. Era del mismo color que su piel.

—No parece que quiera ir a ninguna parte —susurró Pearl, viendo que no se movía del sitio—. A lo mejor aún estamos demasiado lejos.

—No creo —dijo Tom—. Míralo.

Las antenas del escarabajo cambiante estaban vibrando despacio, rítmicamente, como si estuviera escuchando un enorme corazón palpitante.

—Está orientándose —susurró—. Situándose.

Cerró los ojos y le desconcertó descubrir que él también la percibía, una cadencia muy distante, palpitando. Aguzó el oído: ¿Era su corazón u otra cosa?

—¡Tom!

La voz lo arrancó de su ensimismamiento. Parpadeó con rapidez.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¡Se ha ido! ¡Ya no está!

El escarabajo cambiante se estaba alejando por el oscuro pasadizo excavado en la roca, con la pluma luminosa siguiéndolo como una bombilla minúscula. Pearl miró a Tom con curiosidad.

—¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Tranquila —murmuró él—. Lo siento, solo... tienes razón, vamos.

Echó a andar por el pasadizo, evitando la mirada de Pearl.

El escarabajo cambiante no volaba deprisa, pero sabía dónde iba. Obligándoles a mantener un buen paso, ascendió en vertical, girando a la izquierda por otro pasadizo excavado en la roca, luego a la derecha y, por último, a la izquierda.

—Parece saber exactamente dónde va —susurró Pearl—. Eso es bueno, ¿no?

Tom no respondió, pero tenía una idea cada vez más clara de cómo se estaba orientando el escarabajo cambiante en aquel oscuro laberinto. Conforme avanzaban, los latidos que oía en su cabeza parecían ir aumentando de volumen y el escarabajo giraba siempre en la dirección del sonido. De pronto, la pluma luminosa se elevó y se perdió de vista.

—¡Deprisa!

Tom corrió hasta el próximo recodo y se detuvo justo a tiempo. Ahora entendía

por qué había desaparecido el escarabajo: estaban al filo de un precipicio. De allí partía una estrecha pasarela, hecha de piedra blanca, que se perdía en la oscuridad. Por encima, por delante, por debajo, hasta donde les alcanzaba la vista, había miles de pasarelas blancas idénticas que serpenteaban en todas las direcciones. Parecía una inmensa maraña de hilo.

—¿Qué es esto? —susurró Pearl.

Tom negó con la cabeza. Tenía la persistente sensación de que aquel lugar, fuera lo que fuera, no estaba en la isla de Tithona. Era el principio de algún otro sitio, al que solo se accedía por aquella estrecha pasarela. Aquel precipicio era donde terminaba el mundo que él conocía y comenzaba otro.

—Pero ¿quién... quién ha construido todo esto? —se preguntó Pearl, atónita—. ¿Los escarabajos?

—Tal vez —susurró Tom.

Quizá fuera aquel el laberinto del que había hablado el viejo explorador medieval. Quizá fuera así como viajaban a través del tiempo, por aquellas rutas. Y quizá hubiera tantas porque cada una conducía a una época distinta, a un lugar distinto... ¿y dónde empezaban todas? ¿En Scarazand? Sus pensamientos tomaron miles de direcciones distintas, pero, antes de que pudiera seguir alguna, vio la pluma luminosa dirigiéndose hacia el amasijo de pasarelas.

—El escarabajo —dijo—. Venga, antes de que lo perdamos.

Echaron a correr por la estrecha pasarela, en pos del escarabajo cambiante. El insecto volaba despacio, pero en línea recta, y ellos no tardaron en descubrir que era muy difícil no perderlo de vista: tenían que saltar constantemente a niveles inferiores, volver sobre sus pasos y dar la vuelta para seguir avanzando en la misma dirección. Era como intentar desplazarse por un gigantesco montón de espaguetis. Mientras corrían, Tom intentó explicar a Pearl lo que estaba pensando.

—Pero ¿por qué se molestaron en construir todo esto?, eso es lo que no entiendo. ¿Por qué quieren viajar a tantas épocas distintas? ¿De qué sirve?

Era una buena pregunta y a Tom no se le ocurrió ninguna respuesta de inmediato.

—A lo mejor son como las termitas —dijo, jadeando—. No saben por qué. Solo siguen construyendo, construyendo, construyendo. Es su instinto.

—Deben de haber tardado millones de años —opinó Pearl, maravillándose de la magnitud de aquella empresa.

—O a lo mejor son millones —dijo Tom, con inquietud—. Incluso millones de millones.

—Por aquí —resolló Pearl, guiándolo por una pasarela larga y tortuosa tendida sobre el vacío. El escarabajo estaba volando justo por debajo de ellos, a la izquierda.

»Curioso, ¿no?, cómo se está orientando. ¿Te fías de él?

Tom asintió con la cabeza; estaba intentando ignorar los constantes latidos que oía en su cabeza. Ahora, eran como pulsaciones; las percibía, todas...

—¡Oh!

Pearl se paró en seco y miró la parte inferior de la pasarela que discurría justo por encima de ellos.

—¿Qué pasa? —susurró Tom, pero, nada más preguntarlo, también lo vio.

Allí, colgado de la piedra, inmóvil y bien camuflado, había un gran insecto blanco, bastante parecido a una cochinilla con tentáculos, con la salvedad de que debía de ser tan larga como un coche. Estaba tapando un hueco que había entre dos piedras con un líquido blanco que le rezumaba de la boca, reparando el agujero. Pronto, comenzaron a aparecer más y más criaturas como aquella, desplazándose y parándose con movimientos bruscos, recorriendo la maraña de pasarelas, pegando esto, reparando aquello.

—La brigada de mantenimiento —susurró Pearl, observándolas con fascinación, y entonces, de repente, oyeron un ruido a sus espaldas cuando una de aquellas grandes criaturas fue hacia ellos. Pearl se quedó mirándola, blanca como el papel.

—Esto... Tom, qué...

—Túmbate —se apresuró a susurrar él—. No nos ve, ¿recuerdas?

Se tumbaron en el suelo y aguardaron mientras el insecto se aproximaba. Primero topó con Pearl y la palpó ciegamente. Acto seguido, Tom oyó un chillido amortiguado cuando el insecto la cogió con sus fuertes tentáculos y se la echó al lomo.

—¿Pearl?

No obtuvo respuesta, pero, justo después, notó dos activas antenas haciéndole cosquillas.

—¡Ay! —gritó cuando la criatura lo levantó por los aires y lo arrojó junto a Pearl.

—¿Estás bien? —susurró ella.

—Eso creo —jadeó Tom. Se aferró al nudoso caparazón y se atrevió a levantar la cabeza para mirar afuera. La criatura estaba bajando por la pasarela como una flecha y le alivió ver la pluma luminosa volando muy por delante de ellos en la misma dirección.

—Debe de habernos recogido por alguna razón —susurró—. Si es un constructor, va a...

—¿Utilizarnos como material de construcción? —sugirió Pearl, con ánimo de ayudar.

De repente, la criatura cruzó a otra pasarela y se detuvo con brusquedad. Echó los tentáculos hacia atrás y, antes de que Tom se diera cuenta, lo había levantando.

—¡Eh! —gritó, mientras el insecto intentaba embadurnarle la cabeza y los pies con el pegamento blanco que segregaba—. ¡Para!

Pero parecía que la enorme criatura fuera tanto sorda como ciega. Un momento después, Tom se encontró empotrado en un hueco de la parte inferior de la pasarela donde faltaba un bloque de piedra.

—¡Ay!

Tom no encajaba. El insecto lo sacó, le dio la vuelta y lo metió del revés, luego de

lado.

—¡Suéltame! —gritó Tom, debatiéndose—. Suél...

Y, en ese momento, la criatura perdió interés en su incómoda piedra y, emitiendo un fuerte chillido, arrojó a Tom al abismo.

—¡NO!

¡Paf! Dos grandes garras lo cazaron al vuelo, dejándolo sin aire en los pulmones, y antes de que se diera cuenta, lo habían arrojado al lomo de otro insecto mucho más grande que se desplazaba en la misma dirección. A su alrededor había piedras y rocas y solo se le ocurrió que aquello era como estar en la parte trasera de un camión, salvo que el camión era otro gran escarabajo blanco.

—¡Suéltame! ¡HE DICHO QUE ME SUELTES!

Era Pearl, muy por encima de él, estrujada y zarandeada sin piedad mientras el constructor ciego intentaba meterla a la fuerza en un agujero.

—¡NO SOY UNA PIEDRA! —chilló Pearl y, por fin, el insecto decidió creerla. Dándose por vencido, siguió su camino, protestando ruidosamente, y acto seguido la arrojó al abismo—. ¡Ay!

La pesada criatura parecida a un camión la atrapó al vuelo y luego la arrojó sin miramientos al montón de piedras junto a Tom.

—¡Ay! Qué daño.

—¿Estás bien?

—No —respondió ella, enfadada, restregándose la cabeza.

—Lo siento —dijo Tom—. Parece que somos defectuosos.

Mientras recobraba el aliento, gateó por las piedras y escudriñó el amasijo de pasarelas en busca del escarabajo. ¿Dónde estaba? Izquierda, derecha... no lo veía por ninguna parte. Se le aceleró el corazón: si se perdían ahora, jamás encontrarían la salida de aquel laberinto...

—¡Ahí está! —dijo de pronto, viendo la diminuta pluma luminosa justo por debajo de ellos. Se estaba dirigiendo hacia una estrecha columna de roca que se erigía como un árbol entre la maraña de pasarelas.

—Ahí está ¿qué?

—El escarabajo cambiante —exclamó Tom, poniéndose de pie con esfuerzo—. Tenemos que bajar de aquí ahora mismo. Va hacia ese...

Pero en ese momento, resbaló y se oyó un irritado bufido debajo de él.

—¿Qué...?

De repente, el gran montón de piedras sobre el que estaban tumbados se alzó en masa y echó a andar por el huesudo lomo del enorme insecto, arrastrando consigo a Tom y a Pearl. En cuanto las piedras tocaron la pasarela, se diseminaron en todas las direcciones, chillando ruidosamente.

—Pero... ¿son todos... escarabajos? —resolló Pearl mientras caía al suelo.

Tom vio cómo escapaban aquellas extrañas criaturas con aspecto de piedra sin decir una palabra. ¿Qué mundo tan extraño y ajeno era aquel? Cerró los ojos y

percibió que las pulsaciones de su cabeza se estaban tornando más insistentes: aumentaban y menguaban, latiendo en oleadas. Debía de ser alguna clase de secuela... No debía contárselo a Pearl. Tenía que ignorarlo. Fingir que no existía.

—El escarabajo cambiante —masculló, viendo que la pluma se internaba en el pasadizo excavado en la roca que había justo debajo—. Será mejor que nos pongamos en marcha.

Sentándose al borde de la pasarela, saltó al paso inferior y luego ayudó a Pearl. Echaron a correr en silencio, siguiendo la pluma luminosa por el oscuro pasadizo. Por delante de ellos, oyeron cada vez más ruido.

—¿Crees que... podría ser esto? —susurró Pearl, preocupada.

—Tiene que serlo —dijo Tom conforme los sonidos rugientes, vibrantes y sibilantes se hacían más fuertes.

El escarabajo cambiante aceleró y ellos apretaron el paso, siguiendo la pluma fluorescente hasta que dobló un recodo y se dirigió hacia un brillante círculo de luz. Ellos vacilaron un momento: el caótico estruendo provenía de algún lugar de aquella luz. Parecía una fabrica enorme, o una máquina en marcha.

Pearl cerró los ojos y respiró hondo; sentía que no quería dar ni un paso más.

—Vamos —susurró Tom, e ignorando las siniestras pulsaciones de su cabeza comenzó a andar, muy despacio.

Armándose de valor, Pearl lo siguió hasta que, por fin, llegaron al final de túnel y se asomaron...

Scarazand

El escarabajo se quedó suspendido en el aire un momento, el cuerpo morado irisándosele bajo la luz.

¡Paf!

Algo duro y pesado pasó velozmente por delante de ellos y, en un instante, el escarabajo ya no estaba. Lo único que quedó fue la pluma blanca fluorescente, flotando sobre el abismo con elegancia.

—¿Qué ha sido eso? —exclamó Pearl.

Tom se bajó la capucha del poncho y avanzó hasta donde juzgó prudente.

—Eso —susurró.

Pearl alargó el cuello y, alzando la vista, vio el ciempiés, alto como un pino, colgado de la pared justo por encima de ellos. Sus pálidos ojos castaños la miraron con aire ausente, aparentemente incapaces de verla. Deprisa, regresó al abrigo del túnel, con el corazón desbocado. Se le estaban despertando dolorosos recuerdos.

—¿Te acuerdas, te acuerdas de que te dije...?

Tom la tocó en el brazo y se llevó los dedos a los labios.

—Mira abajo —susurró.

Pearl se armó de valor y volvió a sacar la cabeza. Por un momento, solo fue capaz de mirar sin decir nada, profundamente desconcertada. El agujero donde estaban agazapados era uno de los millones excavados en las paredes de una enorme cueva esférica. En el centro había una gruesa columna negra de roca que se erigía como un rascacielos desde un hondo abismo e iba estrechándose hacia la cúspide, terminando en una fina punta donde se encontraba con el techo. También estaba acribillada de agujeros que parecían estrellas negras. La inmensa cueva estaba alumbrada por insectos con el abdomen luminoso tan grandes como naves espaciales que volaban lentamente alrededor de la columna central.

—Scarazand —susurró Pearl—. Casi no parece real, ¿verdad?

Tom hizo un gesto afirmativo con la cabeza y los sonidos susurrantes y vibrantes que se oían muy por debajo de ellos atraieron su mirada.

—Mira —dijo, impresionado—. Mira esos puentes.

En torno a la enorme columna de piedra, había estrechísimas pasarelas tendidas sobre el abismo que la conectaban con las paredes de la cueva y, cruzando aquellas estructuras de precario aspecto había toda suerte de insectos pequeños y grandes. Insectos enormes con caparazón, andando en fila india como camiones, desmañadas criaturas con los cuellos largos como jirafas y otros seres que parecían andar hacia atrás o incluso cabeza abajo.

—¡Oh! —exclamó Pearl—. Mira, mira en el centro de aquel puente grande.

Tom escudriñó la extraña mezcolanza de insectos que atestaba lo que parecía la pasarela central y se quedó igual de asombrado.

—¿Personas? —susurró, sin terminar de creer que pudiera ser cierto.

Había un grupo de hombres, parecidos vagamente a monjes y vestidos con largas capas grises y sombreritos negros, avanzando entre la marea de insectos.

—¿Prisioneros, quizá? —sugirió Pearl.

Pero, que Tom viera, no había guardias ni cadenas: no parecían prisioneros.

—A lo mejor vienen del futuro.

—O van al pasado —dijo Pearl, viendo a otros cruzando en la otra dirección.

Fuera como fuere, ver seres humanos en aquel lugar tan insólito era extrañamente reconfortante y, al examinar la roca, Tom divisó ventanas, balcones, murallas —hasta parecía que hubiera algo similar a una catedral en la cúspide—. Scarazand era como un enorme nido vertical de coleóptero, con una desordenada ciudad encaramada en lo alto. Y en algún lugar de sus entrañas estaban el padre y el hermano de Pearl, Oscarine Zumsteen y quizá incluso sus padres... quizá...

—Andando —dijo, con expresión resuelta—. Vamos a esa pasarela central.

Envolviéndose bien en sus ponchos y poniéndose la capucha, Tom y Pearl salieron del túnel y siguieron un escarpado camino que bordeaba la esfera y conducía a la ancha pasarela.

—Ves, somos invisibles —susurró Tom, volviéndose para mirar el enorme ciempiés marrón que colgaba por encima de ellos, con sus enormes mandíbulas llenas de baba.

—Gracias a Dios —dijo Pearl estremeciéndose, viendo más ciempiés diseminados junto a las paredes, atrapando brutalmente entre sus mandíbulas todo lo que se movía.

Pronto llegaron al nivel de la pasarela central y se sumaron al caos. A todo su alrededor, había multitud de insectos entrando en agujeros de la esfera y otros tantos emergiendo de ellos, como habían hecho ellos, para dirigirse a la pasarela. Sorteando a un grupo de feroces termitas, Tom y Pearl se colocaron detrás de un gran insecto parecido a una vaca que caminaba sin prisas hacia las grandes verjas.

—No te separes, Pearl —murmuró Tom, cuando pasaron entre dos escarabajos rinoceronte tan grandes como tanques que parecían estar vigilando la pasarela. Llevaban toscas banderas negras y doradas pintadas en los flancos y, junto a ellos, había grupos de soldados, hombres jóvenes totalmente idénticos con la cabeza rapada y aburridos ojos amarillos. Tom se encorvó bajo su poncho cuando pasaron justo por delante de sus narices.

—Pone los pelos de punta, ¿eh? —susurró Pearl en cuanto no pudieron oírlos—. ¿Qué hacen aquí tantos soldados?

—No lo sé —susurró Tom con nerviosismo, viendo más parados a intervalos a lo largo de la pasarela. Apenas se había formado una idea de cómo podía ser Scarazand, pero, desde luego, no se esperaba nada semejante: era como un estado militar. A mitad de camino, Tom y Pearl se colocaron detrás de un grupo de turistas formado por mujeres y hombres de aspecto severo vestidos con lo que parecían mantas verdes de plástico. Su jefe iba delante, llevando en alto un largo bastón luminoso con un ojo

acoplado al extremo que podía haber pertenecido a un caracol gigantesco.

—Ver Scarazand y morir... eso es lo que dijo, ¿no? —se maravilló un hombre, contemplando el enorme edificio que se erigía ante él.

—Nunca imaginé que vendría a este sitio tan increíble —cloqueó una rolliza mujer—. ¿Has visto el tamaño de esos bichos?

—¡Nunca en mi vida! —exclamó su amiga, volviéndose para mirar con sobrecogimiento los dos enormes escarabajos rinoceronte.

—¡Viva la revolución! —gritó un arrugado personaje del principio, alzando su brazo huesudo.

—Dicen que es incluso mejor que antes.

—Pues claro. Ahora que ya se han cargado a esos sinvergüenzas de la Cámara. Seguro.

—Y pensar que nos han tenido con el agua al cuello durante miles de años.

—¡Peregrinos! ¡Peregrinos! —gritó el jefe cuando llegaron al final de la pasarela, deteniéndose bajo la atenta mirada de otros dos bichos enormes, junto a los cuales había otra brigada de soldados.

—Estáis a punto de entrar en Scarazand, la ciudad de los sueños. ¡Descubrios y aclamad a vuestro nuevo glorioso líder!

Al instante, los peregrinos se descubrieron las huesudas cabezas y miraron lo que parecía un gran pergamino satinado pegado a la pared de roca. En su superficie se materializó un conocido rostro tridimensional. De inmediato, Tom sintió que se le helaba la sangre. Los grandes ojos lechosos parpadearon una vez y miraron hacia abajo con expresión de aburrimiento.

—Sed bienvenidos, fieles camaradas y peregrinos, sed todos bienvenidos —atronó la voz, y la menuda boca se abrió para dejar al descubierto una amarillenta dentadura cariada.

—¡Oh! —chilló un hombre, y acto seguido se postró en el suelo delante de la imagen. Los ojos volvieron a parpadear con indolencia.

—Es él —susurró Pearl con voz temblorosa, aterrorizada—. Es...

—¡Chist!

Un turista de nariz aguileña se dio la vuelta y estaba a punto de echar un rapapolvo cuando le sorprendió descubrir que no había nadie. Nadie que él viera, en cualquier caso.

—Habéis venido de todos los rincones del mundo para visitar Scarazand —atronó la enorme cabeza de don Gervase Askary—. Es el centro de nuestro nuevo mundo y os garantizo que no os decepcionará. Deleitaos con sus muchos placeres, sentid en vuestra piel los latidos de nuestra gloriosa reina. Que ellos os nutran el corazón, os inspiren la mente y os envíen de regreso al lugar del que venís, para vivir la parte de vuestra cortísima vida que aún os queda con renovada fe en nuestra noble causa.

—¡Amén! —gritaron los turistas.

—¡Y viva nuestra gloriosa revolución! —atronó la cabeza.

—¡Viva! ¡Viva! ¡La gloriosa revolución! —gritaron los turistas a todo pulmón.

Don Gervase sonrió y desapareció.

—No me lo puedo creer... —murmuró el hombre delgado, levantándose del suelo —. Lo he visto... a él.

—Está elegantísimo —dijo riendo entre dientes la mujer rolliza.

—¡Y qué atractivo es! —dijo con voz cantarína su amiga.

—¡Por aquí, camaradas! —gritó el jefe, abriéndose paso entre la marea de criaturas—. No os despistéis. No sea que terminéis donde no debéis. ¡La seguridad de Scarazand es la mejor que se conoce!

Señaló un escarabajo redondo cubierto de púas encaramado a la pared. Tenía los élitros rojos y unos ojos rosa tan grandes como platos.

—¿Sabéis a qué me refiero?

Las dos señoras que iban delante de Tom y Pearl asintieron vigorosamente con la cabeza y miraron a una pareja de hombres altísimos y encapuchados que estaban apostados en la acera de enfrente. Llevaban dos escarabajos bombarderos atados con correa y los estropeados blasones de sus cascos lucían la misma insignia de un escarabajo cubierto de púas.

—Skrolls —susurró una a otra de forma entrecortada.

—¿Skrolls?

—La policía secreta, ¿no?

—¡Caray!

Riéndose con nerviosismo, las dos señoras se alejaron por una estrecha callejuela para alcanzar al grupo. Tom y Pearl observaron a los skrolls. Se movían con una lentitud atemorizante y sus angulosos rostros grises parecían de madera calcinada.

—No me imaginaba —susurró Pearl—, no tenía ni idea de que fuera... tan poderoso.

—Ni yo —se estremeció Tom, viendo que los grandes escarabajos bombarderos rojos tiraban de la correa e intentaban morder los talones de los transeúntes. Por supuesto, era lógico que don Gervase tuviera policía secreta: debía de tener espías por doquier. ¿Cómo podría controlar aquel vasto edificio si no era valiéndose del miedo?

—Parece que ha encabezado algún tipo de revuelta contra la Cámara, quienesquiera que fueran, y se ha hecho con el poder —dijo Pearl, observando la interminable marea de escarabajos. Los había a miles, pasando a cada momento, algunos del tamaño de caballos, otros, no mucho más grandes que gatos, entrando y saliendo de callejuelas que se internaban en la roca—. Pero ¿cómo crees que lo ha conseguido, contra todos estos escarabajos?

—A lo mejor se libró alguna batalla campal entre escarabajos, en el futuro —sugirió Tom.

—A lo mejor —continuó Pearl—. Supongo que debió de prometerles algo bastante gordo a cambio de tomar este sitio por asalto.

Tom no dijo nada. Tenía la horrible sensación de saber qué era; era el elixir, la

increíble poción inventada por August Catcher que él había utilizado para conservar sus animales del Museo Scatterhorn. ¿No era eso lo que los escarabajos ansiaban más que ninguna otra cosa? ¿No era en pos de eso que don Gervase había viajado en el tiempo y en el espacio, el secreto de la vida eterna, la poción que podía alargar sus cortas vidas y tal vez incluso hacerlos inmortales? Probablemente, Pearl tenía razón: probablemente, don Gervase se había valido de aquella promesa para reunir un vasto ejército y asaltar Scarazand.

—Vamos —susurró con aspereza; había visto más que suficiente—. Sigamos a esos turistas y averigüemos dónde tienen a los prisioneros.

Encogiéndose bajo sus vaporosos ponchos de seda, Tom y Pearl pasaron por delante de los dos skrolls con mucha cautela y entraron en la estrecha callejuela adoquinada.

Allí no había casi insectos, sino montones de personas, la mayoría de las cuales eran duplicados unas de otras: parejas de médicos con cara de roedor vestidos con largos abrigos negros, grupos rezagados de turistas boquiabiertos y hechiceros de piel oscura con curiosos escarabajos posados en el hombro como si fueran loros. Los comercios que bordeaban la estrecha y tortuosa callejuela estaban haciendo su agosto, vendiendo curiosas baratijas de todo tipo. Había maquetas negras de Scarazand, hechas «enteramente de piedra y saliva de escarabajo», desgastadas banderas y brazaletes negros y dorados, «auténticos, llevados en la batalla de Callaboose», y arrugados vendedores ambulantes con bandejas de toscos bustos de don Gervase.

—¡Llévenselo a casa, llévenselo a casa! —gritaba uno, con una pierna amputada y un extraño casco echado hacia atrás—. ¡Demuestren que son leales camaradas de la revolución! ¡Demuestren su lealtad al líder!

Don Gervase estaba por doquier, y no solo en las baratijas. En todas las paredes, había carteles satinados en blanco donde a menudo aparecía su gran rostro oval, acompañado de su voz grave bramando un eslogan: «La unión hace la fuerza», «Un solo latido, una sola sangre», «Larga vida a una nueva era». Las imágenes y sonidos bombardeaban a la multitud y los escarabajos de ojos rosa estaban por todas partes, vigilando...

—«Hermanos Hooley: Proveedores y Orientadores Oficiales» —leyó Pearl, mirando por la ventana de lo que podría haber sido una botica o una tienda de animales. En la puerta, ponía: «¿Extraviado? ¿Confundido? ¡No lo esté! ¡Pregunte a los profesionales!».

—¿Entramos? —susurró.

Tom miró por la ventana: parecía un lugar bastante seguro.

—Entremos a echar un vistazo —dijo—. A lo mejor no tienen esos escarabajos espía por todas partes.

El reducido interior estaba atestado de cajas que contenían escarabajos de todos los colores, moscas gigantescas y centenares de cajoncitos de madera.

—Viajes rápidos, lentos, largos, cortos, trayectos complicados, entornos

peculiares, ofrecemos toda clase de trayectos por el laberinto —explicó un hombre menudo con un bigote de foca a tres jóvenes imberbes y pelirrojos idénticos que lo miraban boquiabiertos—. A ver, ¿dónde tenéis que ir, jovencitos?

Uno sacó un trozo de papel y se esforzó en leer las palabras.

—¿Tom... buc... tú, uno... cuatro... nueve... dos?

—Tombuctú, 1492, supongo —resolló el hombre—. ¿Lo tienes, Nige?

En la trastienda, otro hombre con un bigote de foca incluso más poblado alzó la mano y consultó un estropeado libro.

—Mi hermano os lo mira —dijo el tendero, sonriendo—. ¿Cuál es vuestra misión, chavales, repartir amuletos?

—Dispersar escarabajos escarbadores, señor Hooley.

—Ah, ya veo.

—¡Snackatic 341! —gritó Nige, mirando la página con los ojos entrecerrados.

—Snackatic 341.—Hooley silbó muy alto—. Cosa fina.

Con un gancho, pescó una cajita de madera y sacó un estuche que contenía un capullo amarillento.

—Este eclosiona mañana —dijo, dejando el estuche en el mostrador—. Alas rojas y amarillas, vuela bien, no demasiado rápido. Los snackatic son una raza de calidad. Tiene un margen de aciertos de cinco salidas.

—¿Cinco salidas? —repitió el segundo joven, algo desconcertado—. Pero no nos atrevemos a cometer ningún error. Está prohibido.

—¡No me digas! —resopló Hooley, erizándosele el bigote—. Oye, hijo, a este snackatic le gusta la arena, ¿sabes? La arena del Sahara. Sigue las vibraciones. Pero en el Sahara hay un montón de arena, ¿no? Vosotros me decís llévenos a Tombuctú y yo os digo sí, puede que a Tombuctú, ¡pero a lo mejor a Honolulu! —Hooley se rió entre dientes, satisfecho de su pareado—. No os puedo garantizar dónde saldréis, porque el laberinto es interminable. Y sigue en construcción. ¿Habéis visto todos los agujeros que hay?

Los tres jóvenes parecían muy confusos.

—Pero... ¿no tiene algo más preciso, como por ejemplo un mapa? —dijo uno.

—¿Un mapa? ¿Un mapa? —Hooley carraspeó ruidosamente, y también lo hizo Nige en la trastienda. Los bigotes les temblaron como ardillas—. ¿Es que nacisteis ayer?

—Así es —dijo el primer joven—. ¿Cómo lo ha sabido?

Hooley enarcó una ceja y negó con la cabeza.

—Oíd, chavales, el snackatic es lo mejor que vais a conseguir por aquí —dijo con voz áspera—. ¿Qué más necesitáis, lentillas, zumbozumo?

Hooley rebuscó debajo del mostrador, sacó tres cajas y las abrió. Parecían contener tres pares de lentes de contacto de color amarillo verdoso.

—Lentillas —dijo, dejándolas en el mostrador—. Las más modernas. Hechas enteramente con alas de mariposas de cristal. Teñidas del mismo color que nuestro

glorioso líder —anunció, guiñando un ojo.

—¿Para qué sirven?

—Para reconocerse. Son sobre todo una moda, pero vendemos muchas. Ayuda a jovencitos entusiastas como vosotros a reconoceros en el ancho mundo. Juzga a una persona por el color de sus ojos y ya tienes medio camino hecho.

Los jóvenes miraron las lentes amarillentas sin estar convencidos.

—Pero... ¿se nos permite tener el mismo color de ojos que... que el glorioso...?

—¡Por supuesto! Ha salido un precepto nuevo, ¿verdad, Nige?

—Así es. —Nige resopló en la trastienda—. Un precepto nuevo.

—Mirad —susurró Holley, señalando el techo, en cuyo centro había un escarabajo de ojos rosa, vigilándolo todo.

—¿Iba yo a venderos algo que no fuera oficial?

Los tres jóvenes tragaron saliva.

—¿Y el zumbozumo?

Holley sonrió y sacó tres frascos negros hechos con élitros de escarabajo moldeados.

—Zumbozumo. El que se lo bebe zumba más tiempo, ¿no? Es lo que en el sector llamamos «un perpetuador». ¿Cuánto vivís?

Uno de los jóvenes se subió la manga y le enseñó el numerito azul que llevaba tatuado en el codo.

—Veinte días y diez horas.

Holley asintió con aire de entendido.

—Bueno, con este zumbozumo, «un sutil brebaje de sudor de pupa, colas de frígano y pulpa de madera de Scarazand» —dijo, leyendo la etiqueta—, tendríais, pongamos, otras siete horas de vida.

A los jóvenes se les iluminó la cara.

—¡Siete horas! —corearon—. Es increíble.

—Lo es —gruñó Hooley—. Y, hasta que las cosas no cambien y consigamos vivir lo que merecemos...

—¡Viva nuestro glorioso líder! —lo interrumpió Nige, gritando desde la trastienda.

—¡Viva! ¡Viva! —gritaron los tres jóvenes al unísono.

—Por supuesto —añadió Hooley, mirando con recelo el gran escarabajo de ojos rosa encaramado al techo—. No es que quiera quitar importancia al gran sacrificio de los muchos millones que fueron abatidos en las llanuras de Callaboose...

—¡Murieron para que nosotros viviéramos! ¡Murieron para que nosotros viviéramos! —corearon los jóvenes, de forma automática.

—Exacto, chavales, exacto. Y, mientras no viváis un poco más, este zumbozumo es lo mejor del mercado. El lote vale nueve crockits —dijo Hooley con aspereza—. Si os gusta bien, y si no, también.

Tom y Pearl observaron mientras los jóvenes pagaban entusiasmados y, después

de mirar con aprensión al escarabajo encaramado al techo, los siguieron a la calle.

—Caray —susurró Pearl, en cuanto volvieron a estar entre el gentío—. Esos chicos eran réplicas, porque eran idénticos, ¿no?

Tom asintió con la cabeza; desde luego, lo parecía.

—Se van a dispersar escarabajos escarbadores, que infectan a las personas. Les envenenan el cerebro. Hacen que quieran venir a este sitio.

—¿Surfistas? —dijo Pearl, viendo a un grupo de mochileros que se cruzó con ellos. Tenían el pelo aclarado por el sol y llevaban pantalones cortos y chanclas—. Mi padre tiene una pinta parecida. —Se quedó un momento callada—. ¿De verdad crees que son todos...?

—Parece lógico, ¿no? —respondió Tom, encogiéndose de hombros—. Así es como han sabido encontrar este sitio. En Scarazand deben de serlo todos, salvo nosotros.

Pearl respiró hondo. De pronto, la magnitud de su misión le pareció sobrecogedora.

—Tenemos que preguntar a alguien dónde está la cárcel.

Tom asintió con determinación y vio otro escarabajo de ojos rosa encaramado a la pared de enfrente. Aquello iba a ser mucho más difícil de lo que parecía.

—¡Entradas para el espectáculo! Venta y compra de entradas. ¿Alguien necesita entradas? —gritó un deforme hombrecillo con aspecto de escarabajo mientras se abría paso entre la multitud.

El hombrecillo llevaba una raída casaca atada con una cuerda y una gorra descolorida y tenía la cabeza tan aplanada que se parecía más a una mantis religiosa que a una persona.

—¿Qué dan? —preguntó Tom, colocándose detrás de él.

—¿Esta noche? —graznó el extraño personaje sin darse la vuelta—. Carreras de perros diabólicos, luchas de bichos monstruosos, un ballet de moscas y una espantosa creación nueva recién salida de los viveros Capullo, amigo mío. La primera aparición de...

Al volverse, descubrió que estaba solo.

—¿Hablando solo, no, hombre mantis? —se rió un soldado con la cabeza rapada, mirándolo con desdén.

—Ja, ja, muy...

—Híbrido —escupió su compañero, dándole un fuerte golpe en la cabeza—. Das asco. Me sorprende que te hayan permitido sobrevivir a la revolución.

El hombre mantis se armó de valor.

—Mira, hijo —comenzó a decir, señalándose el galón negro y dorado de la casaca—. Soy un soldado de asalto de primera línea, ¡el primero que fue a las trincheras! Solo porque no sea muy agraciado, no...

El hombre mantis se quedó mudo cuando un skroll lo miró desde arriba.

—Pase —susurró, y el aliento le olió extrañamente a azufre. Los soldados

sonrieron.

—¿Pase?

El hombre mantis tragó saliva. Luego, se sacó la gorra y hurgó en su interior.

—Hum... está aquí..., colega, en serio. —Soltó una risa forzada—. Que me aspen... ¿dónde lo he puesto...?

El skroll sacó una mano arrugada y ennegrecida de su raída larga capa.

—Pase —repitió.

—Ay —aulló el hombre mantis cuando el escarabajo bombardero le dio un fuerte picotazo en las piernas deformes—. Déjelo ya, ¿no, señor?

La figura encapuchada siguió mirándolo sin inmutarse.

—¿Qué, no tienes pase, híbrido? —preguntó el soldado—. Pche, pche. Estás donde no debes.

—Más vale que bajes al inframundo a buscarla, escoria —se mofó su compañero y, dándole una brutal patada, lo levantó por los aires.

—¿Por qué...? —Pero el hombre mantis se lo pensó mejor y se alejó, frotándose el cuerpo deforme. Pearl fulminó al soldado con la mirada, el cual miró a través de ella.

—Venga —susurró Tom, tirando de ella—. No nos mezclemos en esto.

Al final de la callejuela, había una bifurcación. La mayor parte de turistas y peregrinos parecía estar subiendo hacia el clamor distante de lo que podía ser un estadio.

—¿Subimos? —dijo Tom, mirando a su alrededor en busca de una indicación.

—No parece precisamente una cárcel, ¿no? —dijo Pearl, oyendo las ovaciones—. Tenemos que preguntárselo a alguien, no sé cómo.

Tom asintió con la cabeza. Era lo único que parecía lógico.

—El problema es cómo. Somos invisibles.

Frustrada, Pearl observó la extraña procesión de personas e insectos que iba y venía.

—Pero aquí todo el mundo es distinto. ¿Crees que se darían cuenta si nos quitáramos los ponchos?

—Desde luego —respondió Tom, viendo otro gran escarabajo rojo de saltones ojos rosa encaramado a la esquina de un edificio—. Estoy seguro de que, en cuanto esos bichos vean un intruso, vamos a tenerlo crudo.

—¿Pues qué sugieres tú? —bufó Pearl. Irritada, se dio la vuelta y, calle abajo, vio que un hombre de piel oscura con una capa roja salía a la calle después de cerrar la puerta de una angosta tienda. «Compraventa de amuletos», decía el sucio cartel de la puerta. Amuletos... ¡amuletos!— Ese es el sitio —susurró, mirando el ruinoso edificio.

—¿Amuletos? —leyó Tom, desconcertado—. ¿Por qué amuletos?

Pearl no respondió, sino que pasó entre dos insectos del tamaño de jirafas y entró en la tienda. Estaba vacía y a oscuras, y olía vagamente a libros viejos.

—Pearl, ¿qué...?

—Chist —susurró ella, señalando a un hombre menudo y barrigudo que dormía detrás del mostrador. Llevaba un grueso gorro de lana en la abombada cabeza y tenía en el regazo algo muy parecido a un gordo gato gris, salvo que no lo era: era una gorda oruga gris, y también parecía dormida. En las paredes, había estantes y botes llenos de amuletos de todo tipo. Echando un rápido vistazo al techo, Pearl se quitó el poncho y lo hizo una pelota. Tom la miró, horrorizado.

—Es la única forma —dijo ella, simplemente—. Tenemos que correr el riesgo.

Tom negó con la cabeza y miró las vigas del techo. ¿Había un escarabajo de ojos rosa acechando entre las sombras? No podía estar seguro.

—Estás loca —masculló, indignado, pero, al instante, también él se había quitado el poncho.

—Hola, bienvenidos.

Tom y Pearl casi se murieron del susto cuando oyeron una voz conocida detrás de ellos. Al volverse, vieron el rostro de don Gervase emergiendo de un pedazo de papel satinado pegado a la pared.

—¿Os imagináis todas vuestras fantasías hechas realidad? ¿Os lo imagináis? Pues este podría ser vuestro día de suerte. Escoged un amuleto, cualquier amuleto. Vamos, camaradas, no seáis tímidos. Traedlo al ministerio y probad suerte. Recordad que concederé a la persona que encuentre el amuleto ganador todo cuanto esté en mis manos. Todo. Os deseo buena suerte...

La cabeza sonrió y palideció hasta confundirse con el papel satinado.

—Ahhh.

El hombre se despertó y, sorbiendo por las narices, los miró con cara soñolienta.

—Venga, Huffkin —dijo, depositando a la oruga dormida en el mostrador. Incluso despierto, el hombrecillo parecía muy cansado.

—Hola —dijo Pearl, acercándose al mostrador con una sonrisa cautivadora—. Acabamos de llegar a Scarazand y no sabemos muy bien qué hacer.

El hombre se restregó la nariz y pareció algo sorprendido.

—¿Llegar? ¿De dónde?

—Esto... de Tithona.

El hombre los miró con curiosidad; luego, se encogió de hombros.

—No conozco ese sitio. ¿Y bien?

—De hecho —se apresuró a decir Tom—, de hecho, nos preguntábamos si podría ayudarnos. Buscamos la cárcel.

El hombre parpadeó.

—¿La cárcel? Joven camarada, estás equivocado. Esto no es la cárcel.

—Ya sé que esto...

—Supongo que sabes leer —lo interrumpió el hombre; su voz aflautada parecía cada vez más irritada—. Esto es una tienda de amuletos. A-MU-LE-TOS. Entras aquí porque no dispones de ningún amuleto y, por tanto, tienes que comprar uno. A mí.

¿Lo entiendes?

—¿Tenemos que comprar uno?

—Todos los recién llegados a Scarazand deben registrar sus amuletos en el Ministerio. Este nuevo precepto no hace excepciones.

—¿Quiere decir que todo el mundo está buscando amuletos?

El hombre miró a Tom con recelo.

—Me sorprende que no lo sepáis. ¿No os han dado instrucciones?

—Esto... —Tom notó que se ruborizaba—. Pues...

—Nacimos ayer —explicó Pearl, sonriendo—. Por eso no sabemos nada. De hecho, no sabemos por qué razón quiere este amuleto nuestro glorioso líder.

El tendero siguió mirándolos. Estaba convencido de que aquellos dos muchachos tenían algo peculiar: su aspecto era muy extraño, y hacían demasiadas preguntas.

—¿Sabe por qué lo quiere? —preguntó Pearl, con aire inocente.

—¡Ja! —El hombre resopló ruidosamente—. Tu juventud puede disculpar tu ignorancia, pero es muy imprudente hacer esa pregunta, o incluso pensarla. Es traición.

—Tiene algo que ver con controlar a la reina, ¿verdad? —insistió Pearl.

El tendero se puso gris y miró al techo con aprensión. Era obvio que había un escarabajo espía acechando entre las sombras. Tom se preguntó dónde quería llegar Pearl.

—Eso es una estupidez. Un d-d-disparate —farfulló el hombrecillo—. Nuestro glorioso líder no se fía de meras baratijas...

—Entonces, ¿tiene algo que ver? —persistió Pearl.

—Eso es una conjetura completamente infundada. Yo... más vale que os marchéis —insistió el tendero, irritado—. La tienda está cerrada.

—¿Pearl?

—Una cosa más —dijo ella, ignorando a Tom.

—¡Fuera! —les ordenó el hombre, rodeando el mostrador y yendo resueltamente hacia ellos.

—¿Sabe qué aspecto tiene el amuleto ganador?

Al tendero se le saltaron los ojos; parecía a punto de estallar.

—Me refiero a que debe de tener una idea, habiendo visto tantos.

—¡Marchaos! —vociferó él—. Marchaos antes de que llame...

Con calma, Pearl metió la mano debajo de su cinturón.

—¿Es así?

Tom miró el objeto que tenía en la palma de la mano y se le desencajó la mandíbula. Por un momento, la sorpresa no le permitió hablar.

—Perdona, Tom —se disculpó Pearl—. Tenía que cogerla.

El tendero miró la pelota transparente, decorada con dibujos negros en forma de voluta. En un instante, había cambiado por completo de humor. Mirando el techo, los empujó bruscamente hasta el hueco que quedaba entre una pila de cajas y la pared,

donde había una ventanita ovalada.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó con aspereza—. Es decir, camarada, vuelve a enseñarme tu interesantísimo amuleto. —Sonrió, de una forma extraña—. Por favor.

Pearl se quedó mirándolo. Parecía un estrafalario gnomo de jardín y no tenía ningún motivo para confiar en él, pero era evidente que algo había despertado su curiosidad.

—Solo si puede decirnos si es auténtico.

El hombre gruñó con irritación.

—Únicamente el Ministerio tiene autoridad para hacer eso jovencita.

—Entonces, ¿qué es lo que le interesa tanto de él?

El tendero se encogió de hombros, fingiendo indiferencia.

—Solo tengo curiosidad. ¿Habéis... hum, intentado usarlo?

—¿Cómo podríamos haber hecho una cosa así? —preguntó Tom, enfadado—. Solo es una baratija que compramos en un mercado.

—Su procedencia no tiene importancia —dijo el hombre, sonriéndole empalagosamente. No quería desviarse del tema.

—¿Sabe cómo utilizarlo? —preguntó Pearl.

—Eso es información restringida —respondió él, de forma evasiva—. Solo he... oído rumores.

Pearl lo escrutó. El hombrecillo parecía estar diciendo la verdad.

—Pues entonces enséñenos cómo cree usted que funciona —dijo con aspereza, poniéndole la pelota en la mano. El tendero contuvo una sonrisa y puso la pelota a contraluz.

—Podría ser una imitación, por supuesto. Hay muchas —murmuró, mirando el centro transparente por entre los dibujos oscuros. Acarició la superficie con mucho cuidado.

—¿Y dices que no lo habéis utilizado nunca?

Pearl negó con la cabeza. Tom advirtió que al hombre le brillaban los ojos con avidez.

—¿Y no había ningún estuche ni cofre enjovado para protegerlo?

—¿Por qué, debería haberlo?

El tendero pareció vagamente decepcionado, pero, pese a ello, sostuvo la pelota en una mano y cerró los ojos. Luego, con la otra mano, comenzó a acariciar la superficie con delicadeza, sin apenas mover los dedos.

—¿Qué le está pidiendo que haga? —preguntó Pearl.

El hombrecillo fingió no haberla oído y siguió trazando círculos por la superficie... y, al instante, Tom oyó un fuerte sonido retumbante dentro de su cabeza. Al cerrar los ojos, vio una ola roja alzándose en el negro horizonte y yendo hacia él acompañada de un estruendo de agua, un galimatías de palabras y gritos...

—¡Ay!

Indignado, Tom movió la cabeza y se obligó a abrir los ojos. Parecía que le ardiera el cerebro.

—Qué daño.

Respiró hondo y vio que Pearl estaba mirando por la ventana, con los ojos como platos.

—Mira —susurró, atónita—. Afuera.

Tom observó la concurrida calle a través de la sucia ventana: era como ver una película puesta al revés. Todas las personas, insectos e híbridos se estaban moviendo muy despacio hacia atrás. Luego miró al tendero, que parecía haber entrado en una especie de trance. El gran gorro de lana que llevaba le oscilaba de arriba abajo.

—Lo... está haciendo él, ¿verdad? —susurró Pearl, viendo que el tendero seguía moviendo su retorcido pulgar por la superficie de la pelota, sin apenas tocarla...

El hombre respiró hondo y empezó a trazar lentos círculos con la cabeza. Al cabo de un momento, todos los transeúntes habían empezado a hacer lo mismo. Esta vez, Tom estaba preparado y, a base de fuerza de voluntad, consiguió ignorar la palpitante ola roja que le latió en la cabeza. Ya no cabía ninguna duda de que aquel era el amuleto correcto. Miró la pelota-escarabajo con furia: ¿Cómo se las habían arreglado para llevar el objeto más poderoso del mundo al corazón de Scarazand?

—Tenemos que salir de aquí —gruñó, poniéndose el poncho gris y bajándose la capucha.

—Lo siento —se disculpó Pearl, apresurándose a hacer lo mismo—. Lo siento de verdad, Tom, pero sabía qué dirías. ¿No ves que es todo lo que tenemos?

Tom estaba tan enfadado que no veía nada en absoluto.

—Oye, ahora que sabemos que lo es, llevémosla al Ministerio y declarémosla.

—Muy bien —resopló Tom—. Y luego ¿qué? ¿Pedimos a don Gervase que, a cambio, suelte a nuestras familias? ¿Estás loca?

—Yo...

Pero Pearl no terminó la frase porque, en ese momento, la puerta se abrió de golpe.

—¡Scurf! —gritó una voz conocida—. ¿Te importaría decirme qué está pasando?

Tom solo tuvo tiempo de bajarse bien la capucha cuando vislumbró una coleta negra bamboleándose entre las cajas. El tendero salió de su trance y parpadeó violentamente.

—¡Scurf!

Al instante, Lotus Askary estaba delante de ellos. Lo que vio le resultó tan extraño que, por un momento, se quedó sin habla. El minúsculo señor Scurf estaba encogido en el rincón, con las manos ahuecadas. De pronto, una fuerza invisible se las golpeó por debajo y una pelota de plástico salió despedida por los aires, al parecer por iniciativa propia. Y luego desapareció. En ese mismo instante, Lotus vislumbró el rostro de una muchacha asustada, flotando en el vacío.

—¿Tú? —preguntó, segura de haber visto aquel rostro—. ¿Quién eres?

Pero, un momento después, también la muchacha había desaparecido...

Lo peor de lo peor

Tom y Pearl se escondieron detrás de un montón de cajas cuando dos altos skrolls irrumpieron en la tienda, con sus escarabajos bombarderos tirando de la correa.

—¡Por favor, Huffkin no!

Se oyó un gañido amortiguado y de repente ya no hubo oruga.

—¡Qué pasa, Scurf! —gritó Lotus—. ¿Con qué estabas jugando ahora mismo?

Scurf aulló.

—Yo... esos... dos conversos, creo que estaban... haciendo demasiadas preguntas... tenían un amuleto...

—¿Qué amuleto tenían, Scurf? —espetó Lotus.

—No lo sé —farfulló el tendero—. Por favor, señorita, nunca había visto nada igual...

Lotus miró ferozmente a su alrededor.

—¿Y me estás diciendo que han desaparecido?

Scurf bajó la vista y asintió con la cabeza.

—Pobre Huffkin —susurró, mirando la oruga destripada.

—Registrad este sitio —ordenó Lotus, y los dos skrolls se pusieron manos a la obra.

Scurf observó en silencio mientras los bombarderos rojos registraban la tienda de arriba abajo, volcando todas las estanterías y sacando todos los cajones.

—Te ascendieron a este puesto, ¿no, Scurf? —dijo Lotus, cogiendo una figurilla azul.

—A-a-sí es, señorita —farfulló el tendero—. Antes era capataz minero de brigada, nivel 2.469.

—Nivel 2.469.—Lotus tiró la figurilla al suelo con indiferencia, haciéndola añicos—. Bueno, bueno —dijo con desdén—, casi el último nivel del infiamundo: lo peor de lo peor. Ya me parecía que tenías una pinta rara.

—Así es, señorita —dijo Scurf, temblando—. Por debajo, solo están el área de duplicación y la cárcel.

Lotus se acercó al tendero y le susurró al oído.

—Y ahí es precisamente donde vas a volver, si no me das respuestas muy, muy pronto. ¿Me expreso con claridad?

Scurf asintió con la cabeza, aterrorizado.

—Quiero ver esa pelota, y a esos conversos, en el Ministerio. De inmediato.

Lotus giró sobre sus talones y salió con paso resuelto.

—Vamos —susurró Tom y, cogiendo a Pearl de la mano, salieron detrás de Lotus justo antes de que la puerta se cerrara.

En la calle, un reducido grupo se había reunido alrededor de un extraño artilugio que parecía un enorme huevo hueco, enganchado a dos relucientes insectos blancos. Los espectadores contuvieron un grito cuando Lotus salió de la tienda con su capa

blanca y se subió al huevo y otro, cuando la superficie de este comenzó a vibrar y a emborronarse mientras miles de polillas batían sus alas doradas para levantarlo del suelo. Lotus tiró de las riendas con indiferencia y las dos criaturas cubiertas de púas revivieron y se alejaron al galope.

—Era ella —exclamó un hombre—. En persona.

—Ahora la llaman la diosa blanca —dijo otro hombre, boquiabierto.

—Nunca pensé, nunca en mi vida, que vería...

—¡Avancen! —gritó un soldado—. Los que van al Ministerio, a la izquierda; los que van al estadio, a la derecha.

Tom y Pearl se abrieron paso entre la multitud y doblaron por un callejón.

—Era Lotus Askary, ¿verdad? —susurró Pearl en cuanto estuvieron solos.

—Sí —respondió secamente Tom. Seguía enfadadísimo por el asunto de la pelota.

—La última vez que la vi fue la noche del globo meteorológico —añadió Pearl.

Por un momento, ninguno de los dos dijo nada.

—Oye, lo siento, Tom, de verdad. Solo estaba intentando hacer las cosas lo mejor posible. Pero, a mi modo de ver, ahora tenemos una oportunidad. Podemos sacarlos, a mi padre, a Rudy, a tus padres también. Y nosotros.

Tom miró la calle con furia. No estaba convencido.

—Pero de acuerdo. Si estás tan seguro de que don Gervase no debería tener nunca la pelota, llevémosla a esa pasarela y tirémosla al abismo. —Pearl lo miró con indignación—. Así desaparecerá para siempre. ¿Es eso lo que quieres?

Tom arrugó la frente y no dijo nada.

—¿Lo ves? —dijo Pearl, alzando la voz sin poder contenerse—. Tú sabes que tirarla no tiene sentido. La tenemos, así que deberíamos utilizarla. Deberíamos llevarla al Ministerio ahora mismo.

—No —dijo Tom con firmeza—. Ahora no. Ese debería ser nuestro último recurso. Solo cuando no tengamos otra alternativa.

Pearl se encogió de hombros, exasperada.

—¿Y qué propones tú?

—Creo que deberíamos ir a la cárcel y al área de duplicación, ahora que sabemos dónde están. Antes deberíamos mirar ahí, ver si podemos encontrarlos.

—¿Y si los encontramos?

—Entonces, deberíamos intentar encontrar una salida.

—¿Y si nos cogen?

—Eh... deberíamos proponer un intercambio. La pelota-escarabajo a cambio de nuestros padres, como último recurso.

—Pensaba que los intercambios no te gustaban —dijo Pearl, con sarcasmo—. Y que esa gente no hacía intercambios.

Tom negó con la cabeza.

—No lo entiendes, ¿verdad? No podemos dar a don Gervase Askary aún más poder del que ya tiene. No podemos hacer eso. Él es malvado —dijo, enfadado—. Él

es... si pudiera controlar la pelota, utilizarla como es debido..., no tienes ni idea de cómo hace que te sientas.

Pearl lo miró malhumorada, pero supo, por su expresión resuelta, que no iba a cambiar de idea.

—Muy bien —resopló—. Es un plan. Hagámoslo. Y supongo que, de todas formas, tampoco tengo elección.

—En verdad no —dijo Tom, empujando la pelota-escarabajo hasta el fondo del bolsillo de su pantalón. Era él quien la había hecho saltar de la mano de Scurf y la había cogido al vuelo, y se alegraba. Ahora, era responsabilidad suya—. Vayamos al nivel 2.469, sea lo que sea eso.

Bajando por una serie de callejuelas y escaleras, Tom y Pearl volvieron sobre sus pasos entre la marea de insectos y personas hasta estar de nuevo en las grandes verjas.

—¿Por ahí? —sugirió Tom, señalando el gran túnel en el que estaban entrando casi todos los extraños escarabajos.

—Vale —dijo Pearl, asintiendo con la cabeza—. Siempre que baje. Parece que el nivel 2469 tiene que estar muy cerca del fondo.

Se colocaron detrás de una larga caravana de abombados escarabajos verdes y entraron en el túnel. Pronto, este comenzó a descender en espiral y, conforme lo hacía, el aire fue volviéndose cada vez más caliente y húmedo.

A diferencia del caos de las pasarelas, allí los escarabajos avanzaban ordenadamente en fila, los que subían por la derecha, los que bajaban por la izquierda. Apenas había ruido a excepción del constante martilleo de sus patas puntiagudas en el suelo y el susurro de sus élitros rozándose. En el techo abovedado, había lentas criaturas planas parecidas a cangrejos moviéndose de un lado al otro. Tenían los élitros cubiertos de hongos luminosos que vertían una mortecina luz verdosa sobre aquel mundo extraño.

—¡«Ve a buscarlo... ve a buscarlo, híbrido»! ¿Quiénes se creen que son? ¡Hace nada que gobiernan! ¡Seguro que no han bajado nunca a la sala de máquinas! No, no, no tienen agallas para hacerlo, ¿verdad?

Tom miró a su alrededor en busca de aquella voz conocida y vio una cabeza aplanada y triangular bamboleándose entre la multitud por delante de ellos.

—¡Fuimos nosotros los que echamos los bofes en Callaboose! —despotricó el hombre mantis, alzando el puño a un soldado que montaba guardia en la entrada de un pasadizo—. ¡Así es, amigo! ¡No vosotros, soplones!

—Podríamos preguntarle cómo se va —susurró Tom, intentando no perder de vista a la deforme figura renqueante—. Él lo sabrá, ¿no? Probablemente, acaba de salir de la cárcel.

Pearl asintió con la cabeza.

—Escarabajos gobernados por clones, ¿no? ¡Escarabajos gobernados por clones! —gritó el hombre mantis cuando uno de los guardias consiguió abrirse paso entre el

gentío e intentó agarrarlo.

—¡Hay que ser más rápido, hijo! —dijo, riéndose entre dientes, rodando bajo el abdomen de un gordo insecto y corriendo hacia un pasadizo—. Ja, ja, ja! ¡No podéis coger al hombre mantis!

Tom y Pearl corrieron tras él y se encontraron en una gran cámara llena de concavidades poco profundas excavadas en la roca que contenían un huevo cada una. Diseminados por la cámara había grupos de escarabajos marrones, volviendo laboriosamente los huevos, pero ni ellos ni su capataz vieron al hombrecillo cuando saltó a un balcón y se deslizó por una barra hasta el nivel inferior, donde había más de lo mismo.

—Caray, es rápido —jadeó Pearl, esforzándose por no quedarse rezagada.

El hombre mantis podía tener una pierna bastante más corta que la otra, pero corría a una velocidad fabulosa. Tom miró abajo: los pisos de cámaras de puesta idénticas eran tantos que no alcanzaba a ver dónde terminaban, pero, en vez de continuar descendiendo, el hombre mantis dobló por un pasadizo sobre cuya entrada estaba escrito el número cuarenta y cruzó un puente de cuerda tendido sobre un hondo abismo. A cada lado, miles de escarabajos azules estaban ocupados en ordeñar hileras de hinchadas hormigas blancas encaramadas a las húmedas paredes.

—La leche es buena para la barriga y a mí me chiflan las patas de hormiga —cantó el hombrecillo para sus adentros—. ¡Vivid para trabajar, muchachos, vivid para trabajar!

Era todo extrañísimo, pero Tom y Pearl apenas tuvieron tiempo de echarle siquiera un vistazo antes de que el hombre mantis entrara en un túnel del otro extremo, doblara a la derecha y se deslizara por otra barra a un área completamente distinta. Allí, brigadas de escarabajos estaban dándose de comer trozos de roca unos a otros, masticándolos y escupiendo una especie de cemento blanco.

—Hola —resolló Tom cuando alcanzó al hombre mantis, subiéndose las mangas y quitándose la capucha—. Hola.

El hombrecillo alzó la vista y se sobresaltó al ver las caras de un muchacho y una muchacha y dos pares de brazos esquivando a los escarabajos junto a él.

—Dios santo, creía que yo estaba mal, pero ¡mirad qué pinta tenéis! —gruñó—. ¡No estáis ni conectados!

Escupió al suelo con brusquedad.

—Os lo han hecho ellos, ¿verdad?

—Sí, exacto —resolló Tom.

El hombre mantis gruñó y murmuró algo entre dientes.

—Estáis volviendo, ¿no?

—Vamos al nivel 2.469 —explicó Pearl—. La cárcel y...

—El área de duplicación —dijo roncamente el hombrecillo—. Yo también voy ahí. Mi hermano es carcelero, necesito otro pase. Porque arriba la gente como vosotros y como yo ya no es bien recibida. ¿Por dónde vais?

—Hum —farfulló Tom—, ¿por dónde va usted?

—No me apetece andar. Este es el nivel cuarenta y uno, ¿verdad?

—Así es —dijo Pearl, intentando parecer convincente.

—Entonces, parece que lo mejor es coger una garrucha. ¿Os apuntáis?

Pearl y Tom no sabían a qué se refería, pero ambos asintieron con vehemencia.

—Hecho —gruñó el hombre mantis—. Conozco un atajo por el área de trituración y los viveros. Síganme, señores.

Se metió en un túnel lateral, bajó unas escaleras y entró en otra enorme cámara humeante, esta vez llena hasta el techo de pilas de troncos que miles de gorgojos negros estaban partiendo en rodajas para masticarlos mejor.

—¿Trituración? —preguntó Tom en un susurro, viendo que los trabajadores obligaban a los gorgojos a vomitar grandes trozos de pulpa de madera apelmazada que luego ponían en rampas.

—Correcto —dijo el hombre mantis—. Se pasan así todo el santo día. Porque algo tienen que comer los pobres, ¿no?

Soltando una carcajada, entró renqueando en otro pasadizo que terminaba en un balcón ancho y largo. Por doquier, había innumerables pisos de corrales llenos de larvas de todo tipo que se revolcaban en montones del mejunje marrón.

—Este sitio es rarísimo —susurró Pearl, mirando a su alrededor con los ojos como platos—. Es como una máquina gigantesca con vida propia.

—Lo sé —susurró Tom.

Las dimensiones de Scarazand y de todo lo que contenía eran impresionantes; parecía que hubieran encogido y se encontraran en un extraño universo de insectos donde las personas tenían una función pequeña y casi irrelevante. ¿Era aquello el pasado, o era el futuro? No tenía la menor idea: pero seguro que era real, los insistentes latidos de su cerebro se lo decían...

—¡Ahí viene una! —chilló el hombre mantis cuando algo brillante pasó a toda velocidad por el agujero del final del pasadizo. Apretó el paso y saltó a la cornisa, con Tom y Pearl pisándole los talones.

—¡Oh! —exclamó Pearl, y se agarró al brazo de Tom.

Lo que vio le dio vértigo. Ante ellos había un ancho hueco de ascensor circular que se extendía a lo largo de centenares de metros en ambas direcciones. Por él, subían y bajaban cabinas luminosas colgadas de inmensos cables negros que transportaban personas, huevos, escarabajos, capullos, skrolls y criaturas de todo tipo. Algunas se movían a una velocidad asombrosa, otras eran desesperadamente lentas, y todas estaban impulsadas por enormes engranajes de diversos tamaños suspendidos sobre el abismo. A primera vista, aquellas ruedas inmensas parecían ser parte de una bicicleta o reloj gigantesco, pero, al fijarse mejor, Tom advirtió que estaban formadas por enormes escarabajos grises cuyos lomos dentados se engranaban entre sí conforme caminaban sin pausa alrededor de discos de piedra.

—¿Listos? —preguntó el hombre mantis, asomándose al hueco—. Ahora baja

una buena garrucha rápida para vips, directamente del Ministerio.

Pearl lo miró con aprensión.

—Esto... ¿y qué? ¿Vamos a saltar al techo?

—Exacto, señorita. No vas a desmontarte porque no estás ni bien conectada, ¿no?

—No —dijo ella, tragando saliva—. Solo que...

De pronto, hubo una corriente de aire y algo pasó rápidamente por delante de ellos.

—¡Saltad! —chilló el hombre mantis.

Tom y Pearl saltaron al vacío y, sin saber cómo, aterrizaron en el techo luminoso del ascensor, que se bamboleó en su vertiginoso descenso.

—Más delicados no podíamos ser —dijo el híbrido, sonriendo y sentándose con toda tranquilidad—. Esta es la forma de bajar al inframundo. Montados en el techo de los potentados. Como subirse a un tren en marcha —añadió, riéndose entre dientes.

Tom y Pearl sonrieron a duras penas mientras seguían aferrados a lo que podían, casi sin atreverse a mover un músculo, oyendo el viento aullante y viendo pasar las plantas a una velocidad aterradora. Trescientos... quinientos... ochocientos... Tom se apoyó en los codos y se asomó al borde de la cabina tanto como juzgó prudente... debajo había un negro abismo, nada más. Solo el aire estaba cambiando: parecía estar tornándose más cálido y húmedo, y olía mucho a azufre...

—¡Dos mil, ya casi estamos! —gritó el hombre mantis, poniéndose de pie. El ascensor estaba frenando. Por debajo de ellos, se oía el burbujeo de agua hirviendo.

—¿Cómo nos bajamos? —preguntó Pearl.

—Igual que nos hemos subido, señorita Desarticulada —respondió el hombre mantis, sonriendo de oreja a oreja—. Pero tenemos que darnos prisa, porque miran los techos de estos ascensores para vips, por si hay gente como tú y como yo.

Notaron una brusca vibración cuando el ascensor comenzó a detenerse por debajo de ellos.

—Solo los dos, ¿verdad, señor? —dijo una voz dentro de la cabina.

—Exacto. Y no te retrases porque es esta noche.

La cabina se detuvo y los hombres salieron.

—Deprisa —susurró el hombre mantis, y saltó a la pared rocosa, escaló un breve tramo y se metió en un agujero. Tom y Pearl siguieron su ejemplo y se volvieron justo a tiempo de ver tres largos tentáculos grisáceos emerger de la pared y palpar los lados y el techo de la cabina.

—¡Más suerte en la próxima, amigo! —espetó el híbrido.

—¿Qué era eso? —susurró Pearl, viendo que los tentáculos volvían a replegarse dentro del agujero.

—Créeme, doña Preguntona, es mejor que no lo sepas. Venga, la cárcel es por aquí.

El hombre mantis fue hasta la puerta y se asomó al túnel, mirando rápidamente a izquierda y derecha.

—Parece bastante despejado —murmuró con cautela—. ¿Oís algo vosotros, desarticulados?

Tom y Pearl miraron en ambas direcciones y aguzaron el oído. A diferencia de todos los otros lugares de Scarazand, aquel túnel estaba silencioso, oscuro y aparentemente vacío.

—Yo lo veo bien —dijo Tom, advirtiendo que las paredes estaban recubiertas de una sustancia brillante—. ¿Por qué? ¿Hay algún problema?

—Si vosotros no oís nada y yo no oigo nada, no hay ningún problema, ¿no?

El hombre mantis salió renqueando del agujero y, después de sortear los charcos, entró en otro pasadizo y bajó por una corta escalera de caracol, en cuya base había una gran puerta de madera.

—Aquí es donde trabaja mi hermano —dijo—. La entrada oficial de la cárcel. Vosotros y yo hemos venido por detrás, de ahí la precaución.

Después de abrir la puerta, Tom y Pearl siguieron al hombre mantis al interior de un cuarto de guardia atestado de gente. Al fondo, estaba teniendo lugar una ruidosa disputa.

—Pero ¿cómo va a conocer las normas? ¡Ha llegado esta mañana!

Una angustiada mujer estaba a la cabeza de un grupo de turistas, vestidos todos con chaquetas amarillas de plástico. Ante ella, había sentado un hombre gordo y corpulento de piel cérea. Era calvo, llevaba un sombrero echado hacia atrás y tenía dos rechonchas antenas rosa en la frente que se le retorcían húmedamente. Lo rodeaban una serie de deformes híbridos que llevaban una especie de imitaciones de uniformes negros.

—El señor Winston —gruñó el hombre mantis, inclinándose mucho.

Era evidente que el monstruoso carcelero lo intimidaba. El señor Winston hizo un seco gesto de asentimiento y se metió en la boca una bolita brillante sacada del cuenco que había en la mesa contigua. Podría haber sido una uva, pero era mucho más parecida a un ojo de caracol.

—Esto es Scarazand, señora —rugió el carcelero, masticando bien—. Las normas nos las envía el glorioso líder, que las ha recibido directamente de la reina, y las normas de la reina son normas para todos. Sin excepción.

La mujer estaba consternada.

—Pero... es un hombre mayor, se despista, nada más. Solo se ha salido de la ruta... no sabía que era un vivero, sabe Dios que no lo sabía.

El gordo carcelero se encogió de hombros.

—Entonces, ¿durante cuánto tiempo lo van a tener aquí? —preguntó la amiga de la mujer.

El señor Winston consultó un gran libro gris que tenía junto a él y comenzó a leer.

—Entrar en el vivero 389d, sin pase, caerse en la cuba de la gelatina y desplazar un huevo de dicho vivero, haciéndolo rodar por el concurrido pasillo, causando la destrucción de dicho huevo y un desagradable desorden... —Se acercó el libro a la

cara—. ¿Castigo a criterio del carcelero mayor? Hum. —Se rascó el mentón y las antenas se le crisparon—. ¿Qué decimos pues... cadena perpetua?

—¿Cadena perpetua?

—Sin visitas.

La mujer se desvaneció.

—Duro pero justo —canturreó el coro de híbridos que lo rodeaba—. Duro pero justo.

El grupo de turistas se llevó a la mujer a rastras, fulminando a los sonrientes carceleros con la mirada.

—¡Eh, mirad lo que nos ha traído! —graznó uno, dando un codazo al señor Winston. El grupo se quedó boquiabierto cuando el hombre mantis se adelantó, seguido de Tom y Pearl.

—Awright Scuzz, Nazty, Fizzer, señor Winston.

—Por todos los escarabajos del trasero de Belcebú, ¿qué son? —preguntó roncamente el señor Winston, mirando las cabezas, los brazos y los pies de aquellos dos muchachos que parecían desarticulados.

—Desarticulados —dijo el hombre mantis con orgullo—. Una raza nueva. El experimento ha salido fatal, supongo. Los he encontrado en el nivel 41. He pensado que querría verlos.

Los carceleros los observaron en silencio.

—¿Hablan?

—Sí, señor Winston —dijo Pearl, sonriendo con nerviosismo. Uno de los híbridos dio un paso atrás, atemorizado—. Somos la nueva carne de cañón. Es más difícil que nos alcancen, no hay nada en el medio.

—Exacto —dijo Tom, maravillándose ante el ingenio de Pearl—. Aquí dentro no hay nada —añadió, señalándose el pecho invisible.

El señor Winston se rascó la cabeza.

—Pues que me... —resolló—. ¿Cómo lo hacen?

—Es milagroso —dijo con voz cantarína Nazty, entrecerrando los ojos—. Desarticulados, ¿eh?

—¿Y que os trae por aquí, bichos raros? —preguntó el señor Winston.

Hubo un incómodo momento de silencio mientras Tom y Pearl pensaban qué decir. Estaba claro que, ahora que los habían descubierto, no iban a poder entrar en la cárcel si no se tiraban algún farol.

—Hemos venido a comprobar el registro —dijo Pearl con calma—. Estamos buscando fugitivos.

—¿Fugitivos? —Al señor Winston se le escapó una risita sorprendentemente aguda—. Supongo que sabe qué es lo que vigila este sitio, señorita Desarticulada. Aquí no va a encontrar ningún fugitivo. Ninguno que haya sobrevivido, en cualquier caso.

Scuzz y Fizzer no cabían en sí de gozo.

—Sea como fuere, los estamos buscando, y los encontraremos —prosiguió Pearl, endureciendo la voz—. Queremos comprobar el registro. Ahora.

Hubo un momento de silencio y el señor Winston se erizó visiblemente. Estaba claro que allí abajo nadie le daba órdenes.

—¿Quiénes sois?

Tom lanzó una mirada a Pearl y luego al techo. Acechando en la oscuridad había otra sombra roja que no les quitaba ojo... qué mala suerte. De inmediato, se quitó el poncho y se plantó ante ellos. Pearl lo miró con horror.

—Somos agentes —dijo Tom, mirando al señor Winston a los ojos.

A él se le crisparon las antenas rosa.

—¿Agentes? ¿Agentes?

De pronto, soltó una aguda risotada.

—Exacto —bramó Pearl, quitándose el poncho—. Agentes de don Gervase Askary. Trabajamos para el Ministerio y estamos buscando enemigos de la revolución —dijo, señalando al hombre mantis—. Sobre todo, a los que están decididos a sembrar la discordia. —Al híbrido se le desencajó la mandíbula y, por un instante, hasta los carceleros parecieron desconcertados. Se quedaron mirándolos con la boca abierta mientras el señor Winston los fulminaba con la mirada, guardando un hosco silencio.

—El registro, señor Winston, si es tan amable.

Indignado, el hombretón hizo un gesto con la cabeza y dos híbridos se alejaron a toda prisa, regresando con un libro negro enorme que subieron a la mesa. Cuando abrió el libro por la mitad, Tom vio que estaba escrito con una letra minúscula y muy apretada.

—¿Tenéis los nombres de esos «fugitivos»? —gruñó el señor Winston, acercándose al registro.

Pearl y Tom intercambiaron una rápida mirada.

—Smoot —dijo Pearl—, Arlo y Rudy Smoot. Rudy tiene... seis años.

—La edad no importa, señorita Sabihonda. Si han estado aquí, sus nombres estarán en el registro.

El señor Winston colocó junto al libro lo que parecía un voluminoso flexo y le dio un buen puñetazo.

—Smoot —ordenó.

Para perplejidad de Tom y Pearl, de la base del flexo emergieron ocho finas patas de araña que se posaron rápidamente sobre la página.

—¡Smoot! —volvió a bramar el señor Winston, y se metió otro ojo húmedo en la boca.

Las patas de araña comenzaron a pasar páginas, tan deprisa que tamborileaban, hasta detenerse bruscamente y señalar una línea del centro. El señor Winston se inclinó sobre el libro y entrecerró los ojos para leer la letra minúscula.

—Arlo Smoot... Rudy Smoot.

—¿Están aquí? —preguntó Pearl, con voz temblorosa.

—Ya no. Los han soltado. Órdenes del nivel diez.

Pearl contuvo un grito. Se quedó mirándolo con incredulidad.

—Así que... ¿orden del nivel diez? ¿Qué significa?

El señor Winston hizo rodar con la lengua el ojo que tenía en la boca y la miró con recelo.

—Supongo que conocéis los Juegos de la Revolución.

—Sí —se apresuró a decir Tom.

El carcelero mayor asintió con aire de superioridad.

—Pues eso.

—Nivel diez puede significar duplicación, jefe —añadió Scuzz, mirando el libro por encima de su hombro.

—Exacto. Es posible que estén aquí enfrente. Estamos comunicados, ¿sabéis?

—Duplicación. ¿Se refiere a...?

—Matarlos para duplicarlos, o duplicarlos y matarlos, sí.

Pearl se quedó mirando el registro, obnubilada. Estaba haciendo todo lo posible por mantener el tipo, pero le ardían las mejillas y los ojos comenzaron a escocerle.

—¿Algún otro?

—Sam y Poppy Scatterhorn —dijo Tom con nerviosismo.

—Scatterhorn.

Las patas de araña se pusieron a pasar hojas y Tom rezó para que los nombres de sus padres no estuvieran en el registro.

—Ningún Scatterhorn —bramó el señor Winston.

Tom contuvo un grito; el corazón se le aceleró.

—¿Ningún Scatterhorn? ¿Está seguro?

—Del todo.

Tom tragó saliva: ¿Era posible que su instinto hubiera estado en lo cierto desde el principio?

—Puede que mi padre cometiera un error después de todo —susurró tristemente Pearl.

—¿Y no hay ninguna posibilidad de que estén aquí sin su conocimiento?

El señor Winston miró a Tom con un desprecio apenas velado.

—Escucha, jovencito —espetó—. En esta cárcel solo se entra de una manera y esa es pasando por delante de mis narices. Si eres un indeseable, o un enemigo de la revolución, pasarás por esa puerta y yo me aseguraré de que no salgas. ¿Lo entiendes? ¿Qué hay del resto de fugitivos?

Tom tenía la cabeza anegada de emociones, quería reírse y gritar, pero Pearl estaba destrozada. No podía hacer nada salvo mirar al suelo, confusa y triste.

—¡Más nombres! —exigió el carcelero mayor, moviendo las antenas con impaciencia.

—Esto... ¿August Catcher? —se apresuró a decir Tom.

—No está aquí —dijo el señor Winston en cuanto la araña dejó de pasar hojas.

Tom hizo lo posible por disimular un amago de sonrisa. Debían de haber regresado justo a tiempo.

—¿Oscarine Zumsteen?

La araña comenzó a pasar páginas.

—Hum, qué curioso. Estuvo aquí. Retirada, en espera de ser duplicada. ¿Ya están todos?

Pearl miró a Tom con desesperación y él supo qué estaba pensando.

—Necesitamos ir al área de duplicación —dijo al señor Winston con mucha firmeza—. Para terminar de asegurarnos. ¿Cómo se va desde aquí?

—Salid a la sala circular. Es la novena puerta de la izquierda. Supongo que tenéis pase.

—Así es —respondió Tom.

El carcelero mayor miró a Pearl, que asintió débilmente con la cabeza.

—Porque sin pase no entraréis. Articulados o desarticulados —dijo, con desdén.

—¿Por qué? —preguntó Tom. El señor Winston movió las antenas con recelo—. Es decir... esto, lo que quiero decir es ¿qué grado de seguridad tienen en el área de duplicación para impedir que los fugitivos escapen?

—Es la madriguera de los witchits. Imagino que hasta los señoritos del Ministerio sabéis qué son los witchits —añadió con sarcasmo el carcelero mayor.

—Así es. Magnífico —dijo Tom, sonriendo—. Gracias. Bien, ¿sería tan amable de dejarnos entrar?

—Como queráis —dijo el señor Winston con aire desdeñoso, metiéndose otro ojo en la boca y mordiéndolo.

Con una mirada, indicó a Fizzer que abriera la gran puerta de madera que había detrás de Tom y Pearl. Los demás los observaron, fascinados y en silencio, mientras ellos volvían a ponerse los ponchos y sus cuerpos se disolvían en el aire.

—Jovencito, señorita —dijo el carcelero mayor, sin apenas levantarse el sombrero.

La puerta se cerró tras ellos, seguida del sonido de una pesada llave girando.

Por un momento, hubo silencio y los dos pensaron que estaban solos. Entonces, un enorme cangrejo luminoso salió de su agujero, iluminando la caverna y, de pronto, las paredes se llenaron de gritos y golpes.

—Oh, Dios mío —susurró Pearl, alzando la vista.

Las paredes rebosaban de personas apresadas en pequeños ataúdes de madera que les dejaban la cabeza al descubierto, con unos agujeritos para meter los brazos. La mayoría eran tan viejas y estaban tan delgadas y greñudas que costaba saber si eran hombres o mujeres o incluso si estaban siquiera vivas. Parecían larvas, allí colgadas.

—Pensar que mi padre y Rudy estuvieron en este sitio —susurró Pearl horrorizada.

—Pues ahora ya no lo están —dijo Tom con determinación—. Venga.

Haciendo caso omiso del hedor y de los gritos, Tom y Pearl cruzaron la sala circular, contaron hasta la novena puerta y la miraron. Parecía una puerta de madera corriente; no tenía nada de especial.

—Será mejor que entremos —dijo Tom, armándose de valor. Al abrirla, vio un ancho túnel vacío, algo parecido a una línea de metro, similar al que habían atravesado antes con el hombre mantis—. Debe de ser enfrente —añadió, viendo la portezuela de madera de la otra pared.

Pearl asintió con la cabeza y miró a derecha e izquierda. Las paredes del túnel estaban cubiertas de una sustancia brillante y reinaba un curioso silencio.

—Esto es parte de la madriguera de los witchits, ¿no?

—Supongo.

Aguzaron el oído y siguieron sin oír nada. Solo silencio.

—¿Qué deben de tener que asusta tanto? —se preguntó Pearl.

—Venga —dijo Tom y, sin pensárselo más, sortearon los charcos del suelo del túnel y cruzaron la portezuela.

Por un momento, se quedaron agazapados a la sombra de una pared de piedra, esperando, aguzando el oído.

—Vamos a tenerlos encima dentro de nada, ¿sabes? —susurró Tom, recordando el escarabajo rosa encaramado al techo de la sala de guardia.

—Lo sé —dijo Pearl, estremeciéndose—. Y no estoy nada segura de esto. ¿Y si hay cientos de Rudys, o cientos de mis padres? ¿Entonces qué?

Tom no tenía respuesta para aquello.

—Lo más probable es que no estén aquí —observó, tan despreocupadamente como pudo—. El señor Winston no parecía convencido.

Apartándose de la pared, Tom y Pearl avanzaron con cautela y miraron afuera. Se hallaban al borde de un plato de piedra poco profundo, de unos veinte metros de anchura, que era uno de los centenares que se distribuían por todo el suelo de la cámara formando un semicírculo. En la superficie de cada plato había hileras de capullos romboidales grises dispuestos de forma concéntrica. Algunos eran tan grandes como personas, otros, no más que bebés y, caminando entre ellos, había grandes arañas negras, montadas por skrolls, concentrados en su labor. Algunos desenvolvían los cuerpos que contenían y llevándoselos, mientras que otros añadían más larvas y las envolvían en seda. Era como una fábrica espantosa y descomunal.

—No vamos a encontrarlos nunca —dijo Pearl, suspirando con desesperación—. Tardaremos días en registrar este sitio.

Con expresión seria, Tom miró los innumerables platos que se perdían en la oscuridad. Pearl tenía razón: allí debía de haber miles de duplicantes.

—Si todos estos capullos son réplicas, es posible que guarden los originales en algún otro sitio.

—¿Te refieres a un depósito de cadáveres?

Pearl se mordió el labio con enfado y se le humedecieron los ojos: aquello era

casi insoportable. Tom alargó el cuello y miró abajo. Dos niveles más abajo, divisó el borde de una brillante cúpula negra, en torno a cuya entrada había muchísima actividad. Observó grupos de pequeños escarabajos que entraban y salían, llevando lo que parecían larvas, que cargaban a lomos de arañas.

—A lo mejor es ahí —susurró, viendo que había grupos de skrolls merodeando a ambos lados de la entrada—. ¿Echamos un vistazo?

Pearl se asomó por encima de su hombro y vio que tenía razón.

—Está bien —masculló, sin entusiasmo. Tom la miró y vio que tenía la mirada cargada de tristeza.

—Pearl, seguro que no están ahí. No estarán.

Ella no dijo nada. Parecía resignada.

—Pero tenemos que saberlo... ¿no? Podemos estar muy cerca. Ahora no podemos detenernos.

Pearl miró la cúpula y respiró hondo.

—Es que no quiero encontrarlos, eso es todo.

—No vas a hacerlo.

—¿Qué te hace estar tan seguro?

—No estoy seguro. Pero tengo esperanza. Y eso ya es algo, ¿no?

A regañadientes, Pearl lo siguió. Avanzando con cautela entre las apretadas hileras de capullos, llegaron a una estrecha escalera de caracol tallada en una columna de roca y descendieron dos niveles hasta la cúpula negra. Al acercarse, vislumbraron por la puerta abierta la silueta de una persona envuelta en hilo de seda.

—Puede que tengas razón —susurró Pearl, estremeciéndose.

Eludiendo a los skrolls que estaban merodeando alrededor de la puerta, entraron y se encontraron en una gran sala circular. A primera vista, parecía una especie de biblioteca, con pasillos y estantes que partían del centro: pero allí no había libros, sino solo cadáveres. Se dirigieron a toda prisa al pasillo más próximo rotulado «M» y recorrieron sigilosamente la larga avenida, mirando las hileras de cuerpos que allí yacían. Tom se detuvo junto a uno que parecía un caballero medieval y quitó el polvo al rótulo.

—«Iñigo Marcellus —leyó en voz baja—. Explorador italiano. Entrada: glaciario, Hindú Kush, 1337. Utilizado: educación y malas artes, renacimiento italiano».

Tom escrutó el rostro anguloso y curtido envuelto en seda gris. «Iñigo Marcellus»... el nombre le resultaba familiar, y entonces se acordó: era el hombre que había escrito la primera descripción de Scarazand.

—«Elisa Martin, tejedora escocesa —susurró Pearl, parándose un poco más adelante ante el cuerpo de una hermosa mujer—. Entrada: pantano de Saint Kilda, 1799. Utilizada: médica de hospital en Nueva York. Distribución de escarabajos escarabadores». —Miró el rostro de Elisa Martin. Estaba blanco y lleno de polvo, pero aún tenía rubor en las mejillas—. No parece muerta —susurró. Siguió andando, mirando las caras de una en una—. Ninguno lo parece. Es como si... como si

estuvieran dormidos.

—¡Dios mío, son Shadrack y Skink! —exclamó Tom, olvidando dónde estaba.

—¿Quiénes son? —susurró Pearl, acercándose a él.

—Réplicas de este hombre: «Doctor Pierre Gaspard, envenenador. Entrada: bosque de Ardennes, 1891. Utilizado: búsqueda del elixir». —Tom se quedó mirando al hombrecillo de cara huesuda con el pelo ralo y pegado a las sienes y un deshilacliado frac—. Había miles como él. Millones.

Tom y Pearl se quedaron mirando al hombrecillo delgado y pálido. Aquel lugar respondía muchas preguntas, pero aún había muchas más sin respuesta. Recorriendo el alfabeto, pasaron por delante de los cuerpos de carteros extraviados en cenagales, de fugitivos refugiados en bosques, de niños que habían caído a pozos, de deshollinadores que se habían quedado atascados en chimeneas, hasta llegar a la letra «S». Con cautela, Tom enfiló el pasillo y las sienes comenzaron a latirle: pese a todo lo que le había dicho el señor Winston, fue casi incapaz de llegar al sitio donde debería estar el apellido Scatterhorn. Con un nudo en la garganta, miró en el estante y allí no había nada. Por supuesto que no. Respiró hondo y fue hasta el apellido Smoot.

—¿Los ves? —susurró Pearl, quedándose a una cierta distancia.

Era incapaz de acercarse más. Tom miró en el estante y vio un espacio vacío donde habían estado los cuerpos. Había una nota.

«Arló Smoot —decía—, espía radiofónico. Capturado, islas Marquesas, 2009. Interrogado». Y, debajo, en rojo, habían escrito: «Original retirado. JR». Debajo, había un hueco más pequeño, donde tendría que estar Rudy. En la etiqueta solo ponía: «Retirado».

Tom se volvió y miró a Pearl. Pese a la capucha que le tapaba la cara, supo que estaba temblando.

—¿Y bien?

—No están. Se los han llevado.

Pearl no se movió.

—Pero... ¿qué significa eso?

—No lo sé. A lo mejor están en algún otro sitio de Scarazand. Y podrían seguir vivos. Es posible.

Pearl no dijo nada. Con cautela, se acercó y leyó el rótulo. No terminó de entenderlo la primera vez y volvió a leerlo.

—Tienes que creerlo, Pearl.

—En ese caso, debemos intercambiar la pelota-escarabajo —dijo ella, sin rodeos—. No hay más remedio. No sabemos cómo utilizarla y no podemos registrar este sitio eternamente. Debemos llevarla al Ministerio e intercambiarla por ellos. Salvarles la vida, quizá.

Tom no dijo nada. Notaba la suave presión de la pelota ovalada en el bolsillo. Quería pensar en algo que pudiera disuadir a Pearl, pero, en aquel momento, no se le ocurrió nada.

—Tú harías lo mismo, ¿no, Tom? —preguntó ella, escrutándolo con sus claros ojos azules. Incómodo, Tom miró el rótulo, intentando imaginar los nombres de sus propios padres escritos en él. Notaba la mirada de Pearl atravesándolo.

—No lo sé... si estuviera completamente seguro quizá... —Negó con la cabeza—. Pero...

En ese momento, oyeron un fuerte grito seguido de un taconeo y centenares de hombres irrumpieron en la sala.

Arañas, witchits y un grootslang

Tom y Pearl tuvieron el tiempo justo de correr hasta llegar al pasillo adyacente antes de que un grupo de soldados irrumpiera en el suyo, arremetiendo a diestro y siniestro con espadas y picas.

—Por el bien de mi salud mental, tened cuidado con esas cosas —resolló el señor Winston, bamboleándose detrás de la fila de hombres que cortaba el aire con sus armas, esperando claramente golpear algo que no veían—. Esto es valiosísimo y no estoy dispuesto a que este allanamiento sin importancia sea una tragedia para todos nosotros.

—Deprisa —susurró Tom, y corrieron al próximo pasillo solo para encontrarse con otra fila de hombres que venía hacia ellos blandiendo sus armas, y con otra más en el pasillo siguiente.

Agachándose, dieron media vuelta y corrieron hacia el otro extremo de la biblioteca, dirigiéndose a la letra «Z». Entonces oyeron un ruido al final del pasillo...

—Oh...

Pearl intentó hablar, pero su voz apenas fue más que un hálito. Retrocediendo, vieron, horrorizados, que entraba en el pasillo una araña enorme montada por un skroll. El hombre encapuchado dijo algo y le hincó las espuelas en los peludos flancos. Acto seguido, la criatura segregó una brillante sustancia babosa, la cogió entre las patas delanteras y comenzó a andar, pasándosela rítmicamente de unas a otras, cada vez más aprisa, hasta que la baba se convirtió en un manchón borroso. Tom tuvo que hacer un esfuerzo supremo para despegar los ojos de aquella extraña criatura y mirar atrás, solo para ver una fila de hombres blandiendo las armas en su dirección. ¿Qué podían hacer? Estaban atrapados... a menos...

—¿Ahí? —susurró Pearl con urgencia. También ella lo había visto.

De inmediato, saltaron al estante y se deslizaron hasta el reducido espacio que quedaba detrás del hombre que yacía allí, envuelto en seda descolorida. Tom pegó el cuerpo al estante cuando la araña pasó y, al mirar abajo, le llamó la atención un destello plateado en el estante inferior. Era una pulsera, con curiosos grabados; le resultaba familiar... y entonces miró el rostro de su dueña...

—Oscarine Zumsteen —susurró entre dientes.

Allí estaba, yaciendo plácidamente debajo de él, vestida con el mismo impermeable amarillo que llevaba en el café. Era probable que de aquello solo hiciera una semana, pero parecía que hubieran pasado años luz desde entonces. ¿Estaba muerta? No sabía decirlo. ¿Había cumplido su promesa de no contarles nada? Algo en su expresión satisfecha le sugirió que lo había hecho.

—Se ha ido.

La voz de Pearl lo devolvió a la realidad.

—Tom, se han ido todos. Vamos.

Salieron de su escondrijo, fueron hasta el final del pasillo con mucho sigilo y sacaron la cabeza.

—Oh, Dios mío.

Había otras dos arañas, aparcadas en la puerta como camiones monstruosos. Las antecedía una hilera de skrolls que vigilaba los pasillos. El señor Winston estaba paseándose por delante de ellos con aire amenazador, al borde de un ataque de nervios. Por allí era imposible salir. Imposible del todo. ¿Podía haber otra salida? Dada la naturaleza de aquel lugar, era poco probable y los dos lo sabían. Por eso debían de haber cerrado aquella...

«Piensa Tom, piensa... algo ingenioso».

Devanándose los sesos, miró la araña y a su jinete encapuchado, que ahora corrían por el pasillo adyacente. El skroll iba montado en su peluda cabeza y su larga capa negra le caía sobre los flancos, golpeteándose los.

—Ya lo tengo —susurró, de pronto—. Podríamos escondernos debajo de la capa de ese skroll.

Pearl abrió los ojos como platos.

—¿Estás loco? ¿Cómo?

—Encaramándonos por detrás. Fíjate. La capa es tan larga que no se dará ni cuenta.

—Sí que se dará cuenta —susurró Pearl—. ¿Cómo no iba a hacerlo? Pero...

Por el rabillo del ojo, Pearl vio un corpulento monje a su lado, envuelto en seda hecha jirones. Después de todo, quizá no fuera tan mala idea...

—¿Cuánta fuerza tienes? —preguntó, apremiante.

Tom no comprendía.

—Pues...

—¿Podrías cargarme a hombros? ¿Durante medio minuto más o menos?

Tom se encogió de hombros.

—Quizá, probablemente, creo.

—Bien —susurró Pearl—. Venga, pájaro loco.

Y así fue como, menos de un minuto después, la araña llegó al final del pasillo y notó un golpe en el lomo, dos golpes para ser exactos. El skroll estaba tan ocupado en conseguir que la enorme criatura girara hacia la puerta que no vio que otro skroll encapuchado se alzaba detrás de él y, cuando lo hizo, no dio ninguna muestra de sorprenderse. Gruñó algo, pero el espigado skroll se limitó a mirar al frente, con las manos ocultas bajo la capa. Momentos después, el señor Winston se apartó para que la enorme criatura no lo aplastara y las dos arañas que cerraban la entrada retrocedieron torpemente para dejarla pasar.

—Ya falta poco —susurró Pearl.

Tom apretó los dientes, intentando no desequilibrarse mientras la cargaba a hombros. No veía nada, pero notó que la araña comenzaba a bajar la cuesta.

—¡Ahora! —susurró Pearl y, de inmediato, Tom se hincó agradecidamente de

rodillas y ambos saltaron del lomo de la araña, ocultándose detrás de una hilera de capullos.

Se quedaron un momento tumbados, jadeando, sin atreverse a mover un solo músculo. El skroll se dio la vuelta para contemplar el caos que reinaba alrededor de la entrada y no manifestó ninguna sorpresa por estar solo. Restallando el látigo, espoleó a su montura para que siguiera avanzando entre las hileras de capullos.

—No me puedo creer que lo hayamos hecho —dijo Tom, jadeando—. Es obvio que son más estúpidos de lo que parecen.

—Lo sé —respondió Pearl, con los ojos brillantes—. Aunque ha sido emocionante, ¿no?

Por primera vez en muchísimo tiempo, Tom advirtió que estaba sonriendo.

—¿Te encuentras mejor?

Pearl sonrió de oreja a oreja.

—Desde luego. Ha sido increíble.

Escondieron el hábito del monje bajo un largo capullo gris, se pusieron la capucha y se dirigieron a la escalera de caracol que subía al nivel por el que habían entrado.

—¿Crees que es la mejor salida? —susurró Pearl, mirando la portezuela en sombras, situada en el otro extremo del plato.

—No lo sé —susurró Tom—. ¿No han echado la llave desde el cuarto de guardia cuando hemos salido?

Pearl asintió con la cabeza. Se había olvidado por completo de eso.

—¿Y subir directamente?

Miraron los innumerables platos dispuestos en semicírculo que se extendían por encima de ellos.

—Será larguísimo. A menos que... —Tom se quedó callado y miró abajo.

Una enorme araña negra sacó el hábito negro del monje de su escondrijo y lo examinó con curiosidad. El skroll que la montaba rugió una orden y la criatura le pasó obedientemente el hábito para que lo inspeccionara.

—Qué mala suerte —dijo Pearl.

El skroll emitió un grito agudo y, al instante, un grupo de soldados salió corriendo de la cúpula, seguidos del mismísimo señor Winston. Un vistazo al hábito negro le dijo todo lo que necesitaba saber.

—¡Están fuera! —bramó, la cabeza poniéndosele de color morado—. ¡Los desarticulados están fuera! ¡Desplegaos y encontradlos! ¡Listillos!

Sin siquiera mirar atrás, Tom y Pearl echaron a correr.

—¡Nazty, Fizzer, id hasta esa puerta! —chilló el carcelero mayor, retorciendo frenéticamente las antenas mientras corría hacia la escalera.

Los dos híbridos lo adelantaron y, al llegar arriba, vieron partes de Tom y Pearl saltando por los capullos.

—¡Los desarticulados! ¡Ahí! —gritó Fizzer cuando una gran araña entró en el

plato—. ¡La puerta del centro!

Otra araña corrió hacia el plato desde el otro extremo y su jinete le clavó los talones en los flancos. La criatura corrió más aprisa.

—¡No lo conseguiremos! —jadeó Pearl mientras las veloces formas negras se acercaban a ellos como un par de cosechadoras.

—¡Sí lo conseguiremos! —gritó Tom.

«No los mires —se dijo—. Tú solo sal por esa puerta».

Le dolían los brazos de tanto apoyarse en ellos para saltar por encima de los capullos, otras tres hileras... dos más... una... Se lanzó hacia la puerta, abrió una rendija y se coló por ella. Acto seguido, Pearl saltó por encima de él y Tom echó el cerrojo.

¡Pam! Luego: pam pam pam... las arañas, los skrolls y los carceleros chocaron contra la puerta. Luego, silencio. Tom y Pearl se quedaron en el suelo, intentando recobrar el aliento.

—¿Va a seguirlos? —preguntó Fizzer, jadeando al otro lado de la puerta.

—Ni hablar. No por ahí.

El picaporte giró y rechinó por encima de ellos.

—De todos modos, han echado el cerrojo.

—Han entrado, ¿no? —dijo el señor Winston, resollando y tambaleándose sobre sus piecitos.

—Así es, señor.

Hubo un silencio.

—¿Y la puerta de la cárcel tiene la llave echada por dentro?

—Sí, jefe.

El carcelero mayor gruñó.

—Es una lástima. Pues nada. Ya los cogerán los witchits. Están más muertos que vivos.

—Así es, jefe. Más muertos que vivos.

Las voces se apagaron y Tom y Pearl se levantaron del suelo.

—Tiene razón —dijo Tom, probando la puerta que comunicaba con la cárcel—. Está cerrada con llave.

—Esos witchits me dan muy mala espina —observó Pearl, sacudiéndose el polvo—. ¿Crees que podrán vernos?

—A mí sí, desde luego —respondió Tom de mal humor.

Lo único que quedaba de su fino poncho gris le colgaba del cuello hecho jirones.

—Se me debe de haber enganchado cuando me he tirado hacia la puerta.

Pearl sonrió.

—Ahora sí que pareces desarticuladísimo.

—Muy graciosa —dijo Tom, intentando sonreír, pero no lo consiguió.

Miró las luces grises que se veían al final del largo túnel.

—A lo mejor encontramos uno de esos túneles que llevan al hueco del ascensor.

Imagino que son las únicas vías de escape.

—Vale —dijo Pearl, encogiéndose de hombros y mirando en ambas direcciones—. A mí me parece todo bastante igual.

Juntos, comenzaron a andar por el ancho túnel. A diferencia de todos los otros lugares de Scarazand, aquel estaba completamente vacío y en silencio y, cuanto más se acercaban a las luces, más opresivo se tornaba el silencio.

—No estoy segura de esto —dijo Pearl, susurrando sin ningún motivo aparente—. Parece que vaya a pasar algo, ¿verdad?

Tom asintió algo inquieto. Había advertido que las paredes y el techo de roca estaban embadurnados de un líquido brillante, como si hubieran arrastrado por ellos algo húmedo y pegajoso. Pronto, llegaron al lugar donde estaban los cangrejos fluorescentes y el túnel comenzó a doblar a la derecha.

—Espera —susurró Pearl, parándose—. ¿Qué ha sido eso?

—¿El qué? —preguntó Tom, que advirtió que también estaba susurrando.

Se oía un rumor distante.

—¿Lo oyes?

Tom miró el charco que había a sus pies y advirtió que la negra superficie del agua se estaba rizando. El rumor era cada vez más fuerte. El agua había comenzado a temblar. Algo iba hacia ellos desde aquel extremo del túnel... algo grande, veloz. Parecía un cohete.

—Tenemos que escondernos —dijo Tom con urgencia, mirando las paredes de roca.

—Escondernos ¿dónde? No hay ningún sitio.

Tom maldijo entre dientes. Pearl tenía razón. No había ningún sitio... entonces advirtió que la irregular superficie de las paredes tenía recovecos donde no había líquido. Quizá fuera porque...

—¡Venga! —gritó, corriendo hasta un resquicio seco de pared. Si se escondían allí...

—Oh, no... oh, Dios, oh...

—¿Qué? ¿Qué pasa?

Pearl emitió un extraño chillido y señaló. Tom se volvió... Por una milésima de segundo, lo vio. Algo gris y blanco, como un gusano del tamaño de un tren, yendo hacia ellos a una velocidad tremenda...

Agarró a Pearl y la metió en el recoveco de la pared, apretujándose a su lado justo cuando aquella criatura rugiente, sudorosa y resbaladiza pasaba por delante de ellos como una bala y se perdía de vista al doblar el recodo. Un rumor y luego... nada. Por un momento, Tom y Pearl se quedaron pegados a la pared, demasiado asustados para hablar.

—La madriguera... —farfulló Pearl, con un hilillo de voz—. Esta es la madriguera de los witchits, así que debe de ser... un witchit.

Tom tocó la pared: brillaba mucho y olía a azufre.

—Pero... era enorme. ¿Cómo puede crecer algo tanto? —Miró el túnel vacío—. Imagina en qué va a convertirse.

—Lo sé —masculló Pearl—. Y no quiero encontrarme con otro.

Siguieron adelante, con más urgencia, hasta encontrar más cangrejos grises cuyos caparazones luminosos vertían una débil luz sobre el túnel. Escudriñaron las paredes y el techo en busca de alguna clase de abertura.

—¡Ajá!

—¿Qué pasa? —dijo Pearl cuando Tom corrió hasta un montoncito de escombros que había más adelante. Allí, en mitad de la pared, había un pequeño agujero.

—¿Crees que es seguro? —preguntó Pearl, viéndolo encaramarse a la estrecha abertura. Era un conducto que ascendía en espiral.

—Lo parece. Y aquí no cabe un witchit. Por lo que no puede ser malo.

Pearl vaciló.

—¿Y si cabe alguna otra cosa?

—Creo que es un riesgo que deberíamos correr —dijo Tom con determinación—. Aquí nos matarán. Venga.

Ayudó a Pearl a encaramarse a la abertura y comenzó a subir por la estrecha espiral. Varios recodos después, emergieron en la pared de otro túnel horizontal largo y ancho, que también estaba embadurnado de la misma sustancia pegajosa y brillante.

—Debe de ser alguna entrada de servicio que interconecta los distintos niveles de la madriguera —susurró Tom, inspeccionando la otra pared en busca de la próxima abertura. En efecto, a unos veinte metros de distancia, vio otro agujero—. ¿Lista?

Pearl miró la abertura y respiró hondo.

—Más que nunca.

—Vamos.

Bajaron al ancho túnel con mucho sigilo y miraron en ambas direcciones. Estaba bastante oscuro. No había ruido, ni vibraciones...

—Corre —susurró Tom.

Pero casi fue demasiado tarde. Un resbaladizo witchit vino hacia ellos como una bala, por detrás esta vez, y sin avisar. Tom casi notó aquellos largos palpos húmedos agarrándolo cuando saltó al interior del agujero detrás de Pearl.

—¡Oh!

Pearl estaba en alguna parte por delante de él, pero, antes de poder frenar, los pies le resbalaron en la lisa piedra y cayó al suelo de bruces. Vagamente consciente de que Pearl iba por delante de él, comenzó a ganar velocidad, bajando cada vez más aprisa por el conducto espiral hasta que los dos salieron disparados por el techo de otro gran túnel, cayendo sobre un montón de húmeda pulpa de madera.

—Caray —exclamó Pearl—. Debe de ser la comida...

Y entonces se volvió. Allí había otro witchit, parado esta vez, engullendo la pulpa con avidez. En cuanto los vio, dejó de masticar.

¡Paf!

El witchit intentó atraparlos con su enorme boca húmeda, pero, en el último momento, ellos consiguieron deslizarse por la parte de atrás del montón y alejarse a todo correr, encaramándose a la próxima abertura. Esta sí ascendía en espiral, pero, al cabo de unos pocos metros...

¡Zum!

Aguardaron al borde del agujero cuando el witchit pasó como una flecha en la otra dirección.

—Esto...

¡Zum!

Pasó otro witchit, persiguiendo al primero.

—Esto es...

¡Zum!

Pasó un tercer witchit chillando, persiguiendo a los otros dos.

—De locos —exclamó Pearl, mientras corrían hasta la siguiente abertura.

—Lo sé —respondió Tom, jadeando tanto que apenas podía hablar.

La madriguera de los witchits era uno de los sitios más aterradores donde había estado y, tras las aventuras de los últimos días, eso era bastante decir. Tenían que encontrar una salida.

—¿Sube?

Pearl asintió con determinación y los dos comenzaron a subir por la siguiente espiral excavada en la roca. Después de un recodo o dos, el conducto se allanó y se bifurcó: un pasadizo conducía a una escalera de caracol ascendente y el otro se perdía en la oscuridad.

—Son muy pequeños, bebés, en realidad.

Tom y Pearl se quedaron paralizados en la oscuridad. Oyeron pasos en las escaleras, bajando hacia ellos.

—Hay que considerarlos niños revoltosos, o cachorros.

Se oyeron risas educadas. Más pasos, un grupo de personas bajando...

—Así es, general. Cachorros bastante grandes. Con ganas de divertirse y totalmente incapaces de controlarse.

Tom y Pearl no esperaron a oír más, sino que se internaron en el oscuro pasadizo. Al doblar el primer recodo, se detuvieron. Al final, había luces y sombras danzando sobre la roca.

—¿Qué es eso? —susurró Pearl, conforme se acercaban.

Delante de ellos, había otro túnel horizontal, pero, por algún motivo, era distinto. A lo lejos, oyeron chirridos y silbidos...

—¡El ascensor! —gritó Tom. Eso era.

Debían de estar cerca... puede que las personas que acababan de oír se hubieran bajado de uno. ¡Sí! Tenía que serlo. Sin apenas atreverse a creer que podían haber encontrado una salida por casualidad, Tom y Pearl apretaron el paso. Los sonidos se oían cada vez más cerca.

—¿Tienes ganas de acción? —susurró Pearl.

Aguzaron el oído.

—Tiene que serlo, ¿no?

Tom asintió con la cabeza y, con mucho cuidado, pegó la cara a la roca y fue avanzando despacio en la dirección del sonido.

—Lo es.

—¿Es ahí? —preguntó Pearl con nerviosismo.

Tom asintió con la cabeza; no podía dejar de sonreír. Parecía increíble, pero a treinta metros de ellos había un gran hueco de ascensor, lleno de luces, cables y cabinas que subían y bajaban. Lo habían conseguido. Estaban a salvo. Lo único que tenían que hacer era saltar al techo de una de esas garruchas que subían y...

Y entonces Tom advirtió que algo le estaba tirando del pelo.

—Ay —dijo, cuando los tirones se tornaron más insistentes—. ¡Ay! Ay, ay, ay, basta...

Y, antes de darse cuenta, lo habían arrastrado hasta el túnel casi en volandas y arrojado al suelo. Se levantó rápidamente, giró sobre sus talones... y le dio un vuelco el corazón. El witchit llenaba todo el túnel. Le examinó la cara y el cuerpo con los palpos grises; luego, le arrancó un trozo de poncho y se lo metió en la abultada boca negra. La criatura masticó con aire pensativo y decidió servirse más. Tom se quedó quieto, paralizado de miedo, mientras el witchit lo agarraba entre sus palpos y lo atraía hacia sí...

—¡Basta! ¡Para! ¡Ahora mismo!

Pearl entró en el túnel, con los ojos centelleándole. El witchit se sorprendió tanto que obedeció. Luego, extendió los palpos hacia ella.

—¡Ni se te ocurra! —gritó Pearl, apartándolos—. Eres un witchit muy malo, ¡sí, sí! ¡Malo, más que malo! —Pearl extendió el brazo con brusquedad—. ¡Vete a casa!

La enorme criatura reluciente parecía tan sorprendida que soltó a Tom. Luego, imitando a Pearl, alargó un palpo y la arrojó al suelo.

—¡Cómo te atreves! —gritó ella—. ¡Cómo te atreves! ¡Aparta! ¡Atrás!

El witchit cerró los ojos y retrocedió. Asombrado, Tom miró a Pearl y vio que estaba tan sorprendida como aterrorizada. Por algún motivo, su estrategia daba resultado: aquella enorme larva untuosa estaba amilanándose como un perro apaleado.

—¡Siéntate! ¡Quieto!

Increíblemente, el witchit se quedó quieto. Con cuidado, Tom y Pearl comenzaron a retroceder hacia el final del túnel. Cuando el witchit advirtió que se estaban moviendo, fue hacia ellos.

—¡Quieto he dicho, witchit!

La criatura se amilanó, pero, aun así, siguió avanzando, con ganas de jugar. Aquel juego le gustaba. Tom miró atrás: el final del túnel ya no estaba lejos, podían llegar en unos segundos... pero ¿y si no había ningún ascensor?

El witchit se volvió más audaz y, alargando un palpo, arrancó un trozo del poncho de Pearl y se lo metió en la boca.

—¡Eso no se hace! —gritó ella, pero con menos convicción esta vez, dado que ya casi habían llegado al final del túnel.

—Subimos. ¡Agárrense bien!

Por debajo de ellos, la voz fue seguida de un ruido metálico.

—Deprisa, viene uno —susurró Tom y, arrancándose los restos del poncho, se los arrojó al witchit antes de darse la vuelta y echar a correr. Pearl hizo lo mismo y, poco después, estaban tambaleándose al borde del gran abismo. El techo luminoso de la cabina se acercaba a toda velocidad.

—Date prisa —exclamó Pearl horrorizada, volviéndose para mirar al witchit, que ya casi había dado cuenta de su poncho—. ¡Deprisa, deprisa, deprisa, deprisa!

El witchit alzó la vista y babeó. No estaba dispuesto a dejar escapar el resto de aquel banquete tan delicioso. Ni hablar. Gorjeó excitado y luego se replegó, listo para saltar...

—Oh, Dios mío —susurró Pearl—. Oh, Dios...

—¡Salta! —gritó Tom, cogiéndola de la mano.

El witchit se abalanzó sobre ellos, con la boca abierta.

¡Pum!

El techo del ascensor fue a su encuentro, dejándolos sin aire en los pulmones y, en ese mismo instante, el witchit agarró el ascensor con sus untuosos palpos grises, frenándolo con brusquedad. Pero fue incapaz de retenerlo y, al instante, la cabina se soltó como si tuviera un resorte.

—Sí, de vez en cuando tenemos algún problemilla con estos pequeñines —dijo una voz dentro de la cabina con mucha naturalidad—. Se sabe que, en ocasiones, han llegado a coger un ascensor entero.

—¿A q-qué se refiere, a comérselo? —preguntó un pasajero preocupado.

—Oh, sí. Cabina, cables, engranajes, todo. Se lo comen todo.

El ascensor siguió subiendo, cada vez más aprisa, hasta que el aullido del viento fue ensordecedor. Tom y Pearl se quedaron tumbados en el techo, aferrándose a lo que podían, viendo pasar los números a una velocidad de vértigo... Mil quinientos... novecientos... quinientos... doscientos... cincuenta... el ascensor estaba frenando... veintiuno... once... seis, cinco, cuatro... el ascensor se detuvo.

—Bájense todos, caballeros. Hasta aquí llegamos. Cojan el pasadizo de su derecha y, desde ahí, pueden ir a pie.

La puerta se abrió y los pasajeros salieron. Con cautela, Tom y Pearl se pusieron de pie, un poco doloridos tras el trayecto. Por debajo, el abismo se perdía en la oscuridad y, por encima, estaba la maquinaria viva de los ascensores, ruedas formadas por escarabajos con los lomos dentados que giraban en distintas direcciones. Debían de haber llegado arriba. Entonces se abrió una trampilla en la roca justo a su lado. Detrás, había un estrecho túnel.

—¡He dicho bájense todos, caballeros! —gritó la misma voz—. ¡Eso también va por vosotros! —El ascensor comenzó a inclinarse y a temblar—. ¡Bajaos de mi ascensor!

Tom y Pearl no tuvieron más remedio que hacer lo que decía el hombre.

—Supongo que ya está —se apresuró a susurrar Pearl cuando se agacharon junto a la abertura—. Ahora pueden vernos, así que más vale que vayamos al grano. Sigues teniendo la pelota, ¿no?

Tom palpó el bulto en su bolsillo y asintió con la cabeza: la pelota-escarabajo seguía allí.

—Me desharé de esto —dijo, quitándose la mochilita.

—Pero quédate con el aerosol de feromonas.

—¿Por qué?

—Nunca se sabe —dijo Pearl, y se encogió de hombros—. Si hay ocasión, podrías escapar.

—¿Yo? —preguntó él, rebuscando en la mochila y sacando el frasquito con su funda de piel y su atomizador de goma—. ¿Por qué no lo llevas tú?

Pearl lo miró a los ojos.

—Es un gesto muy bonito, Tom, pero preferiría cambiártelo por la pelota-escarabajo. Ahora me toca a mí, ¿no?

Tom movió la cabeza. Pese a todo lo que había sucedido, seguía teniendo serias dudas con respecto a aquello.

—Está bien —comenzó a decir—. Solo con la condición de que...

—Muy bien, ¡ya os tengo!

De pronto, dos largos tentáculos se les enroscaron alrededor de las piernas y Tom solo tuvo tiempo de arrojar la mochila al vacío antes de que los arrastraran al interior del oscuro conducto y los depositaran sin miramientos en el duro suelo.

—Ay. Qué daño. Seguro que eso ha dolido, tío.

Aún atontado, Tom abrió los ojos y miró arriba. Encaramado al techo había lo que parecía un gigantesco cangrejo negro, retrayendo los tentáculos en silencio.

—Al menos podrían poner un poco de pulpa o algo en el suelo —continuó la cantarína voz escocesa—. Eso es lo que siempre me pasa a mí. Cada vez.

Tom se levantó, frotándose la espalda dolorida. Aquel suelo estaba, en efecto, durísimo. Miró a su alrededor y vio que se encontraban en una celda. Sentado en un rincón, había un híbrido menudo, no muy distinto del hombre mantis, que llevaba una gorra escocesa y un par de botas enormes.

—Sí, sí, jefe —dijo entre dientes, cuando Tom lo miró a los ojos.

—Ay. —Despacio, Pearl se puso de rodillas.

—¿Lo ven? —dijo el hombrecillo, señalándola con indignación. Esto no está bien. No pueden tratarnos como...

—Cierra el pico, McMaggot. ¿Desde cuándo le ha importado a alguien lo que piensas, miserable ser inferior?

Tom miró entre los barrotes y vio tres mujeres de tez pálida, sentadas detrás de un largo escritorio. Eran idénticas y llevaban uniformes grises idénticos. Parecían severas, cansadas y muy aburridas.

—¿Nombre? —gritó una.

—Tom Scatterhorn.

—Deletréalo.

—T-O...

—Eso no, idiota. La otra parte —ordenó la mujer del centro.

Tom respiró hondo y, estaba a punto de volver a empezar, cuando advirtió que un grupo de escarabajos verdes había comenzado a pasar un trozo de papel por lo que parecía una gran prensa plana. El papel se hallaba cuajado de unas hormigas negras minúsculas que se organizaban en letras. De algún modo, ya habían formado la palabra «Tom».

—Scatterhorn —dijo Tom, observando la febril actividad de las hormigas—. S-C-A-T-T-E... —Se interrumpió y miró el papel, asombrado.

Las hormigas no solo estaban escribiendo su apellido conforme él lo deletreaba. Encima, habían formado un cuadrado y estaban dibujando su retrato.

—Sí, es «una máquina», idiota; ¡yupi! —dijo en tono aburrido la mujer del extremo—. Y, sí, estas son hormigas predictivas, conectadas con el sistema central de información del Ministerio. No todos vivimos en la Edad de Piedra, camarada. Sigue.

Tom terminó de deletrear su apellido, incapaz de despegar los ojos del documento vivo que estaba apareciendo en el papel.

—tu excusa para coger el ascensor 386b sin pase, hasta la planta cuatro del Ministerio para el Control, departamento 12, sala 921 es?

—Pues...

—Queremos ver a don Gervase Askary —dijo Pearl, que ahora estaba de pie junto a Tom, restregándose las magulladuras—. Tenemos algo para él.

Las mujeres la miraron con algo rayano en interés.

—¿Estás borracha?

Entonces, las hormigas formaron las palabras «viaja con compañera trastornada».

—No, no lo está, pero tiene razón —respondió Tom, dejando de mirar a las hormigas—. Tenemos que verlo en persona. De inmediato.

Las hormigas se detuvieron, como si estuvieran esperando recibir algo. Luego, formaron rápidamente las palabras «forastero... viajero convertido en escarabajo escarbador, Tithona, 1965».

—¿Qué? —exclamó Tom, mirando lo que habían escrito las hormigas. ¿Cómo podían saber eso?

—De interés especial —continuaron las hormigas, pasándose a las mayúsculas. INFORMAR DE INMEDIATO.

—¿Y tú eres? —preguntó con desdén la mujer del extremo.

—Pearl Smoot.

Los escarabajos verdes cogieron el papel por los bordes y lo sacaron de la prensa. Debajo había otra página, que volvió a llenarse de hormigas.

—Pearl Smoot, ¿eh?

La mujer miró a sus compañeras y enarcó las cejas.

—Perlita.

—Así es —continuó Pearl, inquieta—. ¿Por qué? ¿Significa Smoot algo para ustedes?

—Desde luego —dijo la mujer del centro, y las otras dos se rieron con desprecio.

—¿De qué se están riendo? —preguntó Pearl, alzando la voz.

—Ignóralas —susurró Tom—. Mira eso.

Las hormigas estaban comenzando a formar palabras debajo de su retrato: «forastera... convertida en escarabajo escarbador, Tithona, 1965».

Pearl leyó las palabras, con los ojos como platos. Por algún motivo, el Ministerio creía que los escarabajos escarbadores los habían infectado a los dos en Tithona...

—Pero...

—Eso es fantástico —susurró Tom tan bajo como pudo—. Significa que tenemos una posibilidad. Podríamos salir de aquí.

Las hormigas se detuvieron. Luego, siguieron a toda velocidad: «Posible familiar de espía radiofónico... se busca viva o muerta... si es capturada, INFORMAR AL GLORIOSO LÍDER DE INMEDIATO».

—¿Eso crees? —dijo Pearl, tragando saliva y leyendo las palabras.

—Desde luego.

—¡Bien! —bramó la mujer del centro—. Qué clase de trotamundos tenemos aquí. ¡Grootslang! La descomunal criatura encaramada al techo se desplazó por él y los escarabajos de la mesa se dispersaron, dejando a las hormigas inmóviles sobre el papel.

—Consígalo.

El Grootslang bajó la cola como un puño cerrado y, con dos rápidos puñetazos, aplastó a las hormigas sobre el papel. Luego, los escarabajos regresaron y llevaron las páginas a las mujeres para que las leyeran. En cuanto las cogieron, sus expresiones cambiaron.

—¿Lee... lee los boletines de las hormigas predictivas? —preguntó una, tragando saliva, sin terminar de creerse lo que estaba leyendo.

—Siempre.

—Tiene replicadores en todas las salas del palacio.

—Y lo hemos consignado, de modo que lo sabrá.

Se quedaron mirando las páginas con preocupación, las caras poniéndoseles incluso más céricas que antes.

—Pero... ¿y si no lo hace? —vaciló la mujer del extremo—. Aquí dice que debemos informar, así que debemos subir y...

—A menos que baje él —la interrumpió la mujer del centro. Ahora, estaban todas

sudando—. Tenemos que ordenar esto, tenemos...

—Nada de eso, señoras —bramó una voz grave en la entrada.

—Dios mío...

Las tres mujeres contuvieron un grito y se pusieron de pie. En ese momento entró un hombre muy alto y delgado con un traje azabache de terciopelo. Tenía la cabeza grande y abombada, la piel amarillenta, los ojos de un lechoso color amarillo y los pies diminutos. Parecía elegante y repugnante al mismo tiempo. La mujer del extremo lo miró y volvió a hundirse en su silla.

—Por favor, siéntense todas —dijo él, sonriendo con ferocidad—. Esto no es una inspección. Solo he visto el boletín y he querido saludar. En persona.

Tom miró a don Gervase Askary con una repugnancia mal disimulada, pero no pudo evitar percibir el miedo que había impregnado la sala. Hasta Pearl dio un paso atrás de forma involuntaria.

—Ha pasado mucho tiempo, Tom —dijo don Gervase, sonriéndole un instante—. Me preguntaba cuándo ibas a llegar. Pero qué increíble que estés precisamente aquí. —Abrió la puerta de la celda con empuje—. ¿Qué habéis estado haciendo?

—Nosotros... queríamos ir al Ministerio a verle y, esto... bueno, no sé cómo, nos hemos perdido por el camino —farfulló Tom, recordando cuál era su papel.

—Desde luego que sí —dijo don Gervase, sonriendo—. Pues andaos con cuidado. Tenemos unas cuantas normas sobre extraviarse en Scarazand, como quizá hayáis descubierto a expensas vuestras —añadió, mirando a las tres mujeres, que casi habían recuperado la calma. Ellas bajaron la cabeza y se quedaron mirando el escritorio, muertas de miedo.

—Tendremos cuidado. Lo siento —farfulló Tom.

—No lo sientas —respondió don Gervase con zalamería—. Solo quería darte la bienvenida a mi tosco mundo.

Tom se quedó momentáneamente sorprendido por la educada conducta de don Gervase; era lo último que se esperaba. Pero sabía que no podía fiarse de él... a menos que creyera de verdad que ahora eran escarabajos escarbadores.

—Y también a ti, señorita Smoot —dijo don Gervase, escrutándole el rostro.

¿Era la hija? No podía tener una certeza absoluta. Estaba muy oscuro al borde de aquel acantilado, y él solo la había visto un momento... Le cogió la mano y se la estrechó mientras ella salía de la celda. Pearl puso cara de haber dado la mano a una víbora y no despegó los ojos del suelo. McMaggot se quedó inmóvil en el rincón de la celda, con la boca abierta.

—Aquí... aquí, su señoría, ¿qué hay de mí?

Don Gervase se volvió y miró al deforme hombrecillo, el cual se levantó y le hizo una cumplida reverencia.

—Voy con ellos, ¿sabe?

Don Gervase lo atravesó con sus lechosos ojos amarillos.

—Y combatí en Callaboose y eso —añadió con orgullo, señalándose la gorra—.

¡Por la gloriosa revolución! —Hizo un saludo militar poco entusiasta—. Y todo eso.

Se hizo un silencio helador. Don Gervase parpadeó.

—Sabes pelear, ¿no?

—Oh, sí, señor... su excelencia. Nadie se acerca a McMaggot sin salir malparado —dijo el híbrido esperanzado, danzando de un pie a otro y soltando unos cuantos puñetazos. Don Gervase se quedó mirándolo; luego, se dirigió a las tres mujeres, que seguían temblando.

—Enviadlo arriba. Que vean cómo pelea.

McMaggot interrumpió su número de inmediato y tragó saliva. Parecía que lo acabaran de sentenciar a muerte. A lo mejor lo habían hecho, pensó Tom.

—Vosotros dos —dijo don Gervase, sonriéndoles amenazadoramente—, venid conmigo, por favor.

Utopía

Las tres mujeres idénticas observaron estupefactas mientras don Gervase sacaba a Tom y a Pearl de la sala de guardia y los hacía entrar en un corto pasillo. Mientras caminaban en la oscuridad, Tom tocó a Pearl en el brazo y, cuando ella lo miró, se llevó el dedo a los labios.

—No se lo pidas todavía —susurró tan bajo como pudo.

—¿Por qué no?

—Veamos primero dónde nos lleva. Si le seguimos el juego, a lo mejor podemos salir de esta.

Aquello parecía sumamente improbable, pero hasta Pearl se vio obligada a reconocer que, ante el poder del cruel y glacial don Gervase, todo parecía mucho más difícil. Siguieron al hombre alto en silencio y, al girar, se encontraron con un espectáculo increíble. Ante ellos había un reluciente armazón, bastante parecido a un palanquín, dentro de una gran rueda. Esta reposaba sobre lo que parecían escuadrones de grandes cochinillas negras ovilladas, y había miles de ellas esperando en el borde. El artilugio estaba colocado en una pista diagonal muy empinada.

—Mi caprichito —dijo don Gervase, sonriendo y abriendo la puerta—. Un ascensor privado que he diseñado yo mismo. ¿Os gusta?

—Increíble —dijo Tom cuando se subieron.

Don Gervase sonrió, satisfecho a todas luces de su invento.

—Uno de los muchos milagros de Scarazand es que nunca falta mano de obra —bramó, y golpeó el techo con el puño. La máquina comenzó a subir por la pista y Tom fue vagamente consciente de que los miles de cochinillas negras corrían por el techo, se ovillaban al llegar al suelo, hacían avanzar el vehículo y volvían a encaramarse al techo, sin detenerse en ningún momento.

»¿A que es divertido? —dijo don Gervase, rompiendo el incómodo silencio—. Supongo que tenéis curiosidad por saber adonde vamos.

Tom y Pearl asintieron con la cabeza.

—¿Cómo podrían dos meros conversos que han peregrinado hasta Scarazand interesar al glorioso... a mí?

—Así es —respondió Tom, haciendo todo lo posible por seguirle la corriente—. Eso es justo lo que nos estábamos preguntando.

—Por supuesto —dijo don Gervase, con una sonrisa en el rostro—. Pues Tom, nosotros tenemos no pocas cosas en común, tú y yo.

—Ah, ¿sí?

—Desde luego. Compartimos nuestro interés por algo bastante importante. Me gustaría enseñártelo. —Sonrió con aire amenazador—. Y a ti, señorita Smoot. Me intrigas.

Pearl notó que la atravesaba con sus lechosos ojos amarillos y cambió incómodamente de postura.

—De hecho —comenzó—, de hecho, nosotros también tenemos algo que enseñarle a usted —dijo, ignorando el pisotón de Tom.

—¿Oh? ¿Es un regalo?

—Más o menos.

—Qué detalle por vuestra parte —murmuró don Gervase—. Adoro los regalos de... humildes conversos como vosotros. Un líder nunca se cansa de los regalos. —Sonrió—. Qué oportuno es todo esto.

Volvió a hacerse un incómodo silencio y la pista comenzó a subir en espiral por una columna de roca, pasando por una serie de estancias y pasillos.

—Estas son las entrañas del Ministerio —explicó don Gervase—. Me gusta ver qué ocurre exactamente.

Pasaron como una bala por viveros, cocinas y despachos, repletos de menudos trabajadores con gafas que llevaban brazaletes con una insignia negra y dorada. Nada más ver el curioso ascensor, se ponían firmes y bajaban la cabeza. Los soldados saludaban, los skrolls se descubrían la huesuda cabeza negra y don Gervase sonreía y les devolvía el saludo.

—Y aquí se reunía la Cámara antes de nuestra gloriosa revolución —bramó cuando atravesaron una espaciosa sala parecida a una catedral.

Estaba vacía salvo por las enormes pancartas de don Gervase que pendían del techo y gigantescas banderas negras y doradas.

—¿Qué les ocurrió? —preguntó Tom, disimulando su curiosidad tanto como pudo.

—Ellos y sus ejércitos fueron vencidos en el campo de batalla. En la gran llanura de Callaboose. Millones de millones murieron ese día, un manto de muerte se extendió hasta donde alcanzaba la vista. —Don Gervase sonrió al pensarlo—. A lo mejor habéis visto recuerdos de esa gran batalla en las tiendas, conocido incluso a algunos de sus supervivientes. De hecho, estáis viendo a uno en este mismo momento.

Tom lo miró sin estar convencido. La lengua le vibró entre los cariados dientes amarillos.

—Oh, sí, Tom, ha llovido mucho desde la última vez que nos vimos. Este es un mundo nuevo, como vas a descubrir. Ajá, ya hemos llegado.

El palanquín se detuvo al final de la espiral y don Gervase se apeó, entrando en un estrecho pasadizo. Tom y Pearl se encontraron en una serie de estancias vacías y mal iluminadas, todas hechas de la misma piedra negra e intrincadamente esculpidas.

—El palacio revolucionario —bramó don Gervase mientras bajaba por unas anchas escaleras—. Impresionante, ¿no?

A la débil luz, Tom y Pearl escudriñaron las curiosas máquinas, mitad mecánicas, mitad insecto, que zumbaban y vibraban en todos los rincones. Allí solo había objetos.

—Por aquí —gritó don Gervase, sus rápidos pasitos resonando en la sala.

Ellos lo siguieron por una puerta de madera y les sorprendió encontrarse en lo que podría ser la biblioteca de una suntuosa casa solariega. A diferencia del resto del palacio, aquella estancia tenía un aire extrañamente acogedor. Las paredes estaban revestidas de madera, había libros y mapas diseminados por doquier y una gran alfombra persa cubría el suelo. Hasta había una chimenea de mármol encendida.

—La única llama de Scarazand —dijo don Gervase, acercándose a la chimenea y calentándose los dedos con avidez—.

Aquí abajo debemos tener mucho cuidado con el fuego, muchísimo cuidado. Hay muchos materiales inflamables.

Pearl asintió con educación y tomó nota de aquel punto flaco. Tom advirtió que, entre los mapas y los pertrechos militares, había un sofá en un rincón con una basta manta gris extendida sobre él. Se preguntó si don Gervase estaría incluso durmiendo allí.

—Reconoces esta habitación, ¿no, Tom? —le preguntó, calentándose con afán.

Tom la reconocía.

—¿Es... el estudio de Catcher Hall? —preguntó, no muy seguro de que aquello fuera posible.

—Exacto —respondió don Gervase, sonriendo—. Me encariñé bastante de él durante mi estancia allí, así que decidí traérmelo, por así decirlo. Un recuerdo de los inicios de mi brillante ascenso al poder.

Tom intentó reconocer algo de la habitación y se fijó en un juguetito de madera de la repisa de la chimenea. Era la figura de un minero al que le faltaba un brazo y la mitad del casco. Parecía un juguete muy viejo y querido y era un objeto curioso para que don Gervase lo tuviera allí.

—Estoy seguro de que debéis de tener muchas preguntas que hacerme —dijo el glorioso líder, volviéndose hacia ellos.

—Pues... de hecho...

—¿Cómo planeé la gloriosa revolución, quizá? —interrumpió don Gervase—. ¿Cuál es el propósito de mi gran proyecto? Por supuesto, siendo como sois conversos recientes, estas cuestiones deben de ser las más importantes para vosotros. Sentaos, pues, y os lo diré. —Los miró mientras ellos permanecían inmóviles.

—¿No ha dicho que tenía...?

—Sentaos —resopló—. Por favor.

Tom y Pearl se sentaron obedientemente en el estrecho sofá y aguardaron. Don Gervase se aclaró la garganta y se serenó. Tom presintió que aquello iba a durar bastante.

—No empezaré por el principio porque es demasiado tedioso —dijo don Gervase en tono monótono, paseándose de acá para allá—. Pero deberíais saber que el mundo oculto de Scarazand existe desde hace muchos milenios. Aquí estamos más allá del tiempo, fuera de él, razón por la cual multitud de insectos del pasado, el presente y el futuro pasan por nuestras puertas todos los días. Algunos son muy pequeños, otros

son bastante más grandes. Estas criaturas pertenecen a épocas en que los insectos, no los humanos, dominaban el mundo. ¿Sorprendidos? —Los miró y sonrió—. Quizá os preguntéis: ¿cómo pueden existir semejantes criaturas? Pues dejadme que os diga esto, jóvenes camaradas: es mucho más lo que no sabéis de los insectos que lo que sabéis. Que un ciempiés gigantesco no tuviera la desgracia de quedarse atrapado en una ciénaga y terminar fosilizado no significa que no existiera.

Tom y Pearl se miraron con disimulo y se preguntaron adonde quería llegar don Gervase.

—Bien —continuó él—, ¿cuál es mi gran proyecto del cual, vosotros, gracias al buen hacer de un escarabajo escarbador, habéis pasado a formar parte? Es la creación de un nuevo orden mundial, nada más y nada menos. La eliminación de todo lo que conocéis: de tanta lucha y miseria, suciedad y codicia; la eliminación de todas las fealdades de la raza humana y su sustitución por algo más definido, más limpio, mejor. Un mundo sin alternativas, donde todo está ya decidido. Imaginároslo. Excitante, ¿no?

Se quedó callado, dándoles tiempo para asimilar su discurso.

—Parece estupendo —observó Tom, con muy poco entusiasmo.

—Lo es —dijo don Gervase, sonriendo—. Y vosotros tenéis el privilegio de haber sido elegidos como los soldados de infantería de este nuevo gran proyecto. Sentís a la Gran Reina latiendo en vuestras mentes, ¿no?

Tom asintió con la cabeza.

—Os está recordando qué sois ahora. Aquí —dijo, golpeteándose la sien con un largo dedo—. Ella es vuestra nueva patria, vuestra nueva familia, todo. La defenderéis hasta la muerte. De hecho —añadió, sonriendo—, es superior a vosotros. Os lo dicta el instinto.

Tom miró la alfombra y se estremeció: ¿Era también su instinto?

—¿Y ella va a decirnos qué hacer? —preguntó.

—No directamente —continuó don Gervase—. La Gran Reina se ocupa sobre todo de su bienestar personal. Todo lo demás, el gobierno de Scarazand, la organización del gran proyecto, me lo ha confiado a mí. Lo único que necesitáis saber es que los altos cargos del Ministerio contamos con la aprobación de la reina. De modo que, como nuevos conversos, se os asignará una tarea y se os enviará al mundo exterior. Será la conversión de personas en escarabajos, con toda probabilidad. Los escarabajos escarbadores son más activos por la noche y no hay hombre, mujer o niño en la tierra que no duerma. Y el sueño de la razón produce monstruos, como alguien dijo. —Don Gervase sonrió y se permitió una risita—. Hallaréis formas de distribuirlos y sabréis que vuestras breves pero gloriosas vidas han estado bien empleadas.

Tom y Pearl guardaron silencio, preguntándose cuánto más iba a durar aquella farsa.

—Pero ¿por qué quiere hacerlo? —preguntó Pearl.

—¿Por qué?

Los grandes ojos amarillos de don Gervase atrajeron a los de Pearl como si fueran imanes, pero ella no se amilanó. Quizá debiera haberlo hecho.

—¿Qué pregunta tan curiosa para que una nueva conversa se la haga a su líder: por qué?

—¿Es una especie de gran experimento o algo así? ¿Por qué odia tanto a las personas?

Don Gervase se rió a carcajadas.

—Mi profundo sentimiento de odio no tiene nada que ver, señorita Smoot. Por supuesto, me encantaría borrar a la raza humana de la faz de la tierra. Tengo buenas razones —dijo, mirando la figurilla de la repisa de la chimenea—. Pero, incluso yo, líder de la gloriosa revolución, soy un siervo. Todo el poder de Scarazand emana de la Gran Reina. Yo solo escucho sus deseos y actúo en consecuencia.

Tom lo miró asombrado: ¿De verdad esperaba que creyeran todos aquellos disparates? Millones de otros individuos quizá lo hacían.

—¿Y qué hace, reza a la Reina y ella le dice lo que tiene que hacer? —preguntó.

Don Gervase sonrió con condescendencia.

—No, camarada. Yo... interpreto... miro por el espejo, veladamente. Es demasiado complejo para que lo entiendan vuestras tiernas mentes. Pero, Tom, espero con fervor que un día se comuniquen con todos y cada uno de nosotros. Sin intermediarios.

Se quedó callado mirando el fuego, y tanto Tom como Pearl supieron de qué estaba hablando.

—Hemos oído rumores sobre un amuleto o algo así —dijo Pearl, como si tal cosa—, en la ciudad.

Don Gervase enarcó las cejas, pero no se molestó en responder.

—Y sobre un tal Nicholas Zumsteen, también hemos oído hablar de él.

Hubo silencio. El nombre surtió un curioso efecto en don Gervase, que pareció enfriarse visiblemente.

—¿Y qué es lo que sabéis de Nicholas Zumsteen? —respondió, con mucha frialdad.

—No mucho. Solo el rumor de que encontró algo que usted quiere, eso es todo.

Don Gervase se crispó: ¿podía saber aquella cría algo que él desconocía? Era muy improbable, en vistas de lo que había sucedido, pero, aun así, como no podía estar seguro del todo...

L

—Debería advertirte, señorita Smoot, de que, como conversa que eres, todo lo que sabes pertenece ahora a la gloriosa revolución. Todos los secretos serán desvelados, te guste o no —murmuró, mirándola a los ojos—. Pero, como estáis aquí arriba, y en una posición bastante privilegiada en comparación con la chusma de Scarazand, seré honesto. Nicholas Zumsteen, como gusta de llamarse, fue un buen

camarada en otro tiempo, y un leal servidor a la causa. De hecho —se quedó callado y miró las esferas luminosas que flotaban en la cueva al otro lado de la ventana—, en otra vida, cuando éramos jóvenes, como vosotros, estuvimos... unidos. Muy unidos. Teníamos que estarlo. Nos leíamos el pensamiento, casi... —Se había puesto a susurrar y Tom tuvo dificultades para oírlo.

»A vuestra edad, éramos forasteros en un mundo extraño. Ser distintos nos unió, e hicimos viajes extraordinarios y descubrimos muchas cosas. De hecho, fue él quien descubrió al humilde escarabajo escarador, en los recónditos bosques de Erebo. Pero de eso hace ya muchísimo tiempo.

Se quedó mirando las esferas luminosas, absorto en sus recuerdos. Parecía casi melancólico. Tom aguardó pacientemente a que continuara y, cuando lo hizo, comenzó a formársele una idea extraña en la cabeza. Recordó la cueva de Tithona, y a los dos hermanos extraviados en el laberinto... ¿Podía ser? ¿Era posible?

—Pero, cuando llegó el momento de la verdad, me temo que el hombre que conocéis como Nicholas Zumsteen se quitó la careta —continuó don Gervase, mirando el fuego y añadiendo un tronco con el pie—. Se volvió contra nuestra gloriosa causa. Yo podría haberlo perdonado, si él hubiera reconocido su traición. Pero no lo hizo. En vez de eso, cometió una insensatez. Decidió huir, no por el laberinto, sino aprovechándose de nuestro único punto flaco, nuestra única vulnerabilidad. Y, al hacerlo, puso en peligro todo el futuro de Scarazand. —Los largos dedos se le crisparon como anguilas en la espalda. Parecía que estuviera intentando dominar su genio—. Es un traidor —gruñó—. Un enemigo de la gloriosa revolución. No hay un enemigo mayor. Y, pese a su don para el disfraz, no encontrará dónde esconderse. El lo sabe. Yo le daré caza personalmente.

Pearl y Tom se miraron un instante y no dijeron nada. No había nada que decir. Pero, en el incómodo silencio, Tom siguió dando vueltas a aquella extraña idea. ¿Era posible que don Gervase y Nicholas Zumsteen fueran hermanos? ¿Se habían convertido los dos en escarabajos mucho tiempo atrás, pero habían logrado, de algún modo, vivir en personas como parásitos? Tal vez...

—No termino de entender cómo ni por qué os he contado todo esto —gruñó don Gervase, serenándose—. No es la razón de que os haya traído aquí. —Frotándose las manos, se dirigió con paso airado a la portezuela de madera que había en un rincón del estudio.

—Como he dicho, tengo algo que enseñaros. Y os garantizo que vais a encontrarlo interesante, sobre todo tú, Tom. —Sonrió y pareció haber recobrado por completo su buen humor—. Es nuestro mayor éxito. —Tom sonrió incómodamente, preguntándose si se refería a lo que él creía.

—Vamos, vamos, no os rezaguéis.

Don Gervase abrió la portezuela, agachó la cabeza y entró en lo que parecía una gigantesca burbuja oleosa. El techo estaba cubierto de hongos luminosos.

—En el centro, camaradas, así.

Subiéndose a una pequeña plataforma, Pearl y Tom se quedaron asombrados cuando unos palpos negros sellaron rápidamente el hueco alrededor de la portezuela y ellos comenzaron a moverse hacia arriba con mucha lentitud.

—¿Estamos... estamos bajo el agua? —murmuró Pearl, viendo que una gran mosca de agua amarilla pasaba nadando por delante de ellos.

—Por supuesto —bramó don Gervase—. Yo hice construir y llenar este depósito, lo cual fue laborioso, incluso para Scarazand. Cada gota de agua que veis fue traída hasta aquí en el lomo de un escarabajo y estas arañas burbuja se han criado especialmente para este propósito.

Tom y Pearl miraron la silueta negra que los estaba propulsando hacia arriba y luego vieron más, nadando alrededor de hileras de burbujas luminosas atadas entre sí.

—La regulación del aire tiene una importancia crucial en este experimento. Sin eso, nada sería posible —peroró don Gervase mientras se acercaban.

Tom tenía el presentimiento de saber de qué trataba aquel insólito experimento y esperaba, pese a todo, estar equivocado.

—Donde empezó todo —se jactó don Gervase cuando estuvieron a la altura de la burbuja más pequeña, no más grande que un balón de fútbol—. La piedra angular de la gloriosa revolución.

Tom miró el interior de la burbuja luminosa y palideció. Era justo como August Catcher les había dicho que sería.

—Supongo que no has olvidado el frasquito azul que fuiste tan amable de darme, ¿no, Tom?

Tom solo fue capaz de quedarse mirando el frasco azul con la boca abierta. El frasco del taller de August Catcher que había contenido su increíble elixir.

—Quizá te hayas preguntado cómo exactamente iba a hacer uso de él. A fin de cuentas, estaba vacío y los restos que contiene solo producen una cantidad pequeñísima de gas. Pero no necesito mucho. Sobre todo, si ese gas tiene la facultad de inmortalizar, vitalizar, prolongar la vida, como tú sabes que tiene. Dada la cortísima vida del escarabajo, eso es de grandísima importancia. Razón por la cual tantos se alzaron y me siguieron. Yo había encontrado la clave.

Tom no supo qué decir. Se daba cuenta de que, como converso, debería dar la impresión de estar encantado, pero era totalmente incapaz de fingir.

—¿Cómo funciona el experimento? —preguntó, sin entusiasmo.

—Las semillas de cualquier gran proyecto siempre son pequeñas. En este caso, estoy utilizando escarabajos del aceite —dijo don Gervase, señalando las diminutas motas negras que caminaban por el interior de la burbuja—. El aire que respiran está impregnado del vapor que emana de ese frasco azul. Estos escarabajos eclosionan, andan, vuelan quizá, se aparean, mueren, y luego nacen más. Y así sucesivamente. Y, en sesenta generaciones, el elixir de August Catcher formará parte de ellos.

—¿Y luego?

—Luego, estos escarabajos del aceite se cruzarán con otros escarabajos, algo más

grandes, y, después de varias generaciones, el elixir también formará parte de ellos. Y así continuará. Iré pasando de un orden a otro, de lo simple a lo complejo, hasta que, un día, habrá rastros del elixir en todas las criaturas de Scarazand y se habrá eliminado el último gran obstáculo que nos cierra el paso desde hace miles de años.

La araña comenzó a nadar entre las hileras de burbujas y Tom y Pearl se maravillaron en silencio de aquel extraño laboratorio subacuático. De modo que aquel era el sueño de don Gervase, crear miles de millones de escarabajos inmortales fieles a Scarazand a los que luego podría controlar... pero solo si encontraba la pelota-escarabajo. No era sorprendente que estuviera tan desesperado por hacerse con ella.

—¿Qué hay de los escarbadores, y de los escarabajos replicantes? ¿Lo ha intentado con ellos? —preguntó Pearl, observando las diminutas larvas.

—Desde luego que sí, camarada, pero, hasta el momento, esos escarabajos han resultado ser extraordinariamente complejos, pese a su tamaño. —Don Gervase separó los labios, sonriendo con malevolencia—. Por desgracia, señorita Smoot, jamás disfrutarás de una vida larga y fructífera como hago yo.

—Entonces, ¿lo ha utilizado en usted? —espetó Tom, esforzándose por ocultar su enfado cada vez mayor. De algún modo, sabía que era el culpable de todo aquello.

—De hecho, Tom, no me ha hecho falta. Algunos de nosotros, una minoría selecta, podemos cambiar infinitamente de forma. Pero los privilegios de los órdenes superiores no incumben a soldados de infantería como vosotros —dijo don Gervase, sonriendo.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Tom, intranquilo.

—Dos meses, tres, a lo sumo: lo que vive un escarbador —respondió don Gervase—. Así que debéis aseguraros de aprovechar bien el tiempo. A partir de ahora.

Dio un taconazo en el suelo y descendieron a toda prisa hacia la portezuela. Abatido, Tom observó mientras la araña adhería hábilmente los lados de la burbuja a la pared. Sabía que el escarbador no lo había convertido del todo, pero ¿cuánto daño le había hecho? ¿Eran tres meses todo el tiempo que le quedaba? Cerró los ojos y escuchó: aquellas pulsaciones distantes seguían allí, latiendo en algún rincón de su cerebro...

—A trabajar, camaradas —dijo don Gervase cuando la araña hubo terminado.

Cruzó el estudio con ellos y los condujo a un largo balcón con vistas a la gran cueva esférica. Chasqueó los dedos con brusquedad e indicó al corpulento skroll que acechaba en la entrada que se acercara.

—Este hombre os llevará al Ministerio, donde recibiréis vuestras instrucciones —dijo secamente.

Ahora que habían dejado de ser un público útil, toda la cordialidad que podía haberles mostrado se había evaporado. El skroll se acercó y Pearl miró a Tom: había llegado la hora.

—Sí —insistió Pearl—, antes de que sea demasiado tarde.

Don Gervase los miró con irritación.

—Esto... glorioso líder —comenzó a decir Pearl, no totalmente segura de que aquel fuera el tratamiento correcto—. Antes de irnos, hay algo que querríamos enseñarle —se atrevió a decir.

Don Gervase la miró con impaciencia; entonces se acordó.

—Ah, sí. Tienes un regalo para mí.

—Sí. Bueno, de hecho, es más que eso. Es... es...

Pearl no llegó a terminar la frase, porque, en ese instante, una menuda forma azul pasó como un rayo entre ella y don Gervase, tan cerca que notó sus aleteos. Pearl contuvo un grito cuando la silueta voló en la dirección contraria.

—¡¿Qué es eso?! —gritó.

—Es... es una...

—Golondrina —gruñó don Gervase, entrecerrando los ojos mientras el pájaro bombardeaba a la muchacha sin cesar. Luego, se posó en un montón de piedras, gorjeando muy alto.

—Pero ¿cómo ha entrado? —exclamó Tom—. ¿Por el laberinto?

—Es obvio que no, camarada —espetó el glorioso líder. Miró amenazadoramente al pájaro, que estaba justo fuera de su alcance. Su mera presencia parecía estar riéndose de él—. Hay otra entrada, una vieja entrada, formada hace miles de años. Está bien vigilada, pero es evidente que no lo suficiente.

Tom miró la golondrina y el corazón se le aceleró. Con sumo esfuerzo, contuvo una sonrisa. De forma instintiva, supo por dónde había venido, y quién la había enviado...

—Ese pájaro será el último ser vivo que visitará Scarazand —masculló don Gervase y, dándoles la espalda, se asomó malhumoradamente al balcón—. Una vez más, tendré que ocuparme yo.

—Esto...

—Podéis iros.

—Pero el regalo...

—Basta de regalos —espetó don Gervase, indicándoles que se marcharan.

—Pero debe...

—Marchaos.

—Es el amuleto —dijo Pearl, desesperada—. El que está buscando. El amuleto. Lo hemos encontrado.

Don Gervase se volvió y la miró con frialdad.

—Joven camarada, tengo millones de amuletos.

—Me doy cuenta, pero...

—Pero ¿qué? —Don Gervase se encorvó sobre ella—. Señorita Smoot, haces muchas preguntas para ser una conversa. Demasiadas. —Se inclinó más y le escrutó el rostro. Era maleducada y muy rebelde, como su padre, pero bastante guapa, a pesar

de todo. Pearl retrocedió cuando él le pasó los largos dedos por la mejilla—. Debes recordar tu sitio, camarada —susurró en tono amenazador.

—Llévalos al Ministerio, detección de amuletos sala doce —ordenó al skroll—. Luego, despáchalos con su misión y asegúrate de que abandonan Scarazand de inmediato.

—¡No! ¡Ni hablar!

Lotus Askary estaba en la entrada, resollando. Tenía las mejillas arrojadas y era obvio que había corrido.

—¿Lotus?

Don Gervase pareció sorprendido de verla.

—No te fíes de esos dos —dijo, jadeando—. No son lo que crees.

—¿Qué?

Lotus se apartó y dos skrolls sacaron a empujones al balcón a dos lastimosas figuras. Tom y Pearl las reconocieron de inmediato; eran Scurf, el dueño de la tienda de amuletos, y el señor Winston, el carcelero.

—¿Son ellos, Scurf? —bramó Lotus.

El aterrado tendero no despegó los ojos del suelo. No se atrevía a mirar a don Gervase a la cara.

—¡Míralos cuando yo te lo ordeno! —chilló Lotus, y le dio un latigazo en la espalda. Scurf alzó la vista.

—S-s-sí, señorita —farfulló—. Los de la tienda eran ellos. A trozos.

—¿Y tú, gordo? —dijo Lotus, empujando al señor Winston—. ¿Son estos dos a los que has dejado entrar en la cárcel? ¿Los que después han ido al área de duplicación, entrado en la biblioteca de réplicas sin oposición y luego... escapado?

Don Gervase se erizó visiblemente. El señor Winston tenía la cabeza calva y grasosa empapada de sudor. Los miró de soslayo.

—Han dicho que trabajaban para el Ministerio —farfulló, crispando las antenas—. A veces los veía y a veces no. Pensaba que eran desarticulados, o algo parecido.

—¿Desarticulados? —espetó don Gervase—. ¿Sería alguien tan amable de explicarme qué está pasando?

—Lo que está pasando —dijo Lotus, en tono sentencioso— es que estos dos bribones han estado paseándose por todo Scarazand, ocultándose bajo una clase de material que los hace invisibles. Es evidente que estaban buscando algo. O quizá alguien.

Don Gervase se quedó mirando a Tom y Pearl, sin apenas comprender.

—¿Es cierto?

Ellos no despegaron los ojos del suelo. ¿Cómo podían negarlo?

—Pero ¿por qué iban a querer hacerse invisibles dos conversos?

—Porque no son conversos —insistió Lotus—. O, al menos, no podemos estar seguros. Existe la duda.

Don Gervase abrió los ojos de forma desmesurada.

—¿A qué te refieres?

—El hombre que se atribuye su conversión es un hechicero. Desde entonces, se ha demostrado que no es de fiar. Utilizaba a un muchacho llamado Jerónimo para ayudarlo, pero hemos averiguado que ese muchacho tenía relación con... con... — Lotus se aclaró la garganta. Parecía que ni tan siquiera ella quisiera pronunciar el nombre— Nicholas Zumsteen.

Don Gervase frunció el entrecejo y no dijo nada. Luego, se volvió y miró las estrechas pasarelas que discurrían muy por debajo de ellos, y que estaban atestadas de insectos pequeños y grandes.

—¿Me estás diciendo que estos dos críos han encontrado una entrada al laberinto, se han orientado por él y han entrado en Scarazand sin que nadie los detecte?

Hubo un silencio. Don Gervase cerró los puños con crispación; ni tan solo se molestó en darse la vuelta.

—Además —continuó—, se han colado en una de las plantas mejor vigiladas de Scarazand, la han registrado, han subido hasta aquí, el centro mismo de la revolución, donde han... he... —Le estaba costando mucho dominar su genio. Se inclinó hacia delante y clavó los dedos en la baranda de piedra, triturándola—. ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Sí —respondió Tom—. Eso es lo que hemos hecho.

Scurf y el señor Winston lo miraron con la boca abierta. Don Gervase se volvió hacia Tom, rojo de furia.

—¿Y de verdad esperáis que me lo crea?

—Sí —dijo Pearl, advirtiendo que aquella era su última oportunidad—. Hemos encontrado una forma de bajar y hemos estado buscando a mi hermano y a mi padre. Hemos intentado encontrarlos, pero no hemos podido. Por ahora hemos subido aquí para hacerle una propuesta, si ellos siguen vivos.

Don Gervase la miró como si estuviera loca.

—¿Una propuesta?

—Así es. Usted dice que concederá lo que sea a la persona que encuentre el amuleto que está buscando. Pues lo hemos encontrado nosotros. Y si deja en libertad a Arlo Smoot, mi padre, y a Rudy, mi hermano, nosotros se lo daremos.

Don Gervase sacudió la cabeza y sonrió. Luego, su sonrisa dio paso a una risita, y esta, a repetidas carcajadas histéricas y desenfrenadas.

—¿Qué es tan gracioso?

—Tu inocencia, tu audaz inocencia —respondió, enjugándose los ojos—. Encantadora.

Pearl notó que se ruborizaba. El corazón se le aceleró.

—¿Qué... qué quiere decir?

—Yo no «hago propuestas». Yo no «pacto». Yo no «cumpló mis promesas». ¿De verdad crees que podría estar donde estoy si lo hubiera hecho? Qué ingenua eres. Y tú, Tom Scatterhorn. Pensaba que tenías más sentido común. Ahora ya no tenéis

ninguna posibilidad de salir de Scarazand. Enseñadme vuestro patético amuleto. — Chasqueó los dedos con impaciencia—. Dádmelo. Quiero verlo.

Pearl miró a Tom sumido en la desesperación. Pese a todo, seguía aferrándose a la débil esperanza de que aquello pudiera dar resultado; de que, al verlo, don Gervase quizá cambiara de opinión.

—Por favor —le suplicó.

Lotus, los skrolls y don Gervase miraron a Tom con expectación.

—¡Venga! —espetó el glorioso líder.

Tom no tenía elección. Estaban rodeados. Había llegado la hora.

—Muy bien —dijo, hurgando en su bolsillo—. Aquí está, cójalo. Es suyo.

Don Gervase miró el objeto que Tom tenía en la mano y enarcó las cejas. Pearl contuvo un grito y miró a Tom, sin comprender.

—E-e-espere —tartamudeó—. ¡No! Un momento, pero no, ese no es...

—¿El amuleto? —la interrumpió don Gervase, alzando una piedra de color rojo con una cara esculpida.

Pearl lanzó una mirada a Tom, quien, sin apenas mover los ojos, le señaló la golondrina que goijeaba por encima de ellos. No entendía...

—Hum... Pero no, no...

—Scurf —bufó Lotus, percibiendo la confusión—, ¿es este?

El tendero tragó saliva, aterrorizado.

—Responde correctamente si valoras la poca vida que te queda. ¿Era este el amuleto con el que estas personas han huido de tu tienda?

Scurf arrugó la frente; de pronto, estaba muy confuso.

—Lo siento, señorita, pero ¿se refiere a que...?

—¡Responde correctamente, idiota! —chilló Lotus—. Estos son los fugitivos que han estado en tu tienda, ¿correcto?

—Sí, señorita.

—Se han marchado de tu tienda con un amuleto, ¿correcto?

—Sí, señorita.

—¿Se han llevado ese amuleto?

Scurf estaba tan aterrorizado y desconcertado que era incapaz de mirar a Lotus, la cual lo estaba fulminando con la mirada. Escudriñó la piedra roja con una cara esculpida que don Gervase tenía en la mano.

—Sí, sí, sí, se han llevado ese amuleto de la tienda, señorita. Es solo que...

—Está bien —dijo Lotus con aire triunfal.

Scurf estaba tan acobardado que no osó decir nada más. Pearl miró a Tom y sus ojos le dijeron que mantuviera la boca cerrada. La golondrina seguía gorjeando con agitación por encima de ellos.

—Bien —bramó don Gervase con impaciencia—. Esto ya dura demasiado. Llévate esta baratija y mándalos a la cárcel.

—¿La cárcel? —Lotus lo miró con incredulidad—. ¿La cárcel? ¿Te das cuenta de

dónde han estado? ¡Otros han muerto por menos!

Don Gervase se quedó un momento callado, valorando lo que decía Lotus.

—Muy bien, Lotus. Tu espíritu de venganza es admirable. Tendrá que ser otra cosa.

Lotus gruñó en tono de aprobación y el glorioso líder se volvió hacia la luminosa cueva, pensando. Tenía que ser algo inusual... De pronto, tuvo una idea.

—¿Por qué no le damos una posibilidad?

—¿En qué sentido?

—Como aperitivo antes del número principal.

Lotus lo miró y la cara se le iluminó con una desagradable sonrisa de labios apretados.

—Entonces...

—Desde luego. Es esta noche, ¿no? Y, teniendo en cuenta quién participa, opino que sería todo un espectáculo, ¿tú no?

—Ingenioso —observó Lotus, soltando una risita infantil.

—Bien —dijo don Gervase, sonriendo—. Al menos, coincidimos en algo.

Scurf y el señor Winston, percibiendo que su suerte había cambiado, comenzaron a sonreír neciamente.

—¿De qué hablan? —preguntó Pearl—. ¿Qué ocurre?

Don Gervase la miró con gélida curiosidad.

—Jovencita, vuestras cortas vidas acaban de hacerse bastante más cortas. Reserva la grandeza que hayas podido alcanzar en vida para tu muerte.

Chasqueó los dedos y, al instante, dos skrolls encapuchados sujetaron férreamente a Tom y a Pearl.

—Llevadlos arriba —vociferó—. Llevadlos al estadio.

Luposerpsis maximus

A primera vista, parecía que hubiera una especie de zona de espera debajo de un escenario. Tom y Pearl se habían visto obligados a subir varios empinados tramos de escalera, pasando junto a una serie de jaulas poco iluminadas repletas de hombres e híbridos de todo tipo. Algunos iban a lomos de desgarrados insectos, otros llevaban restos de atuendos militares atados alrededor de sus cuerpos deformes. Todos parecían muy nerviosos mientras, arriba, se oía el clamor del público.

—Ignorad a esa chusma —dijo don Gervase con desdén, conduciéndolos a una plataforma circular que comunicaba con el techo—. Solo son carne de cañón. Y ellos lo saben.

La variopinta carne de cañón los observó, sumida en un hosco silencio, mientras los skrolls hacían subir a Tom y a Pearl a la plataforma y don Gervase daba fuertes palmadas.

—¡Gord! ¿Dónde está ese idiota?

Una figura robusta de tez gris salió de la oscuridad llevando varias cestas de mimbre atadas alrededor de la cintura con correas de cuero.

—¿Excelencia? —graznó el anciano, sin apenas atreverse a alzar la vista.

Tom se quedó estupefacto al advertir que su abrigo estaba cuajado de brillantes insectos negros y había un montón de delgados gusanos rojos enroscados alrededor de su sombrero.

—Tengo algo nuevo para el espectáculo de esta noche.

—¿Algo nuevo, excelencia?

—Sí. Estos dos inaugurarán el acto.

—¿Y los otros prisioneros?

—Irán después. O a lo mejor se unirán a ellos. No lo he decidido. Atalos. Un milpelos en cada muñeca, creo.

—¿Solo una muñeca, excelencia?

—Sí, sí, hazlo —espetó don Gervase con impaciencia.

—Muy bien, excelencia.

Tom y Pearl fueron obligados a alargar los brazos y el anciano abrió una de las cestas que llevaba atadas a la cintura y sacó un peludo milpiés del tamaño de una anguila pequeña.

—¡Ay! —exclamó Pearl cuando Gord se lo puso en el pelo. El animal se le enroscó rápidamente alrededor del cuello. Pearl cerró los ojos, temiéndose lo peor...

—No te preocupes, señorita Smoot —dijo don Gervase, disfrutando con su malestar—. No es a ti a quien quiere matar.

Gord abrió otra cesta y puso un segundo milpelos en la espalda de Tom, pero, nada más enroscársele alrededor de la garganta, el insecto vio el otro milpelos.

—¡Ay! —se quejó Tom cuando la criatura bajó como una bala por su brazo extendido. El milpelos que Pearl tenía alrededor del cuello corrió a su encuentro y, al

instante, se habían enroscado uno alrededor del otro: las patas, los cuerpos, las mandíbulas, trabados en un firme nudo, esposando a Pearl y a Tom.

—Es una prueba de fuerza, sabéis —explicó don Gervase—. Cuando dos milpelos macho entablan combate, no se sueltan hasta que uno de los dos muere. Bastante conveniente, ¿no os parece?

Hubo un momento de silencio y, después, volvieron a oír el clamor del público.

—¿Qué va a pasarnos ahí arriba? —preguntó Tom, haciendo todo lo posible por ignorar el nudo vivo que los mantenía unidos.

—Eso depende enteramente de vosotros —respondió don Gervase con zalamería—. Tengo que ver cómo rinden las nuevas razas, ponerlas a prueba, y para ese propósito necesito adversarios. Al público le encanta, por supuesto. Tenía pensado empezar con dos prisioneros despreciables, pero vosotros me venís mucho mejor. Si sois conversos, escuchad las pulsaciones que os latirán en la cabeza. Quién sabe; a lo mejor hasta os ayudan, pero lo dudo. Si no lo sois, vuestra aniquilación será un magnífico espectáculo. —Sonrió—. Así que, en ambos casos, habréis hecho algo útil.

Pearl negó con la cabeza, asqueada.

—Está usted enfermo.

Hubo una exclamación colectiva y el recinto se quedó en silencio. Don Gervaseladeó la cabeza. No estaba seguro de haber oído bien. Pearl lo miró con franco desdén.

—Toda esta gloriosa revolución es una farsa, ¿verdad? Sus experimentos en esa pecera de arriba, afirmar que ha encontrado el secreto de la vida eterna, fingir que tiene la autoridad de la reina, ¡ja! ¡Esa es buena! ¡Usted no tiene ni idea de lo que ella piensa; no puede controlarla más que ninguno de los que estamos aquí! —Pearl se había puesto a gritar y estaba tan furiosa que la voz le temblaba en cada sílaba—. Por eso está tan desesperado por encontrar el amuleto, ¿no?, ¡antes de que le descubran!

Tragó saliva y el enfado le inundó los ojos de lágrimas.

—Se cree un gran líder, pero es un don nadie. Un impostor y un fanfarrón, nada más. Un farsante.

El silencio era ensordecedor. Todos los ojos estaban clavados en don Gervase. Era obvio que los híbridos esperaban que matara a Pearl allí mismo. Pero, por algún motivo, él no lo hizo. Se limitó a cerrar los puños y aclararse la garganta. Lotus lo observó con nerviosismo.

—Creo —gruñó don Gervase—, creo que ni siquiera voy a dignarme responder a ese pequeño arrebatito tuyo, nada más lejos de la verdad. —Miró a su alrededor, echando fuego por los ojos—. En vez de eso, quizá quieras saber quién va a ser tu adversario. Creo que ya habéis visto al escarabajo bombardero.

Tom y Pearl no dijeron nada; ella seguía temblando de rabia.

—Pues esta noche seréis los primeros adversarios, o debería decir víctimas, de su hermano mayor. *Luposerpis maximus*. El megalobóptero.

Se hizo un angustioso silencio.

—¿Qué os parece?

Tom se encogió de hombros.

—Bien.

—¿Bien?

—Sí. Los escarabajos bombarderos me caen bastante simpáticos.

Se oyó una risita contenida al fondo, que don Gervase silenció de inmediato con una mirada fulminante. La calculada insolencia de Tom parecía haberlo ofendido casi tanto como el arrebató de Pearl, pero, una vez más, consiguió, de algún modo, contener su furia.

—No supongas que puedes jugar conmigo, Tom Scatterhorn —murmuró, siniestramente—. No hace falta que te recuerde tu difícil situación. Gord —vociferó, y el anciano se puso firme, temblando de forma ostensible—, súbelos. Luego, espera mi señal.

Gord se inclinó tanto que los gusanos rojos de su sombrero casi rozaron el suelo.

—Como usted diga, excelencia.

Don Gervase les lanzó una última mirada fulminante, giró sobre sus talones y se marchó a toda prisa, seguido de Lotus y los skrolls. El anciano se subió a la plataforma circular y gritó una orden. Al instante, apareció un escuadrón de grandes hormigas amarillas provistas de palos. Los insertaron en los agujeros que había bajo el borde de la plataforma y esperaron.

—¡Girad hacia la derecha! —chilló Gord.

Las hormigas se apoyaron en los palos, comenzaron a empujar y la plataforma empezó a ascender despacio, girando sobre un tornillo inmenso y levantando el techo. Bajo los milpelos entrelazados, Pearl asió la mano de Tom con fuerza cuando el ruido estalló por encima de ellos.

—¡Rompedle una pata! —gritó uno de los híbridos enjaulados.

—¡Sí, dadle donde más le duele! —gritó otro.

—¡Recordad que parecen peligrosísimos pero son tontos perdidos!

El coro de consejos prosiguió conforme la plataforma ascendía y, momentos después, Tom y Pearl se encontraron en la pista de un gran estadio, próximo a la cumbre de Scarazand.

Todo el edificio estaba construido alrededor de la columna de roca que se extendía hasta el distante techo de la cueva y el clamor con que los recibieron fue increíble.

—Siento mucho haberte metido en esto —susurró Pearl, mirando las patas, élitros y partes de escarabajo diseminados por la pista.

—No lo has hecho —dijo Tom, intentando ignorar los latidos que le aporreaban las sienes—. He venido porque he querido. Nos hemos metido juntos en esto y vamos a salir juntos de este sitio, no sé cómo.

—Eso no hace que me sienta mejor.

Un clamor recorrió el graderío cuando don Gervase, Lotus y su séquito tomaron

asiento en un gran palco central. El glorioso líder saludó distraídamente con la mano y se sentó.

—¡Vamos, bajad! —resolló Gord, empujando a Tom y a Pearl a la pista.

Levantó un tablón suelto y gritó una orden a las hormigas que aguardaban abajo. De inmediato, el ascensor comenzó a descender y Gord se puso a registrarles los bolsillos con mucha ceremonia. El público aplaudió cuando tiró al suelo la navaja de Tom, el frasquito con el aerosol de feromonas y la pelota-escarabajo, que él llevaba en el bolsillo trasero.

—Oh, mirad, se ha traído la pelota —graznó, alzándola para enseñarla al público—. ¡Has venido a jugar a fútbol, ¿verdad hijo?! —Y volvió a tirarla al suelo.

El público aulló y don Gervase sonrió, pero siguió la extraña pelota gomosa con la mirada hasta que se detuvo debajo de él. Aquello era un poco inesperado. ¿Por qué llevaba eso el muchacho? Gord fue hasta una escalera de mano apoyada en la columna de roca y aguardó bajo un gran cuerno. Miró el palco real, expectante, y el público enmudeció. Todos los ojos se posaron en don Gervase.

—¿Papá?

Lotus dio un codazo a don Gervase, que seguía mirando la pelota. Vio que tenía dibujos. Probablemente, no era nada, solo un juguete. De todos modos, él estaba buscando algo muy distinto. Algo valioso, no una vieja pelota cualquiera...

—¿Papá? ¿Pueden empezar? —Lotus lo miró con impaciencia—. Papá, ¿qué te pasa...?

—Sí, sí —dijo él, e hizo una breve seña a Gord, que tocó una vez el cuerno, arrancándole un sonido grave y penetrante.

—Supongo que ha llegado el momento —susurró Pearl, cuando el público enmudeció.

Abrieron dos grandes puertas correderas y algo empezó a avanzar hacia ellos desde la oscuridad. Era un escuadrón de robustos escarabajos negros que arrastraban un gran capullo gris. Se percibía una gran expectación en el graderío.

—Señoras y señores —bramó el comentarista por un gran megáfono mientras el capullo era arrastrado al centro del estadio—. Antes de que comience el espectáculo de esta noche, una reconstrucción de la batalla de Callaboose, donde nuestro glorioso líder nos condujo a la victoria...

Hizo una pausa para que el público gritara al unísono:

—¡Viva el glorioso líder!

—... tenemos una sorpresa muy especial para vosotros —prosiguió el comentarista—. Un modelo nuevo, traído directamente de los viveros. —La cortina de rostros alargó el cuello, expectante.

—Por primera vez en Scarazand, ¡es negro, infame y monstruoso, es el megalobóptero!

El anuncio fue recibido con un aplauso ensordecedor y todos los ojos se posaron en el capullo gris. ¿Qué criatura horrible e insólita se ocultaba en su interior? El

público no tuvo que esperar mucho para averiguarlo. Gord se dirigió a la entrada con paso cansino, cogió una larga lanza y regresó.

—¡Estáis listos! —aulló—. ¿Lo estáis? —El público aplaudió y Gord se ladeó el sombrero y realizó una pequeña pirueta: era obvio que estaba disfrutando de su momento de gloria.

—¡Que empiece el espectáculo!

Apuntando al capullo, Gord arrojó la lanza con una fuerza sorprendente. La punta se hincó y vibró, y el anciano corrió a refugiarse en la entrada. El público contuvo un grito cuando el capullo comenzó a abultarse y se resquebrajó.

—Deprisa —susurró Tom—. El aerosol y la pelota.

Despacio, comenzaron a caminar de lado hacia el frasquito tirado en el suelo hasta tenerlo justo delante.

—Písame —susurró Tom.

—¿Por qué...?

—Tú hazlo —insistió él.

—¡Ja, ja! ¡Mira! ¡No saben ni andar! —gritó un hombre cuando Tom y Pearl cayeron al suelo.

Las risas recorrieron el graderío y, de pronto, todas las miradas volvían a estar posadas en ellos. Se pusieron torpemente de pie mientras el público se reía de ellos.

—Gracias —susurró Tom, metiéndose el frasquito en el bolsillo con la mano libre.

—¡Armaos, idiotas, está saliendo! —gritó una mujer.

Tom y Pearl se dieron la vuelta y la mandíbula se les desencajó cuando unas largas patas armadas con púas salieron del capullo, seguidas de unos relucientes élitros negros. Era enorme.

—¡Armaos! ¡Armaos! —coreó el público—. ¡Queremos un combate como Dios manda!

Tom miró el lugar donde estaba la pelota-escarabajo: había ido a parar justo debajo de don Gervase. Ahora no había tiempo para cogerla. Y, además, ¿de qué iba a servirles?

—Esto... puede que hagamos bien en armarnos —susurró Pearl, viendo que el megalobóptero se deshacía de los restos del capullo con una pata.

El escarabajo se volvió, inspeccionando obtusamente el nuevo mundo en que se encontraba con sus pequeños ojos rojos. Parecía estar hecho de acero negro bruñido y era tan grande como un camión.

—¡Allí hay un escudo! —chilló Pearl, y arrastró a Tom hasta un gran pedazo redondo de quitina caído en la pista y lo cogió.

—¿Y una lanza? —susurró Tom, volviendo sobre sus pasos para coger un largo resto de mandíbula—. Necesitamos...

—¡Espera! —gritó Pearl, tropezando con el escudo y arrastrándolo al suelo con ella.

—No podemos separarnos, ¿recuerdas? —susurró enfadada, levantándose—. ¡No puedes ponerte a correr así!

—Lo siento —dijo Tom—. Es que hay...

—Ya lo veo —lo interrumpió Pearl—. Ayúdame con esto.

Cogiendo un lado del escudo cada uno, fueron hasta el lugar donde estaba el resto de mandíbula y Tom se agachó para cogerla. El megalobóptero miró el objeto cuadrúpedo que se movía por debajo de él. Para su mente simple, merecía la pena atacar cualquier cosa que se moviera. Así que lo hizo.

El público contuvo la respiración cuando el megalobóptero alzó sus mandíbulas armadas con púas y corrió hacia ellos a una velocidad atemorizante.

—Oh, Dios mío... es, esto, qué... —Pearl agarró a Tom por el brazo mientras el escarabajo se acercaba.

Él aguardó todo lo posible y arrojó la lanza contra él. De improviso, la criatura disparó un chorro rojizo de líquido caliente que repelió la lanza como si fuera una rama. El público gritó complacido y Tom se refugió detrás del escudo al lado de Pearl.

—Dispara ácido caliente —dijo, temblando—. Se me había olvidado que hacían eso.

Pearl parecía aterrorizada.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Meternos ahí debajo? —sugirió Tom, tragando saliva, señalando otro élitro que estaba a un par de metros de distancia.

—Vale.

Sin pensárselo más, corrieron hacia el élitro y se refugiaron debajo justo cuando se oyó un estallido ensordecedor. El público aplaudió y, al volverse, Tom vio su escudo de quitina hecho pedazos. El megalobóptero pasó de largo, tanteando el terreno.

—Tenemos que deshacernos de estos milpelos —dijo, dando un fuerte tirón a las criaturas enroscadas alrededor de su muñeca—. Así no podemos hacer nada.

—A ver —dijo Pearl, sacándose la navaja de Tom del bolsillo—. Déjame probar.

—¿La has recogido del suelo?

—Pues claro —susurró ella—. He soltado el escudo, ¿recuerdas? ¿Cómo si no iba a conseguirlo?

Tom se admiró de su ingenio y la observó mientras acuchillaba los milpelos con saña. Pero parecía que estuvieran hechos de alambre. Justo entonces oyeron un fuerte golpe en el élitro bajo el cual se refugiaban.

—¡Están ahí! ¡Ahí debajo! —gritó el hombre que había arrojado la piedra.

Otro golpe y el élitro se bamboleó y volcó. Tom y Pearl se levantaron al instante, y el megalobóptero los vio. Movimiento. Arremetió contra ellos. No les quedó más remedio que correr.

—¡A la izquierda! —gritó Pearl, que llevó a Tom hacia la columna de roca.

—¡Vale! —gritó él cuando se escondieron detrás de un cadáver.

El público aullaba de placer mientras ellos corrían entre los cadáveres, eludiendo los chorros de líquido hirviendo que el megalobóptero les disparaba, destrozándolo todo a su paso.

—¡Tenemos que utilizar el aerosol o coger la pelota-escarabajo o... algo! —gritó Pearl.

—¡Mira! —resolló Tom, sin dejar de correr—. ¡Los milpelos se están moviendo! —Pearl miró el nudo vivo que los unía por las muñecas y vio que Tom tenía razón. Estaban un poco más separados. Los tirones y forcejeos quizá estuvieran surtiendo algún efecto—. Tengo una idea —gritó Tom, viendo dos trozos de élitro—. Pongámonos ahí detrás.

—Pero no podemos parar. Nos...

Al instante, Tom se arrojó al suelo, arrastrando a Pearl con él.

—¿Estás loco? —resolló ella—. Nos ha visto. Nos...

—Lo sé —dijo Tom temblando, sacándose frenéticamente el aerosol del bolsillo—. Es que no se me ocurre nada más.

A toda prisa, roció el brazo de Pearl hasta el codo; luego hizo lo mismo con el suyo.

—Percibe el movimiento y dispara contra él. A lo mejor nos resuelve el problema.

Se deslizó hasta el trozo de quitina adyacente y, escondiéndose detrás, alargó el brazo.

—¡Tira! —gritó. Pearl obedeció y los milpelos volvieron a enroscarse uno alrededor del otro—. Cuando dispare, coge ese élitro y corre hasta ponerte detrás de él —le instruyó—. Yo haré lo mismo.

Lo que fuera que hubiera dicho Pearl, lo ahogó el clamor de los espectadores, que estaban viendo cómo se acercaba el megalobóptero a los trozos de quitina.

—¡Moveos, idiotas! ¡Os ha visto! —gritaron.

En el interior de su simple cerebro, el gigantesco escarabajo vio dos objetos inmóviles. Entre ellos, suspendido en el aire, había un manchón negro, retorciéndose y enroscándose. Movimiento... disparó. Un violento chorro de ácido caliente arrojó a Tom y a Pearl hacia atrás, pero eran libres. De los milpelos solo quedaban los restos calcinados que les colgaban de las muñecas.

—¡Rodéalo! —gritó Tom.

Al instante, el megalobóptero se desconcertó todavía más cuando, de repente, a los dos trozos de quitina les crecieron piernas que salieron corriendo en direcciones opuestas. Retrocedió con torpeza, disparando primero a uno y luego a otro. Luego, giró en redondo y volvió a disparar, errando ambos tiros. Era completamente incapaz de decidir a cuál perseguir.

—¡Sigue! —gritó Tom mientras corrían alrededor de la enorme bestia, cuyos disparos se tornaron cada vez más imprevisibles, desviándose hacia el graderío y arrojando una lluvia de líquido hirviendo sobre los espectadores.

—¡Vaya birria! —gritó una mujer.

—¡Es demasiado fácil! —gritó otra—. ¡Este megalobóptero es un asco!

De pronto, el ambiente cambió y comenzaron a oírse fuertes silbidos y abucheos por todo el estadio. Tom y Pearl corrieron a refugiarse detrás de la columna de roca, pero el megalobóptero no los siguió; continuó girando en redondo, disparando sin ton ni son, fallando como un juguete roto. Los abucheos y silbidos se tornaron ensordecedores y don Gervase pareció sumamente incómodo. Lotus miró el graderío enfurecida.

—No deberías tolerar esta oposición. Páralo.

Don Gervase se levantó con brusquedad e hizo una seña a Gord, que seguía en la entrada. El anciano se inclinó con deferencia y gritó una orden. Se oyó un fuerte chasquido y otro círculo comenzó a girar en el suelo del estadio. Lotus estaba fuera de sí.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó—. ¡No puedes sacar más! ¡Eso solo lo hará más fácil!

Don Gervase la ignoró y, arrellanándose en su asiento, cerró los puños.

—¿Quieres que nos humillen?

—¡Por supuesto que no! —espetó él—. Te garantizo que no va a hacerlo más fácil. Al contrario, de hecho.

La plataforma comenzó a elevarse despacio y el público se serenó un poco, curioso por saber quién aparecería a continuación. El megalobóptero la vio y abandonó su inútil persecución. Lotus estiró el cuello, y también Tom y Pearl...

—Soy un genio, ¿no crees? —dijo don Gervase, sonriendo satisfecho.

Lotus vio un escarabajo bombardero obligando a dos figuras a bajarse de la plataforma mordisqueándoles los tobillos. El rostro felino se le iluminó con una sonrisa. De repente, Pearl echó a correr.

—¡Papá! —gritó—. ¡Papá!

Al principio, el hombre pareció no haberla oído, pero el niño sí lo había hecho.

—¡Pearl!

—¡Rudy!

—¡Oh, Dios mío, eres tú!

Olvidándose por completo del estadio, el megalobóptero y el público que la observaba, Pearl atravesó la pista y se echó en sus brazos, abrazándolos con todas sus fuerzas.

—¡Papá! ¡Papá! ¡Soy yo! ¡Pearl!

—Oh, hola cariño —dijo distraídamente Arlo—. Supongo que eres tú, ¿no?

Pearl se apartó y lo miró.

—¿Papá? ¿Estás bien?

—Supongo que sí. Sí. Claro. ¿Por qué no?

—Se lo llevaron. Esa gente tan rara se lo llevó. No volvió hasta anoche —dijo Rudy, mirando el público y el techo de la cueva con aprensión—. ¿Dónde estamos?

—¿Se lo llevaron? ¿De veras?

Pearl escudriñó el arrugado rostro de su padre con sus vivos ojos azules. Aldo estaba más desaliñado que nunca.

—Sois el escuadrón de rescate, ¿no? —dijo distraídamente, mirando a Tom, que los estaba observando.

—Caray, ¿qué es eso?

Rudy señaló el megalobóptero, que los estaba observando con curiosidad desde el otro extremo del estadio. Ver algo nuevo lo había centrado. Comenzó a caminar...

—Eso es algo peligrosísimo —susurró Pearl con aprensión mientras veía cómo se acercaba el gigantesco escarabajo—.

Y vais a tener que echar a correr muy, muy pronto.

—¿Correr? Ah, vale. Lo que sea —dijo Arlo Smoot con aire distraído—. Andando.

—¿Qué va a hacer? —susurró Rudy, mirando la criatura con horror.

Antes de que Pearl tuviera ocasión de responder, el bombardero rojo se acercó al megalobóptero y comenzó a dispararle chorritos de líquido a la cabeza. En ese momento el público prorrumpió en burlas: era como si un ratón disparara a un elefante con una pistola de agua. De repente, el megalobóptero disparó un chorro de ácido hirviendo que alcanzó al bombardero de pleno entre el tórax y el abdomen, partiéndolo limpiamente por la mitad. El público chilló y empezó a pedir sangre.

—¡Ay! —gritó Rudy, cuando una piedra lo alcanzó en la espalda.

Luego, otra alcanzó a Pearl. Y otra más.

—¡Corred! ¡Corred! ¡Corred! ¡Corred! —coreó el graderío y, pronto, los estaban apedreando desde todas las direcciones...

—Esto debería ser interesante —dijo don Gervase, sonriendo satisfecho mientras miraba a los Smoot, apiñados ante la bestia que corría hacia ellos—. ¿Quién va a salvar a quién? ¿Será sacrificado el más débil?

De pronto, los Smoot echaron a correr, Pearl tirando de Rudy con Arlo cubriéndoles la retaguardia y el megalobóptero galopando tras ellos, disparando a diestro y siniestro. Tom salió de su escondrijo y asimiló la escena con rapidez. No iban a durar mucho... segundos a lo sumo... Los ojos le centellearon frenéticamente: ¿qué podía hacer?

«Piensa, Tom, piensa... si...».

Debajo del cuerno, vio la desvencijada escalera de mano apoyada en la columna de roca. De pronto, tuvo una idea. Era descabellada, pero lo era tanto que podía funcionar.

—¡Pearl! —gritó—. ¡Pearl!

Ella lo miró con desesperación, esquivando los chorros de líquido rojo que caían a su alrededor.

—¡Ve hacia la escalera! —gritó Tom—. ¡Llévalo debajo de la escalera!

Pearl asintió sin comprender y echó a correr por la pista, tirando de Arlo y Rudy

lo mejor que pudo. El público estaba armando mucho alboroto, aplaudiendo conforme los disparos caían cada vez más cerca de ellos.

—¡Venga, papá! —gritó Pearl, tirando de Arlo, que estaba teniendo dificultades para no quedarse rezagado.

Todo el mundo ignoró a Tom, que se levantó y, corriendo entre los despojos, se dirigió a la columna de roca y se subió a la desvencijada escalera. Sin aliento, vio que Pearl estaba terminando de rodear la columna en su dirección. El megalobóptero iba detrás, haciendo un ruido infernal... seguro que ya solo era cuestión de segundos... Don Gervase se incorporó y el público gritó... Tom se colgó de la escalera cuando la enorme criatura corrió hacia él. ¿Lo veía? Ya era demasiado tarde. Con las sienes palpitándole, escogió un punto detrás de la cabeza del megalobóptero y, acto seguido, saltó...

¡PUM!

Aterrizó en los élitros con tanta fuerza que estuvo a punto de rebotar y caerse, pero el megalobóptero ni tan solo se dio cuenta. Izquierda, derecha, izquierda... los flancos se le iluminaban con chorros de líquido hirviendo.

Don Gervase se levantó de un salto, sin dar crédito a sus ojos.

—¿Qué está haciendo ese crío? —gritó cuando el megalobóptero desapareció a galope por detrás de la columna.

Aferrándose a él, Tom alargó la mano y vertió el contenido del frasquito de feromonas primero en un ojo rojo y luego en el otro. El escarabajo siguió galopando, pero, por alguna razón, el movimiento que buscaba ya no estaba allí, solo partes fracturadas. Y, luego, de pronto, sus presas desaparecieron. La enorme bestia se paró en seco y Tom salió disparado hacia adelante, pasando por encima de su cabeza, colisionando con una de sus negras mandíbulas y cayendo al suelo. De repente, el público enmudeció: seguro que lo mataba, tenía que hacerlo. Tom se quedó jadeando en el suelo. Luego, despacio y con sumo cuidado, se incorporó y se dio la vuelta para hacer frente a la enorme criatura. Si iba a morir, quería verla venir...

La emoción era palpable: ¿Cómo iba a escapar el muchacho? Estaba justo debajo de sus narices. Tom tenía el corazón tan acelerado que apenas podía pensar, pero, con todo el autodominio de que fue capaz, se quedó como una estatua, mirando aquellos obtusos ojos rojos. El megalobóptero sacudió la cabeza: presentía que había algo justo delante de él, pero ¿dónde? Disparó un par de chorros a derecha e izquierda. Nada. Luego, comenzó a retroceder. El público se puso a murmurar. ¿Qué iba a hacer? Parecía que estuviera a punto de atacar... ¿por qué no huía el muchacho? Pearl, Arlo y Rudy los estaban observando boquiabiertos, al igual que don Gervase y Lotus desde el graderío. O aquel Tom Scatterhorn era muy valiente o estaba muy loco, o posiblemente ambas cosas. Tom permaneció inmóvil. No oía nada, no veía nada salvo aquellos dos obtusos ojos rojos... se estaba concentrando tanto que era como si hubiera salido de su cuerpo y el muchacho que estaba sentado en la pista fuera otra persona... Una piedra cayó a su lado y rodó por la pista. Él no se movió.

Luego, cayó otra: a la izquierda. El megalobóptero la vio. Movimiento... al instante, echó a correr y disparó una salva tras otra contra la piedra, que cayó como un proyectil entre los despojos que sembraban el estadio. Tom se pegó al suelo cuando el escarabajo pasó a galope justo por encima de él, disparando como un poseso, siguiendo el rastro de su propia destrucción con más destrucción. Ni tan siquiera vio a los Smoot pegados a la columna de roca.

—Como un perro con una pelota —dijo don Gervase furioso, viendo cómo el megalobóptero corría como loco por el estadio, persiguiendo las bolsas, piedras y sombreros que llovían del graderío para deleite de los espectadores.

Aquello no era en absoluto lo que había previsto. Con un impaciente gesto de cabeza, indicó a Gord que debía comenzar el número principal. El anciano gritó otra orden, corrió hasta el cuerno y lo tocó, arrancándole otro sonido grave y penetrante.

—¡Señoras y señores —bramó el comentarista—, y ahora les ofrecemos una fiel reconstrucción de la gran batalla de Callaboose!

Una docena de círculos comenzaron a elevarse en la pista del estadio, portando cuadrillas de adustos híbridos armados con espadas, hombres provistos de picas a lomos de escarabajos y carros tirados por ciempiés.

—¡Las tropas de la Cámara! —gritó el comentarista.

Se oyeron fuertes abucheos y silbidos y los espectadores comenzaron a apedrearlos.

—¡Y las tropas de nuestro glorioso líder!

Por las puertas correderas abiertas comenzó a salir una falange tras otra de magníficos escarabajos marrones, fornidos y lustrosos, acompañados de carilargos soldados que portaban estandartes negros y dorados y skrolls armados al mando de cientos de furiosos escarabajos bombarderos rojos. El público rugió cuando los soldados y los hombres encapuchados saludaron al graderío.

—Esto va a ser una auténtica locura —susurró Tom cuando se unió a los Smoot, que seguían pegados a la columna de roca. ¿Estáis bien?

—Eso creo. ¿Papá?

Arlo se volvió. Parecía extrañamente relajado.

—¿Sí?

—¿Estás bien? —preguntó Pearl.

—No hay problema —dijo él, mirando las tropas que se estaban concentrando a su alrededor—. Estoy de fábula.

—¿De fábula? —Pearl negó con la cabeza, exasperada. Saltaba a la vista que a su padre le había sucedido algo y, de ahora en adelante, iba a tener que asumir el mando—. Gracias por lo que has hecho —dijo, mirando a Tom—. En serio.

—Oh, no es nada.

—Nos has salvado el pellejo —dijo Pearl, sonriendo—, por decirlo así.

—Sí —susurró Rudy, mirando a Tom con admiración—. Ha sido increíble.

Tom se encogió de hombros, un poco azorado.

—Tú habrías hecho lo mismo, estoy seguro.

—¿Quién, mi hermana? —exclamó Rudy—. Debes de estar de broma.

Pearl se rió.

—Gracias, hermanito —dijo, sonriendo y despeinándolo—. Venga, hay que encontrar una forma de salir de aquí.

Pero del dicho al hecho hay un trecho. Tom pensaba que el inicio de la batalla se anunciaría con un toque de cuerno, pero, cuando miró de nuevo la pista, el combate ya había empezado. Por doquier, apretadas formaciones de escarabajos arremetían contra las variopintas cuadrillas de híbridos y hombres, atacándolos con sus largas mandíbulas y ensartándolos con sus cuernos mientras ellos se defendían lo mejor que podían. En medio del caos, el megalobóptero colisionaba contra todo, disparando ácido a diestro y siniestro y, bajo sus patas, el enjambre de escarabajos bombarderos rojos hincaba el diente a todo lo que se movía.

—¡Recuerden, señoras y señores —bramó el comentarista entre el clamor— que las batallas son peligrosas! ¡Que la primera fila tenga cuidado!

—¿Que tengamos cuidado? ¡Por eso estamos aquí, no te fastidia! —gritó una mujer, esquivando una pata volante y lanzando piedras a un híbrido.

—No os separéis, compañeros —gritó una voz conocida al mando de un desordenado escuadrón contra el que estaba arremetiendo una formación de escarabajos tras otra—. ¡Igual que hicimos en la batalla auténtica!

Tom miró hacia allí y vio al pequeño McMaggot, su compañero de celda, blandiendo una mandíbula rota.

—¡Sí, pero entonces estábamos en el otro bando! —gritó su compañero a la vez que derribaba un escarabajo—. ¡Y ganamos!

—¡La libertad, ya ves! —gritó McMaggot—. ¡Obligados a repetirlo todos los años!

Tom y los Smoot permanecieron pegados a la columna central, esquivando los élitros que saltaban por los aires y se estrellaban contra la pared a su alrededor.

—¡Tenemos que recuperar la pelota-escarabajo! —gritó Pearl—. No puede tenerla él. De ninguna manera.

—Lo sé. —Tom asintió con gravedad, mirando el caos—. Iré yo.

—No, sin mí no —dijo Pearl.

—Ni sin mí —añadió Rudy—. Voy con vosotros.

No había discusión posible.

—¡Pues vamos! —gritó Tom, y se zambulló en la batalla.

—Pero...

Entonces, Pearl cogió a Rudy en brazos, le tapó los ojos y echó a correr.

—¿Es realmente una buena idea? —farfulló Arlo, viéndolos perderse en el caos—. Vale, de acuerdo —añadió con aire distraído, y corrió tras ellos.

Don Gervase miró la pista, donde ya no había ningún rastro de filas ni bandos, sino solo un caótico amasijo de criaturas que combatían unas con otras, cuerpo a

cuerpo.

—¿Crees que sobrevivirán? —preguntó Lotus, disfrutando de la batalla.

—Lo dudo mucho —respondió don Gervase—. Pocos quedan con vida al término de estos enfrentamientos. Y si por casualidad lo hacen, no van a poder escapar —añadió, furtivamente—. Ya me he ocupado de eso.

Lotus sonrió satisfecha, pero no terminó de comprenderlo. Don Gervase alargó el cuello y miró el lugar donde había caído aquella curiosa pelota, justo debajo de él. Por increíble que pareciera, seguía allí, semioculta ahora por un élitro vuelto boca arriba. Por algún motivo, aquella gomosa pelota transparente lo intrigaba, no sabía por qué...

—¡La veo!

Tom se escondió detrás de unos despojos, jadeando. Sin saber cómo, habían llegado hasta allí. Pearl se ocultó junto a él y también la vio, resplandeciendo en el suelo a muy poca distancia. De improviso, una cuadrilla de escarabajos bombarderos se abalanzó sobre ellos, mordiéndoles con saña.

—¡Ay! —gritó Rudy.

—¡Fuera! —rugió Tom, apartándolos de una patada.

Ignorando el caos, Pearl comenzó a gatear entre las piernas y patas de los hombres e insectos enfrentados en dirección a la pelota. Don Gervase la reconoció de inmediato, y también a Tom, y a los Smoot, escondidos entre los despojos justo debajo de él. Qué intrigante: ¿Por qué demonios habrían de poner su vida en peligro y arriesgarse a recuperar la pelota? Parecía un juguete, probablemente un recuerdo sentimental que el muchacho llevaba por casualidad en el bolsillo. Un regalo de su madre quizá... a menos, a menos... Abrió los ojos de forma desmesurada y casi se atragantó con su propia estupidez. ¡A menos que la muchacha hubiera estado diciendo la verdad!

Y aquel crío lo hubiera engañado. ¿Era eso posible? Entrecerró los ojos cuando vio que la muchacha cogía la pelota. Claro que lo era, ¡claro que lo era! Pero ¿y qué había de la Cámara, de sus papiros, tradiciones y bibliotecas de textos antiguos? ¿No le habían dicho todos que aquel amuleto sería algo único, valiosísimo, revestido con mucha probabilidad de algún material protector? Vio que el muchacho repelía otros dos escarabajos bombarderos a mano limpia y ponía a salvo a la muchacha. No... no... estaban equivocados, todos... completamente equivocados. Aquellos dos idiotas lo demostraban. Separó los labios, emocionado. Allí estaba, la clave secreta de su revolución, ¡tan cerca! Pondría fin a aquella farsa de inmediato, se la arrebataría antes de que...

—Eh, ¿qué es eso? —gritó un hombre del público. Los espectadores se estaban volviendo, mirando el techo de la cueva.

—¿Qué es?

Arriba había algo, acercándose... ¿un ruido?

—¡Escuchad, compañeros, escuchad! —gritó McMaggot a los maltrechos restos

de su escuadrón.

Los deformes hombres ensangrentados ignoraron el fragor de la cruenta batalla y miraron el techo de la espaciosa cueva. ¿Qué era aquel ruido?

Pearl alzó la cabeza y también lo oyó. Un zumbido. Cada vez más fuerte...

—Es un motor —susurró—, ¿verdad?

—Maldita sea... ¡maldita sea! ¡Aquí viene la dichosa caballería! —gritó un híbrido.

Los espectadores miraron arriba y, de repente, se pusieron a aplaudir como posesos.

—¡Un espectáculo de los buenos, sí señor! ¡De los buenos! —gritaron.

Don Gervase se levantó, ajeno al fragor, su rostro escandalizado era la viva imagen de la incomprensión. Allí, sobrevolando el graderío justo por encima de él, había una golondrina, un águila y dos biplanos. Se quedó sin habla. Y también Tom, tumbado en el suelo.

—¿No es sir Henry Scatterhorn? —susurró Pearl, sin apenas atreverse a creerlo.

Acrobacias

Y Pearl tenía razón. Era sir Henry en un avión y Trixie en otro, con el águila australiana a la zaga. Tom los miró asombrado, viéndolos volar en círculo bajo la enorme bóveda de la cueva, justo fuera del alcance de los ciempiés, que intentaban atraparlos entre sus mandíbulas sin conseguirlo.

—Pero ¿cómo han encontrado la entrada? —dijo Pearl, sin estar aún segura de creer que aquello era real.

—Debe de haber sido la golondrina. A lo mejor les ha enseñado la forma de entrar, ¡eh, mira! —gritó Tom, señalando una minúscula mota negra que estaba sobrevolando el graderío—. Ahí está.

Pearl vio el pájaro y comenzó a animarse. De pronto, podía haber una salida.

—¡Rudy, vamos a salir de aquí! —gritó con alegría, levantándolo del suelo y estrechándolo entre sus brazos—. ¡Estamos salvados!

El niño miró los biplanos, que volaban alrededor de la gran torre de roca. Ya casi habían entrado en el estadio.

—Pero ¿saben que estamos aquí? —preguntó, poco convencido—. Y ¿cómo vamos a subirnos a un avión en marcha?

A todo su alrededor, los combatientes seguían luchando con ferocidad y el público gritaba más que nunca. Para ellos, los recién llegados formaban parte del espectáculo. Los dos biplanos se inclinaron lateralmente y descendieron en picado sobre el caos. Tom se puso de pie.

—¡Deben de estar buscándonos! —gritó—. ¡Eh! ¡Aquí!

El público chilló y don Gervase apenas pudo contenerse cuando los dos biplanos pasaron rugiendo por delante de sus narices.

—Los reflectantes —espetó—, ¿dónde están?

—Preparados, como siempre, señor —gruñó un skroll altísimo que acechaba detrás de él.

—Suéltalos.

—¿A todos, señor?

—A todos. Esta farsa ya ha ido demasiado lejos.

El hombre encapuchado se retiró y don Gervase se vio obligado a mirar cuando los aviones volvieron a pasar por enésima vez. En esta ocasión, distinguió claramente a sir Henry Scatterhorn pilotando un avión, a una mujer pelirroja pilotando el otro y a ese pájaro infernal. Aquello ya era llover sobre mojado.

—¡Creía que te habías ocupado de ellos!

Lotus cambió incómodamente de postura cuando la tez amarillenta de don Gervase se puso lívida de rabia.

—¡Me había ocupado de ellos! —protestó ella—. Lo-localicé su escondrijo, lo registré, lo quemé...

—Pero ¿no los mataste?

Lotus lo miró malhumorada.

—¿¿¿Cómo iba a saber que encontrarían una forma de entrar...???

—Siempre hay alguna excusa, ¿no, Lotus? Siempre hay una razón para que parezcas incapaz de hacer las cosas más simples. ¿Y bien?

Lotus estaba furiosa, pero no dijo nada.

—Debo decir que ya me estoy hartando de estas escenitas —murmuró don Gervase en tono de amenaza—. Vete —vociferó, agitando la mano—. Pon vigilancia en todas las pasarelas y en todas las salidas y espera mis órdenes. No metas la pata.

Lotus dio media vuelta y se marchó sin decir una palabra.

Don Gervase negó con la cabeza: ¿podría confiar alguna vez en alguien para que hiciera bien las cosas? Todo parecía indicar que no.

Mirando el caos que seguía desatándose por debajo de él, buscó a Tom y a los Smoot, pero la refriega parecía habérselos tragado. Daba igual... no iban a llegar muy lejos... ni tampoco aquellos intrusos, en cuanto aparecieran los reflectantes.

—Venga, venga —bufó con impaciencia, inspeccionando el techo de la enorme cueva—. ¿Dónde estáis...?

Tom y Pearl habían conseguido volver a cruzar el campo de batalla, tirando de Rudy y de Arlo, y se refugiaron junto a la columna de roca.

—¡Tom! —gritó una voz conocida—. ¿Dónde demonios estás? ¡Tom, socio!

Tom se separó de la pared y estuvo a punto de que lo decapitaran por un trozo de élitro volante. Al mirar arriba, vio que el águila australiana se estaba acercando.

—¡Aquí! —gritó—. ¡Aquí!

—Ahí estás, maldita sea... ¡Caray! —El águila viró con brusquedad para eludir un chorro de ácido del megalobóptero, que acababa de dar la vuelta a la columna—. ¡Odio las dichosas batallas!

—¿Qué vamos a hacer? —gritó Tom.

El águila volvió a girar y bajó lo más posible.

—Aquí no vamos a poder recogeros. Es complicadísimo. ¿Podéis...? —El águila agachó la cabeza, esquivando un élitro volante—. ¿Podéis ir hasta uno de esos puentes de ahí detrás?

—Hum... —Tom pensó deprisa.

—Creo que es casi el único sitio.

—¿De verdad que podéis recogeros? —gritó Pearl.

—Vamos a tener que hacerlo —dijo el águila—, ¿no?

De pronto, el aire se llenó de zumbidos y silbidos y el público sofocó un grito de asombro. El águila miró las gradas más altas, que, por algún motivo, se estaban quedando en sombra. El zumbido era cada vez más fuerte...

—¡Arrea! —exclamó, momentáneamente aturdida por lo que había visto—. ¡Id a una de esas pasarelas lo antes posible!

Y, un instante después, ya no estaba.

El público se quedó callado mientras la sombra se cernía sobre el estadio.

—¿Qué es? —susurró Pearl, despegando la cabeza de la columna—. ¿Un enjambre?

Era un enjambre, pero no se asemejaba a ninguno que Tom hubiera visto. Parecía una alfombra voladora, compuesta por insectos del tamaño de gorriones. La alfombra vibró y se onduló con los aleteos simultáneos de sus millones de componentes, los cuales, al bajar al estadio, formaron una superficie vertical... y entonces ocurrió algo increíble: los insectos se reorganizaron de inmediato para formar un dibujo. El público contuvo un grito porque, un momento después, apareció la cabeza de don Gervase como si se tratara de un inmenso cartel en tres dimensiones suspendido en el aire.

—¡Viva nuestro glorioso líder! ¡Viva!

La consigna resonó por todo el estadio y, antes de que el público terminara de corearla, los reflectantes habían vuelto a reorganizarse: su superficie era ahora un espejo del otro lado del estadio. Y, cuando los dos biplanos viraron en su dirección, también los reflejaron a ellos.

Pearl se quedó boquiabierta.

—¿Cómo... pero cómo hacen eso? ¿Quién los controla?

—Debe de ser instintivo —susurró Tom, maravillándose de aquel espejo vivo—. Don Gervase no puede obligarlos a hacerlo. Debe de ser la reina. Deben de defenderla a ella.

Los dos aviones viraron con brusquedad delante del espejo, que, de repente, se fracturó y cargó contra ellos, convertido en un enjambre. Ladeando mucho el avión para eludirlo, sir Henry y Trixie viraron y casi se encontraron de nuevo en las gradas, pero, en ese momento, el graderío se disolvió.

—Buen deporte, este, señor —dijo sonriendo un fornido general que estaba sentado al lado de don Gervase.

—Una idea magnífica añadir un combate aéreo. Así se hace —dijo otro efusivamente.

El público estaba gritando entusiasmado y don Gervase disimuló su enfado con algo semejante a una sonrisa, observando a los reflectantes mientras formaban otro espejo que envolvió la columna de roca.

—Los están confundiendo a propósito —dijo Tom cuando los biplanos volvieron a pasar, casi rozando la encarnizada batalla con las puntas de las alas—, los están desorientando para que no puedan encontrar una salida.

Era cierto. El espejo móvil volvía a formarse dondequiera que viraran y, al subir en línea recta, sir Henry se descubrió abatiéndose sobre la batalla que se estaba librando en el estadio. Caras, insectos, tierra, fueron a su encuentro conforme ascendía, ¿o estaba descendiendo? En el último momento, cambió bruscamente de rumbo.

—Tenemos que ayudarlos —susurró Pearl, con el corazón acelerado—. Van a estrellarse, ¿verdad?

Vieron, cada vez más aterrados, cómo los reflectantes formaban una gran tapa sobre el estadio y comenzaban a descender lentamente. Tom se devanó los sesos en busca de algo de inspiración.

—La pelota-escarabajo —dijo, de pronto—. A lo mejor podemos desorganizarlos. Pearl lo miró.

—Podrías probar lo que Scurf ha hecho en la tienda. Eso ha surtido efecto, ¿no? Preocupada, Pearl miró la pelota que tenía en la mano. Tragó saliva.

—No sé... no estoy segura de cómo... ¿y si él se da cuenta? Entonces lo sabrá con seguridad, ¿no?

Miró el palco desde el que don Gervase estaba observando el combate aéreo. Tenía una desagradable sonrisa de satisfacción en los labios conforme el techo espejado iba descendiendo y los dos biplanos volaban de acá para allá como dos avispas enfadadas en un bote de vidrio... Era obvio que sir Henry y Trixie estaban totalmente confundidos: arriba, abajo, izquierda, derecha, todo era lo mismo...

—Pearl, tienes que intentarlo —insistió Tom—. Yo no puedo hacerlo, pero puedo decirte si funciona o no, así que hazlo. —Al mirar arriba, casi pudo ver su propio reflejo—. Antes de que sea demasiado tarde.

Pearl respiró hondo. Se dio cuenta de que no había alternativa.

—De acuerdo.

Volvió a respirar hondo, se agazapó detrás de un élitro vuelto del revés y se puso la pelota en la palma de la mano. Ignorando los gritos y la refriega, intentó recordar qué había hecho Scurf.

—¿Qué hay de ti? —preguntó, de pronto.

—Olvídate de mí —dijo Tom con aspereza, agazapándose junto a ella—. Lo que sea... será. Hazlo.

Pearl miró la pelota y se concentró. Apoyó el dedo índice en su superficie y comenzó a trazar círculos concéntricos, apretando un poco. Tom observó su dedo, acariciando rítmicamente los dibujos en forma de voluta.

—A lo mejor puedes hacerlo hacia delante, luego hacia atrás, variar un poco —sugirió.

Pearl lo probó y adoptó un ritmo más lento. Lo miró esperanzada.

—¿Pasa algo?

Tom negó con la cabeza. No notaba nada. Un trozo de quitina se estrelló contra la pared por encima de ellos y una cuadrilla de escarabajos bombarderos rojos corrió hacia ellos.

—Creo que... a lo mejor estoy demasiado tensa, que estoy apretando demasiado. Si se estruja, no parece que pase nada. —Pearl estaba teniendo dificultades para dominar su creciente pánico. Ahora había auténtico miedo en sus ojos, miedo a fracasar.

—Prueba a pensar en algo mientras lo haces —susurró Tom, viendo cómo le temblaba el dedo sobre las volutas—. A lo mejor es más fácil si tienes una imagen

mental.

—Está bien —susurró Pearl.

Cerrando los ojos, se esforzó cuanto pudo por ignorar el caos que la rodeaba. Otro escarabajo negro pasó galopando por delante de ellos. Entonces, se detuvo y arremetió contra ellos.

—¡Vete! —gritó Tom, dándole una patada en sus relucientes mandíbulas.

Pearl no vio nada de aquello: tenía los ojos cerrados... de pronto, le vino una imagen a la cabeza y la retuvo con todas sus fuerzas, imaginándola con todo detalle... Estaba respirando regular y profundamente y Tom vio que su dedo comenzaba a trazar dibujos infinitesimales en la superficie transparente, dibujando un ocho.

Rudy miró a Tom y él se llevó el dedo a los labios, acallando la pregunta. Junto a ellos, agazapado bajo otro trozo de élitro, se encontraba Arlo Smoot, quien también la estaba mirando furtivamente.

Pearl casi parecía estar en trance y la pelota comenzó a zumbar... Tom cerró los ojos con expectación... Sentía que algo se acercaba, lo presentía, un rumor... ¡Ya! Ahí estaba, la brava ola roja, yendo hacia él desde el negro horizonte... con espuma naranja y dorada en su cresta...

—¡Ahh!

Gritó de dolor al notar una descarga eléctrica en la frente.

—¡Tom! —exclamó Rudy.

Pero Tom no oyó nada. De pronto, cayó al suelo boca arriba... otra violenta sacudida y, al instante, el cuerpo se le dio la vuelta.

—¿Está... bien? —farfulló Rudy, viendo a Tom temblando en el suelo.

—Funciona —dijo él, torciendo el gesto y escupiendo entre los dientes apretados—. Vuelve a hacerlo. —Pearl lo miró aterrorizada; era obvio que estaba sufriendo muchísimo.

—¿Estás seguro...?

—¡HAZLO! —gritó él.

Pearl volvió a concentrarse, reteniendo la imagen mental y trazando otro ocho con el dedo, sin apenas apretar la superficie blanda y resbaladiza. Al cabo de un momento, la pelota comenzó de nuevo a zumbar y, esta vez, Pearl no se detuvo...

De pronto, el público comenzó a chillar.

—¡Caray! —dijo Rudy, mirando al graderío boquiabierto—. ¡Caray!

—¿Qué pasa? —susurró Pearl, sin atreverse a mirar. Siguió moviendo el dedo, trazando lentamente ochos...

—Es... es como una serpiente, una enorme serpiente verde.

Rudy tenía razón. De repente, el espejo se había hecho añicos y se había transformado en una inmensa pitón que se enroscaba poco a poco sobre el estadio. Y el público también parecía estar temblando y retorciéndose...

—¡Un ocho! —chilló Rudy, señalando arriba.

Pearl sonrió emocionada y se ordenó no hacerlo: ¡funcionaba! Estaba enviando un

mensaje a la reina y ella estaba retransmitiéndolo, dirigiéndolo a los insectos. La reina era tan poderosa que ellos no se podían resistir.

—¿Qué hay de los aviones?

Rudy vio los dos aviones pasando entre los huecos de la enorme serpiente enroscada, seguidos de la golondrina y el águila.

—Han escapado. La han atravesado.

—¿De verdad?

—Sí. Se han ido.

Pearl paró y miró arriba. Había una serpiente enorme, suspendida en el aire, que, en ese momento, se hizo pedazos y se transformó en un espejo.

—Caray —exclamó, sin atreverse a creerlo del todo. De algún modo, había conseguido enviar un mensaje, por muy torpemente que lo hubiera hecho, y aquella nube de insectos con alas de espejo había formado la imagen que ella estaba visualizando. Asombrada, miró la pelota-escarabajo depositada en la palma de su mano. Ahora casi le daba miedo tocarla. No quería ni imaginarse qué podría hacer alguien que supiera utilizarla como es debido...

—Ha sido un truco magnífico, hija —dijo Arlo, gateando hasta ellos—. ¿Se lo has hecho hacer tú?

—Supongo... sí —respondió Pearl, con la cara brillante tras lo mucho que se había concentrado.

Arlo la miró con un curioso brillo en los ojos.

—¿Tú has ordenado a esos insectos que formen esa serpiente? —preguntó Rudy—, ¿y has hecho que Tom se retuerza por el suelo?

—Sí —masculló Tom, incorporándose y rascándose la cabeza dolorida.

Seguía notando un hormigueo en todo el cuerpo. Arlo parecía hipnotizado por la pelota-escarabajo, aún en la mano de Pearl. La mente estaba centrándosele poco a poco, comprendiendo la importancia del objeto; estaba claramente impresionado... y no era el único. En el graderío, don Gervase había visto al grupito, acurrucado detrás de la columna de roca. La mirada le ardía de rabia, codicia y deseo. Ya tenía todas las pruebas que necesitaba. Era increíble que hubieran sido tan estúpidos como para llevarla allí, al corazón de Scarazand y, además, hasta habían tenido el atrevimiento de utilizarla... Tom y Pearl percibieron el ardor de su mirada y se dieron la vuelta. Allí estaba, el glorioso líder, con su aburrida sonrisa en los labios, los ojos lechosos brillándole de placer.

—Deprisa —murmuró Tom—. Salgamos de aquí.

No se molestó en mirar atrás cuando don Gervase saltó al nivel inferior y se alejó a todo correr, sino que volvió a zambullirse en la batalla, arrastrando con él a Pearl y a su familia. Esquivando los golpes, se dirigieron a la puerta por donde habían salido los escuadrones de escarabajos, pero pronto descubrieron que seguían enviando refuerzos al campo de batalla.

—No podemos salir por ahí —jadeó Pearl cuando una falange de veloces

escorpiones amarillos irrumpió en la pista como coches de carreras.

—¡Desde luego que no! —gritó un híbrido desde el flanco de un escuadrón mientras combatía con un enorme escarabajo marrón—. ¿Queréis salir?

—Así es —gritó Tom.

—Solo hay una manera de salir de esto, colega: muerto —resolló, partiendo salvajemente en dos la mandíbula del insecto—. O en una de las plataformas giratorias. Mirad, siguen subiendo a las latiguillas. —Señaló con su espada el lugar donde un hombre montado en un desgarrado insecto azul acababa de emprender el vuelo. El animal parecía una especie de mosca grúa gigantesca.

—Son valientes como leones, pero en este infierno no tienen ninguna posibilidad.

Tom y Pearl vieron que el jinete se abatía lentamente en círculo y apuntaba al devastador megalobóptero con su lanza. El descomunal insecto los mató de un solo disparo y el público rugió cuando hombre y latiguilla cayeron al campo de batalla.

—¡Gracias! —gritó Tom cuando otra oleada de escarabajos verdes arremetió contra el escuadrón.

Dejaron al híbrido combatiendo y volvieron a cruzar la masa de criaturas enfrentadas en dirección a la plataforma giratoria. Ya había vuelto a bajar y empezó a rotar de nuevo hacia arriba, con otra latiguilla azul lista para entrar en combate. Había un hombre a lomos del desgarrado insecto, con la visera bajada y la lanza en ristre.

—En cuanto salga volando, saltad a la plataforma —instruyó Tom—. Tendremos que ser rápidos.

Pearl y Rudy asintieron con la cabeza. La plataforma siguió subiendo y, en el momento en que las esbeltas patas de la latiguilla estuvieron al nivel de la pista, el jinete le hincó los talones en los flancos.

—¡Venga, tartana voladora, a por ellos! —gritó el jinete—. ¡Arre, arre!

Pero el torpe insecto echó un vistazo al caos que lo rodeaba y decidió que no iba a ninguna parte.

—¡Arre! —gritó el jinete, espoleándolo—. ¡Arre!

Tom dio una fuerte manotada en el abdomen a la reacia latiguilla y el insecto saltó a la pista, casi derribando a su jinete. Al instante, bajaron todos a la plataforma vacía, que ya estaba volviendo a descender.

—¡Eh, gracias, tíos! —gritó el jinete mientras se daba la vuelta, y, por un segundo, vio a Tom, Pearl, Rudy y Arlo girando en la plataforma. Pareció quedarse estupefacto—. ¡Eh!

—gritó, levantándose la visera para verlos mejor. —¡Eh, esperad!— Pero la plataforma ya se había hundido en el suelo.

Para Tom y Pearl, la batalla había quedado atrás y había nuevos y numerosos peligros en que concentrarse. Al llegar al nivel de las jaulas, se encontraron rodeados de hileras de latiguillas a la espera de que las mandaran arriba. Soldados y skrolls merodeaban entre ellas, atando sillas de montar y distribuyendo lanzas.

—Por ahí —susurró Tom, viendo una puerta abierta en el rincón, y antes de que

nadie pudiera detenerlos, abandonaron la plataforma y cruzaron el bosque de delgadas patas hacia el otro extremo.

—¡Eh, vosotros! —gritó un guardia, viéndolos salir—. ¡El acceso está restringido! ¡No podéis entrar ahí! ¡Eh!

Un agudo pitido los siguió por el pasadizo. Todos habían echado a correr, incluso Arlo, y los perseguía una cuadrilla de guardias y skrolls. Tom no recordaba mucho de su descenso: fue una carrera interminable por las escaleras, portalones y túneles del laberinto excavado en la roca de Scarazand. Jamás vieron a sus perseguidores, pero sus gritos estuvieron siempre a poca distancia.

Por fin, Pearl se refugió en un hueco desde el que se veía uno de los viveros y se detuvieron.

—¿Cuánto crees que hemos bajado? —resolló, oyendo los pasos de los guardias corriendo por encima de ellos—. Ya debemos de estar al nivel de esos puentes.

—No lo sé —jadeó Tom—. Parece que estamos más o menos a la mitad. Tenemos que bajar a nivel de calle y echar un vistazo.

Arlo se apoyó en una roca, resollando ruidosamente.

—Conozco este sitio —dijo, mirando la maraña de túneles excavados en la roca—. Lo reconozco. Sin ninguna duda. Ya he estado aquí.

—No, papá —dijo Rudy, frunciendo el entrecejo—. Conmigo no.

—Me trajeron aquí sin ti, hijo —afirmó Arlo, con confianza—. Seguro. Fijo. Si vamos a la derecha, por esas escaleras, hay un largo pasadizo curvo hasta el final. Es un área restringida, pero, al final, salimos a una callejuela de la parte de abajo de la ciudad.

Rudy, Tom y Pearl lo miraron asombrados. De pronto, parecía haber recobrado su sentido común.

—Y eso es justo al lado de unas pasarelas que están en el lado contrario de la entrada principal —añadió—. Lo cual es bueno. Porque ahí es donde queremos ir, ¿no?

—Sí —comenzó a decir Pearl—, pero, papá, ¿cómo puedes estar tan seguro? A mí me parece todo igual.

—Lo estoy, Pearl —repitió Arlo—. Completamente seguro. Como he dicho, ya he estado aquí. Seguro.

Arlo sonrió, pero tenía una mirada extraña, algo raro... Pearl vaciló.

—Me creéis, ¿no?

—Claro que te creemos, papá —dijo Rudy, sonriendo con alivio—. Venga, Pearl, papá ya ha estado aquí. Sabe cómo salir, así que vamos.

—Vale —accedió Pearl, con cierta reticencia—. Lo que tú digas.

Arlo ya estaba bajando las escaleras con rapidez.

—Daos prisa, chicos. No olvidéis que nos persiguen —dijo cuando Rudy corrió tras él—. Tenemos que ir a todo trapo.

—Podría tener razón, ¿sabes? —susurró Tom, y echaron a correr detrás de ellos

por el largo pasadizo curvo.

—Venga, chicos —les instó Arlo—. Este sitio es peligrosísimo. No deberíamos estar aquí.

—¿Qué tiene de peligroso este sitio, papá? —resolló Rudy, intentando no quedarse rezagado.

—Pues que lo es. Es peligrosísimo. ¿No lo notas?

—Notar ¿qué?

—El ruido, hijo. La electricidad estática —respondió Arlo, pasándose la mano por el rostro descompuesto—. Una especie de ruido blanco, por todas partes. ¿No lo notas?

Rudy negó con la cabeza. No notaba nada. Solo se notaba muy cansado y hambriento, y quería que su padre se tranquilizara.

—Caramba. ¿Qué hay ahí?

Tom se paró en seco y miró en un corto túnel lateral que se ahusaba hacia el extremo, donde había un humo poco espeso elevándose. Parecía una ventana que daba a una cámara de grandes dimensiones y el olor a azufre le escoció en los ojos.

—¿Qué es? —susurró Pearl, tapándose la boca con la manga.

—Es mala idea, chicos. Muy mala idea —murmuró Arlo, moviendo la cabeza con aprensión—. Entrar ahí está prohibidísimo. Sal, chico. Ahora mismo.

—¿Por qué? —preguntó Rudy.

—Mal karma. Totalmente vedado. Prohibido. Ni hablar.

Tom se quedó mirando el vapor ascendente y tuvo la sensación de saber qué había al final de aquel túnel. Era algo de lo que August Catcher les había hablado pero nunca había visto, algo que tal vez no había visto ninguna persona. Ignorando las protestas de Arlo, se metió en el conducto y comenzó a gatear hacia la luz. Se tapó la cara con el brazo y siguió adelante, protegiéndose del olor acre que ahora resultaba casi insoportable.

—Dios mío, Dios. Van a venir en cualquier momento. En cualquier momento —masculló Arlo, hecho un manojito de nervios en el pasadizo—. Cómo me duele la cabeza.

—¿Qué pasa, Tom? —preguntó Pearl, mirándolo con preocupación cuando estuvo cerca del final.

Tom se paró y se asomó al borde para determinar el origen del vapor. Por un momento, no dijo nada, porque no había palabras que pudieran describir lo que había abajo. Era como una escena del espacio exterior. Se dio la vuelta.

—Deberíais ver esto —masculló, tapándose la boca. El vapor acre le estaba escociendo en la garganta y apenas podía hablar.

—¡No, no! Ni hablar —ordenó Arlo, tirándose de los pelos—. De ninguna manera. Rudy, tú te quedas donde estás, chaval.

Poco después, Pearl alcanzó a Tom y, con cautela, se asomó también al precipicio. A un centenar de metros por debajo de ellos, había una reluciente silueta blanca,

envuelta en vapor sulfuroso. Tenía la forma y el tamaño de un submarino y, por todos sus flancos, miles de escarabajos obreros iban y venían, masajeándole la piel, lubricándosela y llevándose un flujo constante de huevos fuera de la cámara.

—Así que ahí está —susurró por fin Pearl—. En el mismo centro. August tenía razón.

—Sí.

Allí estaba, la reina escarabajo, la Gran Reina, el corazón palpitante secreto de Scarazand. Era la cosa más extraña que habían visto nunca.

—¿Y adonde crees que conduce eso? —preguntó Pearl, alargando el cuello para mirar la brizna de luz que brillaba al final de la larga chimenea.

Tom sacudió la cabeza. Estaba intentando ignorar el martilleo de los latidos de la reina en el interior de su cráneo, pero no lo lograba. Ahora se hallaba muy cerca, demasiado cerca para sentirse tranquilo.

—Debieron de construirla para dar salida a todo este gas —dijo con voz entrecortada—. El único sitio donde Scarazand comunica directamente con la tierra. El único sitio que no está protegido por un laberinto.

—El único punto flaco —se maravilló Pearl—, el más vulnerable...

Y, nada más decir aquellas palabras, advirtió que ya las había oído... y también Tom.

—¿No creerás...?

—Sí —dijo Tom—. Zumsteen escapó por aquí. Trepó por ahí. Tiene lógica, ¿no?

Miró los lisos lados de la chimenea rocosa, la cual se estrechaba hasta la minúscula brizna de luz que se colaba por la entrada. Debía de haber sido una buena ascensión, pero Zumsteen parecía estar en bastante buena forma. ¿Dónde salía? ¿En la cima de alguna montaña? A lo mejor lo hacía en mitad de un desierto. A fin de cuentas, no tenía que ser muy grande. Con toda probabilidad, desde arriba no parecía nada. Dondequiera que estuviera, tenía que ser un lugar completamente inaccesible para que no lo hubieran descubierto en miles de años. Solo Nicholas Zumsteen lo sabía, pensó Tom, y por eso quería encontrarlo don Gervase. Controlar a la reina era una cosa, pero protegerla era otra muy distinta.

—Eh, mira.

Una fortísima pulsación le atravesó el cerebro, e interrumpió sus pensamientos. Aturdido, sacudió la cabeza y vio que Pearl tenía la pelota-escarabajo en la mano. Su núcleo transparente emitía un brillo blanco intermitente y parecía que los dibujos de su superficie se arremolinaban y danzaban...

—No la toques —graznó Tom, que casi notaba el aire vibrando a su alrededor, cargado de energía. Era el mismo ritmo que los latidos de su cabeza. Una orden ahora y le parecía que la cabeza le estallaría.

—Mira —susurró Pearl, con los ojos como platos—. Ella está haciendo lo mismo.

Tom miró la enorme reina y, bajo su pegajosa superficie brillante, vio venas negras apagándose y encendiéndose al mismo ritmo.

—Es como si fueran dos partes de una misma cosa.

—Lo son —resolló Tom—. Esta pelotita es el cerebro, ese insecto descomunal es la voz, el rey y la reina de la colonia, juntos. —Cerró los ojos y se los restregó. Le dolía tanto la cabeza que apenas era capaz de pensar—. Tendríamos que irnos —murmuró—. Ya casi no lo soporto.

Volviendo sobre sus pasos, Tom saltó al pasadizo y encontró a Rudy esperándolo.

—¿Dónde está papá? —preguntó Pearl cuando se deslizó junto a él.

—Oh, está esperando en la puerta —dijo Rudy, señalando el pasadizo.

—¿Por qué?

—Ha dicho que no soportaba el ruido. Ha dicho que le molestaba. No sé a qué se refería.

Pearl miró el lugar donde Arlo acechaba entre las sombras.

—¿Oyes algo? —preguntó.

Tom asintió con la cabeza.

—A lo lejos —mintió—. Latidos. Unos latidos fortísimos.

Pearl negó con la cabeza, enfadada; algo iba muy mal.

—Venga, Rudy —murmuró. Lo cogió de la mano y corrieron al lugar donde Arlo se estaba paseando de arriba abajo junto a la portezuela de madera.

—¿Has visto lo que querías? —preguntó a Tom con aspereza.

—Sí.

Arlo se pasó la mano por la cara surcada de arrugas. Parecía que le doliera algo.

—¿Vamos?

—Sí, claro, papá —dijo Pearl, sonriendo—. Tú eres el jefe. Te seguiremos.

Arlo gruñó y abrió la puerta que daba a la calle. Era justo como había predicho. Se hallaban al final de una estrecha callejuela que ascendía tortuosamente por la pared de roca. Tom respiró el aire a bocanadas y, al cerrar los ojos, le alivió descubrir que los latidos de su cerebro habían quedado reducidos a un zumbido sordo y distante. Habían desaparecido, por el momento. Gracias a Dios. Pero, cuando abrió de nuevo los ojos, el pulso se le aceleró: a diferencia del otro lado de Scarazand, aquella calle se encontraba extrañamente vacía y todos los comercios estaban cerrados. Era como una ciudad fantasma.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó, desconcertado por el silencio.

—Por aquí, chicos —masculló Arlo, entrando a toda prisa en un viejo pasaje abovedado.

Ellos lo siguieron hasta el lugar donde había un estrecho puente, no más ancho que una carreta, tendido sobre el abismo. Al otro lado, estaba la oscura pared de la cueva, acribillada de agujeros y surcada por pasarelas que ascendían hasta el reluciente techo abovedado. Solo algún que otro aplauso del estadio y el lejano rugido de los aviones rompían el silencio. Arlo empezó a cruzar el puente, con Rudy a su lado.

—¡Vamos! —gritó el niño—. ¡Antes de que nos vean!

Pearl vaciló.

—¿Qué opinas? —dijo—. ¿Es seguro? Parece... raro.

—Lo sé —respondió Tom. Aquello no terminaba de tener lógica.

Por algún motivo, todo era demasiado fácil. Oía los motores cada vez más cerca y, al mirar arriba, divisó dos motas negras que rodeaban una gran esfera flotante de luz e iban hacia ellos.

—Creo que tenemos que arriesgarnos —se apresuró a decir—. De lo contrario, nunca sabrán que lo hemos conseguido. Vamos.

Juntos, echaron a correr por el puente mientras los aviones se acercaban. Rudy se puso a saltar y a agitar frenéticamente los brazos.

—¡Aquí! —gritó—. ¡Aquí abajo!

Momentos después, Tom y Pearl estaban a su lado, también gritando y agitando los brazos. De inmediato, un biplano bajó en picado hacia ellos y sir Henry pasó por delante como una bala, saludándolos.

—¡Nos ha visto, nos ha visto! —gritó Rudy entusiasmado cuando pasó Trixie.

Vieron que los aviones viraban muy por encima de ellos. Luego, el águila fue a su encuentro.

—¿Estáis bien? —bramó, posándose en el puente—. Estupendo. Magnífico. Ahora prestad atención, porque este es el plan. No es difícil, solo hay que organizarse. Lo más importante: subios...

Pero su explicación quedó ahogada por un toque de cuerno que atravesó el aire. Tom se volvió hacia la ciudad y el corazón le dio un vuelco. Había una marea negra de skrolls encapuchados corriendo hacia ellos, con las lanzas alzadas. Y, en el otro lado, varios centenares más salieron de los agujeros excavados en la pared de la cueva y entraron en el puente.

—Oh... vaya —susurró Pearl, apretando a Rudy contra ella.

Se estaban acercando, como un enjambre negro, sus pasos resonando en la piedra, y Tom vio la inconfundible figura de don Gervase al mando de una columna y a Lotus a la cabeza de la otra.

—No seáis imprudentes, hagáis lo que hagáis; ¡encontraremos la forma de sacaros de esto! —gritó el águila antes de que la engullera la oscuridad.

Las dos columnas convergieron y aminoraron el paso y las hileras de hombres encapuchados bajaron las lanzas en actitud amenazadora. El pequeño grupo retrocedió aterrorizado ante el reluciente muro de armas y don Gervase se adelantó. Lucía una horrible sonrisa de satisfacción.

—Bueno, bueno, bueno. Tom Scatterhorn, Pearl Smoot, Rudy Smoot y hasta el bueno de Arlo, pillados mientras intentan escapar, otra vez. ¿No hemos pasado ya por esto?

El grupito lo miró furioso y no dijo nada.

—¿Y ni tan siquiera tenéis un buen plan para salir? Estoy muy decepcionado.

—No la tendrá, nunca —gruñó audazmente Pearl.

—Ah ¿no?

—No. Dé un paso más y mi padre le dará un puñetazo en la nariz —chilló Rudy—. ¡Lo hará!

Don Gervase le sonrió con aire amenazador y, alargando la mano, le pellizcó la mejilla.

—Vuelva a tocarlo y le mato —masculló Tom, fulminándolo con la mirada.

Don Gervase pareció un poco sorprendido. En ese momento, Lotus se adelantó, estirándose los dedos con indolencia. Parecía a punto de ejecutar algún estrafalario golpe de karate. Miró a don Gervase con expectación.

—¿Ya?

—«Un momentino», Lotus —respondió don Gervase, la voz convirtiéndosele en un siniestro gruñido—. Primero, querría ver cómo piensa defender Arlo Smoot a su familia esta vez. ¿Arlo? ¿Vas a darme un puñetazo en la nariz? ¿Arlo?

El sueño de la razón

—Arlo, estamos esperando.

Don Gervase sonrió con sarcasmo cuando Arlo Smoot se pasó la mano por la cara cuajada de arrugas. Parecía no saber qué hacer.

—¿Y bien?

—No le hagas caso, papá. Tú pégale —bufó Rudy.

Arlo miró obtusamente a don Gervase. Luego, volvió a clavar los ojos en el suelo.

—¡Vamos!

De pronto, Arlo Smoot reaccionó, pero no como esperaba Rudy. Se dio la vuelta y se puso delante de Pearl en actitud amenazadora.

—Será mejor que se la des —dijo con aspereza.

Pearl lo miró sin salir de su asombro.

—¿Qué?

—Dale lo que quiere. Si no lo haces, te tiraré ahora mismo del puente.

Rudy miró a su padre con la mandíbula desencajada.

—Pero papá, pensaba...

—¡YA! —gritó Arlo, tan alto, tan agudo y en un tono tan aterrador que Rudy se apartó. Pearl lo miró a la cara, buscando algo que no estaba allí.

—¿P-Papá? —farfulló, apoyándose en el pretil—. Papá... no estás bien... te ha pasado algo... Papá...

—¡Dame la pelota! —bufó él, entrecerrando los ojos.

—Yo que tú haría lo que dice —añadió don Gervase, sonriendo con suficiencia—. No habla por hablar.

De pronto y sin saber muy bien por qué, Tom saltó sobre Arlo Smoot y lo golpeó en el pecho, tan fuerte que él cayó al suelo de espaldas, dándose un golpe fortísimo en la cabeza. En un santiamén, Tom se había levantado, tenso y temblando. Pearl y Rudy lo estaban mirando con los ojos como platos.

—Pero...

—No es vuestro padre —dijo roncamente Tom, mientras Arlo gemía en el suelo—. No lo creáis. Es otra persona.

Los skrolls encapuchados avanzaron en masa, con las lanzas bajadas, preparados para atacar...

—¡Esperad! —vociferó don Gervase, parando su avance con la mano—. Esperad, camaradas, por favor.

Miró al hombre que gimoteaba en el suelo y, luego, a Tom. Parecía vagamente decepcionado, pero también vagamente impresionado. Con una sonrisa irónica, volvió a dirigirse a Pearl.

—Por supuesto, señorita Smoot, Tom tiene razón. Ese hombre no es tu padre, solo se le parece —dijo, sin inmutarse—. Tu verdadero padre está aquí. —Chasqueó los dedos, el muro de skrolls se dividió y apareció otro hombre.

—¿Pearl? ¿Rudy? ¿Sois vosotros?

La voz era conocida, y también el rostro. Arlo Smoot, pálido, vestido de otra forma, pero con el mismo aire desaliñado de siempre. Parecía que acabara de levantarse de la cama.

—¿Papá? —preguntó Rudy, con vacilación.

—Sí, soy yo —respondió el hombre—. ¿Es que no se me nota?

Pearl lo miró desconcertada. Desde luego, era idéntico a su padre, pero también lo había sido el hombre que yacía en el suelo.

—Lo cierto es que no —dijo con frialdad—. ¿Dónde has estado?

—Oh, por ahí. Oye, os he estado buscando —farfulló Arlo—, y ahora os he encontrado. Qué alivio, Dios mío.

Pearl y Rudy miraron al hombre con recelo. Tom sabía qué estaban pensando.

—¿Y qué crees que debería hacer con la pelota-escarabajo?

Don Gervase miró a Arlo; también él parecía estar genuinamente interesado. El hombre se retorció, incómodo.

—Dime, papá, ¿qué debería hacer?

Arlo seguía sin mirarla a la cara. Pearl lo estaba fulminando con la mirada.

—¿Y bien?

—Cariño, el caso es que es demasiado peligrosa para llevarla encima —dijo Arlo con una sonrisa, acercándose a ella—. Es poderosísima, y muy peligrosa. Creo que lo mejor sería que me la dieras. Para que la guarde yo. —Abrió la mano—. Venga, Perlita, dásela a papaíto.

Hubo silencio. Pearl ladeó la cabeza, sin terminar de creerse lo que acababa de oír.

—¿Qué has dicho?

Arlo le sonrió, estúpidamente.

—Cariño, he dicho que se la des a papaíto.

Pearl se decidió, y ahora fue ella quién sorprendió a todos.

—Está bien —dijo, encogiéndose de hombros, y en un instante había cogido la mano que el hombre le tendía y tirado de ella con fuerza mientras se hacía simultáneamente a un lado.

—¡Eh! —gritó Arlo—. ¡Eh! ¡Pero...!

Pero, al momento, Pearl lo había arrojado al abismo.

A Rudy se le desencajó la mandíbula del susto. Estaba aturdido.

—¡Pearl, podría haber sido nuestro padre!

—¡No seas absurdo! —gritó ella, y dirigió a don Gervase una mirada de indignación—. ¿Qué es esto, un espectáculo de monstruos?

Don Gervase se sorprendió de su temple, pero solo un poco.

—Sí, bueno, algunos son más convincentes que otros —reconoció—. Pero puedes estar segura de que esto solo es una selección —dijo y, cuando chasqueó los dedos, apareció otro Arlo Smoot detrás de él, y luego otro, y otro más; todos idénticos.

Pearl y Rudy retrocedieron, alejándose de la fila de hombres que aguardaban detrás de don Gervase.

—Y, por supuesto, hay muchísimos más. ¿Cuál es tu verdadero padre? ¿Todos ellos, o uno, e importa siquiera? Solo tienen un propósito en su corta vida, quitarte esa pelota-escarabajo, jovencita. Y lo harán.

Se acercó a ella con aire amenazador.

L

—Así que ¿por qué no les ahorras la molestia y me la das a mí? Si lo haces, te prometo que os podréis ir de Scarazand sanos y salvos, siempre que me aseguréis que no vais a volver. Nunca.

Don Gervase la horadó con sus lechosos ojos amarillos y Pearl asió a Rudy con más fuerza todavía. Se quedó mirando la pared de afiladas lanzas que la rodeaba.

—¿Habla en serio? —preguntó Pearl, con un leve hilillo de voz.

—Por supuesto que hablo en serio —respondió don Gervase con zalamería—. Tú no quieres verte mezclada en esto. Mi disputa no es contigo ni con Rudy. Dame la pelota y podréis iros y recordar todo este episodio como una aventura divertida, nada más.

Pearl estaba temblando, había comenzado a derrumbarse, don Gervase lo percibía. Tom miró primero a uno y luego al otro. Luego, los ojos se le pusieron como platos cuando Pearl se sacó la pelota del bolsillo.

—No —susurró, negando vigorosamente con la cabeza—. No, Pearl. No lo hagas.

Don Gervase lo ignoró y mantuvo los ojos clavados en Pearl. A sus labios asomó un atisbo de sonrisa. Allí estaba, el amuleto que necesitaba por encima de todos los demás, allí mismo, en Scarazand, qué oportuno...

—Pero ¿qué va a hacer con ella? —preguntó Pearl en voz baja, haciendo girar la pelota en la mano—. ¿No va a utilizarla para matar personas?

—No seas tonta. ¿Por qué iba yo a querer matar personas?

—Porque las odia.

A don Gervase se le congeló la sonrisa. Percibió que el efecto de su hechizo estaba pasando.

—No odio a todas las personas ni tampoco quiero matar gente —dijo, en tono razonable—. Aquí se trata solo de gobernar. Yo soy un líder, mi pueblo necesita que lo gobierne.

Sin mí, son como ovejas extraviadas. Yo soy su pastor. Necesito mostrarles el camino.

Pearl lo miró y volvió a sentirse atraída por sus melosas palabras y sus enormes ojos amarillos. Su instinto le dictaba que se rebelara contra ellos, pero era tan difícil negarse...

—Pero... ¿no deberían pensar por sí mismos?

Don Gervase negó tristemente con la cabeza.

—Por desgracia, no. Es su tragedia tanto como su fortaleza. No son como

nosotros. Por eso debo guiarlos. Con esa pelota —recalcó—. La cual, si te soy franco, querida, se convertirá en tu sentencia de muerte si no me la das. Mira a tu alrededor: está claro que no tienes muchas alternativas, ¿no?

Pearl miró las hileras de lanzas que los rodeaban y, luego, a Tom, que negó obstinadamente con la cabeza. El sabía demasiado bien qué estaba pensando Pearl, ya que, pese a saber que era un error, había entregado a don Gervase el frasquito de elixir. Pero, por alguna razón, seguía conservando la esperanza: había otra forma de salir de allí. Pero Pearl no la veía.

—Créeme, señorita Smoot, es la única forma. Todas las salidas están cerradas —añadió don Gervase cuando oyeron el zumbido de los dos biplanos por debajo de ellos—. Estos intrusos aéreos han podido tener la suerte de dar con una antigua entrada a Scarazand, pero desde luego no volverán a encontrar nunca la salida. La he cerrado, de forma permanente.

El motor se oyó más cerca. Parecía que uno de los aviones estaba ascendiendo por el abismo hacia el puente...

—¿Y si la tiro? —preguntó Pearl, agarrando la pelota con más fuerza.

—Es obvio que yo bajaría a recuperarla —respondió don Gervase, sonriéndole con suficiencia—. Y vosotros sufriríais las consecuencias. Que serían muy desagradables. Sobre todo para Rudy.

De pronto, pareció que Pearl había tomado una decisión. El motor siguió acercándose hasta hacer un ruido ensordecedor...

—Muy bien —dijo Pearl—. Tenga, me da igual.

Aflojó el puño y abrió la mano. Don Gervase sonrió demencialmente.

—Sabía que entrarías en razón.

Se inclinó hacia ella, con los dedos extendidos... y en ese momento sucedió algo muy curioso.

—¡No! —gritó Rudy, dando a Pearl un fortísimo golpe en la mano que lanzó la pelota al aire.

En ese mismo instante, el biplano de sir Henry surgió desde abajo y casi pareció que se quedaba suspendido en el aire mientras realizaba un rizo justo por encima de ellos. El motor se paró y don Gervase vio, estupefacto, que la pequeña pelota gomosa se quedaba enganchada en el borde del asiento del acompañante.

—¡Saltad! —gritó sir Henry, colgado boca abajo de su arnés, pero, al cabo de un segundo, estaba otra vez bajando en picado y el motor volvió a rugir.

—¡Saltad y os cogemos! —oyeron cuando la gran águila pasó por encima del puente y giró.

Don Gervase se puso como un tomate. Estaba tan enfadado que apenas podía hablar. Se volvió hacia Pearl, dispuesto a matarla con sus propias manos. Ella lo miró aterrorizada.

—Ha-ha sido... un... un accidente —farfulló, pegándose al pretil, agarrando a Rudy por los hombros.

—¿Un accidente? —dijo don Gervase, con la voz cargada de furia—. ¿Qué clase de accidente llamas tú a eso?

Los skrolls comenzaron a avanzar, embistiendo el aire con sus lanzas.

—¡Venga! —gritó Tom y, al instante, saltó al vacío. Un segundo después, Pearl arrojó a Rudy detrás de él, quedándose sola junto al pretil, con las lanzas a punto de embestirla... y, en ese momento, su extraordinaria buena suerte se invirtió. El motor rugió y, de pronto, sir Henry reapareció boca abajo, a punto de terminar su segundo rizo vertical.

—¡Salta! —volvió a gritar, sin ser consciente de que su valioso cargamento estaba rodando por el borde del fuselaje—. ¡Salta!

Boquiabierto, don Gervase vio que la pelota transparente vacilaba en el mismo borde y, luego, caía...

En ese mismo instante, Pearl saltó del pretil y se lanzó de cabeza al asiento del acompañante.

—¡La tengo! —gritó Lotus, cogiendo la pelota al vuelo cuando el avión se alejó por debajo del puente.

—Ah ¿sí? —preguntó una voz áspera, y se oyeron fuertes aleteos cuando Lotus fue arrancada del puente como si fuera una muñeca de trapo.

»¡No vas a quedarte con eso, señorita! —gritó el águila—. ¡Ni hablar! —Apresándola con una enorme garra amarilla mientras ella se retorció, daba patadas y forcejeaba, el ave consiguió mantenerse en el aire y cogerle el puño cerrado con la otra.

—Vas a tener que matarme primero —gritó Lotus, dándole una patada tan fuerte en la cabeza que le arrancó varias plumas.

—Me encantaría hacerlo —respondió el águila, obligándola a abrir la mano.

Lotus forcejeó incluso más y, estirando las piernas, las entrelazó alrededor del cuello del águila. Comenzó a apretar con todas sus fuerzas.

—¡Quita! —gritó el águila, dando frenéticos picotazos a diestro y siniestro—. ¡Quita he dicho!

Pero Lotus apretó incluso más y don Gervase vio, con impotencia, que el ave y la muchacha comenzaban a caer en picado, una maraña de piernas, alas, garras y puños. Cayeron cada vez más aprisa, Lotus sujeta como un cepo al cuello del águila, recibiendo un picotazo tras otro, con la pelota aún en la mano.

—¡Vas a matarnos a los dos! —rugió el águila.

Lotus tenía los ojos desorbitados.

—No lo creo —dijo, sonriendo—. No tienes ni idea, ¿no?

—¡Dame esa dichosa pelota y te soltaré!

Lotus se rió como una loca.

—¡Creo que tu amiguito necesita ayuda! —gritó cuando pasaron como balas junto a algo inmenso que sobresalía de la pared rocosa.

El águila miró arriba.

—¡Dios santo! —gritó y, en un último intento desesperado, clavó las garras amarillas en el cuerpo de Lotus—. ¡Quita, he dicho!

Pero, de repente, no hubo nada... solo aire, jirones de ropa y la carcasa vacía y rota de la muchacha colgándole del cuello... al mirar arriba, vio un gran escarabajo verde, volando hacia el puente...

—¡Socorro!

El grito hizo reaccionar al ave. Estabilizándose, extendió sus alas inmensas y voló hacia la distante silueta oscura colgada de la pared de la cueva.

Tom estaba haciendo todo lo posible para no mirar arriba. Había presenciado parte del caos: había visto a Pearl saltar con audacia al avión de sir Henry, había visto a Trixie acelerar hábilmente, recoger a Rudy en el ala superior y ayudarlo a entrar en el avión. Pero su propia caída se había visto interrumpida por una bola grande y pegajosa que había salido disparada de la pared rocosa y se le había adherido a las piernas y al pecho. Había rebotado una o dos veces, como al final de un salto de puenting, y se había detenido, quedándose colgado boca abajo de la pared rocosa. Y ahora lo estaban subiendo rápidamente. De la araña boleadora resguardada en su madriguera, solo veía sus dos cortas patas blancas, a sendos lados de sus mandíbulas rojas, subiéndolo. Ignorando su corazón palpitante, intentó pensar qué hacer, si acaso había algo. ¿Inmovilizaban las arañas boleadoras a sus presas inyectándoles veneno antes de ingerirlas y estaba a punto de que aquella se lo tragara entero antes de hacerlo papilla en el estómago? No se acordaba, era demasiado horrible para pensar en ello.

—¡Tom!

Tom se volvió y vio al águila volando hacia él.

—Oh, esto pinta mal, muy mal —resopló el ave, viendo con preocupación cómo lo subía el inmenso arácnido. Al ver al águila, la araña se dio incluso más prisa—. ¿Puedes moverte?

—Apenas —susurró Tom—. Solo los brazos.

—Maldición, chico, ¡agárrate a lo que puedas!

El águila viró, maldiciendo entre dientes.

—No te interpongas nunca entre un monstruo y su comida. Siempre es un error. Maldita sea. ¡Aguanta! —aulló.

Tom se dio la vuelta para estar de cara a la pared rocosa y buscó frenéticamente algo que frenara el progreso de la araña... ahí. Metió los dedos en una estrecha fisura y notó que la sustancia adherente comenzaba a estirarse por encima de él... los hombros le quemaban y los dedos le dolían, pero la araña notó que se resistía y, de un fuerte tirón, lo hizo subir de golpe. Era demasiado fuerte...

¡Plaf!

Tom oyó un bufido seguido de un grito.

—¡Él no es tu desayuno, colega! ¡No, señor!

Tom miró la furiosa maraña de patas, alas y plumas. Grandes bolas pegajosas le

pasaron rozando.

—¡Vuelve a tu agujero, bestia parda!

Tom notó que la araña dejaba de tirar y, al instante, la mitad superior del cuerpo le osciló como un péndulo y se encontró colgado de la húmeda pared rocosa, aferrado a una cornisa finísima. Se quedó tan sorprendido que los dedos casi le resbalaron.

—Me-me resbalo —exclamó, moviendo inútilmente las piernas dentro de la sustancia pegajosa—. Voy a... es...

Demasiado tarde. Los dedos le resbalaron y cayó como una piedra al oscuro abismo. Sus negras entrañas lo envolvieron mientras caía cada vez más aprisa, tanto que el viento le quemaba...

—¡So...!

Dos grandes garras lo agarraron por la cintura, frenándolo.

—¡Por ahí abajo no hay ninguna salida!

El águila lo lanzó hacia arriba y él se puso a rodar en el vacío, sin poder hacer nada...

¡PAF!

Cayó en el lomo del águila y las enormes alas del ave lo envolvieron.

—¿Estás bien, socio?

—Más o menos —respondió, temblando, mientras recobraba el aliento en aquella plataforma de plumas—. Gracias.

—Parece que tenemos que darnos prisa. ¡Agárrate!

El águila voló hacia la pared de enfrente, por donde estaban volando en círculo los dos pequeños biplanos. En cuanto Rudy y Pearl vieron al pájaro, se pusieron a saludarlos frenéticamente y Tom les respondió. Se alegraba muchísimo de verlos, pero sir Henry parecía preocupado. Señaló la pared de la cueva, y luego su reloj.

—Maldición —masculló el ave—. Vamos retrasados. Ya me lo puedo quitar de la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Ah... se me ha caído una cosa —respondió el águila, inspeccionando con enfado la multitud de criaturas que cruzaban las pasarelas—. Supongo que ya no la encontraré. Como una aguja en un dichoso pajar. Maldita sea.

El águila se colocó detrás de los dos pequeños biplanos, que estaban rodeando Scarazand hacia el otro extremo de la vasta cueva. Mientras se preguntaba qué se le había caído al águila, Tom oyó unos fuertes gorjeos detrás de él.

—¡Eh, socio!

El águila vio que la golondrina la adelantaba y emitió un extraño reclamo ululante. La golondrina le respondió gorjeando con estridencia.

—Tiene toda la razón —respondió el águila, y emitió otro extraño sonido.

—¿Qué está diciendo?

—Tres cosas. Primero, tenemos que salir de aquí ahora mismo antes de que sea demasiado tarde. Segundo, eres un tipo con suerte y, tercero, yo soy un imbécil por

no haber conservado la pelota.

—¿La pelota? —A Tom se le aceleró el corazón—. Te refieres...

—Así es, socio, la dichosa pelota-escarabajo, esa misma. Lotus Askary me ha jugado una mala pasada y ha podido conmigo. Una lástima, pero así es.

Tom miró con impotencia la gran columna de Scarazand, atestada de insectos, hombres y criaturas de toda clase, pero ya no había nada que él ni nadie pudiera hacer.

—¡Vale, vale, ya me he enterado, maldita sea! —exclamó el águila mientras la golondrina seguía hablándole al oído—. Te lo digo, Tom, es buena persona, pero le encanta hurgar en la herida.

El águila aceleró, la golondrina también y, pronto, estuvieron siguiendo a los dos biplanos, volando a toda velocidad hacia la pared curva de la cueva.

—¿Cuál es la salida? —gritó Tom, viendo que la pared rocosa estaba llena de agujeros.

—¡Lo son todos! —gritó el ave.

—¿Todos?

—¡No es lo que crees! ¡Mira!

El fuerte viento le había puesto los ojos llorosos, pero distinguió tres brillantes reflejos entre los agujeros... dos aviones y un ave, acercándose a toda velocidad... el enjambre de reflectantes: habían formado un enorme espejo para cerrar la entrada al túnel.

—¿Vamos... vamos a atravesarlos? —gritó.

—¡No tenemos elección! —chilló el pájaro—. ¡Agárrate bien!

Tom se aferró al cuello del águila mientras volaban hacia el espejo... acercándose cada vez más... de repente, se oyó un fuerte rumor de aleteos cuando un millón de insectos salió huyendo y el biplano de sir Henry abrió un agujero en el espejo y se internó en el oscuro túnel que había detrás. Los reflectantes apenas tuvieron tiempo de reorganizarse antes de que pasara Trixie, abriendo otro agujero más arriba. Un segundo después, Tom cerró los ojos cuando entraron detrás de ella con la golondrina a la zaga, tan cerca que notó los aleteos de los reflectantes en la cara. Abrió los ojos y contuvo un grito: estaban pasando por una serie de estrechas cuevas, rodeando columnas de piedra, atravesando agujeros, una vertiginosa nebulosa de roca, estalactitas y agua, sin perder nunca de vista las lucecitas de los aviones... Tom estaba tan concentrado en no caerse que apenas tenía ocasión de mirar atrás, pero sabía que se acercaba algo, un zumbido que aumentaba por segundos. Los reflectantes... debían de haberse reorganizado y estaban acortando las distancias.

—¡Ya falta poco! —gritó el águila mientras Tom se bamboleaba de un lado a otro.

También había oído el zumbido. Acelerando, entraron como una bala en una larga recta y Tom atisbo una brizna de luz justo delante. La salida debía de ser aquella, y parecía que hubiera árboles, árboles muy altos... pero, cuando se volvió, le dio un vuelco el corazón. Ahora, la palpitante bola de reflectantes estaba justo detrás de

ellos, formando el morro de un cohete, cada vez más cerca. «No mires —se dijo—. Sigue agarrándote». Estaban volando tan aprisa que tenía ganas de vomitar. El zumbido de mil millones de alas aumentó, casi rozándolos... pero los árboles se estaban acercando por segundos, recubriendo los lados, las paredes y el techo de la cueva... ¿árboles? ¿Techo? Pero...

—¿Tienes idea de lo que es una carrera de baquetas? —gritó el águila.

Tom no respondió; estaba seguro de que iba a vomitar. No eran árboles, sino ciempiés marrones tan altos como casas, colgados, a la espera, con las enormes mandíbulas negras extendidas...

Enterró la cabeza entre las plumas y, de pronto, estuvieron entre ellos, una confusión de ojos rojos, patas que se retorcían y húmedos dientes que se cerraban a solo unos centímetros de distancia... izquierda, derecha, fueron sorteando los enormes cuerpos que se enroscaban y retorcían intentando apresarlos. En un punto, el águila se puso bruscamente panza arriba y Tom se encontró colgado de su cuello. Al mirar atrás, vio que el enjambre de reflectantes estaba siendo diezmado. Seguían pisándoles los talones, formando una bola plateada, pero esta era demasiado grande para eludir los violentos ataques de los ciempiés, que los estaban devorando a millones. La oscura cueva se iluminó con el brillo de incontables alas y cuerpos conforme proseguía la matanza, pero los reflectantes seguían llegando, persiguiéndolos y hostigándolos hasta el final, obedeciendo una última orden desesperada...

—¡Justo a tiempo! —gritó el águila—. ¡Parece que mi socio tenía razón!

Tom miró hacia delante justo a tiempo de ver que sir Henry entraba en una estrecha rendija de luz, seguido de Trixie. Un momento después, también ellos estaban volando por encima de un gran montón de piedras que grupos de escarabajos ya casi habían terminado de apilar. No faltaba mucho para que acabaran de cerrar aquella antigua entrada a Scarazand. Con un último esfuerzo, el águila ganó altura y entró en la rendija de luz blanca... la luz cegadora del mundo exterior. Tom se puso a temblar de forma incontrolable, sin poder evitarlo. De algún modo, contra todo pronóstico, lo habían logrado. Habían escapado. Al mirar abajo, vio el mar. Sintió que un gran alivio se apoderaba de él y se le llenaron los ojos de lágrimas. Estaban a salvo.

Poco después, el águila se posó en una playa semicircular de arena blanca donde los dos aviones habían aterrizado y los estaban esperando. Se encontraban en un pequeño atolón y enfrente de ellos, surgiendo del oscuro mar, estaba la gran montaña cónica de la que habían emergido.

—¿Es Tithona? —preguntó Tom.

—No —respondió el águila—, pero no vas muy desencaminado. Por aquí son todas parecidas. Mi compañero encontró el agujero —dijo, señalando la minúscula golondrina que piaba en un arbusto—. Los suyos lo conocen desde hace muchísimo tiempo. Pero te darás cuenta de que es un sitio bastante peligroso para visitarlo, si

eres pájaro.

Con cuidado, levantó a Tom de su lomo y lo depositó en la arena blanca.

—Gracias —dijo él—, por todo. —Y lo decía de verdad.

—No hay de qué —respondió el águila, ladeando su inmensa cabeza—. Solo siento no haber podido recuperar esa dichosa pelota. Pero así son las cosas.

Rudy y Pearl corrieron a su encuentro desde la playa y el águila se retiró discretamente. Fascinado, Rudy vio cómo la extraña rapaz se encaramaba con torpeza a una rama junto a la golondrina. Luego, entrecerró los ojos y miró a Tom, que estaba tumbado en la arena.

—Hola, Tom. ¿Qué te ha pasado?

Tom se miró las piernas, avergonzado. Seguía teniendo la mitad inferior del cuerpo envuelta en baba pegajosa.

—Esto... pues había una araña, bastante grande, que me ha embadurnado de esta cosa pegajosa y —explicó encogiéndose de hombros con impotencia— no puedo moverme.

Rudy se rió y Tom tampoco pudo evitar hacerlo; de algún modo, ahora que habían salido de Scarazand, aquello le parecía ridículo.

—¿Y qué vas a hacer?

—Creo que el agua salada lo resolverá —dijo Pearl, con una sonrisa.

Guiñando el ojo a Rudy, cogieron a Tom por los brazos e, ignorando sus protestas, lo arrastraron por la playa hasta el agua. Y, en efecto, Pearl tenía razón: la sustancia adherente comenzó a disolverse. Revolcándose en la orilla, Tom consiguió quitársela. Luego, hizo todo lo posible por arrastrar al agua a Rudy y a Pearl. Sir Henry y Trixie se acercaron para ver cómo se perseguían unos a otros y se reían.

—Me alegro de verlos otra vez divirtiéndose —dijo sir Henry, sonriendo.

—Dios sabe que se lo merecen —observó Trixie—. Ha sido el punto más estrecho por el que he pasado.

Sir Henry asintió con la cabeza.

—Y me alegro muchísimo de que August no haya estado con nosotros —añadió—. ¿Te lo imaginas? Tendría los nervios destrozados.

—Los viejos ya no valemos para nada, ¿eh? —dijo sir Henry, sonriendo con melancolía.

Se quedó contemplando a los niños un momento. Luego, se dirigió sin prisas al lugar donde el águila estaba posada a la sombra. Una breve conversación le dijo todo lo que necesitaba saber. Con expresión sombría, regresó junto a Trixie.

—Se ha perdido, ¿no?

—Inevitablemente —murmuró sir Henry; no podía disimular su decepción—. Insistí en que no se la llevaran.

Trixie se quedó un momento callada.

—Pero, en realidad, no puedes culparla, ¿no? Estaba desesperada. Era un riesgo calculado. —Observó su expresión severa y sonrió—. Venga, estoy segura de que

habrías hecho lo mismo si hubieras estado en su piel.

—Lo sé —dijo sir Henry, suspirando—. Ahora es inútil enfadarse. Ya está hecho. Y estamos todos con vida, lo cual ya es algo.

—No todos —lo corrigió Trixie, viendo que Rudy y Pearl volvían a arrojar a Tom al agua. Sir Henry entrecerró los ojos; veía a qué se refería.

—Sí, en efecto. Sí, eso es un interrogante. ¿Qué vamos a hacer con ellos?

Trixie no contestó, porque se había fijado en una extraña silueta que iba hacia ellos por el agua. Parecía que viniera de la isla.

—Dios mío —murmuró sir Henry, que también la había visto. Parecía un ala delta torcida. Movía las alas sin cesar y arrastraba tras de sí una maraña de patas delgadas y dobladas. A lomos de la criatura iba un hombre que llevaba una extraña mezcla de abolladas piezas de armadura, espoleándola con todas sus fuerzas.

—¡Una latiguilla! —gritó Pearl asombrada, señalando el desgarrado insecto azul que iba hacia ellos por el agua entre volando y tropezándose.

—¡Bravo! ¡Puedes hacerlo! ¡Puedes hacerlo! —gritó el hombre, espoleando a la latiguilla—. ¡Ya casi estamos!

Con un último y heroico esfuerzo, el insecto se derrumbó en la orilla y se quedó allí, jadeando, completamente exhausto.

—¡Bravo! —resolló el hombre, igual de agotado, y se desplomó en la orilla.

Por un momento, hubo silencio. Nadie se movió.

—¿Quién... es? —dijo Tom, mirando al hombre tendido en la orilla, respirando con dificultad.

—¿Y cómo ha logrado pasar entre los ciempiés? —susurró Pearl.

El hombre se quitó el abollado casco y lo arrojó al agua sin ningún cuidado. Luego, se levantó con dificultad.

—¿Creéis que viene a perseguirnos? —dijo Rudy, con miedo.

El hombre caminó hacia ellos, una silueta oscura que contrastaba con la brillante arena blanca. Cojeaba un poco, pero tenía un aire familiar...

—¿Hola? —dijo sir Henry, adelantándose—. ¿Puedo ayudarle?

El hombre se detuvo delante de él y se apartó la pelambreira mojada de la cara. Parecía destrozado.

—Sí, señor, desde luego que sí. De hecho, cuento con ello, dado que mi transporte está derrotado.

—¡Papá! —exclamó Rudy, y echó a correr hacia la silueta a contraluz.

—¡Rudy! ¡Quédate donde estás! —gritó Pearl, con tanta furia que el niño hizo justo lo que le había ordenado—. No sabemos quién es —susurró Pearl—. Puede ser otro más, ¿recuerdas?

El hombre vaciló y, de pronto, advirtió que lo estaban mirando con recelo. En un instante, el ambiente había cambiado.

—¿Quién es usted? —dijo Trixie, adelantándose para enfrentarse al desaliñado forastero.

—Pues, señora, me llamo Arlo Smoot. Y puede que le cueste creerlo, pero esos dos son mis hijos. Y, a decir verdad, nunca pensé que volvería a verlos —dijo, posando los ojos en Pearl y Rudy, que lo miraron con aire amenazador.

—¿Y ha salido de Scarazand por el túnel?

—Así es, señora. Los he visto escapar y les he seguido —dijo el hombre, sonriendo—. Gracias.

Pearl negó con la cabeza; seguía sin estar convencida.

—¿Cómo has pasado entre los ciempiés? —inquirió—. ¿Cómo es que no se te han comido?

—Bueno, Pearl, cariño, para cuando hemos pasado tontita y yo, parecía que ya se habían comido millones de alguna otra cosa y no les apetecía postre —dijo el hombre, señalando la latiguilla desplomada—. Así que supongo que también debo daros las gracias por eso.

Rudy lo estaba mirando de otra forma y su hostilidad había comenzado a disolverse.

—¿Dónde te llevaron cuando nos separaron, papá?

—No te lo puedo decir, Rudy. No tengo ni idea —respondió Arlo—. Te acuerdas de que era un túnel, ¿sí? Y estaba oscuro. Pues, después de eso, fui muy abajo, a un sitio que estaba lleno de huevos. Luego, alguien me golpeó en la cabeza y perdí el conocimiento. Lo próximo que sé es que me desperté en una jaula con un montón de tíos. Nos dijeron que íbamos a montar estos insectos grotescos en no sé qué espectáculo y que seguro que íbamos a morir. Pero que iba a ser estupendo, porque eso complacería al glorioso líder. —Se quedó callado y sonrió—. Así que supongo que he decidido salir escopeteado.

Arlo Smoot se quedó mirándolos y alargó las manos.

—¿Os parece bien?

Rudy comenzó a sonreír; a él se lo parecía.

—¿Cuál es la raíz cuadrada de ochenta y nueve? —preguntó Pearl.

—¿Qué? —dijo Arlo, riéndose—. Venga, Pearl, ¿qué es esto, la Inquisición?

—Más o menos —respondió ella, bromeando solo a medias—. Vale. ¿Y de cincuenta y tres?

—¿Cincuenta y tres?

—¿Por qué es especial el número trescientos treinta?

—Pero...

—¿Y qué es el gato de Schrödinger?

—Para, para, para —dijo Arlo, alzando la mano—. Pearl, tú sabes tan bien como yo que ochenta y nueve y cincuenta y tres son números primos, que trescientos treinta metros por segundo es la velocidad del sonido y, en lo que respecta al gato de Schrödinger, ¿crees que he olvidado la primera prueba de la mecánica cuántica? ¡Por el amor de Dios!

Era suficiente. Al instante, Pearl se echó en sus brazos y Rudy los abrazó a los

dos. Era un momento que todos esperaban desde hacía muchísimo tiempo.

—Te dije que te encontraría, ¿no? —dijo Arlo, conteniendo las lágrimas—. Te dije que te encontraría.

Pearl movió la cabeza, aliviada. Nunca se había alegrado tanto de verlo.

—Eres un loco, papá. Un loco.

Arlo le dio una palmada en la espalda y vio a Tom, observándolos. El muchacho sonrió azorado, sintiendo de pronto que estaba de más, pero Arlo sonrió mientras iba a su encuentro.

—Supongo que necesito una presentación.

—Oh, sí, papá —dijo Rudy, emocionado—. Este es Tom.

—Hola, Tom —saludó Arlo, estrechándole la mano.

—Tom Scatterhorn —añadió Pearl.

Arlo se quedó mirando al muchacho, su nombre le resultaba familiar.

—¿No te conozco de algo?

—El cuaderno, papá. Tu cuaderno, ¿recuerdas?

Arlo se acordada. Estaba volviéndole a la memoria aquella extraña historia que había escuchado por radio.

—Tom Scatterhorn. Eso. Tom Scatterhorn.

—Tom también ha buscado a sus padres. Pero no los hemos encontrado. No estaban.

Ahora que recordaba la historia, Arlo parecía un poco sorprendido.

—Parece que has cometido un error, papá.

—¿Es posible? —preguntó Tom—. ¿Comete usted errores?

Arlo escrutó al muchacho. Era alto para su edad y, bajo su pelambreira rubia, sus ojos casi negros lo estaban interrogando. Era una mirada tan intensa que podría haberle dado miedo.

—¡Sí, maldita sea! —exclamó, encogiéndose de hombros—. No puedo acertar en todo. El mundo es muy grande —añadió, sonriendo—. ¿Qué sé yo?

Tom pareció visiblemente aliviado, y también Arlo.

—Tom ha hecho unas cosas bastante impresionantes, papá —dijo Rudy con orgullo—, como adivinar las intenciones de un megalobóptero, montarlo, ponerle pociones en los ojos y cosas así. Unas cosas impresionantes.

Tom sonrió a Rudy, un poco azorado.

—Eso no es del todo cierto. Yo nunca...

—Sí que lo ha hecho —dijo Pearl, disfrutando con el azoramiento de Tom—. Y muchas otras cosas, además. Yo nunca habría ido a Scarazand sola. De ninguna manera.

Arlo miró a Tom.

—Está bien —dijo, sonriendo con admiración—. Parece que eres un héroe.

Azorado, Tom se encogió de hombros y sonrió como un idiota.

—No es nada. Los dos...

Pero no terminó lo que pensaba decir, porque Arlo lo atrajo hacia sí y lo abrazó con todas sus fuerzas.

—Gracias, hijo.

Tom notó que se ruborizaba: tanta emoción, casi era excesiva. Pearl y Rudy se rieron cuando Arlo lo abrazó tan fuerte que lo levantó del suelo.

—No estoy segura de que Tom sepa qué son los abrazos de oso —dijo Pearl.

—Pues siempre hay una primera vez para todo —adujo Arlo, riéndose entre dientes y, por fin, soltándolo.

Tom sonrió; de hecho, le había parecido muy agradable.

—Esto... ¿querría conocer a mi tataratío abuelo? —fue todo lo que pudo decir; luego, por algún motivo, deseó no haberlo hecho.

—Claro —dijo Arlo—. Será un honor.

Ojo por ojo

Después de terminar con las presentaciones y las explicaciones, les entró a todos un hambre voraz. Tom no recordaba cuándo había sido la última vez que había visto siquiera comida y mucho menos ingerido alguna cosa. Con aquello en mente, sir Henry y Trixie se metieron en el mar con sus arpones y Pearl y Rudy fueron al bosque a recoger fruta, mientras Arlo y Tom se ocupaban del fuego. Tom advirtió que Arlo parecía deseoso de evitar cualquier otra conversación sobre sus padres, prefiriendo, en cambio, intercambiar anécdotas sobre el increíble mundo de Scarazand. Enseguida, sir Henry y Trixie reaparecieron con media docena de pargos colorados, Pearl y Rudy salieron triunfalmente del bosque cargados con mangos y papayas y, en un santiamén, estaban todos dándose un banquete regado con zumo de coco. Cuando terminaron, sir Henry fue a su biplano y sacó una sorpresa, una gran tableta de chocolate sin leche.

—Solo para las emergencias —dijo con una sonrisa, troceándola y pasándola—. Pero creo que nos lo hemos ganado.

Se quedaron masticando el chocolate, mirando las llamas en placentero silencio. El sol se estaba poniendo y la playa semicircular de arena blanca había adquirido deslumbrantes tonalidades azules y doradas.

—Ya casi es hora de irnos —dijo Trixie, observando el banco de nubes moradas que se estaba formando en el horizonte. De vez en cuando, un rayo caía al negro mar.

—¿Estás segura de que cabremos todos? —preguntó Arlo.

—Por supuesto —respondió ella, sonriendo—. ¿Estás totalmente seguro de volver a casa?

—Desde luego que sí, ¿no, hijos?

Rudy asintió con la cabeza, pero Pearl parecía menos segura.

—Sí —dijo—, pero solo con una condición.

—¿Una condición?

—Que no vuelvas a espiar a esos escarabajos nunca más.

—Cariño, sabes que las normas no son lo mío —farfulló Aldo—. No soy un ejecutivo. No está en mi configuración genética. De hecho, es físicamente imposible. No puedo pensar ni por un momento... —Miró a Pearl y vio que estaba serísima—. Ah, maldita sea.

—¿Lo prometes?

—Vale, lo prometo.

—¿Ni tan solo sin que se enteren?

—Ni así.

Pearl le mantuvo la mirada, y él la suya.

—Está bien. Trato hecho —dijo ella, guiñando un ojo a Tom—. Pero hay otra condición.

—¿Otra? No tientes la suerte, jovencita —resopló Arlo.

—Que prometas que algún día nos llevarás a Inglaterra a ver a Tom y el Museo Scatterhorn.

—¡Sí! —gritó Rudy—. ¡El Museo Scatterhorn! —Se quedó callado—. ¿Qué es? Arlo se rió, y también los demás.

—Es un pequeño museo de Inglaterra, que fundé hace más de un siglo. Está bastante bien, aunque lo diga yo —dijo sir Henry, sonriendo.

—¿Tengo elección? —preguntó Arlo.

—No, la verdad —dijo Pearl, sonriendo con picardía.

—Está bien. Como quieras. Hecho.

Rudy dio un grito de alegría y se puso a correr alrededor de la hoguera, levantando chispas.

—¿Y tú, Tom? —dijo sir Henry—. ¿Tienes ganas de volver al soleado Dragonport?

Tom miró las brasas. De algún modo, pese a todos los peligros, la idea de retomar su vida normal le parecía sumamente aburrida y sosa. Era como tener que volver a clase.

—Quiero volver a ver a mis padres —respondió, que era casi lo único en que podía pensar—. Así que supongo que sí.

Sir Henry sonrió con afabilidad.

—Creo que te espera una buena vida, chico. Ahora que el señor Askary tiene justo lo que quiere, dudo que vuelva a molestarte. Mi consejo es que sigas con tu vida. Que te olvides por completo de él.

Tom miró las esponjosas nubes que se estaban acumulando en el horizonte. Por algún motivo, dudaba que aquello fuera posible.

—Tendríamos que irnos, ¿sabéis? —sugirió Trixie, levantándose.

—Sí. Todos —dijo sir Henry mientras caía otro rayo—. Habrá muchas aberturas en ese pequeño cúmulo de nubes.

—¿Vamos a atravesar un agujero temporal? —preguntó Rudy, entusiasmado.

—Pues sí, chaval —respondió Trixie, apagando los rescoldos con el pie—. Pasaremos zumbando por el desfase entre un trueno y un rayo. Puede que girando en espiral, o sobre nuestro eje. Te gustará.

Rudy sonrió de oreja a oreja y Arlo miró los imponentes nubarrones con aprensión.

—¿No es peligroso?

—¿Después de todo lo que has pasado? Es pan comido, Arlo —dijo sir Henry con una sonrisa, mirando el lugar donde la latiguilla flotaba junto a la orilla. Finalmente, había expirado.

—De hecho, es mejor montura de lo que parece —observó Arlo.

—Por lo visto —dijo sir Henry, sonriendo—. Lo recordaré la próxima vez que me encuentre con una.

Se dio la vuelta y fue hacia los biplanos, aparcados uno junto a otro al final de la

playa. Arlo ayudó a Rudy a subirse a un ala y, luego, se apretujó junto a él en el asiento del acompañante.

—Hasta otra, chaval —se despidió Trixie, dando un fuerte abrazo a Tom—. Es un placer haberte conocido, por fin. Cuídate mucho.

—Lo haré.

—Y, haz lo que hazas, no les des nada a esos dichosos escarabajos.

—No lo haré —dijo Tom, sonriendo, cuando ella se subió al avión y comenzó a abrocharse el casco.

—Adiós.

Tom se dio la vuelta y vio a Pearl en la orilla. Se había quitado las deportivas.

—Adiós.

—Supongo que no querrás que te las devuelva.

Tom miró las viejas deportivas verdes que ella tenía en la mano y negó tímidamente con la cabeza.

—No —dijo—. Quédatelas.

—Gracias.

Se quedaron callados, sin saber muy bien qué decir. Habían pasado tantas cosas juntos que costaba creer que fueran a retomar su vida de siempre.

—Era en serio, lo que he dicho antes. Nunca me habría atrevido a hacer esto sin ti.

Tom se encogió de hombros.

—Bueno, yo también estaba buscando a mis padres. Era algo que teníamos que hacer los dos, ¿no?

—Supongo.

Volvieron a quedarse callados. El sol había empezado a esconderse tras el horizonte y el mar se estaba tiñendo de una lechosa tonalidad verde. A sus espaldas, relampagueaba con insistencia dentro de los negros nubarrones.

—Espero que los encuentres.

Tom asintió con la cabeza, incapaz de dejar de mirar sus claros ojos azules.

—Lo harás, ¿sabes? Mi padre ha cometido un error, eso es todo.

—Lo sé.

—Me mantendré en contacto —dijo Pearl—. Te escribiré.

—Y yo.

—¡Vamos, Pearl! —gritó Arlo.

—Pues adiós, Tom —dijo ella y, sonriéndole, se encaramó al ala del biplano. Luego, de repente, se lo pensó mejor y, regresando hasta él, lo abrazó y lo besó apasionadamente.

—Lo siento —dijo, con las mejillas arrojadas—, es que... tenía que hacerlo.

Y luego se encaramó al avión.

—¡Caray! —exclamó Rudy—. ¿Has visto eso?

Tom se quedó aturdido mientras el motor arrancaba, con las mejillas ardiéndole.

Aquello casi era la cosa más excitante que le había ocurrido en su vida. Fue vagamente consciente de que Pearl le decía adiós con la mano, de que también lo hacía él y, de pronto, el avión estaba rodando por la playa, ganando velocidad, y luego había despegado y se estaba dirigiendo hacia la gran masa morada de nubes.

—Parece que tienes una admiradora —dijo riendo sir Henry, dándole una palmada en el hombro mientras se dirigía a su avión—. Una niña audaz. No le da miedo nada. Siempre son las mejores.

Se subió a la carlinga y se puso alegremente el casco y las gafas de aviador. Tom rodeó el ala y se quedó a su lado. Seguían ardiéndole las mejillas, pero ya estaba reaccionando.

—¿Va a ver a August?

—Desde luego. Si lo encuentro.

—¿Dónde está?

—En el sur. En el fin del mundo. Ha estado investigando, utilizando el cuaderno de Arlo. Cree que ahí es donde encontraremos a Nicholas Zumsteen.

—Oh —dijo Tom, asintiendo con la cabeza. Recordaba vagamente que Zumsteen había dicho algo sobre eso, pero se había cuidado mucho de no dar detalles.

—¿Por qué lo buscan?

Sir Henry subió un par de palanquitas con aire pensativo.

—August tiene la idea de que puede estar tramando alguna cosa. Pero no sé si podrá hacerlo entrar en razón... no puedo decir que sea optimista. Zumsteen es un rebelde, no te equivoques, un alborotador de los gordos. Sus lealtades son... bueno, confusas, por no decir más. ¿Quién sabe en qué bando está o qué quiere?

—¿A qué se refiere?

Sir Henry miró las llamaradas doradas de los últimos rayos de sol en el horizonte. Tom se preguntó si iba a confirmar lo que él pensaba sobre Nicholas Zumsteen.

—No he querido asustar al personal, muchacho, pero esto no ha terminado aún. De ninguna manera. De hecho, me temo que no ha hecho más que empezar. Vaticino que va a haber consecuencias graves, gravísimas. —Sir Henry clavó sus vivos ojos en Tom—. Ahora, nuestro amigo el señor Askary tiene todos los ases, ¿no? Todos. Y va a hacer falta algo, o alguien, bastante extraordinario para parar lo que ya está en marcha.

Apretó un botón y el motor comenzó a rugir.

—¿Hay algo que yo pueda hacer? —gritó Tom.

Sir Henry negó con la cabeza.

—¡Solo mantén la calma y sigue con tu vida! —respondió sir Henry—. Lo que sea, será, como dicen. Y, cuando llegue el momento, ¿quién sabe?

Quitó el freno con cuidado y el avión comenzó a rodar lentamente por la playa. Alzó la mano y saludó:

—*AU revoir, Tom!*

Tom se quedó solo en la playa vacía, mirando el biplano hasta que solo fue una

mota negra que se perdió en las nubes moradas. Sabía que sir Henry tenía razón, que aquello no había hecho más que empezar... y para él quizá no terminara nunca, porque ahora, en un lugar primitivo de su cerebro, había una parte de él que era escarabajo. ¿Y qué significaba eso? ¿Que su vida sería breve o que siempre estaría controlado por don Gervase Askary? Notó que el miedo le encogía el corazón. De pronto, se sentía más solo que nunca.

—¿Listo para marcharnos, número tres?

Allí estaba la gran águila, moviéndose con torpeza al borde de la arena.

—Es que antes no parecías muy entusiasmado.

—No —admitió Tom. Sonrió—. Pero ahora estoy listo.

—Imaginaba que podías estarlo —dijo el ave—. La fiesta ha terminado, ¿no?

El águila se agachó rígidamente y Tom se encaramó a su lomo gigantesco. Sus cálidas plumas le parecieron extrañamente reconfortantes y, después de unos cuantos torpes pasos y un solo aletazo, habían despegado.

—¿Así que conoces el camino?

—No «el» camino, porque hay pliegues y dobleces por doquier, sobre todo en las tormentas tropicales. Que es donde entra mi compañero —dijo el águila cuando la golondrina se adelantó, gorjeando con estrépito—. El detecta los ángulos.

Siguieron ganando altura y, pronto, el atolón solo fue un pequeño aro blanco rodeado de mar. La noche estaba cayendo con rapidez y, después de sobrevolar la fuerte lluvia gris, pasaron por un hueco entre las nubes a un paisaje completamente distinto. Allí, todo era una masa algodonosa de tonalidades moradas y azules. De vez en cuando, se oía un atemorizante estallido y el panorama entero se encendía desde dentro.

—¡Ahí hay uno! —gritó el águila, señalando hacia la izquierda con la cabeza.

La golondrina ya estaba abatiéndose como una bala y Tom estiró el cuello lo más posible. Se oyó otro siniestro tronido y en la fracción de segundo que duró el relámpago vio algo girando por debajo de él... rascacielos rojos, relucientes cúpulas de cristal... una ciudad suspendida en el aire por la noche... La golondrina volvió a ganar altura, gorjeando alrededor de la cabeza del águila.

—¡Época y lugar equivocados, socio! —gritó esta—. ¡Cerca, pero no!

Tom apenas tuvo tiempo de preguntarse qué era aquel extraño mundo antes de que la golondrina saliera disparada hacia el núcleo de la tormenta. Tronaba y relampagueaba a diestro y siniestro, por arriba y por abajo. Tom se pegó al cuello del águila y rezó para que no los alcanzara ningún rayo.

—¡Lo tiene! —gritó el águila.

Tom alzó la cabeza tanto como juzgó prudente y vio a la golondrina abatiéndose como una flecha. Un momento después, estaban volando tras ella a una velocidad de vértigo. El viento aulló y ellos entraron disparados en la pared de aire...

¡PAM!

Un relámpago blanco y luego... farolas... grúas, el estuario... Dragonport.

—¡Esto es lo que yo llamo un comité de bienvenida! —graznó el águila.

Por debajo de ellos, una feria rebosaba de actividad; había casetas, bandas de música y personas por doquier. El final de las fiestas de Dragonport, pensó Tom, aún con el corazón acelerado. Aquello había sido tan emocionante que quería repetirlo.

—¡Qué me aspen! ¡Mira a quiénes tenemos aquí! —exclamó el águila, colocándose detrás de una pequeña motocicleta roja con sidecar que iba trazando eses por la carretera. Allí estaban Jos y Melba e, incluso desde aquella altura, Tom los oyó cantar.

—Imagino que van a casa, socio. ¿Te dejo en el museo, como en los viejos tiempos?

Tom asintió con la cabeza.

—¿Por qué no?

Despacio, en silencio, planearon por encima de los tejados mojados y rodearon las torretas del Museo Scatterhorn antes de que el águila se posara ruidosamente en el tejado del antiguo cuarto abuhardillado de Tom. Bajándose de su lomo, Tom empujó el marco de la ventana con el pie y descubrió que, con un poco de persuasión, se abría lo suficiente para permitirle entrar.

—Bueno, Tom, amigo mío —anunció el águila—. Parece que esto ya está.

—Eso parece —respondió Tom, sonriéndole a la cara de enfado permanente—. ¿Dónde vas ahora?

—Por ahí —gruñó el ave—. Pero antes, necesito una puesta a punto urgente. ¿Has visto que pinta tengo? —dijo, girando torpemente en redondo sobre el tejado.

Tom sonrió. Si lo pensaba, la gran águila estaba incluso más desaliñada que de costumbre. Le faltaban la mitad de las plumas de la cabeza y tenía la gorguera gris colgando y un ala llena de agujeros.

—No te rías, socio. Es un tema delicado. Pelearme con criaturas extrañas no le hace ningún bien a mi vanidad.

—Está bien —dijo Tom, reprimiendo una sonrisa—. ¿Volverás?

—Bueno, todo depende, ¿no?

—¿De qué?

El ave clavó en él su vivo ojo amarillo.

—No soy un soplón, pero digamos que esta no es la última vez que tú y yo nos vemos.

Tom asintió tristemente con la cabeza; por alguna razón, esperaba que el águila dijera aquello.

—Ojalá —comenzó a decir—, ojalá pudiera hacer algo más. Me siento tan... no sé.

Impotente era la palabra que estaba buscando, pero no quería reconocerlo.

El águila se encogió de hombros.

—Sé tú mismo, socio. ¿Qué más puedes hacer? Es inútil ponerse de los nervios. Sí, vale, hemos perdido unas cuantas batallas, pero, cuando llegue el momento de la

verdad, tú y yo vamos a estar ahí, ¿no?

—Ah, ¿sí?

—¡Por supuesto! Nosotros somos supervivientes, socio. Afortunados. Hemos nacido con estrella, de eso no hay ninguna duda.

Tom deseó poder compartir el optimismo del águila, pero, por algún motivo, fue incapaz.

—Recuerda dónde he estado —dijo ella en tono enigmático, y emitió un reclamo largo y extraño. La minúscula golondrina emergió como una flecha de la oscuridad—. Y cuida de esa loca cabeza tuya —añadió, guiñándole el ojo, y alzó el vuelo con estrépito.

Tom la observó mientras sobrevolaba el estuario, ¿de qué estaba hablando? ¿Sabía lo que le sucedería a él? Quizá sí. A fin de cuentas, había estado en el futuro... Echándose en su antigua cama enmohecida, se tapó con la áspera manta y se quedó mirando el papel pintado despegado. Se sentía extrañamente vacío ahora que todo había terminado, pero también enfadado por que no lo hubiera hecho. Sin duda, su vida ya no iba a volver a ser la misma, ¿cómo podría? Aquel mundo extraño había invadido su mundo y ahora estaba conectado con él, interiormente. Un escarabajo escarador solo vivía tres meses... Se estremeció; ¿era ese todo el tiempo que le quedaba? Y, además, estaba la pequeña cuestión del cuaderno de Arlo Smoot. Por mucho que se hubiera esforzado, no había sido capaz de creer a Arlo cuando él le había dicho que se había equivocado con sus padres. Arlo solo estaba intentando ser amable, hacerle sentir mejor; él lo sabía. Y eso solo podía significar una cosa: si Tom no había traicionado aún a sus padres, de algún modo, los traicionaría en el futuro... No hacía frío, pero aquella cruda certeza le heló la sangre. Ovillándose en la cama, se volvió hacia la pared, tiritando. Cerró los ojos y para su inmenso alivio, no hubo ninguna ola roja, ningún latido, solo el vacío de la oscuridad. Suspiró hondo y se quedó dormido.

—¿Hola?

Silencio.

—¿Hay alguien ahí?

Adormilado, Tom abrió los ojos y vio nubes surcando el reluciente cielo azul. Las deshilachadas cortinas ondeaban al viento.

—¿No?

Ern Rainbird estaba paseándose por abajo, comenzando obviamente con su ronda matutina. Tom se dio la vuelta e intentó dormirse otra vez, pero no pudo. ¿Qué día era? Se frotó la cara, cansado. Si anoche habían terminado las fiestas de Dragonport, eso significaba que hoy debía de ser el último día de las vacaciones de verano. Mañana, volvía a clase. Sus padres venían a buscarlo hoy. Y, después de todo lo que había sucedido, estaba impaciente por verlos. Eso si volvían... Tenían que hacerlo. Era mejor que se levantara. Notándose el cuerpo dolorido, fue hasta la puerta y descubrió que no se abría. Tirando de ella, oyó un ruido metálico al otro lado. Claro,

estaba cerrada: Ern Rainbird había instalado un candado después del allanamiento de Pearl. Qué incordio. Iba a tener que dar toda la vuelta. Respiró hondo, abrió la ventana y, un minuto después, estaba en la calle azotada por el viento, delante de la entrada al museo. Se apoyó cansinamente en la pesada puerta de roble, con sensación de haber escalado y saltado suficiente para el resto de su vida.

—¡Santo cielo! —Ern Rainbird estaba en el centro del vestíbulo, mirando a Tom con asombro—. Casi me matas del susto.

—Hola —dijo él, consiguiendo apenas sonreír. Ern lo miró con curiosidad.

—¿Has estado de viaje, hijo?

—Algo así.

La cara pecosa y huesuda de Ern frunció el entrecejo con evidente desaprobación.

—¿Un viaje bonito?

Tom estaba lo bastante despierto como para saber que Ern Rainbird no era de fiar. Nada de fiar.

—Pues sí.

El conserje silbó entre los dientes.

—Tus padres vienen hoy, así que supongo que ya tendrás preparada tu tapadera. Porque te aseguro que yo no sé qué decirles. Dónde hayas estado no es asunto mío.

Tom sintió que lo embargaba el entusiasmo.

—Gracias.

Ern gruñó y siguió barriendo el suelo.

—¿Sabes a qué hora vienen?

—A primera hora, ha dicho tu tío. De ahí que este servidor se haya levantado antes del alba para dejar este sitio como los chorros del oro —espetó—. Algunos tenemos que trabajar para comer, ¿sabes? —Ern se quedó callado y señaló la puerta del despacho con la cabeza—. Por cierto, tu correo está ahí dentro, aunque no va a interesarte. Facturas, facturas, facturas—. Se rió entre dientes y siguió barriendo.

Tom se rascó la cabeza y se planteó qué hacer. La perspectiva de tener que pasarse una hora escuchando la larga lista de quejas de Ern Rainbird había moderado su entusiasmo de ver a sus padres tan pronto y decidió retirarse al despacho hasta que ellos llegaran. Rodeando el paisaje africano, cerró la puerta con cuidado y vio el ordenado montón de sobres marrones apilados en el escritorio. Con aire distraído, hurgó en ellos hasta encontrar un gran sobre marrón donde ponía «secreto y confidencial», lleno de exóticos sellos sudamericanos. Parecía vagamente oficial, pero la letra le resultaba familiar... Con cuidado, abrió el sobre y sacó una anticuada factura. Llevaba el membrete «Bogie and Khan, suministradores de productos químicos, plomo y cuerda» y el importe era de 71 dólares. ¿Bogie and Khan? Pero el dorso estaba escrito con una conocida letra de patas de araña...

—August —exclamó, y el corazón se le aceleró. Comenzó a leer con avidez.

Querido Tom.

Mis disculpas por este papel tan curioso: imagino que una factura de Bogie and Khan es lo último que te esperabas, pero han tenido la amabilidad de hospedarme y disimular está a la orden del día. Como probablemente ya sabrás, después de que os marcharais recibí una visita de un ejército de personajes muy desagradables, encabezado por esa verdadera bruja de Lotus Askary, que consiguió quemar la casa hasta los cimientos.

Por suerte, eso fue todo, mi biblioteca quedó intacta (escapó justo a tiempo) y, con la oportuna llegada de sir Henry y Trixie, también huí yo, al fin del mundo. Me temo que no puedo darte más detalles, por motivos que tú comprenderás perfectamente, pero, mientras estoy de brazos cruzados en este lugar dejado de la mano de Dios, me he acordado de algo bastante importante.

Un cierto pájaro me ha informado de que, no hace mucho, el Museo Scatterhorn ha adquirido algunos paisajes bastante espectaculares procedentes de Hellkiss Hall. Esto, por supuesto, no es ninguna novedad para ti, pero sí lo es para mí. Resulta que sé que uno de ellos, un paisaje tremendamente vulgar titulado «El Diluvio», ha sido manipulado. Durante sus largos años de exilio en Hellkiss Hall, lo «restauró» un puñado de supuestos «taxidermistas» que sabían tanto del oficio como yo de arameo

Mi querida Oscarine Zumsteen me advirtió de que ocurría algo, así que me presenté de improviso mientras lo tenían desmontado y, por supuesto, Oscarine tenía razón. Aquellos presuntos restauradores habían colocado un «regalo» dentro, lo reconocí de inmediato. Sospecho que debía de ser una sorpresa para el dueño de la casa, en caso de que algún día regresara –y confieso que aquello me molestó bastante–. Así que, tras hacer unos meticulosos cálculos, esperé a que terminaran y luego, con bastante descaro, añadí varias tarjetas de visita propias. Ocultas en pulpa de madera –«dentro» de su regalo, por así decirlo–. Siento ser tan críptico, pero no querría que alguien leyera esto y lo descubriera todo. En definitiva, mis tarjetas de visita van a eclosionar el primero de septiembre a las nueve horas veintiún minutos de la mañana, las tuyas, sospecho, lo harán un poco antes. He pensado que querrías saberlo, porque, aunque las mías llevan ahí casi diecisiete años, es probable que su llegada sea muy exacta. Espero que esto te parezca vagamente lógico, buena suerte!

Un abrazo,

August Catcher

Tom se quedó mirando la letra de patas de araña, intentando asimilarlo todo. Parecía que hubiera alguna clase de parásito oculto dentro de *El Diluvio* y que aquellos supuestos restauradores trabajaran para don Gervase y hubieran tendido una trampa a Nicholas Zumsteen. Entonces recordó algo que Lotus había dicho, algo sobre el hecho de que *El Diluvio* sería una sorpresa interesante... ¿podía haberse referido a aquello? Posiblemente, pero ¿qué tenía de importante el primero de septiembre? Miró el reloj de pared y tragó saliva. No había caído en la cuenta, pero

hoy era primero de septiembre. Y eran casi las nueve. Dentro de veinte minutos, iba a suceder algo...

Preocupado, arrojó la carta al suelo y salió del despacho. En la sala principal, oyó pasos y una voz procedentes del ala este: parecía que alguien estuviera haciendo una visita guiada. Quizá era tío Jos, enseñando el museo a alguien, quizá hasta eran sus padres, que ya habían llegado... sí, quizá... Fue rápidamente a las escaleras y las subió de dos en dos.

—¡¿Hola?! —gritó, pasando por delante de la tigresa agazapada en su hueco y corriendo hasta la puerta del final.

—Tío...

¡Clic!

El diáfano ruido atravesó la oscuridad. Tom se paró en seco y miró hacia la puerta.

—¿Ern?

Oyó el eco de su voz en el profundo silencio. Parecía que hubieran echado la llave de la puerta principal, que Ern hubiera cerrado el museo por dentro. ¿Por qué habría de hacer una cosa así? Allí sucedía algo extraño... Armándose de valor, se dirigió a la puerta por la que se accedía al ala este y se asomó. Allí estaban los paisajes de la colección Hellkiss, inmóviles en la penumbra. Al fondo, distinguió la masa de animales precipitándose al vacío. Al ver de nuevo *El Diluvio*, le sorprendió lo realista que le parecía ahora. Todos los detalles de la frenética estampida tenían una precisión gráfica: era casi como una fotografía del suceso real.

—¿Hola?

No hubo respuesta.

—¿Tío Jos?

Silencio.

—¿Mamá? ¿Papá?

De pronto, tuvo la sensación de que le daban un martillazo en la cabeza. Cayó al suelo, aturdido, y antes de que pudiera levantarse, otra explosión de energía lo arrojó al suelo. Tumbado boca arriba, intentó respirar, notando un hormigueo en todo el cuerpo mientras fuertes pulsaciones eléctricas lo atravesaban sin piedad, una tras otra. El aire se había vuelto negro.

—Ven aquí —susurró una voz, quemándole en la cabeza—. ¡AQUÍ! —gritó.

Tom se retorció y se arrastró boca arriba por el suelo, hasta estar justo debajo del rinoceronte que había saltado al mar.

—Eso está mejor.

Tom combatió el dolor y se obligó a abrir los ojos. La sala estaba dando vueltas, latiendo con cada pulsación, y apoyada indolentemente en el rinoceronte, vio la silueta borrosa de un hombre muy alto y delgado con la cabeza abombada y la tez amarillenta. En una mano, sostenía la pelota-escarabajo entre los dedos.

—Increíble —se dijo don Gervase—. Qué precisión. Debo de estar mejorando.

—¿Qué... qué quiere? —resolló Tom.

Don Gervase lo miró con indignación.

—¿De verdad creías que podríais libraros, tú y tu valiente pandilla de amigos y sus proezas de aficionados? Qué bien os lo debéis de haber pasado. ¡Qué aventura! Ir hasta Scarazand, y volver. ¿Tienes idea de a quién te estás enfrentando?

Don Gervase acarició la pelota con el dedo y otra implacable pulsación atravesó a Tom, quemándole los sesos. Él se ovilló como un bebé, intentando rehuir el dolor.

—Oh, sí —prosiguió don Gervase, sonriendo con suficiencia—. Sé que mi escarabajito escarbador te ha hecho daño, no el suficiente, quizá, pero bastará. Sé que estás sintiendo ahora, chico, porque hay una parte de ti que es como yo.

Don Gervase lo fulminó con la mirada mientras él temblaba a sus pies. Que lástima que no pudiera matarlo allí mismo y terminar con aquello, pero, durante unos cuantos minutos más, lo necesitaba vivo.

—¡Levántate! —gritó—. ¡Levántate he dicho!

Tom temblaba de forma incontrolable mientras se levantaba con dificultad. Pese a tener los nervios de punta, estaba devanándose los sesos pensando en una forma de escapar. Don Gervase lo miró sin decir nada, echando fuego por los ojos.

—Quiero saber una cosa —susurró—. Contestarás la verdad, si valoras tu vida. ¿Lo entiendes?

Tom no dijo nada. No podía despegar los ojos de la pelota que don Gervase estaba haciendo girar entre los dedos.

—Me he enterado de que conociste a Nicholas Zumsteen en la isla de Tithona. ¿Es eso cierto?

Tom se encogió de hombros.

—Sí que lo es. Un tal Jerónimo da Piedad lo ha confirmado. Lo tenemos, por cierto, y, con un poco de persuasión, nos ha contado muchas cosas. Nos ha sido de gran ayuda.

—Entonces, ¿por qué me lo pregunta? —gruñó Tom en tono beligerante.

Don Gervase bajó todavía más la voz.

—Ten cuidado, chico. No me provoques. —Se quedó callado, amenazadoramente—. Viste a Zumsteen haciendo el equipaje. ¿Qué metió en la mochila?

—¡No lo sé! —exclamó Tom, sorprendido de la pregunta—. Muchas cosas.

—¿Por ejemplo? Piénsalo bien.

Tom hizo todo lo posible por recordar la noche en la cabaña del árbol y la información que don Gervase quería saber... ¿podía mentirle? Podía intentarlo...

—Pistolas.

—¿Y? ¿Qué más?

—Comida, un catalejo, una mosquitera. No sé, cosas...

Don Gervase rozó la pelota con el dedo y, de pronto, Tom notó una punzada de dolor detrás de los ojos y la sala empezó de nuevo a dar vueltas.

—Concentrate más —dijo don Gervase, con aire distraído.

—Pastillas... —masculló Tom, la boca moviéndosele sin que él quisiera—, unos saquitos de pastillas blancas... como huevos... como perlas.

Don Gervase sonrió.

—Bien. Interesante. Mejor. ¿Y cuántas de esas perlas blancas había?

Tom se tapó la cabeza con las manos, intentando hallar una salida. Parecía que le estuvieran atravesando el cráneo con alambres calientes.

—No lo sé. Cientos quizá. Por favor... pare.

Don Gervase lo ignoró.

—¿Y te dijo dónde se llevaba su pequeño tesoro?

Tom comenzó a mover la cabeza, pero ya no había nada que hacer... el dolor era excesivo.

—Al fin del mundo... —murmuró—, a un sitio donde no podrán atraparlo... hielo... nieve...

—El Antártico, ¿es eso lo que dijo? —inquirió don Gervase.

Tom farfulló de forma incoherente.

—¿LO ES? —gritó don Gervase.

Otra pulsación atravesó a Tom, que volvió a ovillarse en el suelo. La oscuridad era cada vez más espesa. El sudor le corría a raudales por las mejillas.

—Eso creo. No lo sé.

Don Gervase miró al muchacho con ferocidad: parecía estar diciendo la verdad. ¿Cómo habría de resistirse? El dolor y el ruido eran más de lo que nadie podría aguantar. Una persona convertida del todo ya estaría muerta.

—Muy bien, chico, te creo —dijo, sonriendo con suficiencia—. Gracias por mostrarte tan colaborador.

Aturdido, Tom abrió los ojos. Era vagamente consciente de que don Gervase estaba de pie delante de la estampida de animales.

—Es increíble, ¿verdad? No puedo evitar admirar el genio de Catcher, pese a todo. Lástima que pronto dejará de existir. —Consultó su reloj con impaciencia. Luego miró a Tom, desmadejado en el suelo. Una cruel sonrisa asomó a sus labios—. Las nueve y diecisiete. ¿Sabes qué día es hoy?

Tom asintió, embotado.

—Es primero de septiembre. Mi cumpleaños. Y también es el cumpleaños de Nicholas Zumsteen. Qué coincidencia. Hace muchos años, tenía la esperanza que a lo mejor montaba una fiestecita en Hellkiss Hall para celebrarlo. Este iba a ser mi regalo. Un regalito, de su herm... —Don Gervase se interrumpió. Luego, sonrió con ferocidad. Bah, ¿qué importaba lo que supiera aquel crío? Ya era como si estuviera muerto—. En cambio, vas a tener que recibirlo tú. Lo cual, en cierto modo, me complace. Todos nuestros esfuerzos no han sido del todo en vano.

Se agachó para examinar al muchacho que le había causado tantas molestias, con los ojos amarillos cargados de resentimiento.

—Ninguna valentía de colegial va a salvarte esta vez, Tom Scatterhorn —susurró

—. Adiós.

Tom se quedó desmadejado en el suelo, oyendo los taconeos de don Gervase mientras salía de la sala. Respiró despacio, hondo, y las oleadas de dolor y ruido comenzaron a remitir. Estaba seguro de no haber sentido tanto dolor en su vida, y no quería volver a sufrir así, jamás. Aturdido, abrió los ojos y miró la avalancha de animales que tenía encima. La estructura entera parecía estar estremeciéndose, casi temblando... Parpadeó con fuerza y se obligó a apoyarse en los codos, intentando enfocar la visión... se estaba moviendo, no eran imaginaciones suyas: toda la estructura estaba comenzando a mecerse como un árbol...

—¡CHAS! ¡Chas-chas-chas!

Tom se sobresaltó y, de pronto, el enorme cuerpo gris del rinoceronte reventó, dejando al descubierto la paja y el material de relleno que había debajo, y la cabeza comenzó a resquebrajarse...

—¡CRAC!

El rinoceronte se partió por la mitad y, al instante, todos los leones, hienas, jirafas, lémures, osos, loros y serpientes cayeron y se estrellaron contra el suelo. Pum, pum, pum, pum... el estruendo resonó por todo el museo y Tom se quedó paralizado en el suelo, con la boca abierta. Allí, en lugar del rinoceronte, había una gran criatura roja y untuosa, mirándolo con sus pequeños ojos grises. Era algo parecido a un escarabajo, con cortas mandíbulas serradas y un cuerno dentado. Sin poder contenerse, Tom comenzó a empujarse con los pies, intentando alejarse, y la espantosa criatura percibió su movimiento. Al instante, Tom se quedó completamente inmóvil, con las sienes latiéndole a un ritmo demencial. Había sido un grandísimo error, pero ya era demasiado tarde. La criatura avanzó y se quedó ante él con aire amenazador. Tom contuvo un grito al ver sus pequeñas mandíbulas rojas, moviéndose entre sus labios negros. El escarabajo bajó su gran cuerno dentado y lo embistió sin miramientos, empujándolo por el suelo. Luego, bajó la cabeza y lo miró con curiosidad. Fue acercándose cada vez más y Tom notó sus cortas antenas rozándole la mejilla, olió su carne untuosa... Cerró los ojos: había llegado su hora, había...

En algún lugar remoto, dos hombres recorrían un valle nevado en un trineo tirado por perros.

—¡Alto! —gritó el conductor, y tiró de las riendas, obligando a los cansados perros a detenerse.

—¿Es esto?

El otro hombre se puso la gruesa capucha de pieles e inspeccionó la escena. Todo estaba quieto y en silencio y la nieve centelleaba a la luz de la luna. En el centro, en lo que parecía ser un lago helado, había un barco volcado. Algo semejante a una enorme serpiente marina congelada estaba enroscado a su alrededor, uniéndolo al hielo.

—Yo diría que sí —respondió con gravedad el hombre del trineo, la respiración convirtiéndosele en vaho en aquella noche fría—. Veamos —resopló, rebuscando en

su abrigo de pieles y sacando un reloj de bolsillo—. En lo que respecta al otro asunto, si he hecho bien los cálculos, predigo que todo empezará a pasar... —entrecerró los ojos y miró la pálida esfera del reloj— muy pronto.

La segundera casi había terminado de dar la vuelta.

—Cinco, cuatro, tres, dos...

Tom miró el gran ojo gris que estaba a centímetros de los suyos. Veía sus crestas y protuberancias, todos los detalles insólitos de la extraña cabeza armada con púas del escarabajo... estaba esperando a que lo atacara... esperando, esperando... Y, entonces, de repente, el escarabajo pareció quedarse paralizado. Dejó de moverse.

Abajo, se oyó un chasquido y, luego, una llave girando en la cerradura.

—¡Tom, hemos vuelto! —gritó una voz familiar—. ¿Tom?

Pero Tom estaba paralizado: no podía hablar; apenas podía moverse. Por encima de él, los lustrosos élitros rojos estaban comenzando a abombarse, a estirarse y resquebrajarse. Tom contuvo el aliento. Cuando el escarabajo, al igual que el rinoceronte antes, comenzó a romperse, fue como mirar una extraña metamorfosis por un microscopio. Empujándose con los pies para alejarse, vio que al escarabajo se le saltaba un ojo y, de repente, un largo insecto amarillo salió por la cuenca. Era una cigarra. Y luego otra, y otra. Después, también se le saltó el otro ojo y comenzaron a aparecer más cigarras, que emergieron por el hueco y echaron a volar por la sala.

—Tom, ¿eres tú?

—¡Hola! ¿Tom? ¿Dónde estás?

La madre de Tom apareció en la entrada y se quedó clavada al suelo. Se le desencajó la mandíbula.

—¿Qué... qué demonios es eso?

Los lustrosos élitros rojos se agrietaron y las cigarras salieron volando en todas las direcciones.

—Se llama *El Diluvio*. Una escena bíblica de gran efectismo y, sin lugar a dudas, el trabajo de taxidermia más complejo que nunca se haya llevado a cabo —resolló Jos, subiendo las escaleras detrás de ella—. Quita el aliento, ¿verdad? Es increíblemente...

Jos no terminó la frase.

El Diluvio había dejado de existir. Delante de la gran ola había un montón de animales, esparcidos por el suelo. En el centro, donde antes estaba el rinoceronte, había un escarabajo rojo enorme y bastante repugnante. Y estaba hueco. De los ojos, la cabeza y el cuerpo le salían cigarras amarillas que llenaban la sala como confeti. El aire estaba tan plagado de ellas que el ruido era ensordecedor. Jos solo pudo chillar con impotencia.

—¡*Magificada septendecim!* Bueno, bueno, vaya sorpresa —dijo el enjuto hombre rubio que los había seguido—. ¿Se puede saber en qué has andado metido?

Tom se levantó y se dio la vuelta. Eran sus padres, y nunca se había alegrado tanto de verlos.

El hombre del trineo cerró su reloj de bolsillo y se lo metió en el abrigo de pieles.

—¿Crees que habrá funcionado?

—¿Cuando no lo ha hecho, querido August? —respondió sir Henry, dándole una palmada en la espalda—. Anda, veamos hasta dónde ha llegado ese sinvergüenza de Zumsteen.

Y, restallando el látigo, condujo el trineo hacia el barco helado por el valle bañado de luz lunar...



Henry Chancellor Escritor inglés, Henry Chancellor es conocido por su libro basado en el archivo del escritor Ian Fleming, *James Bond, The man and his world* y por su serie de libros juveniles con Tom Scatterhorn como personaje protagonista.